

Hernán  
Rivera Letelier

FATAMORGANA  
DE AMOR CON  
BANDA DE MÚSICA

Novela



PLANETA

HERNÁN RIVERA LETELIER

***FATAMORGANA DE AMOR  
CON BANDA DE MÚSICA***

PLANETA

© Hernán Rivera Letelier  
Inscripción N° 106.365 (1998)  
Derechos exclusivos de edición en castellano  
reservados para todo el mundo  
© Editorial Planeta Chilena S.A.  
Santa Lucía 360, 7° piso, Santiago (Chile)  
© Grupo Editorial Planeta

ISBN 956-247-213-2

Diseño de cubierta: Mario Blanco  
Primera edición: noviembre 1998  
Segunda edición: enero 1999  
Tercera edición: marzo 1999  
Impreso en Chile por  
Antártica Quebecor S.A.



Y así como algunas familias traían animales vivos entre sus bártulos — chivatos y corderos que hacían aún más penosa la promiscuidad en el buque —, de alguna manera ellos habían logrado embarcar su gran piano de cola. Y en las bamboleantes noches de alta mar, bajo un cielo de crueles estrellas oxidadas, Elidia del Rosario, su desmejorada mujer, había tenido el valor de entretener a ese oscuro rebaño de gente apiñada en las tablas de cubierta tocando a Chopin. Y hasta se había dado ánimos, en la última noche de navegación, para declamar algunas rimas de Gustavo Adolfo Bécquer, su «poeta del alma» como lo llamaba ella. Y todo aquello pese a que su Elidia, asustadiza como era, iba con los nervios destrozados por el temor a un naufragio. Durante toda la travesía no había dejado de pensar en lo ocurrido pocos años antes, cuando un vapor en donde viajaba un enganche salitrero de quinientas personas se había hundido frente a las costas de Coquimbo. Lo más triste del suceso era que toda esa gente metida en las bodegas del barco no había sido registrada en la bitácora y sus muertes fueron desmentidas rotundamente por las autoridades, pero algunos de los tripulantes que lograron sobrevivir al naufragio lo contaban en secreto en los tugurios del puerto. Además, su abuela materna podía dar testimonio fidedigno del hecho, pues ella misma había ido a despedir a un hermano enganchado a la pampa y que desapareció tragado por el mar.

Traspuesto en su sillón peluquero, con la puerta del taller abierta de par en par a la incandescencia tibia de las dos de la tarde, el barbero Sixto Pastor Alzamora —rostro sanguíneo y largos bigotes retorcidos— se removió pesadamente en su sillón de cuero de chancho y volvió a sumergirse en los médanos de su siesta salitrera. En el letargo de su entresueño no sabía bien si estaba soñando o evocando esas imágenes brumosas en las que se veía llegando a las costas del norte, a comienzos de 1907, hacinado en la cubierta del vapor «Blanca Elena», junto a un enganche salitrero de ciento cuarenta y nueve

trabajadores, todos con sus familias a cuestas. Él se había embarcado en Coquimbo con su mujer enferma de tuberculosis y su hija de siete años. Y en aquella penosa travesía marítima, al final, luego de haber hecho todo el trayecto presa del temor a morir ahogada, su pobrecita mujer había muerto del corazón cuando ya, por entre los jirones de la niebla, se divisaban los cerros ferruginosos de Antofagasta. Unas horas antes, en uno de sus flébiles arranques de sentimentalismo, Elidia del Rosario le había hecho jurar por La Virgen de Andacollo que si algo le llegaba a suceder a ella, él, además de cuidar y querer siempre a su pequeña, nunca dejaría de alentar su afición al piano. «Algún día llegará a ser una gran concertista», le dijo. Él siempre se preguntaba qué habría hecho su lírica esposa de haber presenciado el percance de aquella mañana en la que su querido piano, mal estivado en un lanchón de desembarque, se hundió en las aguas de la fragorosa bahía de Antofagasta.

A Elidia del Rosario la había conocido en el pueblo de Canela Alta, al interior de Ovalle, y se amaron a primera vista. Ella tocaba el piano en la escuela y él era un escuálido aprendiz de barbero en el único taller de peluquería del pueblo; un jovenzuelo intolerante que mientras barría los manojos de pelo se enfrascaba en fervorosas discusiones con los parroquianos más avisados del lugar, discusiones que siempre versaban sobre asuntos de justicia e injusticia social y los hereditarios abusos patronales. Se habían casado en contra de la voluntad de los padres de Elidia, que no aceptaban a un «comepelo» como pretendiente de su hija. Su animadversión no era tanto por la humildad de su oficio como por la fama de anarquista que se había ganado en el pueblo. «Los barberos son todos unos tozudos y renegados de Dios», le había prevenido el padre de Elidia. «Peor todavía si son ácratas». Al final habían terminado casándose a escondidas un soleado lunes 4 de julio, justo cuando ella cumplía veintiún años de edad. Él era un año mayor: «Fueron diecisiete años de vacas flacas, pero felices», le solía decir a su hija con los ojos brillantes de nostalgia cuando en las tardes de viento, sentada al piano, Golondrina le pedía que le conversara de su madre.

Por su congénita delicadeza de salud, se habían demorado diez años en concebir un hijo. Y no habían engendrado más, pues ella había estado a punto de morir en el alumbramiento. Amante de la poesía, había sido por voluntad suya que bautizaron con ese nombre a la niña, en homenaje a un alado poema de Bécquer que ella solía recitar en sus tardes de melancolía. Desde los primeros días de vida de la pequeña, Elidia del Rosario la hacía dormir cada noche recitándole versos espigados del espeso volumen de *Las más bellas poesías para*

*recitar*. Y cuando la niña, *hermosa como un botón de rosa*, daba recién sus primeros gateos por la casa, ya ella le permitía —y alentaba con risas mojadas en lágrimas— empinarse y jugar con las ochenta y ocho teclas del piano. Para que su pequeña Golondrina, decía, fuera descubriendo no sólo la tonalidad y el colorido de cada una de las notas musicales, sino también la inconmensurable presencia de tata Dios en los más sutiles vericuetos de la música.

Entumecido por la modorra de la siesta, el barbero se acomodó en su sillón, atusó sus mostachos y afirmó bien la novela de Juanito Zolá en las rodillas. En la sala de música, al otro lado del pasillo, mientras esperaba a que llegaran sus primeras alumnas de declamación, su hija Golondrina del Rosario había comenzado a hacer ejercicios de piano, y la languidez de la música parecía sincronizar a la perfección las espesas ráfagas de evocaciones nostálgicas, esas imágenes imborrables de los cortos años vividos con su mujer. Cómo la había querido, cómo había sentido todo el desamparo del mundo apoyado en su corazón después de darle sepultura en una tumba de tierra del cementerio de Antofagasta. Parecía que la dureza del paisaje desértico le volvía más hiriente la pena. Tras un par de semanas de llorarla inconsolable en una pieza de pensión en el barrio del puerto, una mañana de lunes internó a su hija en un colegio de monjas, preparó sus instrumentos de trabajo y subió a ejercer su oficio a las salitreras. Con sus bigotes de columpio, su sombrero de pita y su inconfundible maletín marrón, primero montado a caballo y luego en una carretela tirada por mulas, comenzó a recorrer las pampas del Cantón Central. En los comienzos se instalaba en cualquier parte más o menos concurrida de los campamentos: en una esquina del biógrafo, a las puertas de la pulpería, o frente a la entrada de alguna fonda de obreros. Se conseguía unas planchas de calamina para protegerse de la inclemencia del sol, pedía prestada una banca en la casa más cercana y, tras acomodar sus utensilios sobre la tapa de su maletín abierto, colgaba un letrero anunciando sus servicios y sus precios respectivos: corte de pelo \$5, afeitada \$3.

A la vuelta de un tiempo corto, por su generosidad de huaso ovallino, su idealismo y sus encendidas palabras en favor del proletariado, se fue haciendo de grandes amigos entre los obreros. En muchos campamentos las familias le facilitaban la primera pieza de sus casas para que ejerciera como la gente. Él les retribuía haciéndole la barba al dueño de casa, emparejándole el moño a la señora y rapando a la camada completa de niños empiojados. A poco tiempo de haber llegado a la pampa, esparcida su bien ganada fama de maestro en el oficio, las mutuales de obreros, los clubes sociales y las sociedades filarmónicas

le cedían entusiastamente sus locales, y se peleaban entre ellos por la exclusividad de sus servicios. Su gran sueño en esos momentos era llegar a radicarse definitivamente en Antofagasta, instalarse con un taller en alguna de sus florecientes calles y darle la mejor educación posible a su hija. Era todo cuanto ambicionaba en la vida. Y por ello recorría día a día, sin faltar uno solo, los tierrosos caminos de la pampa.

Una vez al mes, desde cualquier oficina enclavada a la orilla de la línea férrea, se subía en el último vagón del tren para bajar al puerto por un fin de semana. Por la mañana, vestido de traje oscuro, los bigotes enhiestos y un ramo de calas blancas en la mano (las flores preferidas de Elidia), se iba al cementerio a llorar su soledad de viudo inconsolable y a conversar largamente con el recuerdo vivo de su mujer. Pese al tiempo transcurrido, la angelizada imagen de su Elidia del Rosario Montoya, permanecía intacta en los espejos de su memoria. Por la tarde, con una invariable caja de bombones bajo el brazo, acudía a visitar a su hija al Colegio para Señoritas de las monjas francesas. A los pocos meses de trabajar sin descanso había reunido el dinero suficiente para cumplir la promesa hecha a Golondrina del Rosario el mismo día del entierro de su madre. En una casa de remates de la calle Bolívar, adquirió un gran piano de cola francés, marca Eratd, y se lo hizo enviar al colegio adornado con una gran rosa de papel celofán. Desde entonces la muchachita, a la que las monjas, por su comportamiento ejemplar y su devota afición a los rezos, llamaban «sor Golondrina», se había convertido en el centro de todas las actividades culturales y sociales del internado, pues aparte de su natural talento para la música, declamaba versos con la pasión de una experimentada poetisa.

En el sopor de la siesta, mientras sentíase como acunado por las desmayadas notas del piano — que no sabía si oía desde muy lejos o resonando en la acústica de su propio cráneo —, el barbero vislumbró fugazmente que de un tiempo a esta parte las melodías que su hija tecleaba al piano se habían vuelto de una tristeza crónica. Un suspiro lo hizo removerse en su sillón. Tan diferente a las demás mujeres que le había salido su hija. Tan delicada de maneras. Había épocas en que lo asaltaban remordimientos de clase por haber alentado a Golondrina en el estudio del piano, además de haberla puesto en un colegio religioso y no en una escuela pública como correspondería a la hija de un proletario bien nacido. Y es que él siempre había pensado que así como el violín era el instrumento de los ciegos; el acordeón, de los gitanos y la guitarra de los chulos, el piano venía a ser el instrumento aristocrático por antonomasia. Y aunque siempre terminaba aceptando el hecho a regañadientes, blandiendo el

argumento fácil de que el arte, más que un lujo de gente encopetada, era una necesidad espiritual de todo ser humano, nunca se convencía del todo. Su espíritu era el de un idealista sin remedio. En eso sin dudas se parecía a Juan Pérez, el héroe proletario de la «novela socialista» que tenía en sus rodillas y que, al removerse en su sillón para espantarse una mosca de los mostachos, se le cayó pesadamente al suelo.

El barbero abrió apenas un ojo y se dobló para coger el volumen. En verdad, el obrero Juan Pérez, igual que él, era un personaje al que las injusticias sociales lo desmoralizaban y le abollaban terriblemente el ánimo. El libro —que volvió a acomodar en sus rodillas—, en su tiempo había sido prohibido y quemado por las autoridades debido a su fuerte crítica al clero y a la industria del salitre. «Este es uno de los pocos ejemplares que se salvó de la inquisición», repetía siempre él, enarbolándolo con orgullo ante los parroquianos. La novela, que llevaba el atrevido título de *Tarapacá, novela socialista*, y que había sido publicada en Iquique en 1904 bajo el seudónimo de Juanito Zolá, era la primera obra ambientada en la pampa de la que él tenía conocimiento. En ella se relataban las infinitas arbitrariedades de que eran víctimas los trabajadores a principio de siglo y que ahora, en pleno año 1929, continuaban cometándose. Arbitrariedades de las que él mismo había sido testigo en sus arduos recorridos por los campamentos salitreros, reductos en los cuales imperaba una nueva forma de feudalismo cuyas leyes eran creadas e impuestas con guante de hierro por los propios explotadores extranjeros vestidos de safari. Todo, por supuesto, con la aquiescencia culpable de las autoridades de gobierno, especialmente las de ese último régimen de mierda.

El barbero dio un manotazo al aire. En su entumecimiento se acordó de la noticia que le habían dado en la mañana sobre el dictador y pensó que, además de la maldita mosca, ese debía ser el motivo por el que no podía tener su siesta en paz.

Temprano por la mañana, mientras le hacía la barba al dueño de la funeraria, que no dejaba de quejarse de la crisis salitrera, en el momento en que él le comentaba el descaro increíble de algunos puercos capitalistas —que, aprovechándose hasta de las calamidades públicas para hacer dinero, estaban fabricando unos cigarrillos nuevos llamados Matacrisis—, había entrado un viejo a mostrarle un ejemplar recién publicado de *La Voz de la Pampa*. En él aparecía un aviso en donde se solicitaban músicos para formar un Orfeón.

«Esto viene a confirmar el rumor», dijo el viejo.

«¿Que rumor?», preguntó el dueño de la funeraria.

«Que el Paco Ibáñez viene al pueblo», dijo el viejo.

«¡Y los mandamases quieren recibirlo con banda de música y todo!», bronqueó él.

Cuando el dueño de la funeraria acotó debajo de la sábana que a lo mejor con la venida del presidente las cosas mejoraban un poco en la pampa, él le dijo que por qué no hacía el favor de irse a comer uno de sus fiambres frescos con tenedor y cuchillo. Y luego se había largado a despotricar que de lo único que se preocupaba ese mierdoso cacique de pacotilla era de andar cazando maricas desvalidos para mandarlos a fondear. Pero que eso no era nada, dijo, porque si ya era de una crueldad extrema fondear a esos pobres cristianos, mandar a fondear a los sindicalistas haciéndolos pasar por maricuecas era el colmo de la perversidad humana. Que ahora último se sabía de un barco de la Armada que había zarpado hacia alta mar atestado de dirigentes opositores, con el pretexto de que se trataba de invertidos, y había vuelto vacío. Y por si ellos no lo sabían, dijo, ya rojo de cólera, para rematar el cuadro de esa grotesca comedia de malentendidos en que estaba inmerso el país, todo el mundo estaba al tanto en la Capital de que el Ministro de Hacienda del Paco Ibáñez era un homosexual solapado que usaba el poder de su puesto político para conseguir efebos de alta alcurnia. Pero lo que resultaba más triste de todo era que ya se sabía que entre los últimos dirigentes fondeados en alta mar, la mayoría pertenecía al Movimiento Obrero del Salitre. ¡Y el muy déspota tenía la desfachatez de venir a lucir su puerca humanidad en las barbas mismas de los trabajadores pampinos!

No, las injusticias en la pampa iban a continuar viniera o no viniera a pasear el dictador, le había retrucado al cuervo de la funeraria esa mañana. Eso él lo tenía muy claro. El salvaje horario «de sol a sol» impuesto a los mineros, horario que en la pampa significaba catorce horas corridas sudando como bestias bajo el sol más ardiente del planeta, iba a continuar. Lo mismo esa aberración que era el descuento forzoso por pago de médicos inexistentes y boticas en donde la receta era siempre la misma: tilo para las enfermedades *interiores* y tela emplástica para las *exteriores*. Como tampoco se iba a acabar esa verdadera policía que constituían los serenos de los campamentos; guardias con látigos y carabinas de guerra, que al servicio de la administración se transformaban en despiadados verdugos de los obreros; viles cabrones que, al más puro estilo negrero, llevaban a cabo implacables persecuciones para atrapar a obreros que hubiesen hecho abandono de las oficinas sin el correspondiente aviso. Y él había sido testigo de los suplicios físicos a que los

sometían cuando eran atrapados, siendo el uso ultrajante del cepo lo que más lo enardecía.

Y todas esas iniquidades —pensaba hoscamente Sixto Pastor Alzamora— persistían incólumes pese a las huelgas y a los ríos de sangre derramada en las grandes matanzas salitreras. En sus diarias conversaciones en el taller había oído por boca de los propios sobrevivientes —veteranos que manchaban de gruesos lagrimones la sábana peluquera mientras hablaban—, las estremecedoras narraciones de masacres llevadas a cabo en toda la extensión de la comarca pampina. La matanza de Ramírez, la matanza de Buena Ventura, la matanza de Pontevedra, la matanza de la Escuela de Santa María de Iquique, la matanza de Barrenechea, la matanza de Maroussia, la matanza de La Coruña, la matanza de San Gregorio. «Palomeo de rotos» llamaban con sorna los militares a estas verdaderas carnicerías que los industriales y los gobiernos de turno, coaligados en un repugnante complot de silencio, querían ocultar a toda costa al conocimiento público y a la historia patria.

Y tanta injusticia suelta mordiendo el alma por esos arenales de desolación, al final había terminado por comprometer su conciencia con la causa de los obreros y hacer que olvidara definitivamente su sueño de instalarse en Antofagasta. Aunque nunca se inscribió en sus filas —él jamás se regiría por estatutos, normas o reglamentos—, había llegado a convertirse en uno de los más comprometidos simpatizantes del Partido Obrero Socialista fundado por el finado Luis Emilio Recabarren. Tanto era así que en sus recorridos a través de las oficinas, muchas veces había actuado de correo o mensajero de poetas y dirigentes proscritos que en las negras noches sin luna, trasminados de frío, se reunían a ilustrar el espíritu de los trabajadores en los hoyos de las viejas calicheras abandonadas.

Convencido totalmente de que la clase trabajadora debía buscar todos los caminos posibles para emanciparse del dominio del capitalismo, comenzó a predicarlo sin tapujos mientras atendía a sus parroquianos más antiguos; viejos salitreros que lo escuchaban en silencio debajo de la sábana de crea, sin atreverse a pestañear ni a contradecirle una sola sílaba de sus efervescentes proclamas. Y es que muchas veces, mientras afinaba el filo destellante de su navaja («El Revolucionario de la navaja», lo habían comenzado a llamar por lo bajo), le habían oído decir, con una firmeza de ánimo que espeluznaba la piel de los que en esos instantes tenía a merced en su sillón, que a través de la historia de la humanidad muchos barberos habían llegado a tener bajo su navaja el cuello del tirano de turno y que ninguno había tenido las criadillas suficientes

para hacer justicia con su mano. «Lo que es yo, carajo –decía arrastrando las palabras al vaivén despacioso de la navaja en la badana–, al primero de esos cabrones que se tercié en mi sillón, se la hundo sin asco en el pescuezo».

Todavía adormilado, el barbero se dio cuenta de pronto que ya no oía la música del piano sino voces infantiles recitando a coro un doliente poema de amor. No supo cuándo habían llegado las pequeñas declamadoras. La recitación de la niñas era interrumpida de vez en cuando por la voz de su hija recalcando la importancia básica de la mímica facial, o que las inflexiones correctas de las palabras, niñitas por Dios, no lo olviden nunca, influían enormemente en el finísimo oído del público. Tan romántica que le había salido su Golondrinita. Él recordaba cuando, trece años después de haber subido a Las salitreras, y a seis de haberse instalado en Pampa Unión, ya graduada y convertida en una muchacha de belleza exquisita, se la trajo a vivir al pueblo. Para ese entonces Pampa Unión ya no era ese pequeño caserío de comercio desordenado de cuando él llegó a instalarse con su taller, cuando el alumbrado público todavía funcionaba con faroles de parafina y las calles aún no tenían nombre, y la gente llamaba Calle del Comercio a la calle principal y Calle de las Putas a la calle de atrás, donde funcionaban la mayoría de los prostíbulos que habían dotado al pueblo de su legendaria aura de mala fama. Pringosos barracones primitivos en donde se mantenía encerrados, en cuartos sin puertas ni ventanas a la calle, a esos verdaderos hatos de prostitutas lánguidas acarreadas desde el sur de la patria; pobres mujeres alegres que los cabrones desfachatados y las mamonconas agrias no dejaban salir a la calle sino escasamente por un rato, después del almuerzo; treinta minutos exactos que ellas, sentadas en la vereda, ocupaban en asolear sus magreadas tetas sonámbulas y sus lechosos muslos moreteados; o para despiojarse dulcemente unas a otras, mientras alguna regaba el suelo con conchos de cerveza en un elemental conjuro para atraer a los clientes.

Para cuando se trajo a su hija a vivir con él, el municipio de Antofagasta ya había tomado al pueblo bajo su jurisdicción. Y aunque sus calles polvorientas, regadas con aguas de lavaplatos, aún eran animadas de eternas peleas de perros, y el viento de las cuatro de la tarde silbaba bestial su inclemente melodía de desamparo, el pueblo había cambiado en muchos aspectos. Entre las primeras obras de servicio público que el municipio llevó a cabo fue la de ponerles nombre a las calles. En placas de fierro fundido se podía leer ahora el nombre y la numeración correspondiente de cada una de ellas, bautizadas todas con el nombre de un héroe de la Guerra del Pacífico. La calle

del comercio ahora se llamaba Emilio Sotomayor; la famosa Calle de las Putas había pasado a llamarse General del Canto, y la calle en donde él se instaló con su taller quedó bautizada con el nombre del Brigadier Díaz Gana. Ésta era una calle transversal, con establecimientos dedicados en su mayoría al comercio honrado, y la casona donde él vivía, aunque construida sin muchos conocimientos de arquitectura, era espaciosa y fresca.

Primero había comenzado por arrendar una sola pieza, en donde se instaló a ejercer su profesión. «Taller de Barbería El Obrero», le puso a su local. Luego, por un asunto de herencia, el propietario de la casa, un turco huraño y silencioso que vendía alfombras, pero que como muchos en el pueblo, se había hecho de dinero traficando licor en los tiempos de Ley Seca, tuvo que volver de urgencia a su tierra y se la vendió a precio de huevo, y con todo adentro. El turco había construido la casa con sus propias manos y la ubicación era excelente para su oficio de no ser por el detalle, secundario hasta la llegada de su hija, de que por el fondo colindaba con uno de los burdeles más crapulosos del pueblo. Tanto así que en los primeros tiempos había sentido temor por la seguridad de su Golondrina y se culpaba de haber llevado a una criatura de modales casi angélicos a vivir en un pueblo de tan mala reputación.

Pero al paso de los días se fue dando cuenta de que su hija estaba revestida de una gracia especial que la protegía de los peligros de la vida y de las malas artes de la gente. Y además de arreglárselas perfectamente en los más pedestres asuntos cotidianos, la *señorita* Golondrina del Rosario, como comenzó a llamarla todo el mundo en el pueblo, demostró pronto que era dueña de una naturalidad desarmante para tratar con cualquier categoría de persona. Y por esa especie de benignidad que irradiaba su rostro —y porque se sabía que venía de una escuela de monjas—, en la calle hasta las meretrices más deslenguadas la respetaban y saludaban como si se tratara en efecto de una religiosa.

*Nunca pensé en el martirio / de un amor que nace tarde...*, oía recitar ahora el barbero como en una lenta letanía de chicharras. Ya era hora de trabajar, caramba. Se enderezó en el sillón, abrió los ojos y se desentumeció estirando las piernas y haciendo crepitar cada articulación de su esqueleto largo, pero continuó sentado con la cabeza echada hacia atrás. El poema que recitaban las niñas allá adentro, de tanto venirlo oyendo en el último tiempo, lo sumía en una extraña tristeza de padre huérfano: era un hecho indesmentible que estaban pasando los años y su hija única no se matrimoniaba. Y ya iba a cumplir treinta años. No podía comprender qué diantres pasaba con sus pretendientes; todos los que valían un poco la pena parecían acoquinarse ante la delicadeza de su

Golondrina. «Te está dejando el tren, hijita», le decía a veces él, con una traviesa ternura de padre viejo orillándole en los ojos. Ella sólo se limitaba a sonreír y cambiaba de tema.

Además, en este último tiempo la venía notando rara. Era como si de repente alguna lucecita misteriosa se le hubiera apagado o encendido dentro de ella, no sabía bien. Y es que había tardes en que caía postrada en los marasmos más oscuros de la tristeza, sin ánimo siquiera para acercarse al piano, y algunas mañanas, en cambio, sin ninguna razón definida, la veía emerger de su pieza planeando en la más luminosa de las euforias, declamando fervientes poemas de amor o tarareando feliz alguna melodía desconocida.

Él, por su parte, a veintidós años de la muerte de su esposa no se había vuelto a casar. Desde hacía un tiempo, a sus sesenta y un años de edad, mantenía relaciones amorosas con una viuda dueña de una lechería, una mujer alentada y jocunda que lo iba a ver a la casa una vez por semana. Como su dormitorio era contiguo al de su hija, para que ella no se enterara de sus amores clandestinos, hacía entrar a la viuda a su taller. Primero debía de ejecutar toda clase de peripecias para que Golondrina no lo oyera destrancando la puerta del pasillo, luego, sigilosamente, entre señas y morisquetas de sordomudo, hacía entrar a la viuda pisando en puntillas y con los zapatos de tacos en la mano. Ya instalados en la penumbra del taller, iluminados apenas por el chonchón de desinfectar, debía hacer contorsiones de maromero de circo para que en la acústica de la casa no hicieran mucho ruido los acomodos del amor ejecutado en su desvencijado sillón peluquero.

Bello Sandalio terminó de tocar, alisó para atrás su pelo de cobre y, sin siquiera limpiar la boquilla de su trompeta, bajó la escalera del kiosco de tres zancadas urgentes. Al abandonar la pequeña plaza de Aurelia, salivando cortito una nítrica espumilla blanca, llevaba oscuro su afilado rostro pecoso.

El público recibió la *Mazurka del Soldado* —última pieza de la retreta— con la misma indiferencia inocua con que oyeron los vales vieneses, los pasodobles y los *fox-trot* de moda. Su preocupación mayor en esos momentos era lucir (ellas) el esplendor crujiente de sus vestidos de seda y la calidad importada (ellos) de sus oscuros trajes de casimir inglés. Las melodías del Orfeón eran apenas la música de fondo —como las notas del piano del biógrafo local— de la película romántica que cada uno de ellos protagonizaba por su cuenta cada tarde de sábado y domingo en el ámbito de la plaza. Después acudirían todos a la filarmónica a bailar al compás de la música interpretada por el mismo Orfeón, convertido ahora en una alegre *jazz-band*.

La invernal noche de la pampa, alta de estrellas heladas, ya había descendido desde la gran torta de ripios y Aurelia se veía tan irreal como esas espectrales salitreras abandonadas que comenzaban a proliferar en el desierto. Cuando los demás músicos de la banda, con operática gravedad en sus ademanes, comenzaban a guardar los instrumentos en sus estuches fúnebres, Bello Sandalio, afantasmado por la oscuridad de la noche aureliana, alumbrado sólo del fulgor sonámbulo de su trompeta desnuda, ya se encaminaba rápido hacia El Jote con Leva, la única fonda de la oficina, y que además oficiaba de garito clandestino.

Catalogado de excéntrico por los demás integrantes de la banda, una de las extravagancias que le echaban en cara a Bello Sandalio era la de no utilizar el estuche de su instrumento. Pelando su eterna sonrisita de hielo, decía que la trompeta, como ciertas mujeres de este mundo, había sido creada para vivir

desnuda, sobre todo de noche. Y con un guiño de experto en la materia, luego de beberse un buen vaso de vino –porque este tema él sólo lo conversaba arrimado al ángulo recto de un mesón de fonda–, acomodaba su fina humita a lunares y agregaba con elegancia magistral que en la noche era cuando las mujeres musicalizaban mejor el amor y las trompetas *amorizaban* tanto mejor la música. Y que eso no se lo habían enseñado en el aula de ningún Conservatorio umbroso, sino que lo había aprendido solito tocando en los salones de las más gamberras casas de putas; únicos lugares del mundo en donde un músico de verdad se sentía exactamente eso: un músico de verdad.

Esa noche Bello Sandalio se sentía apestado. Con su trompeta bajo el brazo, caminando pegado a las casas de calaminas, iba pensando que ya era tiempo de cambiar de aires. Buscar una banda con más futuro. La de Cecilia, donde había tocado anteriormente, era una buena banda. Lástima grande haber tenido que abandonarla con la camanchaca. Y todo por cuestiones de faldas, como siempre. Qué se le iba a hacer. «En eso salí a mi tía Ninón», pensó Bello Sandalio riéndose solo en la calle. Lo único malo de la banda ceciliana era el hecho de que la Compañía, para mantenerla en función, le descontaba un peso del sueldo a cada uno de los trabajadores. De modo que durante las retretas, los viejos más huachucheros y hostigosos de la oficina no dejaban tranquilos a los músicos exigiéndoles a grito pelado, con arrogancias de empresarios intolerantes, que tocaran esta o aquella pieza de su preferencia. «Sáquenle el jugo al peso, barretas», les gritaban a toda boca desde abajo. Y «barreta», en la pampa, se les llamaba a los mantenidos.

Sin embargo, pese a todo, había que reconocer que los músicos de la banda de Cecilia eran los mejores del Cantón. Y cómo tomaban, caramba. Mientras más borrachos, mejor tocaban los bellacos. En cambio los de esta reverenda banda del carajo, aparte de ser empaquetados como ellos solos, más parecían un montón de músicos canutos. Por no decir nada de la mala leche del jefe de banda. ¡Director de Orfeón, le gustaba que lo llamaran, respetuosamente, al guasamaco!

En su accidentada carrera de músico itinerante, desde que a los dieciséis años se viniera de Iquique tocando en un circo, Bello Sandalio había llegado a la conclusión de que eran dos las bandas en que peor lo había pasado. Una era ésta, la banda de Aurelia, porque no tenía el albedrío de emborracharse todo lo que él quisiera, y la otra había sido la de la oficina Santa Luisa. Allí, a la distinguidísima esposa del señor administrador, melosa como una gallinita de confite, un día se le había ocurrido la *divina* idea –«aprovechando que el kiosco

de la plaza tiene forma de buque, pues, queridito» — de que los filarmónicos de su Orfeón hicieran las retretas vestidos de marineros.

A esas horas de sábado, El Jote con Leva se hallaba abarrotado de estrepitosos pampinos sedientos. El boliche, lo mismo que las casas de los obreros, estaba construido de calaminas y palos de pino Oregón. Su gran originalidad consistía en que, a un costado del mesón, extendido sobre la cubierta de un escaparate, se exhibía un gran pájaro petrificado. El ave había sido descubierta en una grieta de calichera en la oficina Edwards. Primero fue exhibida en el salón de la filarmónica de dicha oficina, hasta donde habían llegado a verla curiosos de todas las oficinas circundantes. Esto había motivado al dueño de la fonda de Aurelia para viajar hasta la oficina Edwards y ofrecerle una buena cantidad de pesos al minero que la había encontrado. Después de unos días de regateo se había traído el pájaro embalado con tantos cuidados y delicadezas como si se hubiese tratado de una milenaria momia egipcia. Por su plumaje negro, intacto y completo, algunos lo asemejaban al cóndor. Otros, en cambio, por la impresionante extensión de sus alas, que abiertas llegaban a los tres metros y veinticinco centímetros, y por el calcáreo estado de sus plumas, mucho más largas que las del rey de los Andes, deducían que perfectamente podía tratarse de un pájaro prehistórico. Con aires de erudito en la materia, el preceptor de la escuela había corroborado esa hipótesis, y rematado con didáctica gravedad que el ave bien podía ser pariente lejano de una clase de reptil volador que vivió en la época Jurásica, terribles animales conocidos con el nombre de *pterodactylus*.

Todas esas conjeturas caducaron una aburrida tarde de lunes en que un viejo minero, borracho como tagua, luego de mirarlo toda una hora desde la esquina del mesón, de contemplarlo con una desdeñosa mueca de beodo agrio, de estudiarlo al trasluz de la copa como a través del cristal de una lupa científica, sentenció con desprecio que el pajarraco ese no era más que un vulgar jote con leva. «Un piojoso jote con leva», ratificó. Y «El Jote con Leva» se comenzó a llamar desde entonces al pájaro, al beodo y al boliche. Y el boliche había asumido el mote con un gran letrero de letras negras y blancas y se había hecho famoso entre los mineros de todas las oficinas del Cantón.

Acodado en los tablones del mesón pringoso, Bello Sandalio bebía pausadamente. No tenía dinero para otra botella. Mientras escanciaba su vino, con la trompeta convenientemente apretada bajo el brazo, se miraba pensativo en la luna oxidada del espejo detrás del mostrador. Su humita lucía torcida y marchita. Se la acomodó. Lo atildado de su vestimenta era otra rareza que le

endilgaban. Aunque siempre vestía de traje, jamás se le había visto uno de color negro como los que llevaban la mayoría de los varones. Los suyos eran siempre en tonos más claros: marengo, café con leche, azul marino. Y en vez de la formal corbata que usaba todo el mundo, él lucía esas delicadas humitas a lunares; galanos artilugios que constituían el encanto de las madres pisiúticas y la burla general de los filarmónicos. Sin embargo, lo que más exacerbaba a todos era su gesto desafiante de no llevar jamás sombrero. Amaba con una especie de delectación su duro pelo de cobre nuevo y, peinado arduamente hacia atrás, lo llevaba siempre al descubierto, brillante y colorado como el fuego.

En un momento dado, tras encender un cigarrillo, pensó en hacer apagar la victrola y tocar la trompeta. A lo mejor alguno de los viejos se manifestaba invitándolo a un trago. Pero no estaba de humor. Además, en el local sólo veía gente extraña. De los casi quinientos trabajadores que laboraban en Aurelia, más del cincuenta por ciento eran *enganchados* traídos a la oficina durante la última huelga. «Y con los enganchados, pues, paisita —decían los mineros viejos—, uno nunca sabe con qué vino se iba a curar.» La única cara conocida entre la vociferante concurrencia era la del Tuerto Epifanio, el vigilante que se había convertido en el borracho más irredento de la oficina después de que en una emboscada le arrancaran un ojo un ojo con el poto de una botella pisquera. La emboscada había sido por denunciar un contrabando de licores en uno de los más largos períodos de Ley Seca. Pero el cabrón del Tuerto Epifanio andaba siempre a palos con el águila.

Con sus treinta y tres años bien peinados, como solía decir Bello Sandalio, era el más joven de los integrantes del Orfeón y el único de entre ellos que no trabajaba. Una sola vez en su vida había trabajado. Fue en la Casa de Yodo de la oficina Pinto y no alcanzó a durar un mes. Y no fueron las quemaduras de yodo fundido ni el ulcerante olor del ambiente en ese infierno irrespirable lo que lo hizo desistir, sino el hecho exasperante de que así gastara una barra completa de jabón Naval, «el jabón sin igual», el repelente olorcito le persistía incólume en su cuerpo. Y si se paraba al sol de mediodía, se podía ver clarito el yodo sublimándose en su piel como un mefistofélico ectoplasma violeta. Eso le había amilanado para siempre las ganas de trabajar.

En Aurelia, la Compañía se preocupaba de tenerles a los músicos un trabajo liviano y bien remunerado. La mayoría de ellos o era dependiente en la pulpería o cuidador de la plaza. Al integrarse a la banda, a Bello Sandalio le habían ofrecido varios trabajos, incluido el de «matasapos», que era un trabajo ejecutado mayormente por niños. Pero él no se veía acuclillado todo el santo día

con un mazo de madera en la mano aplastando terrones de salitre como si fueran batracios. Al final, los propios músicos, luego de oírlo tocar, habían acordado hacerle un pequeño estipendio con parte del bono que la Compañía les pagaba por retreta. Y Bello Sandalio creía que de eso se aprovechaba el maldito jefe de banda —un gordo que pesaba 140 kilos y que había aprendido a desafinar con el trombón en el regimiento—, para joderle la cachimba por cualquier motivo y prohibirle subir a la glorieta premunido de una botellita para la sed. Era la primera vez en sus andanzas de trompetista errabundo que se hallaba con una manga de músicos abstemios.

Bello Sandalio estrujó la última gota de la botella. A esas alturas ya tenía decidido que no iría a tocar a la filarmónica. Por él la banda se podía ir al mismísimo carajo. En verdad lo tenían hasta la coronilla. Acomodó su trompeta bajo el brazo, alisó su pelo colorado hacia atrás y se despidió de su imagen en el espejo con una leve reverencia de sarcasmo. Ya en la oscuridad de la calle, encaminado hacia su pieza de soltero, iba convencido plenamente de dos cosas: que la sed le seguía viva en la garganta y que en el transcurso del último año había envejecido por tres. El espejo detrás del mesón le había enrostrado esto último con una nitidez perversa. Durante los tres cuartos de hora que hizo durar la botella, no había apartado la vista de su amarillenta luna descascarada.

Iluminadas apenas por el rectángulo de luz amarilla arrojado desde alguna ventana abierta, las calles de Aurelia parecían pasadizos de un barco sumergido en las quietas aguas de la noche pampina. Aurelia era otra de las oficinas a punto de apagar sus humos a causa de la crisis salitrera. Pronto se convertiría en otro pueblo fantasma. «Los malditos alemanes», pensó Bello Sandalio.

De pronto le pareció que la brisa le traía retazos de música de victrola. Al asomar a la esquina divisó a su izquierda una casa más iluminada que las demás. Desde su ventana abierta salía barullo de fiesta. Seguramente se trataba de un cumpleaños. No podía ser bautizo ni boda. Desde lo alto del kiosco de la plaza se divisaban las puertas de la iglesia y, mientras duró la retreta, él no había visto ninguna aglomeración de las que provocaban aquellas ceremonias. Así que la fiesta tenía que ser de cumpleaños. Mientras razonaba de este modo seguía escupiendo espumoso y cortito. La condenada sed... Súbitamente detuvo su paso, hizo chasquear vivamente los dedos y su sonrisa destelló nítida en la noche. Se le acababa de ocurrir la gran idea del día.

Pegado siempre a las paredes de calaminas, se acercó cuidadosamente a la casa enfiestada y asomó una lonja de su cabeza roja por la ventana: Casamiento

no era; no rutilaba ninguna novia entre las parejas. «Me la juego por el cumpleaños», se dijo. Esperó a que terminara de chirriar el vals en la victrola, se acuclilló, introdujo la trompeta por los barrotes y sopló.

La melodía del cumpleaños feliz, como un chorro de cristal amarillo, colmó de súbito la pequeña habitación y dejó suspendidos a todos en su sitio. En las más diversas posiciones, con los ojos redondos de asombro, los festejantes se miraban unos a otros y luego miraban hacia esa aparición de trompeta que hacía vibrar el aire con su música.

Apenas Bello Sandalio terminó de tocar, todos en la fiesta, como descongelados de golpe, estallaron en aplausos. Y mientras los hombres reían divertidos, las mujeres miraban complacientes a ese colorín simpático que, a través de los barrotes de la ventana, desplegaba todo el lienzo de su sonrisa blanca.

El dueño de casa, un hombre altísimo, de espesas cejas peinadas hacia arriba, camisa de franela y pantalones sujetos con anchos suspensores rojinegros, salió a la calle con un buen vaso de ponche en la mano. Con unas carcajadas que le estiraban y encogían graciosamente los suspensores elasticados, el hombronazo —que Bello Sandalio halló muy parecido al retrato de su abuelo— le alargó una mano grande y callosa. «Usted toca como los ángeles», le dijo. Luego lo invitó amablemente a que los acompañara en la fiesta. Cuando adentro le hicieron ver que no festejaban un cumpleaños, sino que despedían a un amigo que partía de vuelta a su Talca natal, Bello Sandalio, asido a su vaso de ponche y a su sonrisa blindada, dijo, sardónico, que menos mal que la cosa no había resultado velorio.

Después de animar varias piezas populares al son de su trompeta, alguien le presentó a un hombre que no había dejado de hablar y de fumar durante toda la noche y que era el compadre del dueño de casa. Se llamaba Francisco Regalado. Era un tipo nervudo y reseco como una momia. Lo único que brillaba en el cuero corrugado de su rostro eran sus vivísimos ojos verdes, encendidos como pavesas.

Francisco *Pancho* Regalado era famoso en el Cantón Central por haber sido uno de los más sufridos mercachifles pampinos de principio de siglo. En sus correrías de comerciante proscrito se había perdido una vez en el desierto y para sobrevivir hubo de beber de su propia orina ardiente y devorar su ancho cinturón de cuero como si fuera salame. Además, se había salvado innumerables veces de caer bajo las balas de los vigilantes de los campamentos salitreros, aunque no siempre de las caricias de sus huascas. Tenía toda una

cartografía de cicatrices marcadas en el lomo que lo certificaban sin desmentidos. Ahora estaba radicado definitivamente en Pampa Unión donde tenía una charcutería y era dueño de uno de los tres camales del pueblo. Todo eso lo supo Bello Sandalio por boca del propio Francisco Regalado en el tiempo que éste demoró en estrecharle la mano, ofrecerle un cigarrillo, encendérselo con su encendedor de mecha, dar la primera pitada y exhalar dos argollas de humo azul con el gesto épico de los aventureros sin remedio.

Y cuando Bello Sandalio, por su parte, comenzaba a contarle de sus incursiones con la trompeta y de lo desgastado que se hallaba en Aurelia, el hombre lo interrumpió para pasarle el dato de que en Pampa Unión andaban buscando músicos; que había salido publicado un aviso en *La Voz de la Pampa*, un pequeño periódico fundado sólo el mes anterior en el pueblo. Que andaba la bulla, le dijo, que el Presidente Carlos Ibáñez del Campo venía en gira hacia el norte, y que además de visitar Iquique y Antofagasta, y algunas oficinas salitreras, era muy posible que pasara por Pampa Unión. Y que por tal motivo las autoridades y los comerciantes más influyentes del pueblo, junto a los más encopetados vecinos, querían organizarle a Su Excelencia una recepción a lo grande, con banda de música y todo. Después el hombre fue a la cocina y apareció con el periódico en las manos. El ejemplar correspondía al número aparecido el miércoles pasado, 17 de julio de 1929, constaba de ocho páginas heroicamente impresas y valía veinte centavos. «Aparece los miércoles y sábados», le reseñó el hombre. Y luego le dijo que se lo regalaba y que si se decidía a asomarse por Pampa Unión no dejara de ir a visitarlo al camal.

—Con unos buenos cachos de sangre de toro, usted va a quedar soplando la trompeta como el mismo ángel del juicio final —le dijo.

Bello Sandalio le preguntó en un tonito entre confidencial y pitorrero que si en el retén de Pampa Unión seguía en servicio el mismo capitán de Carabineros de hace un año. Francisco Regalado le palmoteó la espalda con esa confianza de años que crece entre dos hombres que acaban de conocerse a la orilla de una copa de vino, le dio una mirada de complicidad y le dijo que el capitán ya no era el mismo; de modo que si tenía alguna cuentecita pendiente por allá, que no se preocupara, que ya podía volver tranquilo.

—Aunque en lo personal —dijo— yo me hubiese quedado con el capitán de antes. El hijo de puta de ahora es un esbirro del gobierno que, además de sacarle plata a los dueños de prostíbulos tal cual lo hacía el otro, se ensaña brutalmente con los pobres obreros que caen detenidos por ebriedad. Y, además, lo que es peor, este legañoso anda viendo comunistas y maricas hasta

por debajo de las piedras.

Luego se explayó en que hacía apenas dos meses, por denuncias de coimas y un escándalo de soborno en un fumadero de opio, gota que rebasó la paciencia de las autoridades de Antofagasta, habían dado de baja a la dotación completa de carabineros. Claro que ninguno de ellos había abandonado el pueblo.

—¡Cada uno se quedó regentando su propio burdel! —dijo socarronamente el mercachifle.

Y para que el amigo filarmónico lo supiera, no era la primera vez que ocurría eso en Pampa Unión. Que él, siendo uno de los residentes más antiguos del pueblo, no tenía en cuenta la cantidad de veces que había visto cambiar el cuerpo completo de policía y hasta desaforar, por delitos de corrupción, al propio Delegado Civil. Y es que Pampa Unión era un pueblo de mierda que corrompía a cualquier cristiano, y que tal vez por eso mismo, amigo mío, le dijo, el recién fallecido obispo de Antofagasta se había negado siempre, rotundamente, a que en sus reductos se construyera una iglesia.

—Somos un pueblo sin Dios ni ley —sentenció.

Y, encendiendo otro de sus cigarrillos Faro (cuya fábrica, le acotó en su charla infatigable, estaba regalando una cigarrera de oro al que juntara doscientas cajetillas vacías), el hombre lo tuvo hasta la salida del sol contándole la historia increíble de la *República Independiente de Pampa Unión*. «El único pueblo libre en toda la extensión del Desierto de Atacama», repetía febril el mercachifle.

El doctor Lautaro Ponce Arellano, hombre de aspecto mundanal y poseedor de una gran cultura, jamás en su vida de marino imaginó llegar a ser el fundador de un pueblo. Y menos todavía de uno enclavado en pleno Desierto de Atacama. Así comenzaban contando la increíble historia del nacimiento de Pampa Unión sus habitantes más antiguos cuando algún forastero de aire despistado preguntaba, al fresco de sus altos atardeceres bíblicos, que de dónde diantres había aparecido este pueblo tan alegre y cascabelero en medio de la más infernal peladera que ellos habían visto en sus viajes por el mundo. Que cuando a mediados del año 1911 –contaban detrás de sus mostradores los abarroteros bonachones–, dos años después de haber llegado desde Valparaíso, su tierra natal, el doctor creía estar poniendo la primera piedra de su hospital-sanatorio, a construirse en lo más ardiente de la pampa salitrera, no lo había perturbado la más mínima sospecha de que lo que en verdad estaba llevando a cabo en ese momento era la grandiosa empresa de fundar un pueblo. Y no un pueblo cualquiera, no señor, sino uno que había llegado a ser el pueblo más combatido y vituperado que jamás haya llegado a existir por estas perdidas comarcas de Dios. Un pueblo blanco de intrigas por parte de los dueños de las salitreras que, entre otros epítetos de ignominia, lo habían catalogado –desde los editoriales de los periódicos comprados por los mismos magnates– de infernal antro del vicio, vil centro de corrupción y pernicioso burdel del desierto. Y que por lo mismo, pese a sus años de ardua existencia, todavía el Estado no se dignaba a reconocerlo legalmente. Por lo tanto, amigo mío –decían los abarroteros esgrimiendo sus poruñas de hojalata, mientras el afuerino despistado se quedaba oyendo atónito– su nombre de estación ferroviaria aún no aparece demarcado en ningún mapa oficial de la República de Chile. Luego, los unioninos más sapientes y enterados –los sastres y los barberos estaban entre los más sapientes y enterados–, pasaban a relatarle al

forastero de turno una completísima biografía del doctor, ya aprendida de memoria y adornada en partes a su real amaño. Que como médico cirujano de la Armada Nacional, el doctor Lautaro Ponce Arellano había arribado a Antofagasta a bordo del crucero *Ministro Zenteno*, su última nave, y tras recorrer la extensa zona del Cantón Central, y de constatar las atroces deficiencias médicas, sociales y morales que sufrían los trabajadores del salitre, había tenido la idea visionaria –vesánica para muchos–, de fundar un hospital-sanatorio en pleno desierto. El doctor, hombre de audacia probada y ademanes refinados, no paraba de repetir en los salones sociales de Antofagasta, sin perder su parsimonia de porteño elegante, que le parecía simplemente inaudito, por usar un vocablo oficioso, que sólo hubiera dos médicos residentes para atender a los treinta mil obreros desperdigados en las veintisiete oficinas salitreras que conformaban el Cantón. Que ni en los períodos más críticos de la historia de la humanidad, en medio de las más cruentas guerras de que se tiene memoria, predicaba admonitorio el insigne doctor, el hombre había estado tan desprotegido social y moralmente como lo estaba en estas crueles llanuras del salitre. Que en el puerto de Valparaíso –relataban pedagógicos los atildados dueños de farmacias y droguerías, mientras despachaban hojas de coca y recetaban permanganato para las enfermedades de trascendencia social–, el doctor Lautaro Ponce había hecho periodismo médico y había llegado a ser Director y redactor de *La Tribuna Médica*. Que incluso mantuvo una permanente colaboración científica con gran parte de la prensa capitalina, mereciendo sus artículos la reproducción de los periódicos más importantes a lo largo de la costa del Pacífico. Que su título de doctor lo había obtenido en la Universidad de Chile en 1903, y que su memoria se llamó: *Profilaxis de la peste bubónica basada en la desinfección en los buques*. Que apasionado de este tema, en mayo de 1907, el doctor Lautaro Ponce había dado que hablar a los diarios y revistas de la Capital al intervenir personalmente en uno de los primeros casos de peste bubónica declarado en el país. Al enterarse del primer caso mortal –narraban insomnes los dueños de hoteles y casas de alojamiento–, el doctor Lautaro Ponce se las arregló temerariamente para introducirse al hogar del afectado, un estibador contagiado de la peste en uno de los tantos barcos de bandera extranjera que habían atracado en el puerto durante aquel mes. Con una audacia suicida, el joven médico llegó hasta el cuarto mortuorio y, ahí, acompañado sólo del famélico perro de la casa, reconoció y extirpó el terrible bubón de la peste. Todo esto cuando el terror causado por la epidemia había puesto en jaque a las autoridades y amilanado el ánimo de los más conspicuos

médicos de la ciudad. Que después de aquel acto de heroísmo, y sin ninguna intermisión, el doctor se había puesto a trabajar afanosamente en los análisis del tejido infectado, y sólo tras varias horas de intensa labor, exhausto y hambriento hasta la fatiga, el galeno había pensado en su propia vida y se había hecho vacunar con el antídoto. «Esto, cuando la temible peste ya podía haber echado mortales raíces en su organismo», recitaban expresivos los dirigentes de las confederaciones obreras citando un loador artículo aparecido en la revista *Zig-Zag*; artículo que ellos aseguraban tener recortado y a buen recaudo por si algún incrédulo dudaba de la historia. Que por lo mismo, como buen discípulo de Sócrates que era el doctor Lautaro Ponce —predicaban febriles los dirigentes, asistidos por el rostro grave de don Emilio Recabarren enmarcado sobre sus escritorios—, tenía que resultarle simplemente inhumano lo que ocurría con el obreraje de la pampa. El doctor había verificado en el terreno mismo que, a causa de la falta absoluta de seguridad industrial por parte de las Compañías, las faenas cobraban una impresionante cantidad de vidas humanas cada año. Explosiones de tiros echados, derrumbes en las cuevas, mutilaciones en las vías férreas, caídas dentro de los terribles cachuchos de caldos hirvientes, eran, por nombrar sólo algunos, los horribles percances que sufrían a diario los hombres de las salitreras. Estaba visto —recalcaban alzando un índice recriminatorio los dirigentes obreros—, que en esas inhumanas faenas, el más leve descuido podía resultar fatal. Y en cada uno de los accidentes el practicante de turno, luego de prestar los primeros auxilios en el siempre exiguo dispensario que mantenían las oficinas, era bien poco lo que podía hacer por los trabajadores heridos. La única alternativa entonces era mandarlos de vuelta a sus hogares o, en los casos más graves, remitirlos al hospital del puerto. Y en esa fatigosa jornada de más de seis horas en ferrocarril rumbo a Antofagasta, a veces encaramados en los mismos vagones de fierro en que cargaban los sacos de salitre, los infortunados obreros —mocetones jóvenes llenos de vida la mayoría de ellos— terminaban casi siempre por morir a medio camino. Que después de ver toda esta desidia por parte de los industriales, el doctor Lautaro Ponce comenzó a recorrer la zona salitrera en busca de un sitio apropiado para la construcción de su obra. Hasta que en el kilómetro 144 del ferrocarril Antofagasta a Bolivia dio con el lugar que le pareció perfecto. Se trataba de un área fiscal frente a la estación Unión. Sin pensarlo más, el doctor pidió al Gobierno la concesión de un terreno y allí, en aquella blanca extensión de pampa rasa, circundada por casi una treintena de oficinas salitreras en funcionamiento, levantó su hospital-sanatorio. Y cuando un año después de poner la primera piedra —contaban risueños y

nostálgicos los ex mercachifles, ahora flamantes dueños de camales, emporios o tiendas de menaje—, el doctor Lautaro Ponce inauguraba su flamante obra, en rededor de ella ya se habían pegado, como pólipos al casquete de un barco encallado, los primeros puestos de comercio. Como la estación ferroviaria, además de proveer el transporte contaba con agua potable y teléfono, y por esas tierras existía una serie de pozos de agua, producto del afloramiento de napas subterráneas, se dieron todas las condiciones para que los sufridos comerciantes de la pampa, instalados en toldos de gitanos, en carpas de sacos o en casuchas de latas, se agarraran a la sombra del edificio como a una prodigiosa tabla de salvación. Eso los vino a redimir de una vez por todas de las angustias y penalidades sin cuento sufridas durante años en sus hazañosas correrías de mercaderes proscritos. Y es que además del riesgo de empamparse y morir locos de sed en su peregrinaje de una oficina a otra, los mercachifles eran perseguidos sin misericordia por los fieros vigilantes de los campamentos. Estos matones de carabina y huasca, además de requisarles toda la mercadería, las fichas y el dinero sonante que llevaran encima, terminaban golpeándolos brutalmente hasta dejarlos tirados sin sentido en alguna quebrada en medio del desierto. O, derechamente, sin ninguna clase de escrúpulos ni cargos de conciencia —recordaban con ojos llorosos los ex mercachifles—, estos sicarios sin alma, pagados por los magnates salitreros, los asesinaban y mal enterraban en cualquier hoyo de calichera abandonada. Pero pese a todos aquellos avatares, los intrépidos comerciantes se las ingeniaron siempre para traspasar los altos murallones que rodeaban los campamentos y, de noche, sigilosamente, de casa en casa, por la puerta chica de las cocinas, hacerle la competencia al perverso monopolio de las pulperías. Espurio monopolio que los dueños de las oficinas —«zainosos cabrones sin corazón», decían suspirando las furibundas dueñas de pensiones— mantenían pagándoles a sus trabajadores con fichas que sólo eran canjeables en las pulperías —también de su propiedad—, en las cuales, impepinablemente, se hacía trampa en los pesos y en las medidas —«Ahí se veían los medios de a cuarto y las libras de doce onzas», decían con un esguince irónico en sus rostros las matronas—. Que para mantener el negocio, los administradores castigaban rigurosamente la compra de mercadería en las poblaciones vecinas o en cualquier parte fuera de los recintos enmurallados de las oficinas. Los alimentos y artículos que los obreros o sus familias lograban introducir desde el exterior recibían el sugestivo nombre de «contrabando»; y cuando a un trabajador se le sorprendía en este tráfico ilegal, lisa y llanamente se le despojaba de todo lo adquirido, sin derecho de apelación. De esta tal

manera, estos señores feudales de pacotilla —para que se vaya dando cuenta, usted, la pastita, rezongaban las robustas mujeres—, habían llegado al colmo de prohibir y castigar con penas absolutamente arbitrarias no sólo a los ambulantes, sino también la instalación dentro de los campamentos de los más humildes comercios a que solían recurrir las familias obreras para aumentar sus recursos; la venta de pan amasado, los puestos de mote con huesillos y hasta la humildísima fabricación de caramelos de azúcar quemada. ¿Se da cuenta usted, mi caballero lindo —terminaban exclamando las mujeres—, la clase de piedras azules que eran estos jaibones? Y es que resultaba tan óptimo el balance de las pulperías a fin de año, eran tan pingües las utilidades, que los dueños no trepidaban en nada para mantener el monopolio. Si hasta se sabía de un despistado industrial extranjero —contaban irónicos los carniceros— que, al cerciorarse de tan buen negocio, envió un cable al administrador de su oficina ordenándole que parase inmediatamente la producción de salitre y se mantuviese sólo con las ventas de la pulpería. Al principio —decían blandiendo sus cuchillos chorreados de sangre los carniceros impávidos—, el caserío que floreció frente a la Estación Unión fue absolutamente ilegal, ya que a ninguna de las primeras construcciones, salvo al hospital del doctor, claro, se le había dado la debida concesión de los terrenos. Los primeros en instalarse habían sido comerciantes en menajes de casa y artículos de paquetería, luego comenzaron a allegarse toldos de venta de comidas y menestras, y, después, de la noche a la mañana, sigilosas como plantas nocturnas, habían aparecido levantadas algunas casuchas de expendio de bebidas alcohólicas. De ahí no transcurrió mucho tiempo antes de que hiciera su aparición, en gloria y majestad, el negocio que resultó el más lucrativo de todos: las bulliciosas carpas de franjas a colores de las alegres mujeres de la vida. Que después de un tiempo —contaban los taxistas de *jockey* escoceses, manejando sus flamantes Ford T cubiertos del polvo salitroso de las huellas de tierra—, la fábrica de hielo de un industrial italiano fue la primera empresa que solicitó la debida concesión de terrenos y se instaló con sus frigoríficos en una sólida construcción de adobes. Después fue la lavandería a vapor de un inmigrante chino, y luego la panadería de un griego. Y tras ellos, rápidamente, se fue instalando cuanto negocio existía en todas las grandes ciudades del mundo. Españoles, griegos, sirios, yugoslavos, árabes, chinos, japoneses, argentinos, peruanos, bolivianos, italianos, alemanes, portugueses y toda una babel de comerciantes y aventureros venidos desde todas las latitudes del globo terráqueo, fueron transformando rápidamente al pueblo en una pequeña ciudad cosmopolita, llena de vida y animación. De

modo que cuando el doctor Lautaro Ponce –musitaban puntillosos los relojeros– dos años después de inaugurar su sanatorio, y por razones políticas no del todo transparentes, lo abandonó para irse a radicar definitivamente a Antofagasta, lo que vio desde la ventanilla del tren, no fue el exiguo caserío inicial, sino una pequeña metrópolis que flotaba como un espejismo de mercado oriental en medio de la ardiente resolana del desierto; un pueblo con calles rumorosas de gente, chirriante de carretas con mulas y animadas de la mañana a la noche de una trifulca indescriptible de peleas de perros. Un pueblo al que desde sus primeros tiempos –recordaban sin levantar su monóculo del tripaje de los Longines, los relojeros–, en cada fin de semana, toda la población salitrera del Cantón Central se trasladaba en masa a divertirse. Y era tal la cantidad de gente flotando en medio del polvo áspero de sus calles, que las tiendas y negocios de todos los rubros no daban abasto ni tenían manos suficientes para atender a tantos compradores juntos. Fue entonces que los industriales salitreros habían comenzado su campaña encarnizada en contra del pueblo. Desde las páginas de todos los diarios del país vociferaban con acento de predicadores mesiánicos que a aquel pueblo maldito había que extirparlo de la faz de la tierra, pues no era sino un antro de ignominia en donde el vicio y las enfermedades genésicas estaban estrujando la savia más preciada de nuestra gallarda raza araucana, y llevándola inexorablemente a la tumba. Pero todo el mundo estaba al corriente de que en las pulperías de las oficinas salitreras, de propiedad de estos mismos zarrapastrosos del carajo que moralizaban en contra de la existencia del pueblo, se expendía licor falsificado; un letal brebaje elaborado criminalmente con alcohol industrial, agua salada y otras esencias extrañas. Y este licor adulterado, altamente tóxico –que en las pulperías se vendía por anisado y los viejos llamaban «huachucho»–, además del terrible delirio alcohólico que causaba en los bebedores, era el culpable directo de muchas muertes por intoxicación entre los pampinos. Sin embargo –contaban orgullosos los concesionarios de clubes sociales, jugando con su leontina de oro y poniendo la primera botella por cuenta de la casa al forastero desnortado–, pese a todos los embates y golpes bajos en contra del pueblo, éste había resistido como una roca de faro y hoy en día ya contaba –vaya haciendo cuentas, mi amigo– con una empresa de luz eléctrica, una escuela municipal, un cuartel de policía, tres mataderos, una filarmónica, un cine, un cementerio, una imprenta, un periódico, dos clubes sociales, un centro de conductores de carretas, un centro de choferes, un sindicato de panificadores, nueve hoteles, cinco sastrerías, tres droguerías, dos relojerías, tres talleres mecánicos, tres

peluquerías, dos lecherías, tres bodegas de frutos del país, cincuenta y tres automóviles, treinta y seis camiones, veintidós góndolas de pasajeros y un sinnúmero de locales de pensión, de alojamiento y de remolienda. Lo único que no se había logrado todavía —lamentaban tristes las dueñas de lecherías— era que se construyera una iglesia. Y con la franqueza y la voz fuerte que da la buena salud, estas matronas acusaban a las autoridades eclesiásticas de estar de lado de los industriales millonarios y de negarse tozudamente a permitir que se erigiera una Casa del Señor en el pueblo, arguyendo, según sus propias palabras de púlpito, que se trataba de un reducto maldito regentado por el propio demonio en persona. Y esa era una de las peticiones insertas en el Memorial que los comerciantes del pueblo, junto a las autoridades y vecinos principales, estaban preparando para hacerle entrega al Presidente de la República que, por si usted no lo sabe, mi amigo, está próximo a visitar el pueblo —contaban en los últimos días los dueños de tabernas y los regentes de prostíbulos—. Que entre las tantas necesidades, además de la pequeña capilla para atender los asuntos del alma, se le iba a solicitar a Su Excelencia la solución definitiva del agua potable y la construcción urgente de una escuela fiscal. Y, por supuesto, amigazo —redondeaban los cabrones pálidos— lo más importante de todo, lo que los habitantes de Pampa Unión esperaban con verdadera ansiedad, era que en ese documento se le pedía al General Ibáñez que estableciera por fin la legal constitución del pueblo; que el Estado terminara de reconocerlo de una vez por todas. Pues, aunque usted no lo crea, ganchito —terminaban contando guasonamente los cafiches, riéndose descaradamente de la expresión zurumbática del forastero—, hasta estos momentos, aunque le parezca increíble nomás, con cuatro mil habitantes establecidos, y los fines de semanas con una población flotante de más de quince mil viejos, el pueblo de Pampa Unión legalmente no existe. Como lo oye amigazo: *No existe*. ¿Se da cuenta lo escamante del asuntito? O sea, dicho en forma más clara, ni nosotros estamos aquí contándole a usted todas estas leseras juntas, ni usted nos está escuchando a nosotros con su bocota abierta y los ojos como huevos fritos.

Hacía tiempo que la señorita Golondrina del Rosario no despertaba pensando en algo distinto a lo ocurrido en aquella quemante noche de locura.

El domingo, después de la función vespertina, los principales del pueblo le habían mandado a decir que tuviera a bien pasar un momento por los salones del Club Radical. Allí fue informada por primera vez de la visita del presidente — «de Su Excelencia el Presidente de la República, señor don Carlos Ibáñez del Campo», se demoró, solemne, el farmacéutico mayor del pueblo— y de su elección por unanimidad para que fuera ella la encargada de ofrecer el concierto de piano que el flamante Comité de Recepción, recién acabado de nombrar, había decidido organizarle al mandatario en su breve estadía en Pampa Unión.

De modo que al despuntar la mañana, la señorita Golondrina del Rosario despertó en su alto catre de fierro forjado pensando no en el desliz de aquella noche de verano —noche estarcida a fuego blanco en las tablillas de su memoria—, sino en qué *Polonesa* de Chopin, su músico de toda la vida, sería la más adecuada para tocar en honor a un presidente de la república. Un presidente que además ostentaba el grado de general de ejército. Su trascendental vacilación de pianista romántica oscilaba entre la *Opus 40 N° 1* en La mayor «Militar» y la *Opus 53* en La bemol mayor «Heroica», originalmente llamada «Napoleónica».

Aparte de la belleza extraordinaria y la blancura casi traslúcida de su piel, la señorita Golondrina del Rosario había heredado de su madre una refinada sensibilidad artística. Además de dar clases de piano a algunas de las pocas damas pudientes del pueblo, enseñaba el difícil arte de la declamación a los niños que se distinguían en los actos matinales de la pequeña escuela pública, enseñanza, esta última, que impartía en su propia casa y totalmente gratis. Por las tardes, a la hora de la oración, luciendo sus etéreos sombreritos de fantasía, se iba a tocar el piano al Teatro Obrero. Y era por obra y gracia de esta última

actividad que se había hecho conocida y admirada por cada uno de los habitantes de Pampa Unión.

La señorita Golondrina del Rosario era la animadora de películas más apreciada de la zona. Todos los aficionados al cine del pueblo estaban de acuerdo en que se trataba de la mejor sincronizadora que había pasado por el primitivo piano del Teatro Obrero. Sobre todo era elogiada por el hondo sentimiento con que acariciaba las teclas en las escenas más románticas de las películas de amor. Sus composiciones musicales acentuaban de tal modo el dramatismo, el suspenso o la acción de la obra —comentaban los entendidos—, que hasta la película de argumento más vulgar e inane lograba calar en lo más profundo del corazón de los espectadores. Y es que la señorita Golondrina del Rosario ponía tal sentimiento en sus musicalizaciones —redondeaban con apasionado entusiasmo los doctos en la materia—, el dominio que exhibía en su arte musical era tan excelso, que bien podía hacer brotar lágrimas de emoción a las más sentimentales señoras de copete alto, como a los más cerriles mineros de la galería.

En una de las primeras crónicas sociales aparecidas en *La Voz de la Pampa*, se le hacía un verdadero panegírico a sus dotes artísticas, resaltando de manera especial su profunda calidad humana. Así, junto con celebrar su innato talento para la música, la nota periodística destacaba su loable espíritu de colaboración y de sacrificio en aras del desarrollo y el progreso de tan vapuleado pueblo salitrero. «De su gran generosidad y munificencia, virtudes dignas sólo de un alma bella y luminosa, como de la que es poseedora la señorita Golondrina del Rosario —terminaba diciendo la crónica—, pueden dar fe y testimonio irrefutable todos los estamentos del pueblo, sin distinción alguna de clase».

La señorita Golondrina del Rosario se incorporó a medias en la cama. Por la única ventana de su habitación, que daba al patio descubierto de la casa, el resplandor del alba ya comenzaba a empavonar los vidrios de una fría luminosidad de acero. Se quedó un momento mirando los rectángulos de vidrio traslúcido. Hacía tiempo que no se levantaba a ver clarear. Contemplar el amanecer en el desierto era como asomarse el primer día de un planeta recién creado.

El canto de un gallo le trajo de súbito el recuerdo de la trompeta y de aquella noche de verano que había trastornado completamente su vida. Se sorprendió. Recién vino a reparar que era la primera vez en mucho tiempo que no despertaba envuelta en ese recuerdo que le atontaba el corazón y le espesaba la sangre hasta acalugársela.

Para desembarazarse de su sortilegio, dio un brinco en la cama, se sentó derechamente y volvió a concentrarse en el piano, en Chopin, en el concierto. Sobre todo en el concierto. Y es que había que pensar que no se trataba de un concierto ordinario, por lo tanto debía repasar cuidadosamente su repertorio de música clásica. No muchas veces en la vida se tocaba para un presidente de la república.

Sintió a su padre trajinando por la casa. Los lunes eran sus días de recorrido por las salitreras. A esas horas ya se habría engomado y perfumado sus mostachos y estaría comenzando a preparar sus implementos de trabajo. Lo imaginó aceitando las máquinas peluqueras, afilando la navaja, poniéndole agua al difusor de plata, parafina al mechero de desinfectar, doblando meticulosamente la sábana y el paño nuquero, guardando todo en el maletín junto a las demás herramientas: la piedra de afilar, el pelusero, el hisopo, el cisne, el frasco de alcohol, los polvos de talco y las tres distintas tijeras traqueteantes. Como si lo estuviera viendo, lo imaginó inmerso en su labor, parsimonioso, disponiendo cada uno de sus implementos con la misma consagración con que los sacerdotes del colegio —ella aún se acordaba— manipulaban los objetos de la liturgia eclesiástica.

Qué gran hombre era su padre y cuánto lo amaba. Y por ese amor que también era amistad, es que había decidido no decirle nada sobre lo del concierto. Y no porque los señores del Club le hubiesen pedido reserva en cuanto a la visita presidencial, sino porque no quería amargarle más la bilis. Ella sabía perfectamente que su padre era un recalcitrante opositor al régimen. Si sólo era cuestión de oír sus enconosas peroratas en el taller. Pensando esto, se levantó a hacer el desayuno.

Con delicadeza suma, haciendo de cada minucia un sacramento, con un delantalcito de velos similar a los que usaba en el colegio cuando las monjas le enseñaban a preparar dulces y suspiros de merengues, la señorita Golondrina del Rosario comenzó a preparar el desayuno. Ya la tetera, puesta por su padre, hervía a todo vapor en el pequeño anafre de parafina. La inmensa cocina de ladrillos descollando en un rincón del cuarto, se usaba nada más que para cocinar el almuerzo. Encendida a mediodía, la cocina de carbón, con una de sus chimeneas humeando a todo viento —ella no entendía por qué aquella cocina, construida por el turco de las alfombras, tenía adosada otra chimenea, completamente inútil— era en el paisaje como un barco navegando en un sonámbulo mar de arenas.

Mientras freía en el aceite de oliva la cebolla picada en plumillas, y luego

el trozo de carne sangrante, y después los dos huevos de color para acompañar la mazamorra de harina tostada con sal, el plato más apetecido por su padre (en nada semejante a las delicadezas que le habían enseñado a preparar las monjas), la señorita Golondrina del Rosario se sentía presa de un leve sentimiento de culpa. Luego de servirle su hirviente tazón de café boliviano, cuyo aroma impregnó todo el ámbito de la casa, mientras iba y venía como una alegre ruiseñora matinal, seguía dudando si decirle o no a su padre lo del concierto al presidente.

De un tiempo a esta parte ella se estaba dando cuenta de que había comenzado a ocultarle demasiadas cosas a su padre. Sin embargo sabía muy bien que si se lo contaba le echaría a perder todo el resto del día. Y no sólo porque se tratara del Paco Ibáñez («a ese carajo dictador —le había oído decir días atrás— ahora le ha dado por autoerigirse paladín de la moral y las buenas costumbres, y se ha propuesto exterminar de todos los confines de la patria no sólo a los comunistas, sino a todos esos pobres maricones que andan sueltos por ahí»), sino porque, además, a su padre nunca le había agradado mucho que ella anduviera animando veladas de vida social. Menos en el «Club de los Jaibones», como llamaba al Club Radical. Los actos estudiantiles, las veladas de obreros y todo lo que tuviera que ver con motivos de beneficencia, tenían su beneplácito. Incluso que sincronizara las películas del Teatro Obrero —oficio no tan meritorio para un pianista, según algunos exquisitos del arte— le parecía encomiable y digno de elogio. Lo mismo que gastara tardes enteras enseñándoles a declamar poesías a las niñas de la escuela, aliviándole un poco la tarea a su amiga, la preceptora, quien atendía ella sola a 242 alumnos. «Aunque el piano es un instrumento de aristócratas —le solía decir—, no debes olvidar nunca que tú eres hija de un hombre de pueblo.»

En la calle se sintió la llegada de una carreta. Por el chacoloteo de las herraduras flojas de la mula, era la carreta del pan. Uno de los repartidores de la panificadora del italiano Nepomucemo Atentti, entró por el corredor dando los buenos días, seguido de su padre que le había abierto la puerta. Con su traje de salida y su pesado maletín en la mano, su padre la saludó cariñosamente. Ella lo recibió con un beso, le sacó una pelusa de su bigote engominado y le preguntó cómo había amanecido. Enseguida dispuso la mesa y sirvió el desayuno. Él, con su gran cuchara de plaqué y su acostumbrado apetito cavernario, comentando el frío del carajo que había hecho durante la noche, comenzó a devorar el plato colmando hasta el morro.

Mientras su padre desayunaba, Golondrina del Rosario contemplaba el

maletín de peluquero ambulante que a ella tanto le gustaba trajinar cuando niña. De madera, forrado en cuero marrón, con esquinas de metal herrumbrado y una vistosa inscripción grabada a hierro candente que decía: *Sixto Pastor Alzamora, Peluquero*, el maletín era reconocido en cada una de las oficinas que él visitaba.

Pese a que llevaba varios años establecido en Pampa Unión y era el peluquero más antiguo del pueblo, Sixto Pastor Alzamora jamás había dejado de recorrer las oficinas circundantes. Aunque ahora ya no ejercía su oficio al aire libre como antes, sino en los recintos de las confederaciones obreras o en los salones de las sociedades filarmónicas. Incluso en algunas oficinas sus servicios eran solicitados por los propios administradores. Eso a él le daba en las verijas, pero lo aceptaba resignado porque le era de mucho favor en su lucha por la causa: de ese modo tenía chipe libre para entrar en cualquier oficina del cantón. Además, ya no hacía sus recorridos en carreta como antes, sino en góndolas. Y aunque hacía mucho tiempo que podría haberse comprado un auto, nunca había querido hacerlo. «A esas cafeteras con ruedas –solía decir cuando veía pasar un Ford T por la calle– las maneja el mismo macuco que carga las armas de fuego.»

A Sixto Pastor Alzamora tampoco le gustaba la bebida ni era muy adicto a salonear. Aparte de los amores clandestinos con la viuda de la lechería, que le mantenían el orgullo varonil en alto, el barbero solía decir que para conjurar la monotonía de su vida y hacer más llevadera su existencia contaba con tres talismanes poderosos: un recuerdo, una pasión y un orgullo: el recuerdo de su mujer, la pasión por la causa obrera y el orgullo que sentía por Golondrina, una copia hecha a mano de su difunta madre. Pero además, aunque le molestaba reconocerlo, por el cuidado obsesivo que dedicaba a sus prodigiosos bigotes de columpio –que engominaba y perfumaba con agua de rosas dos veces por día–, Golondrina siempre le decía que sus mostachos venían a constituir el cuarto amuleto de su vida.

El barbero aún no terminaba su tazón de café, cuando en la calle sonó la bocina de *La Venus*, la góndola que hacía el recorrido a la oficina Pinto. Se paró rápido de la mesa, se limpió la boca con la punta del pañuelo, tomó su maletín y se despidió de su hija. Asomada al pasadizo, Golondrina del Rosario lo acompañó con la mirada hasta la puerta. Antes de abrir, el barbero dejó un momento su pesado maletín en el suelo, se humedeció los dedos con la punta de la lengua y retorció por última vez sus bigotes. Luego abrió la puerta, pero antes de salir se volvió, la miró con un brillo socarrón en los ojos y, recortado

por el potente sol de la mañana, le preguntó rotundo:

— ¿Sabías que el tirano viene a visitarnos?

Sorprendida, ella sólo alcanzó a hacerle un leve gesto de afirmación con la cabeza, antes de que él desapareciera tragado por el luminoso rectángulo de la puerta. Intrigada, se quedó pensando si acaso su padre no estaría informado también de su concierto.

Cuando una hora más tarde llegó el hombrecito del carbón, la señorita Golondrina del Rosario ya estaba enfrascada completamente en el aseo de la casa. El repartidor dejó el pedido junto a la cocina de barro y cuando ya se marchaba, ella se acordó y le pidió por favor que le pusiera un trozo de carbón en el barril del agua. «Se están criando pirigüines», le dijo.

El carbonero, un chino de aspecto escuálido y gesto evasivo, cuyo rostro no se veía por el tizne, llevó a cabo la tarea sin levantar la mirada; lo único que hacía era mover la cabeza afirmativa o negativamente. Conocido en todo el pueblo como el chino González, era uno de los tantos ciudadanos orientales que, a finales de siglo, emigraron al país y, sin proponérselo, obtuvieron una aparente nacionalidad chilena. Debido a que en los pasaportes sus nombres venían escritos en esos indescifrables ideogramas de su idioma, para evitarse las complicaciones de traducir tantos palitos y rayitas enigmáticas, los funcionarios de la época optaron por transcribir sus nombres tal y como sonaran al oído. De manera que decenas de chinos de nombre Loo-Pi, se transformaron simplemente en López; los Li-Wong quedaron como León y todos los Sam-Chi pasaron a llamarse irremediablemente Sánchez. El chino del carbón se llamaba Wong-Za-Li, y quedó para todo el mundo como el chino González.

Luego de pagarle y darle la propina de costumbre, la señorita Golondrina del Rosario acompañó al chino hasta la puerta, le deseó un buen día y le regaló una sonrisa tan radiante como ese sol de las nueve de la mañana que ya se derramaba espeso por las paredes de la casa.

Como todas las viviendas del pueblo, la casa, que ella en un principio había hallado demasiado grande y vacía, estaba edificada con bolones de caliche pegados con adobe y enlucida con una mezcla de yeso y arena. Su maderamen era todo de pino Oregón. La construcción estaba dividida en dos por un largo corredor con piso de baldosas, cuya entrada tenía una mampara de vidrios grabados. Las habitaciones eran vastas y de cielos altos.

A la derecha del corredor, con puerta independiente a la calle, estaba el taller de su padre, intocable santuario que él mantenía en un orden meticuloso.

La amplia pieza se hallaba circundada de sillas con una estrella de agujeros en su asiento y de sus paredes, pintadas de azul, pendían unos cuadros de motivos exóticos dejados por el antiguo dueño de la casa. En la pared del fondo se alzaba un aparador de roble tallado donde se veían pomos de cremas y frascos con líquidos de colores. Y, de cara al gran espejo biselado, su sillón forrado en cuero de chanco era el altar mayor o la piedra de sacrificio de esa pequeña pagoda particular. En el piso, junto al sillón, relucía su pastoso brillo de bronce antiguo una escupidera que era su legítimo orgullo: ninguna peluquería del pueblo tenía una semejante. Junto a la puerta de entrada, colgado de manera que el cliente pudiera verlo a través del espejo, un reloj de péndulo controlaba los veintidós minutos exactos —«ni un pelo más, ni un pelo menos», se vanagloriaba él— que demoraba en despachar cada corte de pelo; así fuera corte militar o corte garzón. O a lo Rodolfo Valentino, que era la última moda en la pampa.

Inmediatamente después del taller, había una pequeña bodega de guardar trastos en la que se arrumbaban herramientas y muebles en desuso. Después venía la estancia alargada que hacía de cocina y comedor de diario. Más allá remataba el patio.

A la derecha del corredor, con una ventana a la calle, alta y embarrotada de fierro forjado, se hallaban la sala de recibir y la sala de música. Ambos aposentos estaban unidos por una bella puerta de cristal, de doble hoja. Esta puerta, lo mismo que las otras que daban al corredor, tenía una pareja de cisnes grabada en cada vidrio. La sala de música, más pequeña que la de recibir, tenía un clima sigiloso y plácido.

Después venía el dormitorio de su padre y, a continuación, más amplio y mejor decorado, el de ella. La puerta y la ventana de su alcoba se abrían no hacia el corredor como las demás habitaciones, sino hacia el patio de la casa. Y eso a ella le gustaba sobremanera porque, al levantarse y abrir la ventana, el sol de oro le entraba a manos llenas en el cuarto.

En el patio de tierra, pegada a la pared de la cocina, había una sombra de cañas con dos sillones de mimbre y algunos tiestos con matitas de menta que ella cultivaba con esmeros de monja. Hasta allí trasladaban la mesa del comedor en los días de canícula. Pero había que estar atento, pues en las tardes más plácidas de la pampa, arreciaban de pronto remolinos de proporciones gigantescas que se tomaban al pueblo por asalto, estropeaban los techos, se llevaban las cañas y dejaban todas las cosas del mundo espolvoreadas de la salobre arena del desierto.

Al fondo del patio, a la derecha, casi pegado al alto muro que colindaba con el prostíbulo, estaba el cuartito del excusado. Su padre lo había reconstruido ya cuatro veces desde que ella llegara del colegio. Ingrávido, pintado de un color lila, y como flotando a la deriva de un quieto lago solar, el cuarto parecía una verdadera casita de muñecas. «El cuartito lila» lo llamaba ella con ruborosa delicadeza. Para su padre era «el cajón filosofal».

Cuando a mediodía llegó la carreta de las barras de hielo de los lunes y le bajaron la suya envuelta en un saco de gangocho, ya ella se aprestaba a almorzar sola en la gran mesa del comedor. La casa relucía limpia como un cántaro recién salido del agua. Nunca había querido que su padre le llevara una persona que la ayudara en los asuntos domésticos. Ella se encargaba todas las mañanas de ordenar el universo de la casona.

Después del almuerzo, se sentó en la penumbra de la sala de música a esperar a sus alumnas de declamación. Por iniciativa de su padre, aparte de las poesías de Bécquer y de otros poetas románticos, espigadas de un libro que le dejara su madre, ahora último les estaba enseñando poemas de Víctor Domingo Silva, un poeta chileno que, tiempo atrás, recorriendo la pampa, se había alojado en el taller de peluquería.

Al contrario de la sala de recibir, atiborrada de muebles y sillones enfundados en cretona amarilla, la sala de música se veía más espaciosa. Sólo estaba el piano, un par de sillas y un mueblecito de discos estilo Luis XV sobre el que descansaba la ortofónica, un aparato automático con los últimos adelantos de la técnica: podía tocar una hora sin necesidad de darle cuerda. Un mueble anaquel, con su colección de muñecas de loza, hubo de trasladarlo también a la sala de recibir, pues las niñas se entusiasmaban tanto con ellas que olvidaban la letra de los versos y confundían los gestos expresivos de sus declamaciones.

Lo descollante de la habitación era, por supuesto, el piano de cola. Recortado en el centro de la sala, lucía oscuro y solemne. Nunca en la vida iba a olvidar el pandemónium que se armó en el colegio el día que apareció en la puerta cargado sobre una carreta tirada por mulas y adornado con una inmensa rosa de celofán rojo. Sus condiscípulas no la dejaron vivir el año entero con sus burlas de niñas ricas.

El piano le traía también el recuerdo de su llegada al norte y la muerte de su madre. De aquel largo viaje en vapor, dos imágenes se le habían quedado grabadas en su memoria para siempre. En una fría noche en alta mar, mientras todas esas personas de aspecto doloroso se zarandeaban apretujadas en

cubierta, ella había visto a su madre, recortada contra un cielo estrellado, tocando el piano con una emotiva sonrisa de ángel enfermo. La otra era la imagen del piano cayendo estrepitosamente al mar. En la confusión de bajar a tierra el cuerpo de su esposa muerta, su padre, acongojado, mesándose los cabellos de dolor, se olvidó por completo del equipaje y del mundo entero. A causa de un fuerte oleaje que hacía bambolear las embarcaciones esa mañana, el piano había sido mal estivado en el lanchón de desembarque y en el trayecto hacia los muelles de pronto se descontrapesó, resbaló por un costado y cayó al mar hundiéndose en las sucias aguas de la bahía. La embarcación en que iban ellos con su madre muerta venía a corta distancia, y su pobre padre, absorto en su dolor, con la mirada fija en el rostro ceroso de su madre, no se percató o no quiso percatarse del incidente. Ni siquiera dio vuelta la cabeza a los gritos desesperados de los hombres tratando de afirmar el piano que, al caer al agua y abrirse su tapa, pareció sonreír con una atiburonada sonrisa de teclas blancas.

Como en las brumas de un sueño lento, a ella todavía le parecía verlo deslizándose por el borde de la lancha y, en un tétrico resonar de acordes, hundirse negramente en las aguas del mar.

El silbido del tren de las dos de la tarde la sacudió de la modorra de sus recuerdos.

Cuando Bello Sandalio bajó del tren, el rebullicio del gentío, el polvo flotando en el ambiente y el sol cayendo a baldadas sobre el mundo le recordaron los lejanos domingos de su infancia: esos días redondos y transparentes como bolitas de vidrio.

De nuevo se hallaba en Pampa Unión, el pueblo más renombrado del desierto de Atacama. Parado en la pisadera del último carro, alisó su elegante pantalón Orfox, se acomodó la humita, estiró su metro y setenta y dos centímetros de humanidad, se pasó una mano por su pelo de alambre y saltó a tierra. En lo que duró el viaje desde Aurelia —casi una hora—, soportando un calor de caldera dentro del carro, se había bebido cuatro cervezas de esas con chaleco de paja y ya de nuevo sentía que la sed le comenzaba a bailotear en la garganta.

Con el yelmo de su sonrisa por delante, y protegiendo su trompeta bajo el brazo, Bello Sandalio desechó displicentemente a los vendedores que se agolpaban sobre el tren pregonando sus mercancías. Del mismo modo se negó a entregarles su maleta a la bandada de niños descalzos que, grises y movedizos como gorriones de plaza pública, se ganaban el día transportando equipaje a pulso. Y ya a la salida de la estación le dijo que no gracias, preciosa, a una gitana desgredada que le pidió la mano para verte la suerte, guapo, mira, no seas orgulloso conmigo, y esquivó a los hieráticos bolivianos que ofrecían carretelas tiradas por mulas, camiones con tolva y autos con parrillas para transportar pasajeros hasta el pueblo. Todo esto sin perder el brillo de su sonrisa metálica que lo mismo desconcertaba a los hombres que volvía imaginativas a las mujeres.

Él recordaba que cuando niño, su abuela siempre le repetía que había heredado la sonrisa de su tía Ninón. «La tarambana de tu tía Ninón que se llevaba todo el día cantando y sonriendo por nada», le decía la anciana. Y la tía

Ninón, según habíase enterado después, había sido una pelirroja de facciones más bien comunes, pero redimida por una bellísima sonrisa de ángel sensual; una sonrisa que era su única joya, su juguete predilecto y su más infalible carta de triunfo. Deliciosa sonrisa que, según le vaticinaba agriamente la abuela al verla en la ventana prodigándosela a cada muchacho que pasaba, sería la causa directa de su perdición. «Con esa sonrisita —le decía la vieja— vas derecho a terminar ocupándote en un cabaret.» Sonrisa radiante la de su tía Ninón que aún después de casada no pudo dejar de obsequiar a quien la mirara, pese a que el bruto de su marido la golpeaba con saña en la boca —siempre en la boca— y ella tenía que acudir a los cuchillos en cruz para recuperar su sortilegio que, tras cada zurra, parecía emerger más efectivo que nunca. Hasta que una tarde la tía Ninón, con el puro vestidito de tafetán que llevaba puesto, pero con el lucero de su sonrisa más esplendente que nunca, hizo cumplir de puro gusto el vaticinio de la abuela. Sin siquiera cambiar de nombre —el suyo le venía de perillas—, se fue a cantar y a vivir alegremente en un cabaret de la calle de los faroles.

Bello Sandalio se rió solo. Una sensación de afecto le pulía el espíritu cada vez que recordaba a su alocada tía Ninón. Ya encaminado por la blanca huella de tierra, los rayos del sol relumbraban rojos en su cabeza de antorcha. A medio camino entre el reducto ferroviario y la primera calle del pueblo, una tribu de gitanos había levantado su campamento de carpas desteñidas. Mientras caminaba y observaba a una gitana joven que orinaba hieráticamente acuclillada bajo el sol, oyó la campana anunciando la salida del tren. Calculó que serían pasadas las dos de la tarde.

Nunca usaba reloj. Y esa era otra costumbre que le imputaban como rareza. Tampoco lucía anillos ni llevaba leontina en el chaleco. Del mismo modo, nunca había querido implantarse un diente de oro como hacían los elegantes de la época, que incluso llegaban al extremo de hacerse extraer una pieza dental sana para cambiarla por una de brillo dorado. «La trompeta es mi única joya», argumentaba sonriente en los bares, parafraseando a su tía Ninón.

Aunque no había viajado más de treinta kilómetros desde Aurelia, y por lo tanto el paisaje seguía siendo el mismo peladero de planeta recalentado, algo en la atmósfera de ese lugar le electrizaba el ánimo y le aceleraba los golpes de sangre del corazón. Ahí, a cien metros delante suyo, deslumbrante y tembloroso como el espejismo de un ave del paraíso en pleno desierto, el pueblo de Pampa Unión seguía igual de vivo y alegre que un año atrás. La crisis salitrera, graneada en la visión desoladora de varias usinas sin humo en las oficinas circundantes, aún no había logrado esmerilar un ápice su brillo de pueblo

bullanguero. A lo lejos se vislumbraba la misma batahola de comercios y la misma animación en las calles, y en el aire seco y alcohólico se percibía el mismo magnetismo que en los días de pago atraía con fuerza a los mineros, les apuraba el tranco polvoroso y los hacía tragar saliva de sólo pensar en las descomunales farras que se darían al llegar a sus tugurios.

A cincuenta metros del pueblo se detuvo, escupió cortito y dejó la maleta en el suelo para encender un cigarrillo. El calor del sol, la reverberación de las arenas ardientes y la pavorosa incandescencia del cielo, le hicieron sentir por un instante que al raspar el fósforo el mundo entero estallaría en llamas. Recordó una impresión parecida: la primera vez que había tocado con el circo en una de las salitreras estaba tan caldeada la atmósfera que él pensó que a la primera nota de su trompeta la carpa se iba a inflamar. Eso había sido cuando, luego de morir su abuela, se fugó de la casa y se vino integrando la banda de un haraposo «circo internacional». Pampa Unión entonces no existía. Sólo estaban las salitreras que recorrió una a una animando las pobres funciones circenses con la banda de seis músicos famélicos. Hasta que la bailarina principal, que además oficiaba de mujer de goma, asistente del mago, cortadora de boletos y vendedora de remolinos de papel, abandonó las pistas para casarse con el administrador de no se acordaba qué oficina y el circo se desbarató. Él no quiso volver a Iquique y se dedicó a tocar en las bandas de retreta.

Ensapado en sudor, sus ojos encandilados comprobaron que la Calle del Comercio, adornada de coloridos letreros publicitarios, seguía siendo la misma de siempre. En sus siete cuadras polvorientas, sus tiendas y bazares exhibían artilugios llegados desde los rincones más exóticos del mundo. En sus escaparates de vidrio o simplemente expuestas al sol y al viento, se podían encontrar las más increíbles mercancías amontonadas en revoltijos sin orden ni concierto. Desde succulentos barriles de sardinas en aceite hasta medievales corsés de hierro para las bellas de la pampa, pasando por objetos tan disímiles como rollos de seda recién traídos de la India y engrasados calamorros de fabricación argentina. También se podía hallar porcelana japonesa, sombreros italianos, relojes suizos, discos norteamericanos, juguetes alemanes, té de Ceilán, casimir inglés, alfombras persas y conservas españolas.

Sin embargo, aquellas siete cuadras populosas, Bello Sandalio lo sabía bien, sólo constituían la imagen de presentación del pueblo. Detrás de esa pintoresca escenografía, de esa cortina de humo que eran las tiendas y los bazares, en la calle de atrás, ahora llamada calle General del Canto, escondidos tras las fachadas de restaurantes, tabernas, casas de cena, pensiones o bodegas

de licores, funcionaban los innumerables burdeles que habían dotado a Pampa Unión de su renombrada mala fama. Casas de cita cuyos salones se decoraban con melancólicos cuadros campestres, pintados en las mismas murallas, y cuya existencia ninguna autoridad del pueblo reconocía públicamente, pero que todos visitaban rigurosamente cada noche. Y era de todos sabido que los mismos industriales que predicaban la moral desde los editoriales de los diarios, acudían periódicamente a estas casas de caramba y zamba y hasta se daban el lujo, los cabrones marrulleros, de hacerlas cerrar sólo para ellos, durante fines de semanas completos.

Y había sido desde uno de esos locales que, un año atrás, en una caliente noche de luna llena, Bello Sandalio tuvo que salir huyendo por los techos, mientras el capitán de Carabineros y dos de sus subalternos, todos más ebrios que él mismo, lo seguían disparando sus carabinas que era un gusto. Del boliche en cuestión no recordaba casi nada, pues había llegado hasta ahí borracho como cereza. Sólo estaba seguro de que había un piano y un pequeño escenario en donde aquella noche él tocó la trompeta más inspirado que nunca. Lo que sí no había olvidado de aquella aventura era que una mujer misteriosa lo había ayudado en el patio de la casa en donde fue a caer. En realidad, de no haber sido por la asistencia de aquella providencial mujercita, él no estaría ahora de vuelta en el pueblo, caminando tan campante bajo el sol de azogue de la siesta salitrera.

En la segunda cuadra de la Calle del Comercio, Bello Sandalio vio la primera cara conocida. Pero la vio al revés. Colgando de los pies en el travesaño de un alero, igual que los murciélagos, lo miraba sonriente una cara de niño.

—Hola, trompetista —lo saludó el rostro al revés.

—Qué tal, chinito —respondió Bello Sandalio—. Veo que hemos progresado bastante como maromero de circo.

—Esto no es nada —dijo el niño.

Y en una rápida cabriola de chimpancé ejecutó un medio salto mortal que lo dejó en tierra perfectamente parado. Después hizo una afectada reverencia circense y, gravemente serio, pero con la risa asomándosele por la ranura de sus ojos orientales, le preguntó cómo le había parecido el numerito.

—Tienes que comer más gato —le dijo Bello Sandalio.

Y ante la mirada perpleja del niño, agregó:

—Ese es el secreto de los maromeros de circo.

Luego se internaron conversando animadamente hacia el centro del pueblo.

A Yemo Pon lo había conocido en su anterior estadía en Pampa Unión; él fue quien lo llevó a la pensión en que estuvo alojado aquella vez. El niño le recordaba a Bello Sandalio su propia infancia de huérfano transcurrida en las calles de Iquique: su padre había sido un marino irlandés de paso por el puerto y su madre se murió de la peste de viruela cuando él aún no cumplía un año. Sin embargo él tuvo la suerte de tener una abuela matriarcal que se encargara de que no muriera de hambre y lo criara como a un hijo. Yemo Pon en cambio, aunque tenía madre, parecía estar mucho más solo de lo que estuvo él.

El niño trabajaba para el Teatro Obrero. Todas las tardes recorría las calles emparedado entre dos cartelones con el título de la película del día, el nombre de los actores principales —el del *jovencito* y *la niña*— y alguna frase sinóptica copiada del programa, todo escrito con tizas de colores. En sus ratos libres, además de imitar a los héroes de sus seriales favoritas, a Yemo Pon le gustaba practicar las acrobacias de los circos que llegaban al pueblo, y andaba todo el día ejecutando maromas de saltimbanqui y encaramándose en cuanto cosa se podía encaramar. Cuando Bello Sandalio lo conoció, el chinito era capaz de pasearse por todo el alero de la Calle del Comercio colgado de las manos. Ahora lo hacía pendiente de los pies.

Mientras se internaban al pueblo, el niño lo fue poniendo al tanto de las últimas novedades. Le corroboró lo del cambio de la dotación de carabineros. Le dijo, muy ufano, que como ya leía y escribía de corrido había dejado de asistir a la escuela. Le habló de la media docena de muertos por reyertas y bochinchas de borrachos que ya iba en lo corrido del año. Le contó maravillado que su tío Lan, el Chino de los Volantines, ahora estaba haciendo volar globos iluminados en las noches. Le describió, todavía atónito, una pavorosa nube de garumas silenciosas que una tarde había oscurecido el cielo del pueblo por dos horas y media en un denso vuelo hacia el oriente. Le contó, con graciosa cara de picardía, que en el último período de Ley Seca, habían sorprendido al gordo de la fonda donde trabajaba su madre, fabricando chicha con el afrecho de los patos. Y le informó, además, que la pensión *Doña Matilde e Hijas*, donde lo había llevado la otra vez, había cambiado de rubro: ahora era una casa de remolienda. Pero que no se preocupara, le dijo, que él lo iba a llevar a una que se llamaba *La Flor de las Niñas*, y que era mucho mejor. Que los dueños eran una señora boliviana de nombre Crimilda y un ciudadano húngaro con nombre de indio apache: Jerónimo. «Todavía no sé pronunciar su apellido», le dijo.

Y como si en ello llevara comisión —que así era—, le fue recitando, aplicadamente, que en la pensión tenían un sereno para abrirles la puerta a los

alojados a cualquier hora de la noche, que cada mes se sorteaba una semana de estadía gratis entre los pensionistas más antiguos, y que como el húngaro y la boliviana eran también los dueños de una de las mejores chancherías del pueblo, se podía saborear ricos platos de chanco asado que el matrimonio beneficiaba en la misma casa.

De la singular historia del matrimonio, Bello Sandalio se enteró en los días siguientes. Tras enviudar, al poco tiempo de haber llegado a Pampa Unión, el húngaro se había casado en segundas nupcias con Crimilda Condori, una gruesa bailarina altiplánica a la que sacó desde las tablas de un prostíbulo del barrio boliviano, en donde funcionaban los garitos y los burdeles de más ínfima categoría. Y la muchacha, que en el ambiente de la prostitución se le conocía con el artístico nombre de *Diavioleta Divina*, resultó una esposa ejemplar para don Jerónimo. Trabajadora como pocas, en menos tiempo de lo que antes se demoraba en hacer uno de sus famosos desnudos, la flamante señora Crimilda Condori de Pletikobic convirtió la pensión del húngaro, considerada hasta entonces sólo de medio pelo, en una de las más prósperas del pueblo.

Tras dormir un par de horas tirado sobre la colcha de cretona estampada con los colores patrios de Bolivia, Bello Sandalio se puso a limpiar los pistones de su trompeta y a envaselinar las bombas. Luego ensayó durante un largo rato. Su riguroso credo de músico era nunca dejar pasar un día sin «cortar leña», como llamaba a los ensayos. Ese era el consejo que daba a los filarmónicos jóvenes de las oficinas que ya comenzaban a imitar su estilo, sus posturas y su manierismo personal, incluido su modo de vestir. «Además de practicar día y noche –les decía entre serio y divertido– en los ratos libres hay que masticar toallas.»

Extrañado porque nadie protestara por el ruido, Bello Sandalio se preparó para tomar el té. Después de ducharse y afeitarse, se puso su traje más claro y la mejor de sus camisas. De entrada quería sentar plaza de elegante en el pueblo. Pampa Unión tenía que ser suyo esa noche. Ya vestido y peinado rigurosamente, sacó de la maleta un cofrecito de lata, de esos de chocolates ingleses, lo puso sobre la cama, lo abrió, y, como un insectario de bellas mariposas de colores, refulgió su fina colección de corbatas humitas. Eligió la más viva de todas, una de lunares verdeolivas, y mientras se demoraba en acomodársela frente al espejo, pensaba con delectación en un recorrido de reconocimiento por los más renombrados boliches del pueblo. Tenía tiempo hasta las diez de la noche. A esa hora debía presentarse en el Club Radical.

Al llegar a la pensión acompañado de su pequeño amigo, la dueña, al

verle la trompeta bajo el brazo, le había preguntado si venía por el asunto de la banda. Y es que desde hacía dos días, le dijo, tenía a otro alojado que también venía por lo mismo. Se trataba de un caballero que tocaba el tambor. «Es uno de esos viejitos de la guerra del 79», le dijo. Y tomándose toda la confianza del mundo, batiendo espesamente las pestañas, se extendió en que se trataba de un veterano tan cazurro y arisco, que lo único que se le había sacado en limpio desde su llegada eran los datos necesarios para el libro de registro: se llamaba Candelario Pérez, era natural de Lirquén y en la guerra había llegado a Sargento Segundo. «El viejito se ríe menos que Buster Keaton», sentenció la boliviana, riendo con su risa de dientes disparejos y revelando su gran afición al cine.

Cuando Bello Sandalio entró en el comedor, había un solo pensionista sentado a la mesa. Era un viejo de rostro adusto que tenía el sombrero puesto: un calañés sin cinta y cortado a piquitos. En vez de té, se estaba cebando un mate. En el piso, junto a la silla, le habían puesto una tetera de fierro enlozado que hervía sobre un brasero de latón. Con la silla en diagonal a la mesa, el viejo se hallaba sentado con las piernas flojamente cruzadas. Lo opaco de su vestimenta contrastaba marcadamente con el albísimo mantel bordado de la mesa. El trompetista se dijo que sin duda alguna se trataba del veterano que tocaba el tambor. Debajo de su paletó color queso de cabra, a un costado de la cintura, se le notaba un bulto extraño, como si llevara un arma.

— Buenas tardes — dijo Bello Sandalio en tono amable, y se sentó frente a él.

El viejo, sin siquiera mirarlo, refunfuñó un «buenas» casi ininteligible y siguió ensimismado en su mate de calabaza. A ratos partía con sus dedos nudosos un trozo de pan amasado que tenía sobre las piernas y se lo llevaba a la boca. Tras masticarlo pausadamente, lo hacía entrar por su cogote flácido con una larga sorbida a la bombilla.

Hasta ese momento Bello Sandalio había mantenido la trompeta sobre sus rodillas. Pero cuando la empleada le sirvió la ensalada de tomates acompañada con un chirigue de hígado, la puso aparatosamente sobre la mesa, casi encima del viejo. Éste reaccionó apenas con un imperceptible parpadeo de lagartija con frío.

— Vengo al pueblo por lo de la banda — dijo Bello Sandalio, en el mismo tono cordial con que lo saludara —. Me dijeron que usted también es músico.

El veterano acomodó su sombrero recortado, vertió agua hirviendo dentro de la calabaza, no le puso azúcar, revolvió despaciosamente con la bombilla de

bronce, dio una lenta, larga, sonora sorbida interminable y al fin alzó levemente la cabeza y lo miró de reojo.

–Sí –dijo.

Bello Sandalio sonrió triunfante.

–Me dijeron, además, que usted viene por el aviso de la banda, que su instrumento es el tambor y que aprendió a tocarlo nada menos que en la gloriosa campaña del 79. ¿Es verdad todo eso?

El anciano suspiró hondo, dejó el mate con cuidado sobre la mesa –no fuera a manchar la blancura del mantel–, terminó de masticar un trozo de pan, terminó de tragarlo, miró directo a los ojos del intruso y respondió las tres preguntas a la vez:

–Sí, sí y sí.

Bello Sandalio, divertido, a punto de soltar la carcajada –que evitó llevándose prestamente a la boca el tenedor con una lonja de carne–, le dijo, guasón:

–Parece que además de compañeros de banda, vamos a ser muy buenos amigos.

–Ajá –rebuznó el viejo.

Cuando, enseguida, el veterano de guerra se levantó de la mesa para salir, Bello Sandalio alcanzó a divisarle lo que le abultaba al costado. No era una pistola. Era una cantimplora de esas que se habían usado en la campaña del 79 y que el anciano llevaba terciada debajo del paletó. La mayoría de los veteranos del 79, que en el pueblo habían formado una sociedad, llevaban con ellos algún recuerdo de la campaña: un corvo de acero, una gorra rojiazul o, en invierno, uno de aquellos gruesos abrigos con botones dorados. Él en cambio llevaba una cantimplora.

Bello Sandalio hubiera apostado su trompeta a que el viejo cazurro la llevaba llena de aguardiente. De nuevo estuvo a punto de largarse a reír. «Este vejestorio se las trae», pensó. «Como buen músico de banda, va por la vida bien provisionado de combustible.»

–Nos vemos en el Club, abuelo –le dijo entonces, a modo de despedida.

El viejo, desde la puerta que daba hacia el pasillo de las habitaciones, tras detenerse en seco, dar una calmosa media vuelta y acomodarse el sombrero recortado a piquitos, le dijo secamente:

–Mi nombre es Candelario Pérez, jovencito.

–Disculpe don Candelario. Mi nombre es Bello Sandalio. Nos vemos entonces a las diez en el Club Radical. Ojalá que no haya mucha competencia.

–Sí que la hay – dijo entonces don Candelario Pérez.

Y, con una pausada voz como de tambor roto, sin ninguna expresividad en el rostro, se explayó diciendo que, contando las personas de ambos, ya habían llegado a Pampa Unión dos trompetas, un trombón, un bugle, dos cornetas, un bombo, un platillo y dos tambores.

–Estos creen que la mazamorra se masca – terminó diciendo el viejo, y desapareció por el pasillo.

Bello Sandalio se rió de buena gana. El viejo le caía bien. Se notaba a la legua que era un solitario, un hombre solo como una piedra. Y es que el pobre viejo, además de oler fuertemente a tabaco, hedía a soledad. Y si había alguien que conocía el olor de la soledad, ese era él, que a sus treinta y tres años sabía perfectamente que esa cabrona podía sorber el seso como con bombilla de mate.

«Sí que vamos a ser buenos amigos con el vejete», se dijo.

Luego terminó de tomar sus onces y salió a la calle. Tenía casi cuatro horas antes de lo del Club.

A las seis y media de la tarde, luego de atender a su padre recién llegado de su recorrido, la señorita Golondrina del Rosario, perfumada y empolvada hasta lo níveo, salió de su casa en dirección al Teatro Obrero.

Nimbada de un sombrero color verde manzana, vaporosa en su vestido de organza, y apretando en sus manos un pañuelo con el monograma de sus iniciales, la señorita Golondrina del Rosario — «Nunca un nombre de mujer ha estado mejor puesto», se decía deslumbrada la gente al conocerla— caminaba a cumplir con su oficio de sincronizadora. Al balanceo de su caminar lento, como de garza blanca, sus aritos de oro en forma de corazón destellaban sutiles contra su piel blanquísima. Práctica en el arte de perfumarse —sólo en las zonas de pulsaciones y unas gotitas en el ruedo del vestido—, a su paso iba dejando una tenue frescura de violetas que la brisa áspera de la tarde agradecía y esparcía.

Esquivando elegantemente los charcos de agua con lavaza que la gente arrojaba frente a sus casas para defenderse de los tierraes tarderos, y rodeando medrosamente las levas de perros vagos que merodeaban en las esquinas — desde lo ocurrido en el cementerio los perros le producían una especie de pavor macabro—, la señorita Golondrina del Rosario iba sonriendo y saludando a todo el mundo con su natural gesto de afabilidad.

Y toda la gente, sin excepción, usando ese considerado tonito de deferencia que en los pueblos pequeños se guardaba sólo para *el señor* preceptor o *el señor* doctor, la saludaba respetuosamente llamándola *señorita* Golondrina del Rosario. Que desde que su padre la había traído a vivir a Pampa Unión, se quedaba comentando la gente, luego de haberse graduado con los más altos honores en un colegio de monjas, ella era la que más había hecho por la cultura y el desarrollo social de la comunidad.

Su última gran obra había sido la construcción del muro del cementerio. Ella fue la fundadora del comité que se había encargado de juntar los fondos

para los trabajos. Con ella a la cabeza, el *Comité Pro Muro del Cementerio* inauguró kermeses en el Centro de Conductores de Carretas, organizó bailes de disfraces en el salón del Club Radical, exhibió películas en el Teatro Obrero y montó veladas artísticas en el aula de la escuelita pública, en las que sus alumnas más destacadas hicieron su estreno en el arte de la declamación. Incluso ella misma, más inspirada que nunca, había ofrecido un concierto de piano con las más selectas composiciones de Chopin.

La situación del cementerio había constituido por mucho tiempo un problema que tenía horrorizado a todo el mundo. Al morir el primer habitante de Pampa Unión, los vecinos se dieron cuenta de que no había cementerio. Luego de recorrer los alrededores optaron por sepultar a su primer muerto en un terreno a cien metros al noroeste del pueblo. Allí, a campo abierto, a pampa rasa, sin más ni más, se inauguró el cementerio. Pero al poco tiempo una macabra situación vino a preocupar a todos. Los perros comenzaron a escarbar en las tumbas. Ocurría muchas veces que, luego de dar sepultura a algún deudo, a los días siguientes sus despojos mortales aparecían esparcidos a flor de tierra, desenterrados por las bandadas de perros vagos que asolaban a Pampa Unión desde sus primeros años. Luego el problema se agudizó a medida que se fueron paralizando las primeras oficinas. Tras el éxodo de la gente, los animales eran abandonados a la buena de Dios y grandes perradas hambrientas quedaban vagando como lobos por la pampa, yendo a parar al final irremediabilmente, a las abiertas calles del pueblo.

Un horrendo suceso terminó por alarmar de verdad a toda la población. Una mañana de primavera uno de los primeros borrachos del alba, al salir del último lenocinio del pueblo, ubicado frente a los terrenos del cementerio, encontró tirado el cuerpo de una mujer sepultada el día anterior con la más cara pompa funeraria. Se trataba de una noble anciana, abuela de uno de los comerciantes más prósperos del pueblo, sepultada en tierra mientras se comenzaba a construir el mausoleo familiar. Con su horrible cara de espanto y su lujoso ajuar mortuario destrozado a dentelladas, el cadáver de la anciana yacía acurrucado contra el muro lateral del prostíbulo, hasta donde había sido arrastrado por las salvajes jaurías de perros sacrílegos.

—Ahora, gracias al concurso de la señorita Golondrina del Rosario ya no ocurren esas cosas —estaba diciendo el dueño de la sastrería La Riojana, cuando la vio pasar como una aparición angélica por la vereda de enfrente.

—Ahora, para que usted sepa, mi amigo —continúa el sastre, luego de seguirla un rato con la mirada—, el cementerio se halla resguardado por un

recio murallón de 320 metros de largo por 75 metros de ancho, construido de costras y piedras de caliche. Además, con la contribución de algunos comerciantes, se construyeron tres grandes puertas de fierro.

Por esos días, la señorita Golondrina del Rosario se hallaba bregando para que se terminara de habilitar de una vez por todas la plaza pública. Hasta ese momento, lo que llamaban plaza no era sino un rectángulo lleno de piedras y basura, cerrado con mallas de alambre que los niños habían roto por todas partes para entrar a cazar lagartos. Sólo era ocupada dos veces al año por los alumnos de la escuela que, tras limpiarla con gran esfuerzo, conmemoraban en ella el combate naval de Iquique y las fiestas patrias. El kiosco de música erigido al centro era lo único que le daba aspecto de plaza a ese solar baldío.

Ella sólo estaba pidiendo tres cosas. «Lo mínimo que debe tener una plaza de pueblo que se respete como tal», decía. Que se plantaran algunos árboles, se colocaran escaños y se construyeran juegos infantiles. Ahora, con la aparición del periódico local, ella sentía que sus gestiones se le iban a volver mucho más hacederas. *La Voz de la Pampa* había resultado un buen aliado para sus cruzadas. En el periódico, amén de las noticias locales y nacionales (y una página en donde, adornados de viñetas, aparecían versos y pensamientos escritos por los lectores), se habían comenzado a publicar peticiones de mejoras sociales para el pueblo y artículos de denuncia en contra de las autoridades corruptas.

Sin embargo, mientras caminaba mirando el incendio del crepúsculo sobre los techos, la señorita Golondrina del Rosario pensaba que su batalla mayor, la que estaba librando desde que llegó al pueblo, era lograr por fin la construcción de una iglesia. Para ella, Pampa Unión era poco menos que el único pueblo del mundo en donde no se alzaba la torre de un campanario por sobre los tejados de las casas. El único pueblo cuyos habitantes jamás habían oído el doblar de las campanas tocando el ángelus o llamando a los fieles a la misa de domingo. En Pampa Unión a ningún difunto se le había hecho nunca una misa de cuerpo presente, ni despedido en el viaje a su última morada con campanas tocando a muerto. Para ella era sumamente triste vivir en un pueblo desprovisto de esa «artillería espiritual», como llamaba a las campanas de iglesia una de las monjas del colegio.

Al llegar al edificio del Teatro Obrero, apareció en la esquina la figura esmirriada de Yemo Pon metido en sus cartelones de propaganda. Golondrina del Rosario lo saludó por su nombre de pila revolviéndole el pelo cariñosamente. Ella sabía que el niño era huérfano de padre y que su madre se ganaba la vida como mesera en un local de expendio de bebidas alcohólicas. Y

como la criatura, además de trabajar para el empresario pelicularo, se ganaba algunas monedas extras haciendo mandados, ella siempre lo estaba ocupando como recadero o en pequeñas compras en los bazares. Y continuamente, con el beneplácito de su padre, lo llevaba a comer a su casa.

En el momento en que, junto al niño, se disponía a entrar al foyer del teatro, una de las vendedoras de dulces se le acercó servil.

– Llegó telegrama de Felimón – le dijo la vieja, con una sonrisita desleída.

El mantel de la canasta, el delantal con pechera y el trapo con que la mujer se cubría el pelo, estaban cortados todos de sacos harineros.

– ¿Ah sí? ¿Y cómo está el señor Otondo? – preguntó ella, tratando de demostrar interés.

– Dice que regresa en el vapor *Quito* por los primeros días de agosto.

La señorita Golondrina del Rosario le dijo que se alegraba por ella que era su hermana. Y tras consultar su reloj de pulsera, se disculpó educadamente y se perdió en el interior del teatro.

Felimón Otondo era uno de los últimos pretendientes que le había aparecido en el pueblo. Boxeador de peso medio pesado, era un individuo corpulento, apagado y ríspido, que vivía en su misma corrida, a dos puertas de su casa. Hacía dos meses que se había ido a probar suerte con sus puños a Valparaíso. Su gran sueño era llegar a ser campeón de Chile y luego irse a cosechar triunfos en los cuadriláteros de Europa, tal como Quintín Romero, el boxeador que admiraba hasta conocerle cada detalle de su vida, publicada profusamente en las revistas de deportes. El púgil unionino tenía las cuatro paredes de su pieza empapeladas con recortes del campeón nacional, apodado por sus seguidores como el «León de los Andes».

A pesar de vivir en la misma corrida, Felimón Otondo nunca se había atrevido a hablarle sino hasta poco antes de partir a Valparaíso, una tarde de nubes blancas en que ella regresaba de la escuela pública a donde había ido a enseñarles una poesía alusiva a las fiestas mayas a las alumnas. Felimón Otondo la abordó cuando pasaba por el frente de su casa. Con la humildad de un perro casero, luego de saludarla roncamente, le alargó una hoja del diario *El Abecé*, de Antofagasta, y le pidió que le hiciera el favor de leerle donde estaba marcado con una redondela a lápiz. «Yo nunca fui a la escuela», le dijo. Ella se enterneció. Lo marcado con lápiz de carbón era un desafío de un púgil de la oficina Aconcagua.

Con su fina voz de recitadora lírica ella leyó el encabezamiento del texto: *Desafío a un match de box*. Luego carraspeó delicadamente y prosiguió:

*Por intermedio de la presente, me permito desafiar al púgil profesional Felimón Otondo, de Pampa Unión...*

–Ese soy yo –le interrumpió él, con gravedad.

*...a un match de box en las siguientes condiciones: diez vueltas de pelea inglesa, para realizarlo el 10 del presente mes, en la oficina Aconcagua o en el pueblo de Pampa Unión. Mi peso es de 83 Kilos y 450 gramos, en el ring.*

–Firma: Pedro Zabala –terminó ella sin mirar el papel.

–¡Ese Perucho Zabala no es más que un matasapos! –fanfarroneó él, estirando su manaza para recibir la hoja.

Desde aquel día Felimón Otondo comenzó a esperarla todas las noches a la salida de las funciones. Hablándole de golpes bajos, ganchos al hígado y peleas perdidas por puntos, o explicándole las diferencias técnicas entre un peso mosca y un peso medio pesado, la acompañaba por las oscuras calles del pueblo hasta la puerta de su casa. Ella de alguna forma se lo agradecía, pues por las noches las calles se veían siempre llenas de borrachos obscenos y forasteros de aire baladrón. «Conmigo ningún guasamaco se atreverá a molestarla», le decía Felimón Otondo, haciendo balancear con gesto pendenciero sus ochenta y cinco kilos y trescientos cincuenta gramos de músculos, y golpeándose rudamente con el puño la palma de la mano.

La señorita Golondrina del Rosario acostumbraba a llegar temprano a las funciones. Así tenía tiempo de sacudir el polvo del vetusto piano del Teatro y darle una mirada al programa. La película de ese día era una obra chilena llamada *Madres Solteras*. Y para solaz de la gente culta del pueblo, se exhibía además la segunda jornada de la serial *Los Miserables*, basada en la novela homónima del famoso escritor Víctor Hugo. En un artículo aparecido el sábado anterior en *La Voz de la Pampa*, se decía que dicha serial era una de las más bellas y emocionantes obras del cine francés, «con hermosos cuadros y escenas llenas de sentimiento, filmadas como especialmente para que la artista local, la señorita Golondrina del Rosario, haga despliegue de sus maravillosas dotes pianísticas en la sincronización del film».

En verdad el programa era de lo mejorcito que había llegado por el pueblo en mucho tiempo. Si no hacía aún dos semanas había estado discutiendo con el empresario pelicularo sobre la mala calidad de los filmes que se estaban trayendo últimamente. Ella aducía que el Teatro había sido concedido a la Federación Obrera de Chile para dar espectáculos cultos, pues Pampa Unión carecía de otros centros de entretención sanos y didácticos. Pero estaba visto que los concesionarios se preocupaban sólo de ganar dinero trayendo películas

viejas y contratando espectáculos sin ningún valor artístico. Si era cosa de recordar los números de primera línea que antes se traían directamente desde la Capital. Incluso ella se acordaba de cancionetistas y cuadros de Ópera venidos de lejanos países extranjeros. Si hasta el *Follies Bergères* de París, había pasado alguna vez por el proscenio del Teatro Obrero. Y abrumando al abochornado concesionario del Teatro —de vez en cuando a la señorita Golondrina del Rosario le afloraba el furor combativo de su padre—, había insistido en que, además de ser filmes de escasos méritos artísticos los que se estaban trayendo al pueblo, venían en pésimas condiciones para exhibirse. Y, por si el señor empresario no se había dado cuenta, los cortes de las cintas en mitad de las funciones, los sufría ella en carne propia, pues los gritos y los silbidos destemplados del público inculto le trizaban los nervios hasta el martirio.

Y existía aún otra cosa de la que habíase enterado hacía poco la señorita Golondrina del Rosario, y que cualquier día de estos se lo enrostraba también al señor pelicularo. Y era que, por ahorrarse unos cuantos pesos, en vez de traer las películas directamente desde la ciudad de Antofagasta, las estaba subarrendando a los biógrafos de las oficinas cercanas. Y como las cintas se arrendaban comúnmente por un sólo día, y el horario de las funciones coincidían, los tambores se tenían que transportar de uno en uno, a medida que se iban desocupando en el otro biógrafo. Y cuando el auto o la góndola alquilada para estos menesteres se atrasaba o se quedaba empantanado en la *chuca* de las huellas de tierra, el escándalo de los espectadores esperando el tambor siguiente era simplemente insufrible. Y eso era poco, pues muchas veces ocurría que en la otra oficina se equivocaban en el orden de los tambores y entonces se producía una majamama con el argumento de la película que no entendía nadie. En esos casos catastróficos, aparte de los gritos y la silbadera, los más desafortunados comenzaban a patear el piso y a dar vuelta las bancas, mientras ella, con los nervios tensos como cuerdas de violín, se hacía todo un barullo tratando de sincronizar las enrevesadas escenas que acontecían en el telón.

Mientras sacudía del piano el polvo del desierto que se colaba impenitente por los intersticios de las calaminas, a la señorita Golondrina del Rosario le vino de nuevo a la mente el asunto del concierto. ¿Qué obra de Chopin —polonesa o nocturno— sería la más apropiada para ofrecer a un primer mandatario? Enseguida estiró sus dedos trenzando ambas manos y se acomodó en el taburete. En un gesto nervioso, como acordándose de súbito, se quitó el sombrero y lo dejó sobre el piano (muchas veces había olvidado quitárselo y en

medio de la función no había faltado el impertinente reclamando a gritos que «el florero» o «la frutera» de la pianista no lo dejaba ver la película). Sus finísimos dedos, entonces, se apoyaron en el teclado y, mecánicamente, inconscientemente, olvidando por completo a Chopin, comenzaron a tocar aquella melodía que le traía el recuerdo más concupiscente escondido en su intachable vida de señorita púdica: el desliz pasional de una sonámbula noche de luna.

Y todo había comenzado con esa música fraseada mágicamente por una trompeta. Elevada por sobre el perpetuo rumor de fiesta del pueblo, la melodía de aquella trompeta maravillosa le había llegado desde los salones del burdel colindante con el muro posterior de su casa. La brisa de esa noche de febrero era tibia como el hálito de un hombre en el cuello, y esa música maravillosa, ondulante de calidez sexual, quemándola toda por dentro, había sido culpable de su dulce caída ignominiosa. «Desde entonces es verano en mi alma», recitaba para sí, llena de romanticismo, la señorita Golondrina del Rosario.

Cuando comenzó la película y, al instante, junto a las primeras imágenes se oyó la música del piano, Bello Sandalio trató de estirar el pescuezo desde su asiento para ver quién era el pianista. Había ingresado al biógrafo en el momento justo en que se apagaron las luces y no había alcanzado a reparar en él; normalmente era lo primero en que se fijaba. A los fogonazos de claridad le pareció que la silueta recortándose intermitente a un costado del telón era la de una mujer. Aunque perfectamente podía ser la de uno de aquellos músicos bohemios, pálidos como la luna, que lucían melenas al estilo de la época del romanticismo.

Diez minutos antes, con su trompeta bajo el brazo, se estaba tomando un trago en una de las cantinas frente al teatro, cuando apareció Yemo Pon emparedado en sus carteles. La propaganda anunciaba la película chilena *Madres Solteras. Una gran producción nacional protagonizada por Edmundo Fuenzalida y Rebeca de Barraza*.

El trompetista pensó en que hacía tiempo que no veía una película. Miró a su alrededor: el pueblo tenía la languidez deslavada de los lunes, las cervezas estaban tibias y aún faltaban tres horas para lo de la banda. Además, el título de la película le pareció atractivo. Según rezaba el cartel, la película, filmada en Antofagasta, era de un hondo contenido social. *Una versión criolla del film alemán Las hijas perdidas*, decía, con sus letras dibujadas con tizas de colores.

La función estaba por comenzar cuando Bello Sandalio se decidió. Apuró su botella y cruzó hasta el barracón de calaminas donde funcionaba el Teatro Obrero. Además, pensó mientras cruzaba la calle —y se sorprendió al verse pensando de ese modo—, entrando al biógrafo evitaba que se le fuera a pasar la mano en el copeo mientras esperaba la hora de la audición.

Sentado en la penúltima fila, y pese a las deficiencias acústicas de la sala, a los primeros acordes de la composición, Bello Sandalio se dio cuenta de que el

hombre o la mujer del piano era un verdadero músico. No se trataba sólo de «un pianista de cine» como con intenciones peyorativas eran denominados generalmente estos profesionales. Por supuesto que gran culpa de ese desprecio la tenían algunos de los propios sincronizadores, pobrÍsimos músicos que se limitaban a repetir las mismas fórmulas en cada película, los mismos acordes manidos hasta el cansancio. Con ellos era siempre la misma melodía llorona en los momentos angustiosos, los mismos vales románticos en las escenas de amor, la misma e idéntica música galopante en las infaltables persecuciones de indios a caballo. De modo que al final el efecto sonoro terminaba resultando un procedimiento monótono y rutinario hasta el hastío. Y tal vez era efecto de lo mismo que en el último tiempo a algunos empresarios pelicularos de las oficinas, imitando lo que se hacía en algunas ciudades, les había dado por animar las funciones con pequeñas bandas instrumentales. En los estrenos de grandes producciones anunciaban pomposamente que la obra tal se acompañaría de *bella música selecta* ejecutada por una completa orquesta formada de eximios músicos de conservatorio. Pero aunque estos improvisados grupos orquestales hacían un laudable esfuerzo por alzar el nivel del repertorio con selecciones de óperas, piezas de salón y trozos de música clásica, la mayoría de las veces sus interpretaciones resultaban totalmente ajenas a la acción y a la imagen proyectada en la pantalla. Sus confusos arreglos resultaban a menudo tan disparatados que llegaban a establecerse contrastes casi prodigiosos entre la música y la escena en el telón. Podía suceder, por ejemplo —y él lo había visto más de una vez—, que cuando el malo de la película estaba a punto de arrojar al precipicio a la heroína de ojos pávidos, el concertino se perfilaba con una sublime melodía plena de emoción y sentimiento. O una romántica *Elegía* hacía su entrada precisamente en el momento apocalíptico del derrumbe de un edificio en llamas. O el espeluznante coro de ángeles del *Fausto* rompía a sonar con toda su excelsa magnitud en el instante preciso en que los facinerosos de la película hacían volar la caja fuerte de un dinamitazo.

En cambio, Bello Sandalio sabía de muchos otros pianistas de cine que sí dominaban su arte —como ese que ahora mismo, con una sensibilidad exquisita, sincronizaba bellamente cada escena del film—. La mayoría de estos músicos oficiaban en miserables biógrafos de pueblos y eran comúnmente tan misérrimos y menesterosos como ese hombrecito de tongo, bastón y bigotitos de mosca, al que musicalizaban sus irreverentes piruetas en la pantalla. Estos verdaderos mártires del teclado, situados al pie mismo del telón, en un ángulo alevosamente desfavorable para enterarse de lo que ocurría en él, debían hacer

verdaderos prodigios de intuición y clarividencia para darle el acompañamiento musical preciso a aquellas evanescentes imágenes mudas. Sus dedos sabios sabían hallar la composición adecuada para acompañar cada cuadro. Percibían claramente, por ejemplo, que el trozo lírico para acompañar la escena de amor entre un caballero y una joven doncella en un bucólico bosque de pinos, de ninguna manera podía ser el mismo para animar un pedestre lance amoroso llevado a cabo en una pieza de pensión. Y es que todo dependía de la cultura musical del ejecutante. El pianista que tocaba ahora —se dijo plenamente convencido Bello Sandalio—, sin duda alguna que acompañaría la hipotética escena romántica en el bosque de pinos con el *Sueño de amor* de Liszt. De eso no cabía la menor duda; fuera hombre o fuera mujer. Aunque por el modo de golpear las teclas, él ya se hallaba en condiciones de apostar su trompeta a que se trataba de una mujer.

Cuando terminó la función y pudo constatar que el músico del piano era en efecto una mujer, se sintió impresionado. Y es que además se trataba de una dama muy hermosa, cuestión más bien rara, según su experiencia, en el gremio de las pianistas. Pese a que la película no le había gustado mucho (el argumento relataba la historia de una joven modista que, engañada por el hijo del dueño de la fábrica, se convertía en madre soltera; y la hermana del seductor, que al comienzo se burlaba de la condición de la muchacha, al poco tiempo era víctima de un tipo tan sinvergüenza como su hermano y terminaba ella también siendo madre de un hijo bastardo); pese a todo eso, y a la dureza penitencial de los asientos, Bello Sandalio quedó arrobado con la música. Además de una equilibrada sincronización, los selectos trozos elegidos armonizaban perfectamente con cada uno de los siete actos que contenía la obra. Las escenas de suspenso se habían apoyado con una perfecta gama de trémolos y escalas cromáticas y, además, se había hecho un uso oportunísimo de marchas fúnebres, esponsales y sonatas, todo ejecutado con una sensibilidad y maestría maravillosas.

Mientras los espectadores abandonaban el barracón, Bello Sandalio esperó un rato en su asiento. Sentía curiosidad por ver de cerca a la dama del piano. Por entre los claros del público la veía de espaldas ciñéndose un primoroso sombrerito de gasa. Al encenderse las luces y verificar que se trataba de una mujer, sin verle aún la cara había presentado que era bella; y es que la mujer, alta y esbelta, desprendía una suave aura de luz que hacía vislumbrar de lejos su belleza. En su vida de bohemio impenitente él había tenido la suerte de conocer a más de una de estas hembras poseedoras de esa especie de nimbo

luminoso que las envolvía como una segunda piel: eran simplemente fatales.

Cuando terminó por diluirse el gentío, el trompetista se dio cuenta de que la dama ya no estaba junto al piano. Salió rápidamente a la calle y en la calle tampoco la vio por ninguna parte, y se sintió decepcionado. Sin embargo, cuando una hora más tarde, luego de un corto recorrido por los boliches de la Calle Larga, se presentó en el Club Radical, lo primero que vio —y no le cupo ninguna duda de que se trataba de ella— fue a la pianista del Teatro Obrero.

Sentada tras un escritorio, delicadísima en su postura, la «Dama del Piano», como él había comenzado a llamarla, era la encargada de inscribir a los músicos postulantes. En verdad, no se había equivocado: la mujer era hermosa. Ocupada ella en tomar los datos a la decena de filarmónicos venidos desde distintas salitreras del cantón, pudo contemplarla descaradamente, sin ningún escrúpulo. Tras un rato, y sin saber bien a cuento de qué, comenzó a sentirse intrigado. Y es que de pronto le hallaba un aire vagamente familiar. En alguna parte, estaba seguro, él había visto antes a esa mujer. Antes de lo del cine, claro.

Bello Sandalio había llegado al Club de los últimos. Tres de los aspirantes, un trombón y dos cornetas, ya debidamente inscritos, con sus instrumentos descansando en el reluciente piso de parqué, esperaban en un rincón charlando y tratando de pasar por tipos dominados frente a los que aún aguardaban su turno frente al escritorio. El trombón, que había sido el primero en presentarse, sin que la señorita se lo pidiera —ella estaba ahí sólo para inscribirlos— había hecho una rápida demostración de sus virtudes musicales tocando algunas notas. Luego, los cornetas, que eran compadres, que venían de Chacabuco, y que eran viejos amigos del trombón —habían tocado juntos en varios kioscos de plaza—, lo habían imitado por puras ganas de divertirse.

Ahora, encorvado sobre el escritorio de la «señorita empadronadora», como la llamó al saludarla, con el tambor a un costado y las baquetas en la mano, se hallaba el veterano de la Guerra del 79. Una vez que hubo terminado de dar sus antecedentes, el anciano siguió de pie junto al escritorio, como aguardando algo. La Dama del Piano creyó adivinar su intención. Claro, los otros músicos habían demostrado sus condiciones tocando algo. Le pidió entonces amablemente, casi con dulzura, que por favor hiciera un redoble. Entusiasmado, el viejo le hizo un saludo militar, enganchó su tambor en la pernera, acomodó la caramañola debajo de su paletó para que no le estorbara, se puso en posición de firme y, de perfil a ella, tras mirarla como pidiendo su venia, se mandó un redoble que hizo estremecer el ámbito del salón. Acto seguido, marcando el compás de una marcha militar, inició unos marciales

pasos de parada que causaron gran jolgorio entre los músicos. Ella le regaló una mirada llena de ternura.

En verdad la señorita Golondrina del Rosario no tenía por qué estar ahí cumpliendo aquella labor. El Comité de Recepción al Presidente había designado al maestro Jacalito –profesor de piano y maestro de bailes antiguos– para audicionar a los músicos. Pero éste, que además había sido nombrado Director de la banda, lamentablemente había sufrido un trastorno de salud. Cuando le fueron a pedir sus servicios, ella pensó que sería entretenido hacerlo.

Después del tambor le tocó el turno al bugle. Se llamaba Tirso Aguilar, tenía treinta y ocho años y venía de la oficina Anita. Nunca antes, dijo, había tocado en ningún Orfeón. El hombre, de cabellos blancos peinados con partidura al medio, con un fuerte olor a alcanfor y una cordial expresión de panfilidad en su rostro, tocó luego los primeros compases de una *mazurka*, y lo hizo musicalmente bien, sin floreamientos ni poses extramusicales. La señorita Golondrina del Rosario quedó encantada.

El que seguía era el único bombo que había en la sala. Al acercarse al escritorio, la Señorita Golondrina del Rosario lo saludó como a un viejo conocido. Flaco, de rostro ceniciento y andar desguallangado, al hombre le faltaba la mano izquierda completa y en la derecha sólo le quedaban dos dedos, el pulgar y el índice, con los que tenía tomado el mazo del bombo. Ella escribió en su cuaderno casi sin preguntarle nada. Después, para delicia de todos, el hombre, de alrededor de cincuenta años, se puso a ejecutar unos pasos de baile religioso al recio son de su bombo.

Mientras el bombero saltaba, el platillero, un hombrecito que se hallaba inmediatamente delante de Bello Sandalio, y que no dejaba de hablar y hacer piruetas con sus platillos de bronce, se volvió hacia el trompetista para comentarle que el bailarín se llamaba Cantalicio del Carmen, que era un personaje muy popular en el pueblo y que tocaba y bailaba en una cofradía devota de la Virgen de la Tirana. «Es el famoso Diablo del Bombo», dijo.

Después del bombero venía el otro trompetista presente. Un individuo gordo peinado a la gomina, de traje a rayas y una corbata multicolor decorada con un llamativo vidriante azul. El hombre llamaba la atención por sus gestos arrogantes y llenos de grandilocuencia. Dijo que se llamaba Eraldino Lumbrera, que era soltero, que había estudiado música en el extranjero y que había sido primera trompeta en la *Real Jazz-band* de Antofagasta. «Una de las mejores *jazz-band* de la zona norte», dijo. Y acotó fachendoso:

—Por no decir la mejor.

Luego, sin venir a cuento, comenzó a explicar por qué había dejado la *jazz-band*. La Dama del Piano, luego de apuntar lo necesario, se quedó oyéndolo con expresión ausente. Cuando terminó de hablar, el hombre puso el estuche de su instrumento sobre el escritorio y, con los ademanes de un charlatán sacando la culebra al sol, extrajo su flamante trompeta. Mientras tocaba los compases de un movido *one step*, acompañándose de unos afectados pasitos de baile, Candelario Pérez, con el tambor aún en posición, se acercó a Bello Sandalio y, junto con regalarle una espesa tufarada a tabaco, le murmuró al oído:

—¡Este cree que la mazamorra se masca!

Después le correspondió el turno a un muchacho que dijo llamarse Robinson Monroy. Lo mismo que el Diablo del Bombo, vivía en el pueblo y había aprendido a tocar el tambor con los *boy-scouts*. Ella lo interrumpió amablemente para preguntarle cuántos años tenía. «Lo siento jovencito, le dijo, tengo orden de no aceptar menores de edad.»

Mientras el muchacho se iba visiblemente abochornado, la señorita Golondrina del Rosario miró a los dos músicos que quedaban por inscribir y sus ojos se cruzaron por primera vez con los de Bello Sandalio. El trompetista, que no había dejado de escrutarla en todo el rato, percibió claramente el destello de turbación que zigzagueó en el semblante de la mujer. Eso alimentó más su sospecha de que a esa preciosidad la conocía. Sólo que no se acordaba de dónde.

El hombrecito de los platillos, de rostro marcado por la viruela, que llevaba un jockey de color mugre y no había dejado de importunar a Bello Sandalio aprobando o desaprobando a los demás músicos, se adelantó diciendo que ahora era el turno de un músico de verdad. Saludó reverencialmente a *la damita linda*, y antes de entregar ningún dato sobre su persona, se acomodó las correas de los platillos y se largó a tocar como desaforado, acompañando sus platillazos con toda clase de preciosismos y malabares de circo. Cuando dio por terminada su demostración, se plantó delante del escritorio y preguntó sonriente:

—¿Qué tal, damita?

Ella sonrió levemente y le pidió el nombre.

—Maturana Ponce —dijo con presteza el platillero—. Tengo treinta y cinco años recién cumplidos, soy solo como el sol y por ahora pertenezco al Orfeón de la oficina Pinto, pero quiero radicarme definitivamente en el pueblo y...

—Perdón, señor —le interrumpió ella con educación extrema—. Primero

necesito saber su nombre.

—Ya le dije, damita: Maturana Ponce —contestó el platillero sin dejar de sonreír.

—Esos me parecen sus apellidos, señor —repuso ella, mirando de reojo al colorín de la trompeta—. También necesito su nombre.

Bello Sandalio, además de encendida, la notó ahora trémula, conturbada. Aunque no podía decir si era por efecto del cruce de sus miradas o por el percance que sufría en esos momentos con el hombre de los platillos.

—Mire, damita —dijo atropellándose el platillero—, todo el mundo en la pampa me conoce por Maturana Ponce.

—Está bien, pero yo necesito su nombre.

—¿Es tan necesario?

—Sí, lo es.

En medio de un silencio expectante, el hombre dejó de sonreír, miró por el rabillo del ojo hacia ambos lados, se arqueó lo más que pudo sobre el escritorio y en voz baja, tratando que los demás no alcanzaran a oír, dijo:

—Berenjena.

Mientras todos rompían a reír, ella, con un brillo interrogativo en la mirada, le dijo seria:

—Perdón, señor, no le oí bien.

—Me llamo Berenjena, damita. Berenjena Maturana Ponce —deletreó penosamente el platillero.

La señorita Golondrina del Rosario, con una impavidez abismante, escribió el nombre en el cuaderno y enseguida lo despachó. Berenjena Maturana Ponce dio un estridente golpe de platillos y se fue a reunir con los demás.

Aunque era su turno, Bello Sandalio no se adelantó inmediatamente hacia el escritorio. Sin dejar de mirarla esperó a que la Dama del Piano a su vez lo mirara y le hiciera algún gesto. Cuando ella al fin levantó la vista para indicarle que se acercara, estaba temblando entera. Al tenerlo ahí, a medio metro de su mirada, no le quedó ninguna duda. Era él. Claro que era él. Aunque aquella noche todo había sucedido en penumbras y lo más claro que tenía en su mente eran sus ojos y su respiración de animal de presa, estaba el detalle de la humita; detalle que esa vez le había agradado sobremanera. Eran muy pocos los hombres en la pampa que aún gustaban de llevar tan romántico artilugio.

Al verlo entrar por la puerta, sin llegar aún a reconocerlo definitivamente, el corazón le había dado un salto mortal. Después, toda aturullada y temblando de pavor, mientras trataba de mostrarse natural ante el percance de ese pobre

hombre (no entendía cómo a un cristiano lo podían bautizar con un nombre de vegetal), se había puesto a rogar a Dios que ocurriera cualquier cataclismo en el mundo, cualquier percance, que le mandara las siete plagas de Egipto, por ejemplo, una tras otra, con tal de no tener que entrevistar a ese trompetista de pelo colorado que la miraba fijamente con sus ojos amarillos.

Pero ahora mismo lo tenía ahí, de cuerpo entero, parado desfachatadamente frente a ella, desvaneciéndole su incertidumbre de una sola sonrisa. Era él, claro que era él; su músico peregrino, su trompetista de fuego, su perjudicador amado. Le pareció que la cabeza le iba a estallar. Se sintió invadida por una sensación rara. Era como si por debajo de sus polleras una tenue turbulencia de luz le inflara el vestido haciéndola levitar a unos cuantos milímetros sobre la silla. Y el muy pelirrojo, ahí, frente a sus narices, no hacía más que mirarla y sonreírle su carnívora sonrisa de fauno pecoso. Aunque tenía que dar gracias al Altísimo de que él no la hubiera reconocido, de eso se daba perfecta cuenta por el modo de dirigirse a ella al darle ahora su nombre: «Bello Sandalio», oyó que decía, y su voz era como un ronroneo. Dentro de la escala de voces se la podía situar perfectamente en la de barítono; aunque ronca, era una voz vibrante y viva, una voz que llevaba dentro la música, pensó sofocada. De manera casi inaudible, luego de anotar su nombre y sus datos, se oyó diciéndole que muchas gracias, que ya estaba listo, que podía retirarse, pero el trompetista del demonio, destellando siempre su dentadura de félico hambriento, le preguntó meloso que si acaso no lo iba a dejar tocar alguna cosita, y ella, la muy insensata, se oyó ahora diciendo que bueno, que tocara un trozo de lo que quisiera, pero pidiendo por dentro, madrecita mía, virgencita del cielo misericordiosa, el milagro imposible de que su trompeta se atascara, enmudciera, no funcionara, pues sentía que iba a caer desmayada ahí mismo si a él se le ocurría romper a frasear la melodía que Bello Sandalio, aún sin recordar en dónde diablos había conocido antes a una yegüita tan fina, rompió a tocar con un sonido brillante, cálido, el mismo sonido de fuego de esa noche de verano en que ella había cometido el más dulce pecado de su vida. Y, de nuevo, tal como ocurriera aquella noche, volvía a sentir que se le achocolataba la sangre, que se le desleía el alma, que la melodía aquella le moldeaba el corazón como si fuera vidrio derretido y él un mágico soplador de notas musicales. Y entonces, como en un sueño, como moviéndose dentro de una burbuja de música derretida, se vio a sí misma poniéndose atolondradamente de pie, tomando su chal y su sombrero para escapar de ahí, para irse corriendo a su casa y meterse bajo el cobertor de su cama y cubrirse de puro miedo hasta

la cabeza. Antes de salir se oyó apenas citando a los músicos al primer ensayo para mañana por la tarde, en este mismo salón, y seguidamente, siempre como atravesando un aire amelcochado, se vio dirigiéndose hacia la salida, sintiendo su mirada hormigueándole en la médula de su columna, adivinando que su amante peregrino iba a seguirla, sintiendo cristalizársele de golpe la paloma de vidrio derretido de su corazón cuando al trasponer la puerta oyó su voz aguardentosa diciendo galantemente si la señorita le permitiría el honor de acompañarla hasta su casa, y, luego, tras un segundo eterno, oyó su propia voz —la oyó como desde la astral lejanía de una emisión radial apenas audible—, diciendo que no, la muy tarada, que muchas gracias, la muy badulaque, que era muy amable el caballero, pero que su señor padre la aguardaba un poco más allá. Y, ya en la calle, temblando como una niña boba en su primera declamación pública, sintiendo de nuevo aquella sensación de luz o de aire tibio inflándole el vestido —como si estuviese orinando vapor—, se encaminó presurosa hacia su casa presa de un arrobamiento que la hacía pisar los charcos de agua sucia como si fueran espejismos y atropellar insensatamente a las levas de perros vagos que se le atravesaban por delante, sin darse mucha cuenta de nada, pensando sólo en llegar pronto a la dársena segura de su pieza hasta donde primero entró el hálito de su alma asustada y, después, una milésima de segundos después, su cuerpo siguiéndola como un pobre animalito desvalido.

Hecha un solo tremolar de huesos, cayó de bruces sobre la colcha de raso de su catre forjado sin entender cómo, madrecita mía, cómo Virgen del Carmen Santísima no se había desvanecido de susto en la infinita distancia de las cuatro cuadras y media que separaban el Club Radical de su casa.

Aquella noche de febrero, Bello Sandalio llegó al prostíbulo llamado El Gato Flaco después de un desaforado itinerario por media docena de boliches. Hacía sólo tres días que había llegado a Pampa Unión y durante todo ese tiempo, acompañado siempre de su trompeta, no había parado de parrandear un solo instante, ni de día ni de noche.

Aquella noche de febrero, la señorita Golondrina del Rosario llegó a casa más tarde de lo usual. La película (una de amores prohibidos) y el calor reinante en la sala del teatro le habían exacerbado los sentidos de tal manera que, luego de la función, se fue caminando lenta bajo la luna por la populosa calle del comercio. Se demoró voluptuosamente en las vitrinas, oyó un poco de música en la electrola de la pastillería Matta – un novedoso aparato musical recién traído por el pastillero – y entró a un par de tiendas por el solo deleite de probarse sedas y encajes.

Bello Sandalio pensaba quedarse un tiempo largo en el pueblo. Por el momento tenía dinero suficiente para un mes. Esto sin tomar en cuenta lo que podría percibir contratándose para tocar por las noches en alguno de los burdeles. Durante los tres días que llevaba celebrando había bebido como empampado, había tocado por su cuenta en casi todos los boliches de la Calle Larga y había «hecho sonar» a unas cuántas mujeres como esa morena del color de su trompeta que, ahora mismo, detrás de la barra de El Gato Flaco, no le quitaba los ojos de encima.

La película que la señorita Golondrina del Rosario había sincronizado esa

noche se llamaba *La que murió por amor*. Y, sensible como era ella, emocionada hasta las lágrimas, había tocado el piano con más inspiración que nunca. Aunque, de tanto concentrarse en la historia de los amantes, dos veces se había quedado embelesada mirando la pantalla —olvidada completamente de la música—, en medio de la grosera silbatina del público. Nada, sin embargo, había logrado romper ese estado de gracia en que salió sumida del teatro. Ahora, mientras se preparaba para dormir, no podía dejar de pensar en las escenas más románticas del film. Con las mejillas encendidas, sintiendo que el aire de la pieza ardía por los cuatro costados, se quedó más tiempo del necesario contemplándose desnuda frente al espejo.

Febrero derretía fierros esa noche. Bello Sandalio, borracho como tagua, en un intervalo del pianista se subió a la pequeña tarima, jugó un rato con las teclas, escupió cortito y se llevó la trompeta a la boca —la mandíbula inferior encajó a la perfección, la boquilla quedó bien sujeta y su tórax se ensanchó hasta tensar la tela de su camisa—. Cuando comenzó a tocar, sus potentes fraseos de oro iluminaron de pronto la atmósfera y llenaron de sonido todo el volumen del local. El aire vibraba. El pianista, un sambo de aspecto desmejorado, vestido de frac, volvió a la tarima a tratar de seguirlo en el piano al mejor estilo del jazz. Hacía tiempo que el trompetista no tocaba con tanta pasión. La noche era como para incendiarla de música y él, lírico de alcohol, inflamado de música, era un gitano de feria lanzando fuego por la boca. El cabaret entero guardaba silencio. Espeluznadas, las mujeres sentían la música corriéndoles como agua caliente por el cuerpo, la sentían como una espesa pintura dorada inundando el clima sucio del lenocinio; presentían que podían levantar un dedo, untarlo de música y pintarse de oro los labios, las uñas, los párpados. Algunas lloraban sin darse cuenta. Por un momento fueron tan altas y puras como la penetrante música aquella que exprimía la esencia misma de la noche.

La señorita Golondrina del Rosario, recostada sobre la cama, se había puesto a leer un libro de poemas con la ventana de su habitación abierta a la noche y a la luna. El libro se llamaba *Crepusculario* y era de un joven poeta chileno. En el momento en que, con el libro sobre el pecho, repetía en susurros *la mariposa volotea, revolotea y desaparece*, la brisa tibia de la noche le trajo jirones de música. Era una música de trompeta. La melodía llegó a sus oídos como un

chorro de oro líquido, quemante, cósmico; como si la misma dimensión de la noche se estuviera derritiendo en pura música, en música de trompeta. Para oírla mejor cerró los ojos y apagó la lámpara. El sonido era cálido, brillante; la melodía bella y extraña, magnética como la luna. Hipnotizada, se levantó de la cama, se puso su camión rosado y salió al patio. El patio era un pozo inundado de luna. Para oír mejor, se dirigió a la casita sanitaria que flotaba sonámbula al fondo del patio. Sentía como si la trompeta estuviera tocando sólo para ella. Enajenada, tuvo deseos de encaramarse sobre el muro que la separaba del prostíbulo. Quería saber si podía divisar al hombre o al ángel que fraseaba de ese modo aquella música que la deslumbraba, que la seducía, que le halagaba los sentidos. Estaba completamente loca.

Cuando Bello Sandalio terminó de tocar y volvió a la mesa, encontró a la morena esperándolo. Con una bandeja en las manos y restregándose en él con melosidades de gata en celo, le ofreció un trago de aguardiente o de lo que tú quieras, mi pichoncito. A la mujer le decían la Cocoliche y era conocida como una de las más inmoderadas prostitutas del pueblo. Con un cuerpo sinuoso, un andar ondulante y un brillo cuaternario en sus ojos negros, la Cocoliche era la amante del capitán de Carabineros que, en esos momentos, se embriagaba en una de las mesas más oscuras del fondo. Luego de servirle el trago, la mujer se lo quedó mirando con todo su arte de puta fatal y, esgrimiendo la excitante por inocua disculpa de que tenía las manos ocupadas con la bandeja, le pidió el favorcito de que me saques las calugas, mi cielo, que me están incomodando demasiado. Al inquisitivo alzamiento de cejas de Bello Sandalio, la morena aclaró ronroneante:

— ¡Que tengo los churrines metidos en el poto, cariño!

La Cocoliche hacía esa prueba con todos los hombres que le parecían atractivos. Decía que el que se atreviera a sacarle las calugas delante del babieca del capitán, ese sería su príncipe azul. Bello Sandalio, sin demostrar demasiado asombro, pelando su eterna sonrisita de hielo, dejó la trompeta sobre la mesa, se alisó el cobre de su pelo hacia atrás y, ante el silencio expectante de los parroquianos, lentamente, como una serpiente deslizándose voluptuosa tronco arriba, su larga mano moteada de pecas fue introduciéndose por debajo del ajustadísimo vestido de terciopelo azul en que iba embutida esa noche La Cocoliche.

Cuando terminó la música, la señorita Golondrina del Rosario sintió como si la noche se hubiese desinflado de golpe. Todo ese ronco rumor de jolgorio que cubría al pueblo y que llegaba hasta ella como el zumbido de un gigantesco insecto lúbrico, le pareció completamente vacío sin la maravillosa música de aquella trompeta. Todavía transportada, con el corazón brillándole en los ojos, volvió a la penumbra de su cuarto solitario. Pese al calor sofocante de la noche, su cuerpo temblaba como un trémolo en el aire. Se acostó sobre el cobertor de raso. La luna ya no se enmarcaba en el rectángulo de la ventana; sólo el resplandor de su luz se aposentaba como un agua insomne en el clima de su dormitorio. Apartándose con urgencia el camisón, comenzó a palpar su cuerpo, cual si fuese su propio instrumento musical, buscó ansiosa las partes sensibles y sonoras de sus órganos. La música y la poesía siempre la habían hecho vislumbrar un vértigo nuevo. En el dormitorio del colegio, luego de rezar el rosario, muchas noches se entregó al placer, fugaz como un reflejo, de hacer vibrar su cuerpo adolescente mientras recitaba poemas de Amado Nervo. A veces, cuando ensayando al piano al calor de la siesta la música le colmaba los sentidos de una voluptuosidad incontrolable, o cuando en las clases de ciencias naturales la monja —nombrando pistilos corolas y gineceos—, les hablaba de la polinización de las flores y sus compañeras reían lujuriosas por lo bajo, entonces ella deseaba no ser tan casta, tan niña virginal, tan doncella pura. En esos momentos, con el perdón de la Virgen Santísima, ella soñaba ser sólo un poquito más superficial de espíritu, como sus condiscípulas. Más derramada de sonrisa, por ejemplo, como la Zenobia Viterba; más sentadora de vestidos, como la Odette Alcántara; más pizpireta de ojos, como la Manova Sofía; más gozosa de gestos, como la Bélgica Castro; más errática de mente, como la Emperatriz López. Ella sólo pedía ser un poquito más impúdica, madrecita mía; un poquito más sirena para sus cosas.

Cuando el capitán de Carabineros emergió desde su mesa en sombras y se le fue encima enfurecido y borracho, Bello Sandalio tomó una silla y, aunque le erró el primer golpe, el segundo se lo encajó de lleno en el lomo. El policía fue a dar con toda su humanidad sobre una de las mesas. En medio del estruendo de copas y botellas quebradas y el griterío histérico de las mujeres, Bello Sandalio tomó su trompeta y escapó a todo dar por la puerta que daba al patio del boliche. Por unos tambores amontonados junto a una muralla trepó a los techos perseguido de cerca por el capitán y dos de sus «dragoneantes», como llamaba

a sus subalternos, a los que azuzaba insultándolos a gritos. Agazapado sobre las planchas de zinc, tras un rápido vistazo a su alrededor, el trompetista dudó un momento. Luego, vislumbrando el peligro que lo acechaba, se acercó a un muro, cerró los ojos y saltó hacia el patio de una casa particular. Ya en tierra, encerrado como en un pozo sin salida, con los carabineros ya encaramados en los techos, se sintió acorralado. No veía salvación posible. Presentía que el cabrón del capitán, de echarle el guante, ni siquiera se daría el trabajo de llevarlo a los pulgueros del retén, sino que lo balearía sin asco ahí mismo, dejándolo tirado como a un roñoso perro sin dueño. De pronto, cuando ya se veía completamente perdido y en el techo retumbaban disparos de carabina, Bello Sandalio sintió abrirse la puerta de una pieza a un costado del patio y en la penumbra del vano vio aparecer la silueta de una mujer.

La señorita Golondrina del Rosario, al oír el estruendo sobre los techos y los gritos que conminaban a detenerse en nombre de la Ley, persignándose de miedo, cubierta apenas por su delgadísimo camisón de seda, se paró a mirar por la ventana entreabierta. De pie sobre el muro posterior del patio, vio a un hombre que miraba desesperado hacia atrás y dudaba si lanzarse o no al vacío. Lo que la estremeció en ese instante, más que la situación misma, fue descubrir lo que el hombre llevaba en la mano. ¡Era una trompeta! Una trompeta que relumbró fugaz a la luz de la luna cuando el hombre saltó ágilmente desde las alturas. Pese a las violentas volteretas que dio en tierra, el extraño cuidó perfectamente con su cuerpo que el instrumento resultara incólume. Fue entonces, segundos antes de que su padre apareciera en el patio con su lámpara de carburo, que entreabrió la puerta e instó al hombre a que entrara. Mientras el barbero discutía con los carabineros, que se querían meter a toda costa en su casa, ella temblaba en los brazos del hombre, que la apretaba y le cubría la boca con las manos. Cuando los carabineros al fin se retiraron y su padre le preguntó desde afuera si se hallaba bien, el hombre, con su cara pegada a la suya, bollándole dorados los ojos en la penumbra, le sacó la mano despaciosamente de la boca y ella pudo contestar sofocada que sí, padre, que estaba bien.

Bello Sandalio se dijo que esta sí que es suerte linda, carajo, cuando vio que la mujer aparecida en la puerta de aquella habitación, en vez de ponerse a gritar como loca, lo invitaba a entrar con gestos afanosos. Cuando luego oyó a

los carabineros discutir desde lo alto del muro con el que debía ser el dueño de casa, rápidamente, inmovilizó a la mujer entre sus brazos y le cubrió la boca con una mano. No fuera a ser cosa que la lindura se arrepintiera a última hora y se le ocurriera denunciarlo. Al contacto de su cuerpo, Bello Sandalio se percató de que la mujer, aparte de la seda del camisón y su denso perfume de violetas, no llevaba nada más encima. Al retirarse los carabineros refunfuñando hacia los otros techos y volver el padre a su dormitorio, Bello Sandalio, ahora más suavemente, siguió abrazando a la mujer que, en la penumbra lunosa de la habitación, penumbra de fondo de mar, temblaba como un pececito melonado entre sus brazos.

Al sentirse abrazada por aquel hombre, así desnuda como estaba, la señorita Golondrina del Rosario sintió que desfallecía de pavor. El aire de la habitación se le volvió de pronto espeso, brumoso, seminal. Sentía que le faltaba el resuello, que se ahogaba, que necesitaba urgentemente emerger a la superficie. Peor todavía, el tibio vaho a cerveza que ese bruto exhalaba pegado a su cara, la sumía en un vértigo no sabía si de asco o de voluptuosidad. Ella quería decirle que el peligro había pasado, que ya se podía ir tranquilo, y las palabras se le pegaban como chicle caliente al cielo de la boca. En la penumbra le parecía percibir que el hombre sonreía y que su sonrisa era la de un fiero tigre agazapado en la espesura. Y aunque estaba segura de que él se daba perfecta cuenta de que el peligro había pasado y que ya podía salir, el trompetista desfachatado no la soltaba; apenas si había aflojado un poco la presión de sus brazos nervudos. La señorita Golondrina del Rosario se dijo de pronto que lo menos que una dama decente haría en su caso era gritar, y ella ni siquiera lo había pensado. Escandalizada de sí misma, no podía entender la razón de su aquiescencia, aunque tal vez, en el fondo... Pero no, no quería ni imaginarlo. Aprisionada contra el trompetista huesudo, sentía su prominente nuez de Adán hundida áspera, incisivamente en su mejilla. Y ese contacto eréctil la trastornaba.

Bello Sandalio se dijo que no podía irse de ahí sin agradecerle el gesto a esa mujer que no dejaba de temblar contra su cuerpo. En la penumbra no podía ver qué tan bonita era, pero al tacto se adivinaba que su cuerpo era armonioso. Se inclinó un poco entonces y la besó con suavidad en los labios: sus labios eran

cálidos. Dejó la trompeta en el suelo y, arrinconándola contra la madera de la puerta, posó ambas manos en sus pechos: sus pechos eran llenos y duros como copas invertidas. Luego la recorrió piel abajo y supo que sí, que estaba en lo cierto, que la mujer misteriosa poseía un cuerpo largo, fino, hermoso. Hubiera podido levantarla en vilo y llevarla hasta esa cama que, como una barca hundida en un mar de aguas densas, se recortaba al fondo de la habitación, pero en esas tres brazadas de distancia se podía perder el encanto, sus cuerpos podrían resbalar, soltarse, extraviarse, no volver a verse nunca más en la vida. Así que ahí, apoyados contra la puerta, como dos náufragos verticales, le pareció la posición más propicia y digna a la hazaña de aquella noche aventurera. Guerrero de mil batallas, le bastó una leve escaramuza con el muslo para vencer toda resistencia. Sentía que las uñas largas de la náufraga desconocida se le clavaban en el pecho con desesperación. Él no decía nada y ella parecía muda. Y el combate se llevó a efecto como entre dos crustáceos ciegos bajo una sorda tormenta de gemidos y relámpagos de sollozos.

Mientras el trompetista la abrazaba fuerte, la señorita Golondrina del Rosario no sabía si era más quemante esa piel de hombre contra su pecho o el contacto metálico de la trompeta en su espalda. Cuando él la besó con su lengua lijuda y amarga de cerveza, supo que el corazón humano podía transfigurarse y ponerse a cocear como si fuera un ciego caballito de mar. Su vientre, sus ingles, sus rodillas y cada uno de sus huesitos trémulos se le llenaron de espuma. Esa lengua cruda triangulando boca, cuello y oído salivosamente, y esas manos bajando y subiendo por su piel alucinada —exprimiendo sus senos, amasando los globos de sus nalgas—, eran la concreción de todos sus sueños soñados en sus salaces desvelos de hembra solitaria. Le daba la impresión de que su «amante peregrino» (ella se estaba entregando *como a los peregrinos se entregaban las ninfas en los viejos caminos*) sabía hallarle *el pezón al pezón, el lóbulo al lóbulo, la piel a la piel*, y que lo hacía todo con sabiduría extrema, usando sólo la *yema* de sus yemas. En ese viboreante nudo de corrupción, todos los órganos de su cuerpo vibraban, palpitaban, se encogían y dilataban como los filamentos sensibles de una planta submarina. Cuando el bárbaro de la trompeta procedió a polinizarla, sintió que se hundía sin remedio y se agarró con uñas y dientes a los huiros de su pecho. Junto con sentir la implosión de una luna caliente en sus entrañas, su cerebro estalló en una girándula de los más ardientes versos de amor leídos en las noches del internado, cuando, con el corazón simplificado

como una burbuja, buscaba a ciegas bajo las sábanas sus intimidades húmedas. Y aunque sus labios no atinaban a decir nada, sus huesos resplandecientes hablaban por ella.

Antes de marcharse, Bello Sandalio acarició dulcemente esa cabellera de sirena. Esa hembra era en verdad pura pasión. La besó en los labios y se dijo que cualquier palabra suya mataría el hechizo y ahuyentaría a los tritones y caballitos de mar que aún navegaban en el clima de fondo marino del dormitorio. Tomó su trompeta, alisó su pelo hacia atrás y salió de la habitación. Trepó los muros del patio con la elasticidad de un gato colorado criado en callejones de calaminas y se perdió en la vasta noche de la pampa. La luna llena fulguraba en su trompeta como una silenciosa música de amor.

La señorita Golondrina del Rosario emergió de aquel hundimiento convertida en sirena y con el pelo lleno de estrellamares. Y porque aún no divisaba claramente la costa salvadora, como una anfibia lánguida se quedó flotando todavía por un rato en una espesa ola de algas submarinas. No quiso decir nada mientras se moría de amor; no pudo decir nada. Tampoco quiso pensar. Pero cuando vio salir al canalla de la trompeta acomodándose la humita a lunares, y lo sintió luego escalando el muro con luna como un liviano bardo medieval, y lo imaginó después dejando tras de sí el rastro luminoso de su trompeta de fuego, en su pensamiento entonces declamó, dramática, trágica, lírica: *Nos fuimos ardiendo como dos mundos que una vez cada mil años se cruzan en el cielo...*

Después de tres días de ensayos, aunque el director oficial aún no hacía acto de presencia, la banda entonaba el himno nacional de manera casi perfecta.

El farmacéutico mayor del pueblo y presidente del Comité de recepción a Su Excelencia –cuya llegada estaba prevista para dentro de dieciséis días–, al ver que los músicos se estaban afiatando sin mayores problemas, les prometió hacer las gestiones para que debutaran el domingo siguiente con una retreta en el kiosco de la plaza.

Les dijo, además, que de cumplir bien su papel durante la visita del señor Presidente, la banda seguiría en funciones indefinidamente. Además de las retretas, les dijo, podrían amenizar los bailes sociales, presidir las fiestas de la primavera, animar los torneos boxeriles y, por supuesto, acompañar los funerales. Todo eso sin contar que en Pampa Unión cada una de las colonias extranjeras celebraba con mucho ruido sus respectivos aniversarios patrios. Incluyendo el día de la Raza y la toma de la Bastilla. Hasta la subida al poder de Benito Mussolini era motivo de fiesta en el pueblo.

–Como pueden ver, muchachos, trabajo no les va a faltar –les dijo paterno el farmacéutico.

Por orden suya, la banda debía ensayar tres horas diarias como mínimo. La primera vez les ofreció uno de los salones del Club Radical. Sin embargo, al término del primer ensayo, tuvo la mala ocurrencia de asomarse por el recinto. Un apestoso reguero de colillas alfombraba el piso, brillante hasta el espejismo, y había una gran cantidad de botellas vacías y a medio vaciar –de vino, de cerveza, de aguardiente– desparramadas por doquier. Al día siguiente, el farmacéutico se las arregló para conseguir el Centro de Conductores de Carretas. Allí se tenía que ir a ensayar esa trcalada de borrachos pililientos, lo más lejos posible de sus salones fulgentes.

Desde la primera noche de ensayos, los músicos habían conformado dos

grupos de parranda que se iban a beber hasta la amanecida. Un grupo lo formaban los compadres cornetistas y su amigo el del trombón. En el grupo de Bello Sandalio estaban el Diablo del Bombo, el Bere Maturana, como comenzaron a llamar al músico de los platillos, el buglista Tirso Aguilar y Candelario Pérez, el viejo del tambor.

Eraldino Lumbrera, el otro trompetista, no se había unido a ninguno de los dos grupos. Al terminar de ensayar, guardaba su trompeta y, con una crapulosa guiñada de ojo, decía que una potranquita amorosienta lo esperaba en una de las casas alegres de por ahí a la vuelta.

El gordo del vidriante azul en la corbata, que todo el tiempo no hacía más que palanganearse de sus dotes musicales, había resultado un verdadero cataplasma para los demás músicos. Y éstos ya habían comenzado a tomarle tirria. Lo que más les daba en las verijas a todos era el hecho de que el guasamaco tocara la trompeta con la mano cubierta con un pañuelo. Eso era, según decía con suficiencia, para que ningún aprendiz de músico se fijara en su digitación y le fuera a copiar el estilo.

—Ese pinchaúvas es más ostentoso que una fanfarria —dijo el Bere Maturana la primera noche que se fueron a recorrer boliches.

—Para mí que lo de la *jazz-band* son puras tencas muertas —comentó el viejo del tambor.

En esa primera noche de parranda, el Diablo del Bombo los había acompañado apenas a una cerveza. Atenazando la botella con los dos dedos de su única mano, se la bebió de dos tragos largos y se disculpó diciendo que tenía a su esposa sola y a punto de parir su tercer hijo. «Los dos primeros se me murieron a los tres días de nacer», dijo en tono compungido. Esperaba, con el favor de la Virgen, que éste se le conservara con vida y salud por mucho tiempo.

En contraste con el Diablo del Bombo, esa noche el Bere Maturana le bebió hasta el aire a las botellas. Locuaz, como siempre, contó que en una de sus últimas estadías en el pueblo había pasado una noche en los pulgueros del retén, y ahí se había dado cuenta de por qué al capitán de Carabineros le decían el Huano con Agua. Que apenas amaneció el día, lo sacaron del calabozo y lo llevaron al despacho del capitán. Allí, luego que éste lo saludara amistosamente, le preguntó si tenía sed. A su respuesta afirmativa, el oficial tomó un jarrón que contenía un líquido pastoso, vertió sobre un tazón de aluminio hasta rebasarlo y se lo alargó. «Te invito a una ulpada para componer el cuerpo», le dijo. Al primer sorbo estuvo a punto de voltear las tripas.

Después, mientras dos uniformados lo maniataban a la fuerza, el capitán le hizo tragar el resto de aquel bebedizo que no era sino una repugnante mezcla de agua con huano de caballo.

—El cabrón hace tragar esa inmundicia a todos los viejos que se lleva preso por ebriedad —terminó contando el platillero—. Dice que es el más santo remedio para la resaca.

El Bere Maturana, que era el más bueno para reírse, además de las profundas marcas de viruela que le borronaban las facciones del rostro, tenía unas negras mechas de clavos y las orejas grandes como repollos. Esa noche, en lo mejor de la jarana, sin decir agua va, se había largado a llorar desafortadamente por el amor de una «pulpera tetoncita» que lo esperaba en la oficina Pinto. Después, entre hipos y eructos vinolentos, le dio por golpear la mesa y ponerse a gritar a toda boca:

—¡Me llamo Berenjena y punto!

Luego, miraba provocativamente en torno suyo y agregaba farfallosos:

—¡Y al guarango que no le guste que se encache al tiro!

Tirso Aguilar, el buglista, con ojos redondos de asombro, esa noche no hizo más que mirar embelesado los meneos y las gracias obscenas de aquellas mujeres «tan amigables y carantoñeras», y, halagado por su trato impúdico, gastó como un califa invitando tragos y cigarrillos caros a todas las que le sonreían. Cuando en la mesa contó deslumbrado que era la primera vez en su vida que entraba a una «casa de mala nota», ante la cara de incredulidad de los otros, el viejo del tambor se encogió de hombros y dijo que en este mundo se habían visto muertos cargando adobes.

Luego de cuatro años de matrimonio, sin haber podido tener hijos, de la noche a la mañana la mujer de Tirso Aguilar lo había dejado por un vigilante del campamento. Esto le había ocurrido no hacía aún tres semanas. Convertido en la comidilla de las comadres y sin poder soportar la mirada chungona de sus vecinos —«Para más remate los pichones se pusieron a vivir en la misma corrida de casas, a cuatro puertas de la mía»—, Tirso Aguilar aprovechó el aviso del periódico solicitando músicos para pedir el sobre azul en la Compañía y mandarse a cambiar nada más que con su bugle y una maleta de ropa. Jamás antes había tocado en una banda ni se había subido nunca a un escenario. Aunque en la oficina Anita, después del trabajo ensayaba todas las tardes en su casa, siempre le tuvo terror al público. Nunca se había atrevido a actuar ni siquiera en las veladas de las fiestas de la primavera. Hacía poco tiempo, como un hecho premonitorio, se había mandado a confeccionar un traje de actuación

—«con vestón de lentejuelas y todo»— y se había jurado que a la primera ocasión subiría a un proscenio a como diese lugar.

El viejo del tambor, por su lado, aquella noche dejó en claro que su dentadura sarrosa y su penetrante olor a tabaco no provenía de ser un fumador empedernido, sino de algo peor: sacaba un cigarrillo, lo desenvolvía, vaciaba el tabaco en la palma de la mano y luego se lo echaba a la boca para comenzar a mastcarlo acompasadamente, como si fuera un bolo de coca. Durante la noche se comió media cajetilla de *Faros*. Junto con mostrar predilección por dichos y refranes desusados, que lanzaba como al desgaire en medio de la conversación, a veces completamente fuera de tiesto, el veterano del 79 dejó ver que los vapores del alcohol lo cargaban a la confianza, y hasta le daba por contar alguna de sus hombradas vivida en sus hazañosas campañas de soldado. Además demostró que también era capaz de hacer chirigotas, aunque sin llegar jamás a reírse. Como cuando asustó al buglista, que no dejaba de contemplar a las prostitutas, diciéndole que se fuera con calma, que a esas no les gustaba que ningún morriñoso viniera a mirarlas como a pájaros raros. «No te vayan a imbunchar estas chimberas, carajo», le dijo.

Bello Sandalio, en cambio, se había mostrado más bien de capa caída aquella primera noche. De codos en la mesa, había participado con muy poco entusiasmo de los chascarros del grupo. Se llevó todo el tiempo pensando en su Dama del Piano. Él no creía en la reencarnación, pero si no se acordaba luego dónde y en qué circunstancia había visto antes a esa pollita, tendría que sucumbir a la idea descabellada de haberla tratado en una de sus vidas anteriores. Porque en alguna maldita parte y algún maldito tiempo él había estado con ella, de eso estaba tan seguro como que era el mejor trompetista del mundo. De pronto se le había ocurrido algo que lo hizo sonreír divertido: ¿Y si su belleza renacentista le recordara, en verdad, alguna de aquellas estampas eróticas del 1900, esas postales que se conseguía en los barcos allá en Iquique, con las que se masturbaba cuando niño?

Al día siguiente de su encuentro en el Club Radical, Bello Sandalio había esperado a su Dama del Piano a la salida de la función vespertina. Pero cuando en la esquina del teatro la abordó para hablarle, ella empalideció hasta lo angélico y, con sus ojos redondos de sorpresa, todo lo que dijo fue: «Por favor, señor, estamos en público». Y emprendió una desaforada fuga calle abajo.

La siguiente noche había esperado en vano. La Dama del Piano no apareció y la película fue sincronizada por un hombrecito de aspecto relamido que se vestía como sepulturero. Más tarde, por intermedio de Yemo Pon, supo

que ese personaje era el maestro Jacalito, el supuesto director de la banda. Cuando, en esa misma plática, Yemo Pon le contó que el nombre de la señorita era Golondrina del Rosario, se quedó maravillado. Por largo rato saboreó la sonoridad del nombre como si fuera un embeleco. Conversando más largo con el niño –que se jactó de ser amigo de la *señorita*– se enteró de dónde vivía y con quién vivía. Al día siguiente, con la trompeta bajo el brazo, más elegante que nunca, Bello Sandalio se paseó largo rato frente al «Taller de Barbería El Obrero». Como no pudo divisar a su dama en ningún momento, se decidió a entrar.

Sentado en una de las sillas con estrella de agujeros, en tanto el bigotudo barbero no paraba de hablar con sus parroquianos, Bello Sandalio mantuvo el ojo fijo en la puerta que daba al pasadizo de la casa. Por momentos le parecía sentir en el aire, por sobre el fungoso olor a pelo del ambiente, el suave perfume de violetas de su Dama del Piano.

Al llegar su turno, mientras se acomodaba en el sillón, Sixto Pastor Alzamora le pidió la trompeta y la dejó sobre el aparador de roble. «Se le puede llenar de pelos», dijo. Enseguida, mientras desinfectaba sus instrumentos, le preguntó, en un tonito abiertamente zumbón, que si por acaso él no era uno de los integrantes de la «Banda del Litro», explicándole en seguida que ese era el mote que en el pueblo le habían colgado a la dichosa banda formada para recibir al dictador. Que se había corrido la voz entre los unioninos sobre lo buenos que eran los músicos para tomarle el viento a las botellas; que no tocaban nada sin tener el respectivo litrito bien puesto debajo del atril. «Ojalá en vez de notas les salgan eructos cuando reciban al Paco Ibáñez», dijo guasón. Luego, enseriando el rostro, tras atusar sus grandes mostachos retorcidos, se puso a reclamar contra las últimas fechorías del Paco Ibáñez, convertido ahora en un obsesivo cazamaricas. Que lo más repugnante del asunto, dijo, era que el muy mierdón estaba haciendo desaparecer a dirigentes de organizaciones obreras con el pretexto de que se trataba de homosexuales. Por la poronga del mono que no había derecho, ¿no le parecía al amigazo? Y acompañando luego su perorata con el traqueteo de sus tijeras expertas, abundó sobre que el régimen tenía llenas las cárceles de honestos ciudadanos, y a otros confinados en inhóspitas islas lejanas, nada más porque en un momento de desesperación habían osado levantar una palabra de protesta, con el infortunio de que sus quejas, dichas en privado, habían sido puestas en conocimiento de los organismos represivos por esa verdadera horda de soplones que aquejaba al país. Soplones reclutados entre lo más abyecto de la sociedad y que el imperio

de estos regímenes podridos ponía a flote. Soplones hijos de la grandísima puta a los que él no tendría ningún empacho en cortarles el pescuezo de un sólo navajazo si alguno se le ponía por delante.

Mientras el barbero despotricaba rojo de ira y terminaba de recortarle el cabello, Bello Sandalio, con sus sentidos alertas, estaba atento a cualquier indicio que le señalara la presencia de Golondrina del Rosario dentro de la casa: alguna nota de piano, algún rumor de sedas, algún huérfano suspiro alado. Cuando al final de su discurso el barbero le preguntó de sopetón que cuál era su postura con respecto a los soplones, él, sorprendido, sólo atinó a responder:

—Yo los mataría de un trompetazo.

Tras terminar su tercer ensayo, y luego de su conversación con el farmacéutico, los músicos salieron del Centro de Carreteros con la garganta completamente seca. Cantalicio del Carmen se acercó al grupo y dijo que ahora sí podría acompañarlos por más tiempo. Su mujer se hallaba de muy buen ánimo. No por nada, explicó, él se había derrengado el lomo bailándole a la Virgen en la fiesta de La Tirana para que su mujer tuviera buen parto y a su tercer hijo no le ocurriera lo que a los dos anteriores, pues éstos —volvió a contar con su voz de gallina alborotada—, habiendo nacido completamente sanos, se le habían muerto durante el sueño en su tercer día de vida. Y luego, sin ningún cambio de expresión en su rostro ceniciento, sólo bajando un poco el volumen de su alharaca, el Diablo del Bombo agregó que él sabía de unas cuantas casas de remolienda en donde se pasaba muy bien. Sólo era cuestión de que lo acompañaran a la cité para guardar el bombo y darle una miradita a su mujer. Y que si a alguno de ellos se le ofrecía dejar su instrumento en la pieza, pues, con todo gusto.

—Mi mujer es de las hembras enseñaditas —dijo sin ningún asomo de presunción en su voz.

La cité donde vivía el Diablo del Bombo quedaba en la última calle del pueblo, frente a uno de los camales. Era un largo pasaje de paredes desconchadas, con piezas a ambos lados y cruzado de cordeles de tender ropa. En la mayoría de las puertas se veía un perro echado, pero junto a la última pieza del fondo a la izquierda, que era la del bombero, además de un gallinero arrimado a la pared, los músicos se encontraron con un chivato. El animal, que había sido traído desde el pueblo de La Tirana para ser sacrificado durante las fiestas patrias, lucía en su cuello un fiero collar erizado de púas. «Es para que no lo muerdan los perros», dijo el bombero.

En la puerta de la pieza se veía un letrerito hecho en una hoja de cuaderno:

*Se venden huevos, se cosen pelotas y se hacen bordados.*

Adentro, los muros de adobes estaban sin enlucir y el piso era de tierra apisonada. Detrás de la puerta, una moña de ajo clavada en cruz cuidaba la entrada de los malos espíritus, y en la pared de enfrente una lámpara de parafina brillaba sobre una imagen de la Virgen de la Tirana. El cuadro de la Virgen estaba puesto directamente encima del único camastro de la habitación. Allí, recostada contra unos almohadones, con un brasero encendido a su lado, una magra mujercita de panza grávida bordaba abstraídamente en un bastidor de madera. En la redondela del bastidor un flamenco de largas patas anaranjadas bebía en un charquito de ondas azules, y en el brasero de latón una tetera enhollinada hervía tristemente. Todo en la habitación era gris. Lo único que coloreaba, además del bordado, era la media docena de máscaras de diablos que colgaban en una de las paredes laterales.

Al saludo respetuoso de los hombres, la mujer del bombero respondió con un apagado rictus de sus labios pálidos y siguió sumergida en su bordado. Su sayón de color carmelita le confería un aspecto vagamente monacal, y, pese a su aspecto desmejorado, se la notaba mucho más joven que su esposo. Cuando Cantalicio del Carmen le dijo, con una gravedad solemne, que tenían una importante reunión de la banda, la mujer sólo movió la cabeza asintiendo distraídamente. En esos momentos las filiformes patas anaranjadas del flamenco eran el asunto más importante del mundo para ella.

Cantalicio del Carmen llevó aquella noche a sus amigos a un prostíbulo clandestino que tenía como fachada una casa de cena. Lo más interesante que ocurrió en ese boliche fue el enamoramiento fulminante de Tirso Aguilar. Se encamotó hasta la tontera de una prostituta que cantaba boleros con un megáfono. La apodaban la Boca de Oveja y bebía champagne como camella.

En lo corrido de los tres primeros días, el buglista se había convertido en el más entusiasta habitué de los burdeles. Hacía reverencias de caballerosidad y trataba de señoritas a las putas más desbocadas. Esa noche, antes de encaminarse al burdel, había pedido a sus amigos que lo acompañaran un momento a la pensión. Allí hizo que lo esperaran en el vestíbulo y, cuando salió, los dejó a todos con la boca abierta. Tirso Aguilar apareció vestido con la elegancia de un canciller caribeño en son de jarana: lucía un pantalón marengo a rayas, un vestón brillante con solapa de terciopelo, un chaleco de raso, un sombrero de paja con cinta de fantasía y zapatos de dos colores. Y para rematar lo rumboso de su vestimenta, una libra esterlina de oro le destellaba como un sol en la cadena del reloj. «Es mi tenida de presentación», dijo, un tanto

cohibido. Lo único que desentonaba era su fuerte olor a alcanfor.

Cuando a la media hora de haber entrado al prostíbulo, hizo su aparición en el escenario la Boca de Oveja, Tirso Aguilar se quedó simplemente turulato. Sus ojitos claros se hicieron coloidales a la visión de la prostituta que, vestida toda de rojo, con el pestañeo y los manierismos propios de las actrices del cine mudo, comenzó a cantar un bolero mirando directamente a los ojos del buglista. Eso fue motivo suficiente para que durante toda la noche Tirso Aguilar no hiciera otra cosa que desplegar su plumaje de colores y rociar su olor de macho en celo tratando de atraer a la Boca de Oveja. «¡Ay, que eres lingote, tú, oye!», era todo cuanto decía la prostituta a los requerimientos del buglista cuando, después de su segunda actuación, los amigos lograron que aceptara una invitación a la mesa.

«Éste cayó como pato a la olla», comentó sardónico el viejo del 79.

Y cuando Bello Sandalio sacó a bailar a una morena de tetamenta descomunal a la que llamaban la Pecho de Palo y el Bere Maturana se acalugaba con una flaca apodada la Tarro de Pintura, Candelario Pérez, en vista del enamoramiento súbito del buglista, le enumeraba al Diablo del Bombo sus irredargüibles razones de por qué no había que abellacarse mucho con las chimberas. Todo esto mientras vaciaba su segunda botella de aguardiente, que era lo único que tomaba. Cuando el primer día de farra los músicos le preguntaron que por qué no bebía cerveza, el viejo dijo enfático: «Porque es como beber orina de rocín con fiebre, como decía mi amigo Hipólito Gutiérrez». El Bere Maturana le preguntó entonces que quién diablos era Hipólito Gutiérrez. «Un amigo de guerra», dijo solamente el viejo. Después farfulló que en este mundo los más grandes amigos se hacían sólo en tres partes: en la guerra, en las calicheras y en las casas de putas.

Casi al final de la noche, después de que Tirso Aguilar agotara en vano todo el finteo de su cortejo nupcial y gastara en champagne hasta la libra esterlina de oro de su chaleco de fantasía, la Boca de Oveja se fue a la cama con un Jefe de Pampa de la oficina Ausonia, un chafalote de semblante duro que manejaba un corvo bien visible bajo la faja. El buglista, con el sombrero de paja echado hacia atrás y sus ojos aguados en llanto, se quedó sentado en un rincón de la mesa sin hablar a nadie, mientras el veterano de guerra, ya pasado de copas, se ponía a mascullar como para sí que al pobre buglista le había ido como las bandurrias, que le había salido la gata capada al pobre Aguilar, que de haber sido él el abellacado otro gallo le habría cantado a esa chimbera del carajo, sí, señor, porque él no se habría andado con paños tibios, él la habría

volteado ahí mismo debajo de una mesa. Claro que primero se hubiera asegurado con una buena provisión de permanganato. Y es que él no era ningún chincolito primerizo y apanfilado como el pobre buglista. «Éste cree que la mazamorra se masca», sentenció al final el viejo del tambor.

Ya al clarear el día los músicos salieron del burdel abrazados y cantando boleros. Bello Sandalio, que fue el único que no dejó su instrumento en la pieza del Diablo, los acompañaba alegremente con su trompeta. Al primero que fueron a dejar fue a Cantalicio del Carmen. Embriagado como una cereza, sostenido entre Bello Sandalio y el Bere Maturana, el Diablo del Bombo no dejaba de filosofar sobre sus dos deditos huachos, deditos preciosos, deditos que le eran más que suficiente para lo que había que hacer en esta puta vida, decía, y los mostraba, y se los besaba aparatosamente, y decía ufano que con ellos podía perfectamente tocar el bombo, coser pelotas, tomar el vaso, tirar el tejo y pellizcar la uva. «Y si me pongo romántico, hasta me sirven para cortar una flor.»

—¡O hacerte una pajita a lo pisiútico! —dijo riendo a todo dar el platillero.

Después de dejar al bombero y separarse del Bere Maturana y del compungido Tirso Aguilar, Bello Sandalio y Candelario Pérez se fueron caminando abrazados hacia La Flor de las Niñas. En la esquina de General del Canto con José Santos Ossa, Bello Sandalio, escupiendo cortito, rezongó que tenía la garganta seca. Y como hacía rato que venía sintiendo el bulto de la caramayola del viejo clavado en las costillas, tanteándosela con la mano dijo que en esos momentos daría su vida por un trago de aguardiente.

—Yo mordería a un tiñoso —dijo el viejo.

—Entonces qué demonios estamos esperando para abrir la cantimplora —atacó el trompetista.

—Es que resulta, mi joven amigo —dijo serio el viejo—, que lo que hay en la caramayola es agua. Agua pura.

Bello Sandalio se lo quedó mirando con extrañeza. El viejo entonces se desterció la caramayola, desenroscó la tapa de metal y se la ofreció.

Bello Sandalio limpió el gollete con la mano y se echó un sorbo grande a la boca. No alcanzó a tragárselo. Con una mueca de asco lo roció en el suelo.

—¡Por qué reputas llevas una cantimplora con agua, viejito! —le dijo, devolviéndosela.

—No tan sólo la llevo a todos lados —dijo Candelario Pérez—, sino que hasta duermo con ella.

—Pero, por qué —insistió Bello Sandalio.

–Porque en la vida he muerto dos veces de sed –dijo Candelario Pérez enigmático.

El trompetista lo miró sin entender.

El viejo se acomodó la caramayola debajo de su paletó color queso de cabra.

–Calma y tiza, muchacho –le dijo–. Cualquier día de éstos te lo cuento. Ahora vámonos a dormir.

Cuando echaron a caminar de nuevo rumbo a la pensión, Bello Sandalio apuntó hacia el cielo. Un gran globo luminoso emergía por sobre los techos del lado del barrio chino. El globo, de color rojo, se elevó a casi setenta metros de altura y luego se incendió en el aire y comenzó a caer como una lenta estrella fugaz.

«La señorita Golondrina del Rosario está enamorada», le dijo esa noche la viuda de la lechería al barbero, cuando éste, en la penumbra del taller, descansando de un agitado lance de amor, le comentó que su hija hacía varios días que andaba con la cabeza en las nubes.

Despatarrado en el sillón peluquero, con ella acomodada en su regazo, Sixto Pastor Alzamora le contó a la viuda que hacía más de un año que su hija se venía comportando de una manera rara, pero que en estos últimos cuatro días esa especie de sonambulismo que la entorpecía había hecho crisis. En la mesa apenas probaba la comida, le daba por tocar el piano a las horas más inverosímiles y, de pronto, en medio de cualquier conversación, o mientras ponía agua a los tiestos de las matitas de menta, por ejemplo, se quedaba mirando los corpúsculos del aire con fijeza de paloma enferma. Que por las tardes, mientras hacía su siesta en ese mismo sillón donde estaban ahora, él podía oír a sus alumnas declamando unas tristísimas endechas de amor que ella les hacía repetir hasta la tortura, en especial unos versos, patéticos hasta el llanto —él no sabía a qué malamada poetisa pertenecían esos versos—, que de tanto oírlos chicharrear al calor de la siesta había terminado por aprenderlos de memoria. Incluso se los podía recitar ahora mismo si ella quería: *Nunca pensé en el martirio / de un amor que nace tarde, / ni pude sospechar nunca / que así me martirizase; / por eso es más la tristeza / que hoy a mi corazón invade, / al ver que tengo que huir / del riesgo como una cobarde...*

—¿Que te parece a ti, todo este frangollo? —le preguntó a la viuda, que lo escuchaba con un dejo de tierna ironía en su rostro rebotante.

Y lo que era más grave de todo, prosiguió Sixto Pastor Alzamora, sin darle a la viuda tiempo de responder, era que desde hacía tres días a la fecha su hija ni siquiera tenía el ánimo suficiente para asistir al Teatro Obrero. Que había dado parte de enferma —cosa que nunca antes había hecho—, y le había

mandado a pedir al maestro Jacalito, uno de sus más antiguos pretendientes, que por favor la reemplazara por unos días.

—No sé si conoces al tal maestro Jacalito —le dijo, mientras le acariciaba suavemente los poderosos muslos de leche—. Es un hombrecito acicalado que, además de dar clases de piano, enseña la bandurria, la mandolina y el clarinete; también da lecciones de baile y ofrece sus servicios de músico para amenizar fiestas. Pero no cualquier jarana de patizorros borrachos, no, señor, solamente fiestas *de muy ilustre prosapia*, como dice el cartel que tiene en la ventana de su casa. Dicen que este tipo fue también sincronizador de películas en el biógrafo de no sé qué oficina salitrera, pero no duró mucho. En ese tiempo le había dado por lo religioso y hasta las escenas de *can-can* las animaba con música sacra.

La viuda de la lechería, que se llamaba Nestorina Manova, que andaba por los cincuenta años, pero que era alegre y robusta como una moza de campo, y había criado ella sola, con la pura industria de la leche, a cuatro *hijas mujeres* — en la actualidad casadas las cuatro y viviendo con sus cuatro gañanes en la casa—, le recalcó que no había dudas de que su hija estaba enamorada.

—Te lo dice una experta en asuntos de hijas suspirantes —le dijo.

Y para reafirmarle su diagnóstico le contó a modo de secreto que a la señorita Golondrina del Rosario se la había visto conversando con un pelirrojo nada mal parecido, que usaba corbata humita y llevaba siempre una trompeta bajo el brazo. El barbero recordó que solamente el día anterior un individuo con esas trazas había estado en el taller.

—Al menos el trompetista se ve más presentable que el pelmazo de Felimón Otondo —dijo, como pensando en voz alta—. Yo no sé qué carajo pasa con mi hija. Jamás ha tenido un pretendiente normal, alguien que valga un poco la pena. El italiano bestia ese de Nepomucemo Atenti, es otro Romeo que la pretende. Mira tú las pastitas.

—Las mujeres de aura angelizada como tu hija —dijo la viuda rozagante—, tienen ese problema con los hombres normales. Como son tan etéreas las pobrecitas, tan búcaros de porcelana, la mayoría no se atreve a acercárseles por miedo a que se les quiebren en las manos.

—Esas son vainas de calzonazos acoquinados —dijo el barbero.

—La pureza acobarda a los hombres —le dijo pensativa Nestorina Manova. Y luego se extendió en que había sólo dos clases de hombres que se acercaban sin temor a estas especies de hadas de carne y hueso. Unos eran aquellos seres de corazón simple como el profesor de piano, por ejemplo, el púgil de mala muerte o el italiano del pan. Los otros eran esos audaces

calaveras incorregibles cuyo deporte favorito era la caza y seducción de mujeres. Y que las mujeres-hadas como su hija, podían llegar a enternecerse como una madre con los primeros, pero que era con la mercenaria sensualidad de los últimos que solían desmelenarse y hasta morir de pasión.

—Y para ser sincera con usted, mi Pastorcito —terminó diciendo la viuda—, por lo que yo he visto y por lo que mis hijas me han comentado en estos últimos días, me parece que es a esta última clase de hombres que pertenece el trompetista.

Enfurrugada la expresión de su rostro, el barbero rememoraba en esos momentos a su bellísima esposa. La veía tal como la vio por primera vez en su vida: sentada al piano, recortada contra la luz vespéral de una ventana abierta e investida de aquella diafanidad que lo deslumbró y lo enamoró para siempre. Y él había comenzado a cortejarla como la cosa más natural del mundo, sin ninguna clase de inhibición ni miedo a que se le quebrara en las manos. Y por supuesto que él no se consideraba ni un borrico simplón como el púgil, ni menos un don Juan canalla como decían que era el trompetista. Lo que Sixto Pastor Alzamora se consideraba a sí mismo, y a mucha honra, sí, señor, era un barbero de profesión y un anarquista de corazón. Un tipo que día a día soñaba el amanecer de la justicia social como otros sueñan hacerse ricos de la noche a la mañana; un guerrillero de la pampa que no trepidaba en poner en juego su pellejo llevando mensajes de huelgas de una oficina a otra, citando a reuniones clandestinas en calicheras abandonadas y alojando en el piso de su taller a poetas y dirigentes proscritos. Si ahora mismo, en un rato más, aquí, donde acababa de hacer el amor, tenía una reunión para afinar detalles de la algarada de repudio que, por riesgo y cuenta de algunos amigos, estaban preparando al Paco Ibáñez. Y es que eso justamente era él: un anarquista insensato, un romántico justiciero sin remedio.

Luego que la viuda de la lechería se hubo retirado, Sixto Pastor Alzamora revisó los pestillos y los cerrojos de todas las puertas y ventanas de la casa. Con la lámpara de carburo en la mano, se acercó hasta la habitación de su hija. En su pieza no había luz, seguramente dormía. Luego, se dirigió al cuarto de trastos; allí movió unos cajones de té arrumbados en un rincón, levantó una pequeña compuerta en el piso de madera y, con la lámpara en alto, bajó unos estrechos escalones empotrados a la pared y se estuvo un buen rato abajo.

El turco que le vendió la casa había cavado ese escondite para guardar el contrabando de licor con que traficaba en los periodos de Ley Seca. La cueva, que se asemejaba a las entradas de las galerías mineras, estaba enmaderada con

durmientes y poseía un ingenioso conducto de ventilación proveniente de la chimenea sobrante de la cocina de ladrillos. Allí el barbero guardaba cartuchos de dinamita, fulminantes y guías de explosivos; pertrechos mineros que cada cierto tiempo bajaba a revisar. Su temor no era tanto que algún día todo ese material hiciera explosión o que la policía llegara alguna vez a descubrirlo; siempre era fácil explicar que los había recibido de mano de mineros ebrios, a cambio de sus servicios profesionales. Nadie se extrañaría mucho. Lo que lo hacía cuidadoso en extremo era el riesgo de que alguna vez su hija sin querer los encontrara. A decir verdad, él mismo nunca había entendido muy bien para qué guardaba tanto explosivo junto. Había días en que se levantaba con la tentación urgente de deshacerse de ellos, pero siempre terminaba convenciéndose de que alguna vez podría llegar a necesitarlos. Sobre todo cuando venían a cuento aquellas innumerables matanzas de obreros indefensos llevadas a cabo por soldados armados a veces hasta con cañones de artillería.

Él siempre solía predicar que hasta la matanza de la Escuela Santa María de Iquique (que en los círculos de gobierno llamaban hipócritamente «La Batalla de Iquique», y que fue donde las fuerzas armadas de Chile estrenaron las ametralladoras), los obreros del salitre confiaban ciegamente en los soldados de su patria. Incluso en más de una oportunidad habían acudido a ellos para que arbitraran sus conflictos laborales con los industriales extranjeros. No en vano una gran mayoría de los obreros eran veteranos de la Guerra del Pacífico, hombres que luego del conflicto bélico se quedaron a trabajar en estas salitreras defendidas con su propia sangre, héroes anónimos que aún se sentían parte de la milicia. Sin embargo, luego de la masacre infernal de aquel 21 de diciembre de 1907, los viejos se dieron cuenta de que se quedaban completamente solos ante la rapiña de los extranjeros. Comprendieron con espanto que de ahí en adelante tendrían que rascarse con sus propias uñas frente a la explotación sin control de los dueños del salitre, y, del mismo modo, solos también, enfrentarse a la desidia de los podridos gobiernos de turno. Gobiernos y regímenes de la calaña del actual, presidido por un soldadito insolente que se había autoproclamado Salvador de la Patria y Campeón del Orden Público, y que no era sino un tirano arbitrario y ambicioso como todos los de su calaña. ¡Ya se había acordado de nuevo del Paco, hijo de...!

En la oscuridad de su dormitorio, sumida en los marasmos de su pasión sin salida, Golondrina del Rosario sintió los pasos de su padre acercándose —lo imaginó apegando el caracol de su oído a la madera de la puerta para verificar si ella dormía—. Luego, con ruidos de ánima en pena, lo oyó trajinar en el

cuarto de detrás de la cocina; y, por último, después de un largo rato, en vez de retirarse a su dormitorio le pareció oír que volvía a entrar a su taller. Seguramente hoy tendría otra de sus reuniones políticas. Pobre padre, tan bueno y tan ingenuo que lo habían de ver. Si era muy capaz de jugarse sus sagrados mostachos de columpio a que su Golondrinita del alma no estaba al tanto de ninguna de sus correrías; ni amorosas ni políticas. Como si ella, además de ciega y sorda, fuera una mujercita redomadamente idiota. «Más tonta que un miriñaque», como acostumbraba a decir él de las mujeres tontas. Sonrió débilmente. Ya veía a su padre sufriendo el tormento de tener que cortarse sus mostachones. Si la vez que se le inflamó la lámpara de carburo y le quemó todo un lado de sus bigotes y hubo de cortárselos por fuerza, su pobre viejo se llevaba todo el día mojándose la cara y mirándose acongojado al espejo para ver cuántos milímetros le habían crecido durante el transcurso de la última media hora. Y se llevó varios días, hasta que le sombreó de nuevo el bozo, cubriéndose vergonzosamente la boca pelada cada vez que hablaba con alguien, como si estuviera luciendo sus intimidades al escarnio público.

Aunque ella jamás había cometido la indiscreción de oír lo que se fraguaba en esas reuniones de ácratas locos, muchas veces, sin quererlo, encontró impresos de encendidas proclamas en contra del gobierno, papeles que, estaba completamente segura, él se encargaba de distribuir en sus periódicos recorridos por las oficinas. Sin embargo, lo más que le asustaba de todo aquello era el verdadero arsenal de dinamita que su padre tenía escondido en la cueva debajo del cuarto de los cachivaches. Una vez, haciendo un aseo a fondo en el cuarto, ella había descubierto la entrada en el piso de madera y, tras un momento de vacilación, había bajado temblando los escalones. Su espanto fue tremendo al descubrir el explosivo. Nerviosamente, sin tocar ningún objeto, subió y cerró de nuevo la trampa. No le dijo nada a su padre, pero desde entonces no vivía tranquila. Y es que su padre era un hombre tan apasionado de sus ideales, que ella sentía miedo de que alguna vez llegara a cometer alguna tontería extrema.

De sus asuntos amorosos con la viuda de la lechería, una mujer que en lo personal le caía muy bien, se había enterado por casualidad una noche en que no podía dormir a causa de la escandalera de unos gatos apareándose en la oscuridad del patio. Desde entonces, cada noche de sábado, ella se reía sola en la oscuridad de su pieza escuchando el sigiloso barullo que armaba su padre para meter en la casa la corpulencia de la viuda sin que su santa hija lo notara. Pero, ya encerrados ambos en la penumbra del taller, los ruidos y los rumores

asmáticos del amor llevado a cabo en el sillón giratorio, que ella trataba en vano de no escenificar en su imaginación, la atormentaban hasta el delirio.

Y si aquellos zureos carnales la habían hecho padecer sobremanera durante el tiempo anterior a su desliz con el trompetista, después de eso se le habían vuelto un suplicio sencillamente insoportable, pues la hacían evocar con más ardor aún el recuerdo de aquella noche de locura. Lo mismo le sucedía con el escándalo erótico de los gatos sobre las calaminas de agosto y con el ronroneo ronco de las palomas en primavera. Sin hablar del escozor que le causaba ese concupiscente zumbido de fiesta que fluía del pueblo cada noche, en todas las épocas del año.

Cuántas veces, en este último tiempo, tendida en su cama de señorita solitaria, creyó percibir de pronto, elevándose por sobre esa vibración impúdica de las juergas nocturnas, aquella quemante música de trompeta que le trastornó los sentidos. Y es que esa noche ella había comenzado por enamorarse sólo de una música, y esa música de pronto se le había corporizado, allí, en su mismísimo dormitorio, en un hombre que olía procazmente a cigarrillo barato y a cerveza. Y ese hombre, a su vez, en la misma noche, se le había vuelto un fantasma arrastrando por los pasadizos de su memoria, como doradas cadenas de espanto, aquella inquietante música de trompeta. Un fantasma peregrino que ahora de nuevo se le materializaba, de nuevo se le volvía a presentar en carne y hueso —humita a lunares incluida— y tenía la desfachatez de acercarse como si no hubiese pasado en verdad todo el tiempo que pasó, tenía el descaro increíble, el maldito, de sonreírle muy suelto de cuerpo aquella preciosa risa de tigre colorado.

Y lo que al principio había sido miedo a que él la reconociera como la mujer con la que había *estado* una noche de verano cualquiera, se había transformado luego en rabia y en orgullo herido de que su fantasma amante no hubiese siquiera conservado en su memoria el detalle de su perfume de violetas, mientras que ella, la tonta, recordó su áspero grajo vinoso todas sus largas e interminables noches de desvelo. Mientras ella soñaba noche tras noche con encontrarlo alguna vez en el camino de la vida, él, por lo visto, nunca, ni por un solo instante, pensó en regresar al pueblo y tratar de ver a la mujer que, además de salvarle la vida, le había ofrendado lo más valioso que poseía la suya. Sólo ahora, y por motivos que no tenían nada que ver con ella, el ingrato volvía. Y volvía como si tal cosa. Volvía no por amor ni por cargo de conciencia, sino por algo tan ajeno como un aviso de periódico llamando a formar un Orfeón.

Aunque, por otro lado, tenía que reconocer como un homenaje a su orgullo femenino que el trompetista de pelo rojo, sin recordar nada de aquella noche, se hubiese fijado en su persona, hubiese comenzado a cortejarla justamente a ella, habiendo tantas mujeres en el pueblo. En realidad no sabía cuánto tiempo podría resistir su asedio, su mirada, su sonrisa de ángel felino. No sabía hasta cuándo podría seguir escondiéndose de su propio deseo. Y es que sólo ver de cerca a ese hombre le producía una desazón infinita. No en vano durante todo este tiempo él había sido el cuerpo de sus fantasías eróticas, el fantasma crapuloso de sus lúbricas noches de insomnio.

Cuánta diferencia había entre este canalla colorín de nariz aguileña y sus grises pretendientes anteriores. El maestro Jacalito, por ejemplo, tan reverencial, tan perfumadito siempre con su agua de colonia Arlequín. O el vociferante don Nepomucemo Atentti con sus eternos pastelillos verdes de regalo, sus grandes manos peludas como zarpas de oso y sus soeces dichos de doble sentido. O, ahora último, el pobre de Felimón Otondo, tan lerdo de ideas, tan bestia torpe con sus noventa kilos de músculos, sus tristes mechas tiesas y sus tardíos sueños de grandezas boxeriles. Todos esos pobres hombres oscuros no tenían nada que hacer ante su trompetista adorado, cuya sensualidad avasallante la sumía fatalmente en un dulce vértigo de lascivia. Si nada más con recordar la aspereza de su nuez de Adán le comenzaban a aletear vivamente las ventanillas de la nariz.

Sólo una vez en su vida había sentido una especie de mareo lúbrico semejante. Pero todo había sido demasiado fugaz. Fue en un día de verano, a poco de haber llegado a Pampa Unión. Era la hora más calurosa de la tarde y ella venía de hacer una gestión en el Club. Al doblar en General del Canto, en la esquina que debía cruzar para llegar a su casa, vio que se había desatado un gran carnaval de challa. La calle estaba convertida en una verdadera marisma. En medio de una bullanga descomunal, hombres descamisados y mujeres en enaguas se perseguían y revolcaban frenéticamente en el barro o en las bateas llenas de harina y hollín dispuestas frente a los prostíbulos. Ella, vestida impecablemente de blanco, con uno de sus deliciosos sombreritos de gasa, avanzaba cuidadosamente, tratando de no resbalar en el lodo. De pronto, alguien se le plantó delante enarbolando un balde lleno de agua. Era un hombre joven, de torso bronceado y ojos profundos, con una cicatriz de navaja en el pecho; seguramente un cafiche recién llegado al pueblo. En el momento en que el hombre levantó el balde para mojarla, se produjo un silencio en la calle. Las mujeres dejaron de chillar y todo el mundo miraba hacia ellos. Ella se lo quedó

viendo directo a los ojos, y él, con el balde en alto, conturbado por el silencio y por la transparencia de esa mirada, lo que hizo fue comenzar a vaciarse el agua lenta y voluptuosamente sobre su propio cuerpo, sin dejar de mirarla de arriba a abajo, de manera impúdica. Cuando terminó de derramarse el agua, el hombre se le acercó hasta casi rozarla con su cuerpo y algo le susurró al oído, algo que en la noche la mantuvo hasta el alba dando vueltas en la cama sin poder dormir:

—¡Cómo te lamería la concha, mamacita! —le dijo.

La primera vez que Candelario Pérez se murió de sed fue durante la campaña del 79, un infernal día de febrero en pleno Desierto de Atacama. Todo sucedió en una escaramuza bélica en las pampas de San Antonio, al interior de Iquique, a pocos meses de haber llegado al norte enrolado de voluntario en la tercera compañía del Batallón Chillán.

Corría el mes de septiembre de 1879 cuando el joven Candelario Pérez, campesino de diecinueve años, oriundo de Lirquén, hijo natural y huérfano tempranamente, se vino de campaña al norte junto a su amigo de infancia, Hipólito Gutiérrez.

De Chillán viajaron en tren hasta Quillota. A esa ciudad llegaron justo el día cuando un batallón del Regimiento Lautaro partía cantando hacia el norte, hacia la guerra. Allí pernoctaron dos semanas en una estancia llena de arboledas, regaloneados hasta el hartazgo por la gente quillotana. Cuando partieron hacia Valparaíso, muchos hombres y mujeres de ese pueblo fueron a despedirlos a la estación de trenes. Las mujeres más jóvenes lanzaban flores y besos a su paso, mientras las madres y abuelas agitaban sus pañuelos llorando y deseándoles suerte y les daban viandas de comida por las ventanillas. Incluso algunas señoras de las más pudientes de la zona les regalaban algún dinero *para el camino*.

En Valparaíso, apenas llegaron, fueron embarcados hacia el norte en el desvencijado buque de guerra Maranhese. En la ciudad de Antofagasta, tras dos días de espera, los traspardaron al buque Itata y los mandaron con rumbo a Iquique, junto a los famosos Carabineros de Yungay. En Iquique desembarcaron el día 3 de diciembre y estuvieron acuartelados durante dos meses y veintidós días largos y tediosos a pura ración de charqui salado, galletas de afrecho y harina tostada, y extrañando tremendamente los apacibles días pasados en Quillota. Después de sobrevivir al hambre y a la disentería, que

diezmó casi completamente las filas de varios cuerpos, los batallones Chillán y Caupolicán fueron llevados en campaña hacia la pampa. A las 8 de la mañana del 25 de febrero, salieron en dos trenes hacia la oficina de San Antonio.

Ya internados en las pampas salitreras, pegados a las ventanillas de los vagones, sintiendo la sequedad del aire como un tablazo en la piel de la cara, los soldados iban deslumbrados por el color mineral de los cerros y la reverberación alucinante de las arenas. Nacidos todos ellos en verdes pueblos sureños, hallaban que el paraje de muerte por el que cruzaban en esos momentos debía pertenecer sin duda alguna al desierto más seco del mundo. La infinitud espejeante de los horizontes los empavorecía. A media tarde pasaron por la pequeña oficina Noria. Allí, grupos de obreros trabajando a macho y barreta bajo la fiereza implacable del sol de la pampa, los avivaron agitando en alto sus sombreros. A la hora de la oración llegaron a Paso del Monte. Allí pasaron la noche.

Al día siguiente, temprano por la mañana, continuaron viaje más hacia el norte. A medida que avanzaban, el paisaje se hacía cada vez más duro e inhóspito. Entrada la tarde, llegaron donde era el final de la línea férrea: más allá se extendían unas llanuras temblorosas de espejismos y ya no había más tráfico en tren. Allí se suponía que hallarían agua dulce, pero los dos carros aljibes que encontraron apenas tenían un concho de agua cada uno. Tras los primeros tragos, se percataron de que el agua, aparte de oler a charco podrido, sabía horriblemente desabrida. Sin embargo, como las caramayolas estaban vacías no les quedó más remedio que hacer de tripas corazón. Cada uno alcanzó sólo media ración de esa agüita «que ni para bañar puercos», como decían puteando y haciendo muecas de asco los oficiales.

Desde esa pequeña estación sin nombre, perdida en medio del desierto, emprendieron la marcha a pie hacia el interior, equipados y cargados con toda la parafernalia de la guerra; la cama mochila a la espalda, el rifle terciado al hombro, la caramayola atada a un costado, el morral lleno de balas al otro, los víveres que les habían repartido a cada uno para dos días y todo el enredo e incomodidad que constituía la forniture de su uniforme. Partieron con la fresca de la tarde y caminaron hasta que se apagó el último rescoldo de arrebol en el horizonte. Luego de descansar un rato, siguieron caminando a duras penas por esas erosionadas arenas salitrosas. Caminaron toda la santa noche. Caminaron sin dormir una sola pestañada y sudando como caballos. Era tanto lo que sudaban al caminar, que la tierra levantada por el viento, además de pegarse en la cara y entrar en los ojos, les reseca la garganta haciendo aún más

inaguantable la sed terrible que ya comenzaban a sentir. El agua se les había acabado a media noche y la orden perentoria era caminar y caminar. Todo el batallón llevaba los pies abollados y las botas de cada uno se veían lastimosamente despedazadas.

Cuando al fin clareó, los soldados no se reconocían entre ellos por el barro reseco que les cubría la cara. Sin siquiera darse un respiro, siguieron la marcha ahora bajo la inclemencia de un sol cada vez más al rojo blanco. El cansancio de la caminata y el calor de planeta recalentado que emanaba de la tierra los consumía brutalmente. Para rematar el cuadro, en esa parte del desierto se habían librado algunas batallas recientes y los campos que cruzaban se hallaban sembrados de cadáveres sin sepultar y el aire apestaba como los demonios. Algunos soldados desesperados se acercaban a los muertos, la mayoría de uniforme enemigo, para ver si en sus caramayolas les quedaba una gota de agua. Otros les arrancaban las botas un poco menos destrozadas que las suyas, y se las calzaban sin importarles para nada su hedor estomagante.

Candelario Pérez, como siempre, marchaba pegado a su amigo Hipólito Gutiérrez. En verdad, con ese mocetón de aspecto desfachatado, un año mayor que él, eran inseparables. Lo compartían todo como si fueran hermanos de sangre: el charqui, el agua, las galletas, las balas y los escasos cigarrillos que se pudieran conseguir por ahí. Incluso en Quillota habían compartido de buena gana los amores alegres de una quillotana rozagante.

Hipólito Gutiérrez, oriundo de Coltón, campesino con pasta de poeta popular, decía que en cuanto saliera de esta vaina, si es que salía vivo, claro, iba a volver a su tierra y se iba a sentar debajo de un parrón a escribir la historia de sus campañas. Así tuviera que hacer la o a balazos, juraba por su madre que de todas layas la iba a escribir. Y que su libro se iba a llamar *Crónica de un Soldado de la Guerra del Pacífico*. Candelario Pérez lo chanceó a lo largo de toda la guerra que por qué no lo titulaba: *La balacera es mejor que el aceite de ricino*, frase que le oyó decir una vez en una escaramuza particularmente peliaguda. Hipólito Gutiérrez sólo sonreía ladino. Incluso una vez compuso un epígrafe para su libro, un epígrafe en versos que anduvo cantaleteando el resto de la campaña como una cotorra. Y como el hombrón era fornido y tenía malas aguantaderas («Polvorita» le llamaban algunos), no había que decirle nada. Y en medio de las balaceras repetía y repetía el famoso epígrafe de su libro:

*En el nombre sea de Dios  
y la virgen soberana,*

*pido permiso a mi pecho  
para explicar mis campañas  
por mar, por tierra y por pampas.*

Después de caminar todo el día y toda la noche, al amanecer de la segunda jornada los soldados ya no daban más. El horizonte, pavorosamente mondo en sus 360 grados, resultaba insoportable a la visión humana: ahí se sufría en verdad el vértigo desesperante de la redondez de la tierra. Cómo sería lo plano del llano, contaba años después Candelario Pérez, que a un oficial de la tercera compañía se le cayó el quitasol que le había arrebatado a un oficial enemigo — lo cuidaba como su más preciado trofeo de guerra—, y el ventarrón de esas horas de la tarde se lo llevó rodando lejos hacia el poniente. El quitasol era blanco y, abierto como se le había escapado al oficial, siguió rodando sin parar hacia la raya lejana del horizonte. Lo increíble de todo, amigo mío —decía Candelario Pérez cada vez que contaba el episodio— era que, después de varias horas de seguir caminando, a varias leguas de distancia, aún se podía ver el ranfañoso quitasol del oficial como una blanca garuma brillando en las arenas.

Cerca del mediodía, ya completamente despernados, los soldados divisaron a lo lejos el campamento salitrero llamado Dibujo. A simple vista parecía que estaba ahí no más, al alcance de sus manos agarrotadas, pero no terminaban nunca de llegar. Mientras más caminaban y caminaban, más les daba la sensación tormentosa de que no avanzaban nada, de que más retrocedían que adelantaban. «Es como dar un paso adelante y dos atrás, dos atrás», decía Hipólito Gutiérrez, consternado. Y es que el campamento a ratos parecía ser un espejismo inalcanzable. Algunos soldados, con la piel asollamada, delirando de sed, comenzaron de pronto a desparramarse y a correr desordenadamente, cada uno por su cuenta, buscando llegar antes al campamento. Los dos amigos, con los pies hechos pedazos de ampollas, caminaban afirmándose uno en el otro hacia ese «mierdoso campamento del carajo» que veían en la punta de la nariz pero que no alcanzaban renunca. Cada uno había tenido que dejar tiradas las botas por inservibles y ambos llevaban los pies envueltos en medias y pañuelos. Pero nada los favorecía. No se podía caminar un paso porque «el cochino sol meteco hijo de la grandísima puta que lo parió» volvía la arena como rescoldo de horno. Tres de sus compañeros de batallón ya habían muerto de locura y los dos amigos, repitiendo todo el sartal de palabras cochinas inventadas por Hipólito Gutiérrez —garabatos que después le iban a servir para darse ánimos en los momentos más duros de las

batallas —, seguían andando como muertos en vida.

Hasta que al llegar a una pequeña loma, Candelario Pérez, ya sin poder resistir el cansancio, se dejó caer de espaldas en el suelo quemante y le dijo a su amigo que siguiera caminando solo, que él ya no daba más. Hipólito Gutiérrez, también a punto de caer, lo reprendió diciéndole que no fuera liliquiento, que no fuera maricantunga el lirquenino del carajo, que resistiera otro poco más, que no le diera sogas a la pelona. Pero él no podía dar un solo paso más. Entonces su amigo del alma, acomodándole la cabeza sobre una piedra, le dijo que él llegaría hasta el campamento y le traería agua. Que sólo era cosa de que se aguantara otro rato. Que no fuera pendejo, le dijo. Que lo único que tenía que hacer el chambeco pitriente del carajo, era no dejar de respirar, nada más que no dejar de respirar. Y lo dejó tirado hecho un ovillo en la arena.

El calor de mediodía lo quemaba vivo y una araña de fuego le devoraba la garganta por dentro. A ratos abría los ojos y, en un síntoma de trastorno, se quedaba mirando fijo al sol. Sentía sus rayos caer como fuego líquido sobre sus párpados, como azufre fundido los sentía correr por su cara agrietada, por sus pobrecitos labios descuerados. Y en medio de su atroz agonía, ya entregado completamente a su suerte, notó que se estaba quedando ciego. Después se murió.

Como desde el eco de un purgatorio lejano oyó de pronto unas voces que decían «Ahí hay un soldado botado». Y luego las voces se acercaron y le dijeron: «Qué está haciendo ahí, soldado, botado al sol como una bestia. No sabe que se puede morir sin amparo ninguno». Y él abrió un poco los ojos y los reconoció. Era el capitán del Segundo Batallón acompañado de un subteniente. Y respondió: «Mi capitán, ya no puedo más de la sed y de los pies hechos pedazos». Y el bigotudo capitán, de apellido Sotomayor, con su ronca voz de mando inapelable, lo arengó duramente diciéndole que se levantara en seguida y echara a caminar. «¡Es una orden, soldado!», le gritó agachándose hasta casi rozarle la cara. Él se levantó con grande esfuerzo y, con un hilito de aliento, echó a andar de nuevo por sobre las piedras filudas que le cortaban los pies ya insufribles de tantas heridas. Tras un rato de caminar casi arrastrándose («ya completamente para el gato», como contaba después), vio de pronto a su amigo Hipólito Gutiérrez venir trotando en su busca. Era como un espejismo. Su amigo venía sonriendo y enarbolando la caramayola llena de agua, y cuando él quiso arrebatársela de las manos y beber con desesperación infinita, el otro lo contuvo a la fuerza y le dio a beber de a poco, de a poco, amigo Candela, esa agua amargosa que él saboreó con deleite supremo. Luego su amigo le pasó la

caramayola y él se mojó el pelo y la frente llagada. No, no había nada más bueno en este mundo que una caramayola llena de agua, carajo.

—¡No hay nada más lindo en la vida, Gutiérrez, por la cresta! —gritaba enloquecido— ¡No hay nada más rico! —mientras se dejaba caer un buen chorro de agua sobre la cabeza humeante.

El campamento llamado Dibujo, no era más que un miserable grupo de ruquitas hechas de terrones de caliche y pedazos de sacos de gangocho en donde vivían los salitreros. Tirados a la sombra de unas piltrafas de sacos cual si se hallaran en un oasis exuberante, los amigos se dispusieron a dormir hasta el mismo fin de la guerra.

Cuando terminó el conflicto bélico, su amigo Hipólito Gutiérrez volvió a Colton a escribir su libro y nunca más supo nada de él. Candelario Pérez, ascendido a sargento segundo, hizo lo mismo que hicieron tantos otros soldados chilenos, y algunos de la Confederación Perú-boliviana: en vez de volver a su tierra, donde no lo esperaba nadie, salvo su soledad de huérfano y su astiloso arado de palo, decidió quedarse a trabajar en la industria salitrera.

Y fue cateando pampas al interior de Antofagasta, años después, donde Candelario Pérez volvió a morir de sed y de locura.

Después de trabajar por un tiempo en la oficina Agua Santa, la que conoció en sus campañas por la zona, Candelario Pérez se fue a tentar suerte al Cantón Central. Allí fue que conoció al explorador español Victoriano Pig González. Éste había llegado a Chile por la época del apogeo de la mina de plata de Caracoles, y luego de establecerse y trabajar allí un tiempo, con muy mala fortuna, derivó hacia la exploración de yacimientos salitreros.

Victoriano Pig siempre fue un hombre sin estrella. Por el tiempo que Candelario Pérez lo conoció, este aventurero de la madre tierra ya era famoso en todo el norte de Chile por su infortunio y malaventura. Luego de contraer una cruel enfermedad que los doctores llamaban arteroma arterial, hubo de sufrir la amputación de un pie para evitar la gangrena. Después, en lapsos no muy distantes, la sierra quirúrgica lo fue trozando sin piedad hasta cumplir veintinueve amputaciones en total, en pies y manos. Al final quedó convertido en un pequeño busto viviente. Pero así como nunca dejó de creer y rezarle con fervor a la Virgen de la Soterraña, de la cual era su más consagrado devoto, del mismo modo nunca dejó de recorrer las pampas este español de cepa y aventurero crónico, nacido en Santa María la Real de Nieva, provincia de Segovia, cuyos campos, años después, serían abonados con el mismo salitre que él ayudó a descubrir. Sin piernas y sin brazos, con su puro corazón de hombre y

su medallita de la virgen reluciéndole en el pecho, siguió cateando y reconociendo el desierto a lomo de mula. En brazos de sus ayudantes se hacía subir a la cumbre de los cerros más empinados para explorarlos. Cuando Candelario Pérez comenzó a trabajar con él, Victoriano Pig, con apenas un metro y cinco centímetros de humanidad, era llevado por los cerros de la pampa en un pequeño carrito que se había hecho construir especialmente para sus peregrinajes. Cuando el carrito no funcionaba por lo accidentado del terreno, sus ayudantes lo encaramaban en una especie de palanquín de emperador oriental y, cargado sobre sus hombros, recorría las comarcas pampinas.

Y fue cateando las pampas del cantón salitrero El Boquete, las más áridas e inhóspitas del desierto de Atacama, cuando una tormenta de arena los sorprendió el mismísimo día de la Inmaculada Concepción, y perdieron las mulas, extraviaron el rumbo y se desorientaron en medio de un collar de cerros azules. Y aunque el español se jactaba riendo de conocer el desierto mejor que la palma de sus manos (que ya no tenía), al anochecer hubieron de rendirse a la evidencia cierta de que estaban irremediablemente empampados. Hasta ese momento llevaban un mes y dos semanas cateando la zona y las raciones que les quedaban eran mínimas. Al tercer día de andar perdidos, una abrasante mañana de diciembre amanecieron sin agua. Luego de ocho jornadas de andar al garete, afiebrados de sed, viendo espejismos hasta en su propia sombra, los otros dos ayudantes que cargaban el palanquín enloquecieron, dejaron a su patrón tirado sobre la arena y huyeron cada uno por su lado buscando agua. Candelario Pérez, que a duras penas podía caminar, lo levantó como a una macabra guagua moribunda y lo cargó sobre sus hombros. Y mientras el español, entre estertores, rezaba a la Virgen de la Soterraña, Candelario Pérez caminaba repitiendo con rabia, casi inaudiblemente, la misma letanía de garabatos y palabras obscenas que en la campaña del 79, en los momentos más peliagudos de la balacera, a falta de *chupilca del diablo*, él y su amigo Hipólito Gutiérrez repetían a gritos para darse ánimo. A media tarde se agotaron sus últimas fuerzas, sus piernas se le doblaron como trapos y cayó blandamente al suelo. El bulto del cateador rodó un par de metros hasta quedar boqueando de bruces en la arena. Cuando luego de un rato, Candelario Pérez dejó de oírle la cantilena de «¡Ay, Soterraña bendita, ay, Soterraña bendita!» que no había dejado de repetir en ningún momento, pensó que había muerto, y que a él le quedaba muy poco.

Bajo el sol abrasante, y como envuelto en difusas nieblas violetas, le vino a

la mente el recuerdo de cuando estuvo a punto de morir de sed en la campaña de San Antonio. Se vio a sí mismo, igual que ahora, tirado de cara al cielo esperando con fatal resignación la hora de la muerte. El sol y la sed eran la misma tarántula de fuego devorándolo por fuera y por dentro. Recordó también cuando en la batalla de Miraflores, atrincherado en un hoyo cavado con sus propias uñas, con la boca reseca como ceniza, rodeado de incendios y gemidos de moribundos, su amigo Hipólito Gutiérrez, en un triste tonito de sorna, le preguntó de pronto (casi creyó oír en el aire la voz de su amigo) «¿Se ha puesto a pensar, amigo Candela, desde cuándo crestas que no descamisamos una frutita?». Casi esbozando la mueca de una sonrisa, Candelario Pérez entonces se dejó morir. Lo mismo que aquella primera vez, de cara al cielo, tragando su última producción de saliva biliosa, Candelario Pérez se murió oyendo voces de delirio e imaginando al sol como una redonda naranja jugosa chorreándole dulcecita por la boca.

De pronto, en medio de las voces que resonaban en la caja de su cráneo ardiente, oyó la poderosa vozarrá del capitán del Segundo Batallón que lo arengaba a pararse y seguir la marcha: «¡De pie, soldado, no sea cabrón!», oyó que le decía. «¡Es una orden!». Abrió los ojos. El sol ya se estaba poniendo. Se incorporó a medias y, como pudo, se acercó gateando al pequeño bulto del cateador tirado junto a unas piedras: aún resollaba ese coño pendejo. Lo volvió a cargar como a un niño contrahecho y se largó a andar hacia el oriente, siguiendo su propia sombra. Caminaba en silencio, sin ánimo siquiera de repetir aquella letanía de palabrotas que lo ayudaba a resistir. La poca energía que le quedaba sólo le daba para pensar fijamente en el siguiente paso, el siguiente paso...

Y cuando no había avanzado aún doscientos metros con el inválido desfallecido en sus brazos, de pronto, como en una nueva visión cruel de *estos pitrientos espejismos de mierda que terminan por pelarle los alambres a uno*, se halló al borde de una profunda quebrada. Al fondo, como una cicatriz de agua en pleno rostro del desierto, el río Loa corría brillante y silencioso por entre arenas y matorrales. Quizás desde cuándo habían estado caminando en forma paralela a la quebrada sin oír su murmullo ni oler la frescura del agua en la sequedad terrible del aire.

Después de beber con la cabeza metida en el agua, desesperadamente, gritando como locos, los hombres se sumergieron en el delgado cauce del río. El español, con el agua al cuello, lloraba de alegría y repetía cantando: *tú eres mi madre, que tú eres mi madre*, agradeciendo a su Virgen negra que le concedía el

milagro de mantenerlo vivo para seguir cateando pampas.

Candelario Pérez, en tanto, llenaba su caramayola conservada desde la guerra, pensando de nuevo que en verdad no había nada más lindo en la vida que una caramayola llena de agua. Y se lo decía a gritos al español partido por la mitad, se lo gritaba llorando de alegría que en este puto y legañoso mundo, coñito chuchón, por las recrestas, te lo digo yo, Candelario de Jesús Pérez Pérez, no había nada más hermoso que una caramayola rebosante de agua fresca. Y ahí, de pie en medio del río, con el agua chorreándole por su cuerpo agrietado, fue que juró por Dios y por todos los muertos de sed habidos en el desierto, que por el resto de su triste vida, fuere a donde fuere, carajo, llevaría siempre su caramayola llena de agua. Siempre.

Era el último sábado de julio. Desde tempranas horas del día, como ocurría siempre cada fin de semana, el pueblo de Pampa Unión comenzó a ser invadido por una bullanguera turba de mineros sedientos. Patizorros de hablar descarado, tiznados de gestos crapulosos, empleados de aire libertino y cuadrillas completas de particulares buenos para la parranda, comenzaron a colmar el pueblo por todas sus entradas de calles. Ganosos de diversión, desde cada una de las salitreras circundantes llegaban los hombres encaramados en cualquier medio de transporte a su alcance.

Desde las oficinas con estación ferroviaria, ya medio pasados de copas, llegaban en los coches comedores del tren Antofagasta a Bolivia; llegaban en flamantes Ford T de alquiler desde Chacabuco; llegaban echando flor de talla en las bamboleantes góndolas desde Cecilia; llegaban cantando y payando versos de doble sentido en carretelas desvencijadas desde Candelaria; llegaban acalambrados pero felices de la vida en carretas repartidoras de pan desde Araucana; llegaban subidos en volandas de tracción animal desde Ausonia y gritando tal como hacían en las trillas de los campos sureños; en volandas de vela arrastradas por el fuerte viento de las cuatro de la tarde llegaban despeinados y sin sombrero desde Carmela; llegaban montados en burros desde Perseverancia, en mulas desde Lastenia, en caballos percherones desde La Piojillo; llegaban caminando a pampa traviesa, levantando polvito en interminables filas indias, desde las oficinas más cercanas.

A la hora del crepúsculo, recortados contra el incendio magnífico de los cuatro horizontes, aún se veían venir cuadrillas completas de obreros atravesando desmontes y calicheras abandonadas. «Todos los caminos conducen a Pampa Unión», decían alucinados los viejos. Y cada uno de aquellos caminos y senderos que entrecruzaban la pampa, se veían sembrados de cruces y templetos de animitas indicando el lugar preciso en que había quedado la

oscura mancha de sangre de algún minero ebrio acuchillado por un afuerino de poncho roto. O la sangre de un afuerino de poncho roto muerto a golpes de piedra por algún minero de cara torva. Cotidianos crímenes que se quedaban siempre sin castigo y cuyo móvil, invariablemente, era conseguir un poco más de dinero para proseguir la farra sin término en los prostíbulos del pueblo.

Sin embargo, nada arredraba el ánimo de la infinita caravana de peregrinos enterrados y mordidos por la sed, nada detenía el éxodo jubiloso de esos bravos trabajadores de sol a sol hacia el único pueblo libre de la pampa, hacia el único reducto autónomo en medio de los férreos feudos salitreros que constituían cada una de las oficinas. Pampa Unión era el único lugar en toda la extensión del desierto en donde el particular, el obrero y el empleado de escritorio, aparte de divertirse y desfogarse a gusto —el paso de mujeres de «mala vida» estaba vedado en las oficinas—, podían evadir por algunas horas el vozarrón temible del Jefe de Pampa, eludir el ojo inquisitivo del sereno de campamento, librarse de la mano de hierro del administrador y soslayar la presencia siempre desdeñosa del gringo dueño de la oficina fumando su pipa en el porche de su chalet.

En esta verdadera invasión de fin de semana, algunos de los salitreros más desmedidos (los patizorros eran siempre los más desmedidos), sin siquiera sacudirse el polvo del camino, belicosos como eran ellos, llegaban directamente desde el abrasador sol de la pampa a los pululantes salones de las casas alegres. Otros, en cambio, pasaban primero a una tienda de ropa, se compraban el más caro terno exhibido en la vitrina y, sin bañarse ni nada, sólo haciendo relumbrar risueños su colmillo de oro, procedían a cambiarse ahí mismo, apremiados por la sed. Con la ropa vieja hacían un atadito y lo mandaban guardar con el mismo dueño de la tienda hasta el lunes de mañanita en que, después de dos noches de parranda fragorosa, de echar en el vaso hasta el último peso de sus jornales ganados gota a gota en ese infierno blanco, regresarán a la tienda silenciosos y cabizbajos, y con expresión melancólica pedirán el atadito, volverán a ponerse las pilchas viejas y, ahí mismo, por la plata que sea, venderán el traje nuevo para seguir extinguiendo su desaforada sed inextinguible.

A media noche, cuando ya el pueblo entero se hallaba en manos de estos bárbaros en continencia, los rezagados, los que recién llegaban por los senderos oscuros de la pampa, entraban a los salones en fiesta contando maravillados que a la distancia, sobre el resplandor lánguido de las luces del alumbrado público, se podía ver subiendo hacia el cielo, cubriendo todo el perímetro del pueblo, adquiriendo en el aire un colorcito ligeramente violeta, el clamoreo de

la gran sandunga desenfadada. Era como si desde todas las copas rebosantes –decían deslumbrados por el prodigio, los viejos–, desde todas las mesas colmadas, desde todos los salones enardecidos, desde cada una de las casas de caramba y zamba, subiera algo así como una runruneante reverberación de desenfreno y lujuria.

Pasada la medianoche, el trompetista Bello Sandalio y sus amigos músicos ya eran parte activa de esa inconmensurable jarana pública. Como siempre, apenas terminados los ensayos de la banda, se habían dado a su habitual recorrido por las cantinas y tabernas del pueblo. A petición expresa de Tirso Aguilar, se hallaban ahora en el prostíbulo donde cantaba la Boca de Oveja. Desde el comienzo de la noche, Cantalicio del Carmen estaba tratando de convencerlos de una nombrada buenísima que tenía. Que el boliche en cuestión, alegaba a los gritos, era famoso por sus fiestas de amanecida y su ambiente desmandado, que hasta tenía piano y todo, y que la calidad del ganado femenino era mejor que el de cualquier camal del pueblo. «Por la Virgencita que no les miento ni un poquito así», decía, y juntaba y besaba ostentadamente sus dos deditos huérfanos. Pero nadie le hacía caso.

Como a las dos de la mañana, cuando el buglista se convenció por fin de que la Boca de Oveja –que no le había dedicado ni un balido en toda la noche–, era una maturranga de Jefes de Pampa para arriba, los amigos decidieron envelárselas a la famosa nombrada del Diablo del Bombo. «Queda a sólo una cuadra y media de aquí», dijo éste, eufórico.

Y mientras salían de aquel antro formando todo el barullo posible –el Bere Maturana haciéndole gestos obscenos a la Boca de Oveja–, el bombero trataba de consolar al buglista diciéndole que no se preocupe, compadre, que las hembras del Gato Flaco, el burdel al cual se dirigían ahora, no se iban a demorar ni un periquete en hacerle olvidar a esa pájara pretenciosa. A Bello Sandalio el nombre del Gato Flaco le resultó vagamente familiar.

Al salir del tugurio, el aire frío y la algarabía reinante en la calle les alborotó todavía más el espíritu. Eufóricos entonces, llenos de buen humor, en medio de la noche pululante de ebrios, los músicos acordaron por mayoría absoluta entrar a tomarse un trago en cada uno de los tugurios que hallaran al paso antes de llegar al Gato Flaco.

A lo primero que entraron fue a una cantina de mala muerte que como todos los boliches de expendio de bebidas alcohólicas se hallaba abarrotada de mineros. Tras bregar un rato abriéndose paso a empujones, lograron al fin acomodarse en el mesón y hacer la pedida. Por sobre el barullo de los gritos y

las risas de las mesoneras se oía apenas la música de una victrola. Nadie sabía bien qué canción estaba sonando. De pronto, sin darse mucha cuenta, los músicos se vieron involucrados en una animada discusión que sostenía un grupo de mineros venidos de la oficina Puelma.

El debate, que ya había degenerado en un verdadero bochinche de borrachos, y que tenía entusiasmados a gran parte de los parroquianos, trataba sobre quién le sabía más nombres al sexo de la mujer, dejando de lado, por supuesto, la docta nominación de *vagina*. Cuando los músicos se sumaron a la discusión, ya eran trece los nombres agregados por los mineros. Contando los ya trillados apelativos de «el choro», «la zorra», «la concha» y «la araña peluda», que eran los más conocidos en el ámbito de la pampa, se habían dicho también «el coño», «el sapo», «la chocha», «la erica», «la empanada», «la vaina», «la cuca», «la panocha» y «la potra».

Y ahí se habían quedado chantados.

Y ahora, los puelminos macucos, que por la tarde se habían llenado de dinero apostando en las carreras de caballos a la chilena, desafiaban a voz en cuello a cualquiera de los caballeros ahí presentes —y a los no tan caballeros también— a que le encontraran algún otro nombre a la *cosa*. Que por cada nombre nuevo que se cantara, prometían vaso en alto los patizorros achispados, ellos se ponían con una botella de coñac inglés.

Cuando Cantalicio del Carmen, luego de escarbarse pensativamente la nariz con las pinzas de sus dos dedos, exclamó casi gritando de contento: «¡La almeja!», la alegría en el mesón fue general y la botella no se demoró nada en aparecer y repartirse entre los de la partida.

Después, cuando Tirso Aguilar, tras carraspear levemente, dijo como avergonzado: «¡La mimí!», todo el mundo en el bar se largó a reír estruendosamente. ¡Ese es nombre de maricón!, dijeron. ¡No vale! El pobre buglista quiso explicar, confuso, que así le decía él a la cosita de su esposa cuando aún vivían juntos, pero nadie lo escuchó.

Pasado un rato, el Bere Maturana, tras mandarse un largo trago de cerveza, se limpió la boca con la manga, golpeó el mesón con el puño y, con los ojos relumbrando, exclamó: «¡El albaricoque!». Los patizorros, que ya estaban pensando que no había más nombres posibles, lo felicitaron de buena gana y pidieron a coro que viniera la otra botella.

Después Bello Sandalio, tras hacer callar a todos con un toque de trompeta, riendo su metálica risita helada dijo: «¡La cajetilla!». Y el coñac encendió de nuevo los vasos y todo el mundo brindó alborozado. ¡Ya eran

dieciséis los nombres!

El asunto se puso interesante cuando uno de los patizorros, el más guaripoleado de todos, levantó de pronto la mano, se sentó sobre el mesón y, casi atragantándose de alegría, gritó a toda boca: «¡La tragona!». Y con gesto triunfal, totalmente seguro de que ya no era posible sumar otro nombre, agregó campante que si alguien se llegaba a poner con otro antes de los siguientes cinco minutos, por diosito santo que él se empelotaba ahí mismo y se bailaba un charleston sobre el mesón, completamente calato.

Con su Waltham de oro abierto en la palma de la mano, el patizorro estaba a punto de cantar victoria cuando el viejo del tambor, que hasta ese momento no había dicho nada, luego de desarmar y echarse a la boca su quinto cigarrillo de la noche, hizo a un lado a algunos de los amontonados junto al mesón, se acercó al puelmino hasta casi tocarle la cara con los picos de su sombrero, le puso la mano sobre la esfera del reloj y, masticando su apestoso bolo de tabaco, dijo solemne: «¡La chupa-jornales!».

Cuando en medio del jolgorio de los borrachos y los gritos furibundos de la dueña de la cantina, el patizorro, desnudo sobre el mesón, comenzaba a dar los primeros pasos de su baile grotesco, los cinco amigos de la Banda del Litro, palmeteándose alborozados, salieron furtivamente del boliche antes de que se armara la zafacoca general.

Del segundo local salieron con la cola entre las piernas y puteando de lo lindo contra «el ojo de lince» de Tirso Aguilar. Haciéndole caso a una tincada suya, se metieron por un estrecho corredor de adobes sin enlucir – «Este debe ser un clandestino de la puta madre», dijo canchero el buglista – y fueron a caer en una habitación en penumbras, sin ventanas, llena de un humo picante y con una tracalada de chinos desastrados sentados ceremoniosamente en el suelo.

Cuando en la calle le explicaron a Tirso Aguilar de qué se trataba el asunto, éste preguntó sorprendido.

– ¿Un fumadero de apio?

– ¡De opio, huevón! ¡De opio! – exclamaron los demás músicos, dándole con sus sombreros y doblándose de la risa.

En el tercer boliche en que se metieron se llevaron la gran sorpresa de la noche. De entrada, algo les pareció extraño en ese salón pintado de un color azul cielo, con poca luz y música a medio volumen. Algo raro se percibía en el ambiente. Pero por más que se fijaban no lograban captar qué diantres podía ser. De pronto el Bere Maturana lo descubrió:

– ¡Caráfita! – dijo – ¡Aquí no hay ninguna mujer!

– ¿Y esa que está sirviendo a las mesas? – dijo Tirso Aguilar.

– Más parece hombre – dijo el platillero.

– Es una maritornes – terció Candelario Pérez.

Ya estaban por salir huyendo de la taberna, cuando el Bere Maturana, atajándoles la salida con los brazos abiertos, les dijo traposamente que miraran hacia una de las mesas del fondo.

– ¡Que me reviente un tiro en las verijas – dijo – si ese no es el cachafaz de Eraldino Lumbrera!

En efecto, con su peinado a la gomina, su corbata multicolor y sus gestos de grandilocuencia, Eraldino Lumbrera, el segundo trompetista de la banda, bebía y conversaba con un tipo joven y de ademanes finos, en uno de los rincones más oscuros del local.

– Esa debe ser la potranquita amorosienta de que tanto alardea – dijo el platillero en tono malicioso –. Mírenlo cómo tortolean.

– Este palurdo parece que no sabe que el Paco Ibáñez está mandando a fondear a los maricas – dijo Bello Sandalio.

– Y tan pichocaluga que aparentaba ser el rulenco este – dijo Cantalicio del Carmen.

– A mí este pichiruche siempre me pareció demasiado siútico para ser macho de los que cargan a la izquierda – recalcó Candelario Pérez –. Mandémonos a cambiar de aquí.

Cuando por fin llegaron al Gato Flaco, eran las tres y media de la madrugada. Tirso Aguilar apenas caminaba de borracho y al Diablo del Bombo se le había hecho prácticamente incomprensible su voz de lora constipada. En su insensato itinerario de bebedores alegres, habían empinado el codo en seis tugurios en total. Del último tuvieron que salir cascando en medio de una gresca de proporciones desatada por un afuerino que quiso pagar el trago y los favores de una prostituta con el «oro de los tontos», o «el oro de las putas», como se conocía también a la «pirita», un mineral más brillante que el oro de verdad. La mala suerte del forastero residió en que últimamente en el pueblo eran varias las mujeres que habían caído con el cuentito, y estaban todas sobreaviso.

Ya adentro del Gato Flaco, recién acomodados en una mesa junto a la tarima del piano, el Bere Maturana y el viejo del tambor, que eran los menos ebrios del grupo – «Y no porque hayamos bebido menos sino porque tenemos más aguantaderas» se jactaba el Bere –, captaron en seguida que al trompetista se le había entrado el habla de golpe, se le habían enfurruñado las pecas del

ceño y no dejaba de mirar en torno suyo como alelado.

Y es que apenas entraron al burdel, Bello Sandalio se sintió como tocado por el ala de un recuerdo. Acariciando el cristal de su vaso, el trompetista veía como la llama de una lámpara lejana pestañeándole en la memoria, una lucecita vacilante que pugnaba por encenderse. Grávido, sensitivo, vibrátil, como un insecto todo lleno de antenas, se sentía como suspendido al filo de una revelación trascendente. De pronto, en el instante en que bebían las primeras copas y el viejo del tambor había comenzado a desarmar su décimo cigarrillo de la noche, hizo su aparición la madama del Gato Flaco. La exuberante mujer lucía una larga melena dorada y un ajustadísimo vestido de terciopelo rojo, e iba acompañada de un anciano con trazas de gringo. «Esa es la Cocoliche», dijo Cantalicio del Carmen. Y contó que la pájara esa, de simple mesera había pasado a regenta del local luego de casarse con aquel vejstorio que la llevaba del gancho, un inglés venido a menos que había comprado y refaccionado el local hace poco tiempo. Que se había vuelto tan petulante la Cocoliche, que ni a sus antiguas compañeras les dirigía la palabra. Tanto era así, que ya no se dignaba asomarse por el salón sino sólo de vez en cuando, pues, como decían con envidia las mujeres, ahora dirigía y manejaba los hilos del negocio recostada en sus altos aposentos, adornados a todo boato.

Bello Sandalio, que al momento de aparecer la mujer se llevaba el vaso desganadamente a la boca, se quedó con él a medio camino. De súbito sintió que la lucecita dio un foganazo y, por un segundo, el telón de su memoria se iluminó de imágenes. Como en una difusa escena de película en sepia, se vio a sí mismo, borracho como tagua, metiéndole la mano por debajo del vestido largo a una mujer muy parecida a esa rubia con andar de gata engreída que ahora pasaba junto a su mesa sin siquiera mirarlo.

– Me gustaba más cuando era morena – dijo Cantalicio del Carmen.

Bello Sandalio dio un respingo en su silla. La lucecita cabrona dejó de pestañear de golpe y, encendiéndose, lo iluminó completamente por dentro. Se quedó un momento como alunado. Claro, esa era la madre del cordero. Se mandó entonces el vaso de un solo envión olímpico, lo depositó con fuerza sobre la mesa y, sonriendo extrañamente, recitó en voz alta:

– *Volverán las oscuras golondrinas...*

Después tomó su trompeta, se puso de pie sobre la silla y tocó a zafarrancho.

– ¡Voy y vuelvo! – anunció al terminar.

Arrebatado, impetuoso, haciendo malabares de manos con la trompeta, se

encaminó resueltamente hacia la puerta de la estrellita plateada. Sabía que esa puerta, además de ir al baño, daba al oscuro patio del local.

Ahí, junto al muro del fondo, todavía estaban arrumbados los barriles por los cuales trepó aquella vez escapando de la bronca del capitán de Carabineros. La neblinosidad alcohólica de aquella noche calurosa se le iba disipando completamente en los recovecos de su memoria. «Así que esa era la madre del cordero», se repetía eufórico mientras trepaba por el muro.

La señorita Golondrina del Rosario hacía poco rato que se había dormido cuando creyó oír unos golpecitos en los vidrios de su ventana. Sobresaltada de susto, abrió los ojos en la oscuridad y aguzó el oído: en la habitación no se oían sino los golpes de su propio corazón y el crepitar eterno de la fiesta unionina. Estaba por pensar que lo había soñado cuando de nuevo resonaron los golpes. ¡Golpes como de nudillos! De un salto se sentó en la cama. Temblando entera quiso tranquilizarse pensando que tal vez eran los arañazos de algún gato tratando de bajar o subir al techo. Pero cuando los golpecitos, cortos e insistentes, sonaron de nuevo en la ventana, simplemente se quedó sin aliento. Armándose de valor, decidió al fin averiguar de qué se trataba. Se levantó sin hacer ruido, cubrió su desnudez con su camisón rosado y, sin querer pensar lo que en el fondo de su corazón estaba pensando con insistencia, Dios mío, entreabrió un poquito la hoja de la ventana.

Ahí, parado en el patio, alumbrado apenas por el pálido fulgor de las luces públicas, con la trompeta en la mano y luciendo una de sus impecables humitas a lunares, el músico peregrino le sonreía peligrosamente su risa de tigre en acecho.

«¡Hola!» oyó que le decía con toda la naturalidad del mundo, como quien saluda a su vecina en el escaño de una plaza pública a las doce del día de un domingo de ramos. Ella estuvo a un tris de desvanecerse de la impresión.

—Por favor, váyase al instante —se oyó musitar con voz trémula.

—No sin antes conversar con usted —dijo Bello Sandalio, enterneciéndose ante la cara de pajarita asustada que tenía la Dama del Piano.

—Mañana podemos conversar todo lo que quiera —dijo ella, sin mucha convicción.

—Tendrá que ser ahora.

—Por favor, que mi padre puede despertar.

—Si no me abre toco diana aquí mismo.

—No creo que sea tan loco.

Bello Sandalio se puso serio, se apartó un poco de la ventana y se llevó la

trompeta a la boca.

—Por Dios santo, no lo vaya a hacer —susurró ella asustada. Y abrió.

Cuando la señorita Golondrina del Rosario se sintió abrazada y besada de nuevo por su músico peregrino, sintiendo aquel ríspido grajo a cerveza y a cigarrillo barato que sintió la primera vez —y había rememorado después en todas sus noches de desvelos—, se puso a pensar que ojalá, Diosito santo, eso no fuera a ser otro de los tantos sueños de amor de sus solitarias noches de agonía. Y mientras pensaba de ese modo y era estrechada fuerte por el trompetista desconsiderado, vio que sus manos descoyuntadas, caídas pasivamente a lo largo de su cuerpo, comenzaban de pronto a cobrar vida, a obrar por cuenta propia, a moverse en el aire sin atreverse todavía a rozar las espaldas del hombre que amaban. Por sobre el hombro de él, ella las miraba hacer sorprendida a sus manos. Las veía aletear como aves asustadas, las veía revollear como ejecutando las lecciones de mímica que cada tarde impartía a sus pequeñas alumnas. Y sorprendida, deslumbrada, con sus sentidos completamente alborotados, se oyó luego a sí misma repitiendo que «las manos quietas a lo largo del cuerpo expresan indiferencia; el puño cerrado y duro indica protesta, enojo; al crisar los dedos demostramos odio, fiereza; los dedos doblados ligeramente indican ensoñación, romanticismo; la palma de la mano hacia arriba, desplazándose lentamente de un lado a otro, dibuja el vuelo de las aves, la inmensidad del cielo o las líneas azules de las montañas; la palma hacia abajo, haciendo el mismo movimiento, expresa la inmensidad del mar o un camino que se aleja...».

Cuando sintió resbalar su camisón de seda hasta quedar apeñuscado como un montón de sombra a sus pies, y en medio de un beso era elevada livianamente por los aires y depositada con delicadezas de novia sobre las sábanas blancas de su propia cama, y dos manos grandes como zarpas comenzaban a recorrer la geografía trémula de su cuerpo desnudo, mientras una lengua lijuda le viboreaba en el lóbulo, le saltaba al cuello, inquiría en sus pezones y seguía bajando interminablemente, deliciosamente, insoportablemente vientre abajo, pensó en lo bienaventuradas que habían sido esas doncellas que cantaban los poemas medievales al entregarse llenas de amor a los romeros en los caminos. Y al sentirse ella misma resbalando después cuerpo abajo, abismo abajo, y hallarse de pronto acariciando, besando y devorando como una posesa a ese animal durísimo que latía ardiente entre sus labios, se dijo que en cualquier instante se podría volver loca de amor. Se dijo, además, con la convicción fanática de una santa medieval, que de ahí en

adelante podría morir o matar sin remordimiento alguno por amor, por el amor de ese bello peregrino del infierno que, gimiendo una música de placer allá arriba, ya le comenzaba a inundar la boca de nardos y soles derretidos. Embelesada aún, abrazada a él y llorando, se dijo luego que bien había valido la pena tanta vida inútil en ese pueblo de perdición varado al fin del mundo; que de ahora en adelante ya nunca más volvería a ser tan señorita casta como la pretendía el pueblo, tan dama refinada como la pretendían los señores del Club, tan doncella púdica como la pretendía su padre, porque desde esa misma noche, pervertida y desenfrenada como la más ruin de las mesalinas, iba a amar terriblemente, con toda la lujuria que podía rezumar su alma, a ese depredador tigre colorado que ahora mismo, otra vez, atenazándole el cuello con sus mandíbulas de fierro, la devoraba sin misericordia, la poseía de nuevo sin compasión alguna, con fuego y amor desmedidos.

Cuando el alba recortaba ya los perfiles del pueblo, Bello Sandalio se trepó sobre el techo de la casita color lila —por donde había bajado— y cuidando de no dañar su trompeta, se encaramó de ahí a la pared del fondo, de la pared saltó de vuelta hacia el patio del prostíbulo y del patio, todavía sacudiéndose el traje, entró al salón iluminado del Gato Flaco. Sus amigos, haciéndole honor al apodo de la banda, aún estaban bebiendo en la misma mesa junto al estrado. Ahora se encontraban acompañados de dos prostitutas de melena y maquillaje estilo Cleopatra que, riendo impúdicamente, acariciaban y toqueteaban con descaro al viejo del tambor.

—¡Estas tontiacas creen que la mazamorra se masca! —le dijo el héroe de guerra a Bello Sandalio, al verlo aparecer sentado en su silla.

Nadie le preguntó nada por la demora. La tomatera había estado tan entretenida que a todos les pareció que el trompetista de las humitas con varicela, como lo llamaba a veces el Bere Maturana, recién nomás se había parado para ir al baño.

Cuando una hora más tarde salieron a la calle, el sol ya se esparcía sobre el zinc de los techos como un espeso jarabe ambarino. Los amigos pasaron a tomarse el último trago en el mesón de una bodega amanecida y luego acordaron irse a dormir. Esa tarde de domingo la Banda del Litro debutaba en la retreta de la plaza.

La retreta de ese domingo resultó todo un acontecimiento en Pampa Unión. El debut fue tan auspicioso que el farmacéutico les comunicó a los músicos que el Orfeón seguiría constituido después de la recepción al presidente. Y en ausencia del director oficial nombró como jefe de banda a Bello Sandalio. «Hasta que el maestro Jacalito se recupere de sus achaques líricos», dijo.

Los habitantes de Pampa Unión se habían olvidado por completo de que en el pueblo había una plaza. Luego de una rimbombante inauguración cinco años atrás, la gente, con la misma desidia con que ya había desatendido la falta de iglesia, ignoró para siempre que ese árido recinto cercado de alambres era una plaza.

Y es que los tenderos, los dependientes, los trajinantes, los barateros, los especuladores, los intermediarios, los comisionistas, los buhoneros, los importadores, los traficantes y todas las especies de mercaderes que en gran mayoría habitaban el pueblo, sin contar por supuesto el siempre cambiante contingente de prostitutas, no tenían tiempo para andar malgastándolo en paseítos por ninguna placita de tres al cuarto. Menos todavía los fines de semana en que cada minuto de tiempo era una moneda de oro cayendo cantarina en sus arcones de pirata.

Y los que tenían con quien dejar a cargo sus negocios, los domingos se iban a apostar su dinero a las carreras de caballo a la chilena, corridas en plena pampa. Mientras los jugadores rematados —los chinos, los turcos y los sirios eran los más rematados—, se amanecían encerrados en garitos clandestinos, apostando a las cartas no sólo su dinero, sus alhajas y sus negocios, sino hasta sus mismas casas, a veces con todo y mujer adentro. Después se conseguían prestado un revólver, firmaban todos los papeles que había que firmar y se pegaban un tiro en la boca.

Por consiguiente, esa tarde la mayoría del público que se aglomeró en el rectángulo de la plaza a escuchar los aires marciales y las piezas de música popular, eran visitantes de paso y familias salitreras de compras en el pueblo. Sólo era de Pampa Unión la bullanguera bandada de niños correteando en torno a los paseantes y alguna que otra respetable dama unionina. Entre ellas – vestido de organza, chal de hilo y botitas de paloma– la radiante señorita Golondrina del Rosario.

Aquella mañana, la hija del barbero había despertado arrebatada por una felicidad inocultable: los colores le habían vuelto violentamente al rostro y tenía los ojos encandilados de alegría. Mientras desayunaba notó que su padre la miraba con desconcierto. A su pregunta extrañada sobre tan repentino cambio de ánimo, ella respondió que había soñado un sueño maravilloso que la hizo amanecer con el corazón como un aleluya. Tanto era así, dijo, que hasta pensaba volver al teatro a sincronizar las películas. «Iré a la función nocturna», le anunció.

Y como para reafirmar el milagro de su cura dijo que por la tarde saldría a respirar aire fresco. Iría a la retreta que se inauguraba en la plaza. Después, mientras recogía la mesa con gráciles movimientos coreográficos, le insinuó como al desgaire que si él no podía acompañarla que por favor no se preocupara, que había pensado en invitar a su amiga, la preceptora.

El barbero no hacía sino asentir con leves movimientos de cabeza mientras pensaba en lo irrisoriamente cándidas que se volvían las personas cuando se enamoraban. Con el tazón de café humeante entre las manos se preguntó si acaso él no se comportaría igual ante su hija en relación a sus amores con Nestorina Manova. «Tal vez hace tiempo que lo sabe –pensó–, y yo estoy haciendo el más soberano de los ridículos.»

Escondiendo la cara tras el tazón, el barbero chapurreó que le gustaría mucho acompañarla a la retreta, pero que ella sabía que los fines de semana tenía demasiada clientela que atender.

–Diviértase usted, hija. Por mí no se preocupe –le dijo. Y antes de que las gordas nubes del sentimentalismo, que ya comenzaban a sombrear amenazantes su corazón de hombre duro, se le traslucieran húmedas en la mirada, se paró de la mesa y se fue a abrir el taller.

Mientras paseaba a los sonos del flamante Orfeón local, la señorita Golondrina del Rosario no pudo contener el torrente de dicha que la embriagaba. Con las mejillas encendidas, en un arrebatado de indiscreción que sólo unos días antes habría resultado absolutamente indecoroso para ella,

mientras le obsequiaba miraditas de veneración a Bello Sandalio —que a su vez le sonreía engreído desde los altos del kiosco—, le confidenció a su amiga, de una sola y compulsiva parrafada, el gran secreto de su enamoramiento.

—Es aquel —dijo, apuntando con un gracioso gesto de labios hacia la glorieta—. El trompetista de pelo colorado.

La maestra de la escuela, una solterona de treinta y cinco años, venida desde un caserío del Valle de Elqui, que se llamaba Edelmira del Real, que tenía facciones casi viriles, vestía sayones oscuros y se apercollaba su gran moña negra con elásticos del mismo color, le dijo estar verdaderamente asombrada de su revelación. Y no por el hecho de que la mejor declamadora de poesías de amor del mundo se hubiera al fin enamorado. «Sino que de quién te fuiste a enamorar, niña, por Dios», exclamó compasiva. Y mientras se paseaban por entre el gentío de la plaza, la maestra le fue contando que «el pelirrojo de las humitas a lunares», como ya lo conocían todos en el pueblo, se había hecho muy popular entre la feligresía de la calle General del Canto. Que en verdad era muy buen mozo, le dijo, pero que se fuera con cuidado, pues el susodicho trompetista estaba aureolado de una no muy casta fama de mujeriego.

—Dicen que le gustan mucho las *volantizas* —dijo la maestra, mirándola directamente a los ojos.

La señorita Golondrina del Rosario no entendió.

—Volantiza, amiga mía —explicó, didáctica, la maestra— es uno de los tantos términos con que los hombres denominan a las mujeres de vida alegre.

A Golondrina del Rosario se le apagaron de golpe todas las luces que la iluminaban por dentro. Obnubilada por su propio romanticismo, no se había detenido a pensar que la integridad de su amor pudiera correr algún albur, menos todavía de aquella índole. Y es que, pese a haberlo conocido huyendo justamente de una de esas casas públicas, no se le había pasado por la mente la idea de que su trompetista peregrino, tan hermoso él, tan sonriente siempre, pudiera tener amores con mujeres de esa laya.

Cuando por la noche Bello Sandalio saltó de nuevo el muro y golpeó a su ventana, ella lo esperaba con una pregunta aleteándole loca en los labios. Se había rociado más perfume del que aconsejaban las buenas maneras, se había pintado la boca del carmín más encendido que halló en los bazares de la Calle del Comercio y un gran ramo de flores naturales adornaba el aire de su cuarto, tan apagado y pobre hasta que aparecía él con su risa y su trompeta mágicas. Apenas él le dio la oportunidad de un respiro entre beso y beso, ella lo miró a los ojos y, temblorosa, grávida de celos, dejó escapar la pregunta:

– ¿Es verdad que andas con esas mujeres?

– ¿Qué mujeres? – dijo él, sin dejar de besarle el cuello y mordisquearle, azuzante, sus bellas orejas traslúcidas.

– Con esas mujeres... alegres – balbuceó, ruborizada ella.

– Todas las mujeres son a veces alegres y a veces tristes – dijo él, lamiéndole ahora la frutilla de los pezones con la punta áspera de su lengua de gato.

– Por favor, no te burles – rogó ella.

Bello Sandalio, simulando una seriedad demasiado solemne para el brillo zumbón de su mirada, le dijo entonces que aunque no sabía de dónde demonios había sacado aquello, le podía jurar por su madre que si alguna vez en su vida de músico errante anduvo con una matrona de esas, fue antes de conocer a la mujer más subyugante del mundo. «Ahora sólo tú cuentas en mi vida», le dijo. Y durante las siguientes noches en su dormitorio se lo repitió tantas veces, le juró tanto amor, y la amó con pasión tan desmedida, que a ella se le fue disipando rápidamente el temor de que él no la quisiera; tan rápidamente y de forma tan manifiesta como a él le fue creciendo el miedo a terminar enamorado como un idiota de esa mujer increíble.

Tan intensa se le volvía noche a noche la pasión a Bello Sandalio, y tantas eran sus ganas de estar con ella, que sus amigos de la Banda del Litro comenzaron a llamarlo «El Fantasma del Gato Flaco». Primero, por la magrura de cadáver que comenzó a lucir de tanto lance de amor de amanecida, y, segundo, porque cada noche, tras el consabido recorrido visitando boliches «a la suerte de la olla», como decía el Bere Maturana, y de rematar cada vez, a petición expresamente suya, en el Gato Flaco, al rato no más de instalarse en la mesa de siempre, el trompetista del carajo se les desaparecía como por encanto y no volvía a corporizarse en medio de ellos hasta dos o tres horas después, cuando el alba ya pastelizaba de azul los altos cielos de la pampa.

Después del té, a la hora de la función vespertina, Bello Sandalio la esperaba a la entrada del cine, impecablemente vestido. Recuperado sólo en parte de los estragos de sus jornadas de noctámbulo, tratando de cubrir cualquier residuo de cansancio con su sonrisa de buque de guerra, conversaba con ella muy galante y compuestito hasta el comienzo de la película. Después, con los últimos destellos del sol atrapado en el bronce de su trompeta, se iba silbando despreocupadamente a los ensayos de la banda.

Por las noches, a la salida de la función nocturna, antes de irse a recorrer los bares con sus amigos, Bello Sandalio la esperaba frente al teatro, bajo la luz

anémica del farol público. De allí caminaban juntos hasta la esquina de su casa como si fueran nada más que amigos. Solamente en los tramos más oscuros la señorita Golondrina del Rosario se dejaba tomar la mano. Además de hablar de películas, sus conversaciones giraban casi siempre alrededor de teorías musicales. Él le contaba de sus planteamientos en torno a la trompeta; ella, de los modos de enfocar los temas en el piano. Él le hablaba con admiración fanática de King Oliver, «el más grande trompetista de la época»; ella le contaba de la genialidad melancólica de Chopin («Dios también debe ser tísico», le dijo una vez). Ella gustaba de comparar estilos; él era más dado a comparar los sonidos. Decía que el sonido era la proyección del espíritu más profundo del músico; y, entusiasmado, aseguraba que cada sonido tenía para él un mensaje musical propio. Una noche se jactó de que él era capaz de identificar el tono exacto en que chirriaba una puerta. De tal forma amaba los sonidos.

— Tanto es así —le dijo—, que la primera palabra que aprendí a decir no fue precisamente *mamá*.

— ¿Y cuál fue entonces? —preguntó ella, deteniéndose.

— ¡*Tiroriro!*

El resto del camino lo hicieron riendo alborozados y tomados fuertemente de la mano.

Algunas noches, cuando el frío invernal de la pampa se hacía trasminante, en vez de esperarla bajo el farol de la esquina, Bello Sandalio se metía al Teatro, alcanzando a ver la cola de la película. Ya camino a casa, con la sinceridad simple de los artistas talentosos, pero con el apasionamiento y el lenguaje lírico de un amante embelesado, le celebraba lleno de amor los sonidos conseguidos al piano. Que en tal escena la cadencia de su música había sonado como una frágil sucesión de notas de cristal, le decía. O, en tal otra, había sido como un licor espumeante cayendo en una límpida cascada espirituosa.

La noche del martes, a la salida de la función, ella le pidió que la acompañara al Club, que tenía que ensayar para el concierto del Presidente. El farmacéutico le había informado que «Su Excelencia el Presidente de la República, General don Carlos Ibáñez del Campo» —le repitió luego, graciosamente, todo el arsenal de apelativos y nombres que usaba el dueño de la farmacia— llegaba en siete días más al pueblo. De modo que debía dedicar tiempo a sus ensayos.

El Club a esas horas se hallaba casi desierto. Encerrados en uno de los salones laterales, luego de oírla interpretar un par de piezas de Chopin, maravillado de su estilo y su sonido tan rico en acordes, Bello Sandalio se

entusiasmo y le dijo que tal vez podrían tocar algo juntos, algo más entretenido quizás, algún ritmo de moda.

– Tú toca que yo te sigo –, le dijo ella alborozada.

Cuando terminaron el *one-step*, Bello Sandalio la alzó en el aire besándola por toda la cara. Estaba verdaderamente admirado de lo que esa mujercita extraordinaria era capaz de extraerle al instrumento.

– ¡En verdad, al piano eres un pura sangre! – le dijo.

Luego le habló de Ferdinand Joseph La Menthe, un pianista más conocido en el ámbito del jazz clásico como *Jelly Roll Morton*. Aunque había leído por ahí que el tipo era ostentoso y farsante – tan así que había llegado a declararse inventor del jazz –, al piano era todo un genio. «A ti te volvería loca», le dijo. Y enseguida le contó que en alguna de las tantas pensiones de mala muerte en que había vivido los últimos años, había extraviado el único disco que había logrado conseguir de Morton, un solo de piano brillantísimo que era una verdadera joya. Lo mismo le ocurría con las revistas especializadas en jazz: se le iban quedando olvidadas de covacha en covacha.

Después, entre *preludios* y *nocturnos*, se besaron con ahínco y hablaron largo de sus vidas. Hacia el final de la noche, ciegamente feliz, casi loca de pasión, la señorita Golondrina del Rosario se dejó poseer sobre la mullida alfombra palo de rosa de la pequeña sala del Club. Cuando Bello Sandalio la fue a dejar, ella iba simplemente deslumbrada de las locuras que era capaz de hacer por amor. «Mientras más crece la pasión, más se reduce el pundonor», había oído alguna vez por ahí. Se comparaba ella misma a una mariposa dorada dándose frenéticamente contra la luz quemante de una llama.

El miércoles de esa semana en *La Voz de la Pampa* apareció publicada la primera noticia confirmatoria de la gira del Presidente al norte del país. Su paso por Pampa Unión se anunciaba para el próximo miércoles, 7 de agosto. En el mismo artículo se hablaba del documento que se estaba redactando para ser entregado al Primer Mandatario, un memorial que contenía las necesidades más urgentes del pueblo. «Pues estamos plenamente convencidos –decía el periódico– de que el Presidente de Chile no está al tanto de los problemas mayores que aquejan no sólo a Pampa Unión, como pueblo, sino a todos y cada uno de los esforzados trabajadores de la industria salitrera nacional.» El artículo terminaba haciendo un patriótico llamado a las fuerzas vivas, del pueblo y de las oficinas cercanas, para recibir en debida forma a Su Excelencia.

Esa misma tarde, el farmacéutico hizo interrumpir los ensayos de la banda: necesitaba que los músicos se presentaran de inmediato en el Club. Allí,

huincha en mano y lápiz en la oreja, y un triangular gesto de gravedad en su cara de búho con monóculo, los esperaba uno de los mejores sastres cortadores del pueblo. Se les confeccionaría un uniforme a la medida de cada uno de ellos. Un uniforme digno de la ocasión. Pues no era cosa de recibir al Presidente vestido como el *Loco del teléfono*, dijo el farmacéutico, haciendo mención al desastrado insano que, con la bocina y el auricular de un teléfono, se paseaba por las calles del pueblo hablando solemnemente con el presidente de los Estados Unidos, preguntando a Santiago por el horario de los trenes y discutiendo a gritos con Londres el cambio de la libra esterlina.

De vuelta en el Centro de Carreteros, mientras los músicos discutían si continuaban o no con los ensayos, apareció en la puerta la figura desaliñada de una anciana lunanca. La vieja tenía unos inquietos ojillos aguarenados y en cada una de sus sienes llevaba un pucho de cigarrillo pegado con saliva. Buscaba al Diablo del Bombo. Su mujer estaba sufriendo dolores de parto, dijo, y que ella y todas las vecinas de la cité pensaban que la obligación de *ese pan perdido* era estar a su lado. Cantalicio del Carmen en esos momentos se hallaba en el baño.

Al enterarse los músicos de lo que ocurría, se pusieron rápidamente de acuerdo y el ensayo se dio por terminado. Los cornetas y el trombón partieron sin demora a *remojarse la garganta*, mientras Eraldino Lumbrera, empleando floridos circunloquios para dar a entender que su potranquita lo esperaba anhelosa como siempre, terminó de guardar su trompeta y salió corriendo detrás de los otros. Bello Sandalio y sus amigos, riéndose descaradamente del trompetista tramoyero («manflorita» lo llamó el viejo del tambor), se sentaron a esperar a Cantalicio del Carmen para acompañarlo hasta su pieza.

Cuando llegaron al conventillo reinaba gran agitación entre las vecinas. En la pieza del bombero tres ancianas preparaban a la bordadora. En cualquier instante se esperaba la llegada de doña Charo, la partera conocida como «Manitos de Cigüeña». Cantalicio del Carmen se ocupó en tratar de calmar a su mujer que se retorció y se quejaba mordiéndose los labios, mientras sus amigos, afuera, acucillados a la manera de los jugadores de pelota, se ponían a fumar como contratados, no para mitigar los nervios del alumbramiento, sino para espantar la fetidez insoportable del chivato que triscaba atado junto al gallinero.

La llegada de doña Charo hizo suspirar de alivio a todo el mujerío aglomerado en el patio. La partera, una viejecita esquelética, de largos brazos movedizos y una rotunda expresión mandona en su rostro arrugado, lo primero que hizo al ver el cuadro, fue echar con viento fresco a Cantalicio del Carmen.

— En un parto de mujer el único animal que estorba es el marido — dijo.

Tras tomarle el pulso a la enferma, y pronosticar ceremoniosamente un buen mejoramiento, pidió que pusieran agua a hervir y que le torcieran el cogote a la gallina más gorda que hubiera en el gallinero. «Hay que reconfortar a la parturienta con un caldito enjundioso», dijo. Y con un ligero tono de misterio en su vocecita mangoneadora, les recordó a las vecinas que la asistían que no olvidaran guardar algunas plumas de la gallina. Acto seguido se dio a la tarea de amordazar cada uno de los portillos y hendijas de la habitación, mientras predicaba que no había nada peor para un enfermo que un mal aire, y que eso todo el mundo debería saberlo tan claro como el avemaría. En poco tiempo tuvo todo preparado. Y llegada la hora, tras unos cuantos manteos de veterana ducha en la materia, se sintió el llanto del vástago inundando todo el ámbito de la cité.

— ¡Un angelito hombre! — anunció la partera.

Luego de proceder a «amarrarle la vida» al recién nacido, ella misma quemó y pulverizó un par de plumas de la gallina sacrificada y puso el polvillo en el ombligo de la criatura.

— ¡No hay mejor secante que éste! — sentenció.

Por último, se ató las mechas con un pañuelo de seda e hizo entrar al marido. «Si los amigos quieren entrar, que entren» dijo. «Pero sólo un minuto.» Después pidió que le cebaran un mate, se torció un cigarrillo de hoja y se sentó a conversar de lo humano y lo divino con la puérpera pálida.

Cuando, al cabo de un rato, observando que Cantalicio del Carmen, luego de algunos arrumacos a la criatura, comenzaba a dar vueltas sin ton ni son por la pieza, y a mirarse por lo bajo con sus amigos, la partera le hizo un guiño de complicidad a la bordadora y dijo que si el marido quería ir a celebrar, que fuera nomás, que ella se quedaba un rato con la madre y el niño.

— Veo que ya corta las huinchas — dijo.

— Hay que vigilarle el sueño al angelito — dijo Cantalicio del Carmen, mirando con ojos de cordero degollado al recién nacido—. Aunque confío que la Chinita esta vez hará el milagro de conservarme a mi hijo por largos años.

Luego, dirigiéndose a Candelario Pérez, que se mantenía ensimismado en un rincón, parado junto a las máscaras de diablo, el bombero señaló que a su primer hijo le había puesto por nombre Gabriel, al segundo, Miguel, y que al tercero, que era éste, había pensado en ponerle Rafael. Pero ahora presentía que tanto nombre de arcángel tal vez tuviera que ver con que los niños se le escaparan tan luego al cielo. De modo que ahora, en vez de Rafael, quería ponerle un nombre bien de esta tierra, un nombre de alguien que hubiera

vivido muchos años y que, por supuesto, fuera su amigo.

—Me gustaría que se llamara Candelario —terminó diciendo—. Y que usted, don Candelario, fuera su padrino.

El veterano de guerra, emocionado hasta el nudo en la garganta, sólo atinó a mover afirmativamente la cabeza.

Para disipar el efluvio de sentimentalismo que comenzaba a flotar empalagoso en el ambiente, Bello Sandalio le dijo a la bordadora que diera gracias a Dios de que a su esposo no se le hubiera ocurrido pedirle el nombre al joven de los platillos, ahí presente. En medio de las risas de todos, la bordadora, que sabía del drama onomástico del músico, apenas esbozó una mueca de condescendencia.

Con tan buen motivo para celebrar, esa noche los amigos bebieron más que en todas las jornadas pasadas. El Bere Maturana se emborrachó de los primeros y, demostrando que era de ojos blandos, lloró como nunca por la tetamenta de su pulpera amada. En una de las fondas le dio por ponerse a odiar a unos sujetos de poncho que jugaban hoscamente a los dados en una mesa rinconera. Parado a duras penas ante los emponchados patibularios, vociferaba farfullante que su nombre de pila era Berenjena y al guarisapo crestón que no le gustara que se fuera a comer mierda con los jotes detrás de los cerros.

El dueño del local se acercó a la mesa de los músicos y les aconsejó sigiloso que mejor hicieran sentar a su amigo.

—Esos sujetos son «de dulce y de grasa» —dijo.

—¿O sea? —preguntó Tirso Aguilar, haciéndose el aniñado.

—¡O sea que cargan cuchillo y revólver! —se adelantó a responder Bello Sandalio. Y se paró y fue a traer de un ala al platillero bochinchoso.

El buglista, por su lado, lanzado completamente a la vida, fue el que menos bebió de los cinco, pero el que más bailó y atracó el bote a las mujeres. En menos de tres horas le juró amor eterno y pidió en matrimonio a cuatro prostitutas pintarrajeadas como apaches de cuatro prostíbulos distintos. Candelario Pérez, embullado como nunca, brindó toda la noche con «guarinaque», como llamaba al aguardiente, y, abrazado a su compadre Cantalicio, le repetía baboseante que su tocapito de ninguna manera iba a ser uno de aquellos tontorrones que van por la vida creyendo que la mazamorra se masca, no señor.

Por su parte el trompetista, con el recuerdo de Golondrina del Rosario efervesciéndole las ingles (esa noche no había podido ir a esperarla a la salida del cine), tocó encaramado en las mesas de cuatro boliches distintos antes de

llegar al Gato Flaco. Allí, como siempre, luego de los primeros tragos, desapareció engullido por la puerta de la estrellita plateada.

Al amanecer, cuando Bello Sandalio ya había vuelto de su incursión amorosa, entró al local un hombre que lo saludó con gran aspaviento. Era Francisco Regalado. El trompetista lo llamó a la mesa y lo presentó a sus amigos como el más bravo y heroico de los mercachifles de la pampa antigua. «Este fulano tiene la piel más reseca que zapato en el techo», comentó por lo bajo el Bere Maturana. A la salida del sol, invitados por Francisco «Pancho» Regalado, se fueron todos a tomar sangre de toro al camal de su propiedad.

A esas horas los matarifes se hallaban en plena faena. A una señal de «don Pancho», tras hundirle el cuchillo en la yugular a un toro negro, acercaron varios cachos al orificio por donde borboteaba la sangre en un espeso chorro humeante, y se los ofrecieron a las visitas. Era costumbre arraigada entre los viejos pampinos beberse un cacho de sangre en ayunas para reponer fuerzas. «Van a quedar como toros los músicos», decían guiñando un ojo los matarifes. Tirso Aguilar estuvo a punto de desmayarse luego de beber sin respirar un cacho lleno del cuajante líquido rojo.

Tras un momento de observar las faenas, los músicos le comentaron a Francisco Regalado que a ellos les parecía que uno de los matarifes, el más joven de todos, un mocetón de facciones amoladas y mirada dura, enterraba con demasiada saña el estoque a los animales. El ex mercachifle contó que sólo dos meses atrás un animal había dado muerte al padre del joven. Una mañana de lunes, con el pulso aún cucarreándole de la juerga de la noche, el viejo matarife había errado por un milímetro la estocada a un toro negro, y cuando se acercó, creyéndolo muerto, de súbito, en un postrer espasmo de bravura, la bestia le dio una mortal cornada en el corazón.

A Tirso Aguilar la historia terminó de descomponerlo del todo. Arrimado a una pirca, devolvió hasta la última gota de sangre taurina mezclada con la ingestión alcohólica de la noche.

Cuando la dueña de *La Flor de las Niñas* llamó a la habitación de Bello Sandalio para decirle que afuera lo buscaba Yemo Pon, eran las tres y media de la tarde. El trompetista, que dormía sus borracheras hasta la misma hora del té, despertó con una resaca infinita y un sabor de zuncho viejo en la boca. Incorporándose a duras penas en su colchón de estopa, le rezongó a la boliviana asomada en la puerta que si el chinito del diantre no lo buscaba para decirle, por lo menos, que se había ganado las veinticinco mil libras de oro de la Lotería de Concepción, le retorcería el pescuezo ahí mismo. «Tal como esos mandarines que mataban con sus propias manos al mensajero cuando las noticias no eran muy de su agrado», reseñó.

Crimilda Condori de Pletikobic se quedó un rato en la puerta mirándolo con un brillito malicioso en sus ojos oscuros, y luego se retiró meneando las caderas y canturreando gozosamente *La Cachalagua*, una cueca que recién había aprendido y a la que su acento abolivianado le daba un tono que hacía mucha gracia a todos (se la había llevado todo el día cantándola por los pasillos). Agobiado por la marea de su perfume que saturó completamente la atmósfera de la habitación, Bello Sandalio se quedó pensando en que si la ex bailarina de cabaret fuera sólo un poquito menos cuadrada de cintura... Se sonrió solo. En verdad era divertida la altiplánica. Una mañana temprano, de vuelta de una noche de parranda, se le ocurrió preguntarle por qué se había puesto *Diavioleta Divina* como nombre artístico. Por lo mismo que Pola Negri se había puesto Pola Negri, le contestó ella. ¿O acaso él no sabía que la actriz en la vida real se llamaba Apolonia Chavulez? «Con ese nombrecito la pobre no hubiera tenido gracia ni para batir las pestañas», le dijo pizpireta.

Yemo Pon había andorreado toda la mañana por las dependencias de la estación ferroviaria en espera del tren de los lunes. Ese día llegaba un amigo cuyo padre —un agente viajero que llevaba encomiendas, cartas y recados de

palabra desde el pueblo hacia Antofagasta y viceversa—, lo había llevado al puerto a conocer el mar. «Tienes que mirarlo bien para que me lo cuentes», le había encargado él.

Los días de tren la estación de Pampa Unión se convertía en una colorida feria de variedades. En medio del gentío pululando en los andenes, el ambiente era animado por el persistente pregón de las vendedoras de delantal blanco, el rebullicio de los barateros, la verborrea exasperante de los charlatanes con culebras, los fotógrafos con caballitos de mentiras y la infaltable música de los organilleros con sus monitos de camisetas a rayas vendiendo papелitos de la suerte. Y junto a ellos toda una fluctuante fauna de personajes estrambóticos — nadie sabía cuándo, cómo y de dónde llegaban— hacían su agosto ofreciendo ingeniosos juegos de última novedad, inverosímiles aparatos traídos de no se sabía dónde, y hasta más de algún invento raro sacado de su propio caletre.

Yemo Pon se había gastado todas sus monedas en un pequeño biógrafo portátil que un hombrecito había construido con un tambor de petróleo y otros materiales de desecho, en el cual se podían ver fugaces escenas de duelos a pistola, peleas de vaqueros o bailarinas de *can-can* mostrando las piernas hasta más arriba de la liga. Escenas que, además de haberlas visto cien veces en las películas del Teatro Obrero, Yemo Pon las venía observando desde que tenía uso de razón en las propias calles y lupanares del pueblo. Pampa Unión, con sus salones y sus reyertas callejeras, se parecía enormemente a esos pueblos de las películas de pistoleros.

Cuando el silbido del tren anunció a lo lejos su llegada, Yemo Pon estaba entretenido mirando las caras que ponían las personas que se animaban a probar un extraño aparato que era la sensación del momento. «La Máquina de la Electricidad», la llamaba pomposamente su dueño. Luego de pagar una moneda, el valiente se debía agarrar a una barra metálica con ambas manos, mientras el extravagante personaje —un extranjero de blancas mechas lacias, que lucía botas de montar y un ancho sombrero texano, y que decía ser sobrino nieto de Thomas Alva Edison—, daba vueltas a una pequeña manivela produciendo un fluido eléctrico que hacía gesticular grotescamente al voluntario.

Apenas su amigo bajó del tren y lo divisó entre el gentío, se desprendió de la mano de su padre y, atropellándosele las palabras en la boca, se puso a contarle que en el puerto había ido a un circo de esos con animales y que un león africano de este porte con una melena así de grande no había querido saltar por una redondela de fuego y atacó al domador y lo mató a zarpazos

delante de toda la gente.

Cuando Yemo Pon le preguntó por el mar, y su amigo comenzaba a granearle con las manos lo grandes y bravas que eran las olas del océano Pacífico, vio descender del coche comedor a Felimón Otondo, el boxeador de peso medio pesado más popular de Pampa Unión.

Pelo de chuzo, nariz quebrada y grandes orejas retorcidas, con una maleta enorme en una mano y empuñando en la otra una botella de cerveza, el púgil descendió del coche con la mirada vidriosa de los ebrios. Luego de saludar de reojo a algunos conocidos, se empinó un último trago largo de cerveza, arrojó la botella entre los durmientes de la línea férrea y, con su paso de animal tardígrado, levantando pequeñas nubes de polvo, enfiló por el camino de tierra hacia las casas del pueblo. Yemo Pon lo contempló un rato alejándose bajo el sol: su espalda era ancha como los sacos de salitre que llevaban los trenes de carga y su balanceo lerdo tenía algo de bestia de circo.

Y a eso había ido Yemo Pon hasta la pensión: a prevenir a su amigo, a decirle que se anduviera con cuidado, que acababa de llegar al pueblo el novio de la señorita Golondrina del Rosario. Y que por si acaso el trompetista cabeza de incendio no lo sabía, el novio de la señorita era púgil, y de esos abrutados. Que tenía unas manos grandes como palas de derripiador y pegaba como patada de mula. Él lo había visto pelear en el ring y también, un montón de veces, en la calle, a la chilena, con varios rivales a la vez.

Bello Sandalio, con el ceño fruncido, le preguntó que cómo sabía él que el tipo ese era el novio de la señorita Golondrina.

—Porque antes era él quien la esperaba a la salida del teatro —dijo Yemo Pon.

Y, luego, con un guiño de malicia en la rajadura de alcancía de sus ojitos, añadió en tono divertido:

—Aunque a ella nunca la vi mirar al púgil como te mira a ti.

Sentados en el porche de la pensión, se pusieron a conversar luego de películas y de circos. Yemo Pon le narró lo del león africano que había matado al domador.

—Hay que cuidarse de los animales; en el momento menos pensado se les despierta el instinto humano —dijo Bello Sandalio como hablando para sí, con el rostro súbitamente ensombrecido.

Y, ante la mirada interrogativa del niño, cambió de expresión y se puso de pie prestamente, dispuesto a despedirlo. Pero se acordó de pronto del globo luminoso que había visto la otra noche elevándose sobre el pueblo, y se lo

comentó.

—Son los globos de mi tío Lan —dijo Yemo Pon.

—Me parecía que algo me habías dicho —dijo el trompetista. Y le preguntó quién era su famoso tío.

El tío de Yemo Pon era un chino solitario y escuálido que vestía mal y se dejaba el pelo largo. Taciturno y enigmático hasta casi la demencia, en el pueblo era conocido como el Chino de los Volantines. Cada 10 de octubre, fecha en que se conmemoraba el día de China, se daba a la tarea de confeccionar y elevar cometas con intrincadas formas de serpientes y de dragones multicolores, que eran la delicia de los niños. Ahora último le había dado por hacer volar globos de papel iluminados por un cabo de vela. «Según mi madre, el tío Lan es un perfecto inútil», dijo Yemo Pon. Y es que su tío no soñaba con hacerse rico como soñaban los demás inmigrantes llegados de su tierra. Por las mañanas sólo trabajaba unas cuantas horas repartiendo agua potable en baldes que traía desde los recintos del ferrocarril. Y todo el resto de su tiempo lo ocupaba en la fabricación de volantines, cometas, remolinos y toda clase de artefactos que se pudieran elevar. «Es mi tío predilecto», dijo cariñosamente Yemo Pon. Y cuando, sin tomar aire, pasaba a contarle más detalles de la exótica vida de su tío, el trompetista lo palmoteó de nuevo y le dijo que ya estaba bueno de conversa, que él tenía que prepararse para los ensayos de la banda.

—¡La Banda del Litro! —dijo riendo Yemo Pon.

De vuelta en su habitación, Bello Sandalio se recostó a pensar en cómo eran las cosas de la vida. Durante toda la noche se había roto el cuesco elucubrando la manera de persuadir a la Dama del Piano para hacerla participar de un negocio que tenía entre manos y, ahora, de manera impensada, un cabrito chico patipelado, sobrino del chiflado del pueblo, le traía a domicilio la clave perfecta para convencerla. Era de tres cosas que Bello Sandalio debía convencer a la distinguidísima pianista señorita Golondrina del Rosario: primero, que se vistiera de hombre; segundo, que se encaramara sobre el muro trasero de su casa y saltara hacia El Gato Flaco; y tercero, ya una vez dentro del prostíbulo, que lo acompañara al piano para animar una fiesta organizada por algunos de los gringos más importantes de la Compañía Salitrera, una movida parranda privada a la que asistiría un elegido ramillete de putas traídas especialmente desde las ciudades de Calama y Antofagasta. Eso era todo.

Dos noches atrás, el gringo dueño del prostíbulo le había hablado proponiéndole amenizar esta fiestecita a puertas cerradas. Que sus compatriotas ingleses, le explicó el longevo cabrón, querían despabilarse y

olvidar por una noche el fastidio de vivir en estos ásperos confines del mundo. Pero que exigían para el *party* un piano y una trompeta como mínimo. La paga era estratosférica. En una sola noche ganaría el sueldo de tres meses tocando en el mejor orfeón o *jazz-band* de cualquier ciudad. Él, por supuesto, había aceptado de inmediato. Lo malo del asunto fue que al pianista del local, un zambo sifilítico que tocaba sin descanso durante toda la noche mientras bebía y fumaba como filibustero, se le había ocurrido agarrar una fiebre que lo mandó con un tembladeral de muerte a la cama, justo cuando ya estaba todo arreglado para la partuza. El dueño del Gato Flaco le dijo entonces que buscara otro pianista donde fuera y como fuera, que el trato no podía fallar. Él había ido a ver al maestro Jacalito, pero el remilgado profesor, con sus finos ademanes de *minué*, se había negado rotundamente a siquiera asomar sus ojos por una de esas «deshonestas casas de perdición». De los otros pianistas de burdel no logró nada: no podían desertar así como así de sus respectivos locales; menos en sábado; y menos aún para ir a tocar a otro lugar. Eso los haría desgraciarse con los regentes y hasta podía costarles una pateadura por parte de sus matones. Hasta «Manos de Orlac», el pianista-matón del burdel de más baja estofa del pueblo, alzando sus peludas manos de asesino, lo echó con viento fresco del tugurio y que se fuera a culear jotes donde la puta que lo parió.

Así las cosas, pero decidido a no perder por nada del mundo todo ese dinerito junto, a Bello Sandalio se le había ocurrido que lo único que le quedaba era convencer de algún modo a Golondrina del Rosario. Al principio lo había pensado sólo como una cuchufleta, pero luego la idea fue tomando cuerpo y al final se había planteado que eso era lo único que tenía. Y cuando se devanaba los sesos pensando en qué recurso o ardid de amante cínico echar mano para persuadir a su amadísima Dama del Piano, venía este chinito crestón como caído del cielo y le daba la solución ideal. ¡Claro, la abordaría con el truco de los celos! ¡Se haría la víctima! ¡Jugaría la carta infalible del amante engañado! ¿Así que la señorita tenía un novio y no se lo había dicho, ah? Ahora se venía a dar cuenta él de lo pérfidas y traicioneras que podían ser algunas mujeres; sólo ahora descubría que sus palabras de amor eran nada más que falsedades. Que hasta aquellos versos que tan románticamente le recitaba al oído luego de hacer el amor, se los habría recitado quizás cuántas veces también al otro. Qué iluso que había sido, Dios santo..., que su pobre corazón herido..., que sus falsos juramentos..., que sólo una gran prueba de amor... Se sonrió solo. Si algo sabía él sobre el sexo femenino, entonces era cosa segura que al final terminaría convenciéndola, tal y como había hecho cuando ella sacó a relucir el asunto de

las mujeres alegres. Lo único que debía hacer era saltar esa noche a su casa un poco más temprano que de costumbre. Como era sábado, no habría mayor problema con su padre. Él ya sabía –como el pueblo entero lo sabía– que los sábados por la noche el barbero castizo se encerraba en su taller con la fogosa viudita de la lechería.

Tras despedirse del trompetista, Yemo Pon se encaminó hacia el Teatro Obrero. Los carteles de la propaganda ya debían de estar listos. A esas horas de la tarde en las calles de Pampa Unión se respiraba un aire relajado. Los mineros aún no llegaban del cerro, las prostitutas comenzaban lánguidamente a prepararse para la noche, los perros vagos parecían mansitos, la brisa era menos ebria y la gente sacaba sus bancas a la puerta de sus casas y se sentaba a ver jugar a los niños. Si cualquier forastero desprevenido hubiera pensado que ese era un pueblo tranquilo y solariego. Pero él sabía que la cosa no era así. En sus diarios recorridos de propagandista de películas, se había tropezado más de una vez con un cristiano tirado en el suelo con las tripas vaciadas, o con el agujero de un balazo rojeando como una granada abierta en el pecho. Si hacía sólo tres semanas había presenciado una gresca en medio de la calle, a plena luz del día, entre dos prostitutas gordas, completamente desnudas y con un gollete de botella en cada mano. Y eso que todo el mundo decía que el pueblo estaba en decadencia, que ya no era el mismo de años atrás. Cómo le habría gustado a él haberlo conocido entonces. A veces, despierto al amanecer, la hora en que llegaba su madre, la oía conversar con los amigos que llevaba a la pieza de aquellos buenos tiempos de cuando los corajudos hombrones de la pampa, además de matar y dejarse matar épicamente por una mirada de mujer, se limpiaban el culo con billetes de los grandes en los baños de los bares, y ellas, las meseras, después de cerrar por la mañana, se entretenían recogiendo cuidadosamente esa parva de billetes cagados que luego lavaban bien lavaditos en la artesa y los colgaban en los cordeles de tender ropa. Si él mismo se acordaba de una noche, debió ser en los últimos años de opulencia –apenas tendría cinco o seis años de edad–, cuando en la oscura esquina de la cité no podía hallar un peso que se le había caído, y un minero ebrio, luego de preguntar que por qué lloriqueaba tanto el penequita de ojos rajados, sacó un billete de diez y le atracó fuego para ayudarle a buscar su peso huacho.

Cuando pasaba frente a la imprenta del periódico, a Yemo Pon se le ocurrió de pronto doblar la esquina y dirigirse antes a la casa de la señorita Golondrina del Rosario. Con el pretexto de llevarle la noticia del regreso de Felimón Otondo, podría estar junto a ella por un rato largo y oler más de

cerquita su perfume tan rico. Su perfume era lo más rico que él conocía. Además aprovecharía para que el papá de la señorita le cortara el pelo gratis, como lo hacía siempre. Don Sixto Pastor no era como ese otro peluquero que oficiaba cerca de la cité donde él vivía, un bilioso anciano de ojos reventones, hijo de mala madre, que trataba a los niños de *guarangos* y se negaba a cortarles el pelo a los chinos porque decía que traía mala suerte. A su tío Lan un día lo había echado del taller como a un perro. «Cortarle el pelo a un chino trae siete años de miseria», le dijo, y lo sacó a empujones a la calle. Desde entonces su tío no se cortaba el pelo. Cuando una vez le contó esto a don Sixto Pastor, el barbero había refunfuñado que algunos de sus colegas, además de haber aprendido el oficio en la cárcel, eran unos ignorantes y supersticiosos del carajo que para mantener a los clientes hacían sahumeros de putas y guardaban mechones de pelo junto a un revoltijo de cruces, dientes de cabras y yerbas de brujos.

Sixto Pastor Alzamora recién había despertado de su siesta cuando vio aparecer la figura aduendada de Yemo Pon preguntando si se encontraba «la señorita, su hija». Con la novela socialista en el regazo —siempre estaba releando algunas páginas para reafirmar su fe en la emancipación proletaria, decía—, el barbero se desperezó largamente en su sillón de trabajo.

—Me mandó el peliculero —mintió Yemo Pon, cuando al fin don Sixto Pastor le preguntó que para qué sería, si se podía saber.

—Después te vienes a sentar para recortarte esas crines de mulo —le dijo, tras darle un papirotazo e indicarle que su hija se hallaba en la sala de música. ¡Y que llamara como los caballeritos antes de entrar!

Antes de entrar, Yemo Pon se quedó mirando un momento por entre los cisnes grabados en los vidrios de la puerta. A esas horas la señorita Golondrina del Rosario impartía sus clases de declamación. Una alumna de trenzas rubias recitaba unos versos que hablaban de una niñita negra con dientes de mazamorra que jugaba con los ángeles. La señorita interrumpía a cada momento la declamación para explicar, con voz trinante, que, además de la impostación de la voz, el lenguaje de las manos y la mímica facial, existía una mímica corporal elementalísima. Que, por ejemplo, en los instantes de tristeza (la señorita ponía una linda carita de tristeza), además de los hombros y la cabeza inclinada, el cuerpo se tenía que doblar ligeramente hacia adelante, como al peso de una pena inmensa. Y para exteriorizar la sensación de miedo, había que retroceder escudándose delicadamente con las manos (la señorita retrocedía escudándose delicadamente con las manos), mientras los ojos y la

boca se tornaban temerosos y la expresión, trémula (él no sabía si la señorita se veía más bonita con su carita triste o con su carita asustada).

Yemo Pon ya le había dado un par de recados de Bello Sandalio durante la semana, de modo que al verlo a través del vidrio, la señorita Golondrina del Rosario lo hizo pasar de inmediato. Dejó a sus alumnas ensayando movimientos corporales y se fue con él a la sala de estar. Al enterarse de lo que Yemo Pon le venía a decir, se decepcionó. Intentando sonreír y parecer natural, dijo que era una alegría que el señor Felimón Otondo hubiera regresado, pues, además de ser buen vecino, era un buen hombre. Después abrió un cofrecito de lata con la estampa de un castillo inglés y despidió al niño con un puñado de caramelos crujientes. «Nos vemos en el teatro, Yemito», le dijo.

Mientras las niñas reían resueltas en la otra habitación, Golondrina del Rosario se quedó un rato soñando despierta en el sofá de la sala de estar. Y es que para esa noche le tenía una bella sorpresa a su ángel de la trompeta. Le había escrito un poema titulado, justamente, «Mi ángel de la trompeta», y esa noche planeaba no recitárselo al oído como, en arranques de lírico paroxismo, había hecho con algunas rimas de Bécquer. Esa noche sería distinto; lo haría sentar en la cama como en la primera fila de un teatro y ella, de pie, como desde lo alto de un proscenio, se lo iba a decir con todo el sentir y la técnica de una profesional de la declamación.

Y más todavía, porque si a su trompetista amado le gustaba el poema, iba a hacer que el próximo miércoles se lo publicaran en la página de arte de *La Voz de la Pampa*, en la cual se venían publicando poemas que sus creadores, personas amantes de las bellas letras, tal vez por recato, o demasiada humildad de su parte, firmaban con seudónimos. Ya eran conocidos y comentados entre la gente culta del pueblo los versos líricos de «Estrella Pálida»; los poemas apasionados de «Lucero del Norte» y las odas de acento nostálgico de «Viento Pampero». Todos unos verdaderos poetas –pensaba ella– capaces de hacer florecer la poesía en las mismísimas piedras del desierto. Claro que ella no pensaba enviar su obra escondida bajo ningún seudónimo. Ella firmaría su poema con sus nombres, sus apellidos y su oficio. Que se enteraran todos en el pueblo de que al fin el amor había llamado a las puertas de la concertista en piano, profesora de declamación y sincronizadora musical de películas, señorita Golondrina del Rosario Alzamora Montoya. Que supiera todo el mundo que estaba loca de amor.

Bello Sandalio se vanagloriaba de conocer a las mujeres por el derecho y el revés. No en vano, decía, sus tanteos con ellas habían comenzado a una edad en que la mayoría de sus amigos en Iquique aún llevaban pantalones abombachados y se entretenían jugando al run-run.

Su maestra en las lides del amor había sido una viuda a la que conoció poco antes de escaparse con el circo. En el barrio era llamada la Poto de Guitarra. Y una de las fantasías sexuales que la vaquillona libidinosa llevaba a cabo con el adolescente tierno que era él entonces, era disfrazarlo de bandido. Embozado con un pañuelo debía entrar de manera subrepticia a la casa, deslizarse hasta el patio en donde ella inocentemente preparaba un asado y atacarla por sorpresa. Tras zamarrearla un poco, haciéndole jirones su cerrado vestido negro, debía mirarla como miran los depravados –ojalá los ojos inyectados en sangre–, mientras con la navaja de su difunto marido procedía a cortarle lentamente, muy lentamente, los tirantes del corset (la luna destellando criminal en el filo de la navaja, devenía su primer orgasmo). Desenfrenada, impúdica, completamente fuera de sí, la viuda alegre le pedía entonces que le susurrara obscenidades al oído, epítetos indecentes. «Conchuda», le gustaba que la llamara. Después debía atarla y, completamente desnuda, ponerla como a una gallina en el asador –la red de venillas azules de sus carnes alunadas le causaban una ligera sensación de náusea–. Por último, tras desvestirse él de dos zarpazos feroces, debía acercarse con *Lamberto* en la mano (la viuda llamaba con el nombre del difunto al miembro viril) y decirle con voz ronca y amenazante: «Ahora vai a saber lo que es güeno». Acto seguido, debía proceder –como se leía en la crónica roja– a saciar en ella sus más bajos instintos y bestiales apetitos.

Despatarrada en el suelo, gorda, láctea, empalagosa, saboreando una larga lonja de carne asada, la mujerona convenía después en que, para maniático

sexual, él todavía resultaba un jovencito pudibundo. Pero que con unas cuántas lecciones más iba a quedar sonando mejor que esa trompeta que llevaba para todos lados. «O cortando mejor que la navaja de mi Lamberto Mejías, que Dios tenga en su santo reino, que ese sí que era un macho con las alforjas bien puestas, carajo», decía suspirando la viuda.

De modo que el jovencito Bello Sandalio, luego de aprender todo lo que tenía que aprender sobre el amor de cama, se echó a andar por esos caminos de Dios usufructuando de las fantasiosas lecciones de esa musaraña poto colorado que «si me descuido un poco, compadre, hubiera terminado devorándome con trompeta y todo», solía contarles a sus amigos. «Desde entonces voy por la vida amando a mi trompeta y haciendo sonar a las mujeres», decía, cerrando de ese modo el relato de su iniciación en las lides amorosas, mientras pelaba, socarrón, su polar sonrisita blanca.

Y apertrechado de esa misma risa engréida, completamente seguro de llevar a feliz término su empresa, aquella noche saltó a la casa de su Dama del Piano un poco más temprano que de costumbre. Llevaba puesto un sombrero americano, llevaba una bufanda blanca al cuello y, además de la trompeta, llevaba en las manos un envoltorio conteniendo un par de zapatos corintos y uno de sus elegantes trajes a rayas.

Lo que no figuraba en los cálculos de Bello Sandalio, y no imaginó nunca que podría ocurrir, era que la romántica señorita Golondrina del Rosario fuera a acceder en forma casi voluntaria a su descabellada petición; que ni siquiera tendría necesidad de echarle en cara lo del novio boxeador. Esa noche Bello Sandalio aprendió algo que debió haber sabido mucho tiempo: que una mujer apasionada, lo mismo que un jugador crónico, se lo juega todo, sin siquiera pensarlo, a la más rematada carta de su amante.

Al entrar a su alcoba la besó con ardor. Y antes de que ella pudiera declamarle la poesía, que en el transcurso de la tarde había cambiado tres veces de título —«Se llama *Mi ángel peregrino* alcanzó nada más a decirle—, él, con el rostro contrito, comenzó a contarle su desventura. Y cuando aún no terminaba de exponerle en detalles el inmenso drama de no tener quien lo acompañara en el piano, ella, insensata como su misma pasión, tomándole sus largas manos moteadas de pecas, besándoselas, fijándose por primera vez en que el dedo meñique de su trompetista era tan largo como el índice, ya se apresuraba a decirle, llena de amor, que si ella pudiese ayudarlo de algún modo, por Dios que ni lo pensaría.

—Sólo que no sé cómo —dijo apesadumbrada.

—¡Yo sí sé! —dijo él, entonces, rápido como un gato saltando sobre una sombra.

Y mirándola con una intensidad que a ella le hizo burbujear el bajo vientre, le enrolló la bufanda al cuello, le caló el sombrero, le alargó el envoltorio con el traje de hombre y la besó en la boca, apasionado: «Te amo hasta el cielo», le dijo.

Fue todo lo que tuvo que decir y hacer para que la señorita Golondrina del Rosario, comprendiendo de golpe lo que su amado pretendía, luego de quedarse petrificada frente a él, como sumida en un vértigo de deslumbramiento, aceptara correr todos los riesgos, pasar todas las vergüenzas y sufrir todo el deshonor que el asunto implicaba.

Su abierto gesto de idolatría logró desconcertar al trompetista hasta hacerle sentir un fugaz soplo de remordimiento. Sumido luego en una especie de fascinación, vio cómo ella comenzaba a disfrazarse de hombre en el más hondo de los silencios. La contempló desprendiéndose de los aritos de oro con forma de corazón, quitarse el rojo de los labios, limpiarse el carmín y los polvos de arroz de su cara traslúcida, y proceder luego a ponerse la camisa blanca y el anchísimo traje con chaleco. Todo esto con una expresión de sereno ensimismamiento. Cuando, luego de atarse los zapatos de hombre, la señorita Golondrina del Rosario se recogía el cabello para calarse el sombrero de ala ancha, a él le pareció ver el destello de una lágrima en sus mejillas descoloridas.

Antes de salir de la habitación decidieron cerrarla por dentro por si a su padre, como solía hacerlo antes de irse a la cama, se le ocurría ir a verla —él se quedó adentro, le puso el pestillo y luego saltó por la ventana—. Abrazados y pisando en puntillas caminaron sigilosamente hasta el fondo del patio. En el cielo, lo mismo que aquella noche cuando Bello Sandalio saltó perseguido por los carabineros, la luna llena era un enorme globo lleno de polen luminoso.

Cuando Golondrina del Rosario ponía un pie en sus manos a modo de estribo para trepar sobre la casita lila, de pronto, al contemplarla en su traje de hombre holgándole por todos lados, iluminada bellamente por el claro de luna, Bello Sandalio sintió una ráfaga de ternura que lo hizo estremecer de pies a cabeza. Aquella mujer fina, delicada, lírica como la misma luna, estaba haciendo toda esa locura nada más que por amor a él. Se sintió un gusano. Por un instante tuvo deseos de echar pie atrás y, al mismo tiempo, se sorprendió de su flaqueza, de sus «escrúpulos de monja» como llamaba a los asomos de sentimentalismo. Ella se dio cuenta de su conturbación. Decidida entonces, apoyó firme el pie en sus manos, se dio un envión y comenzó a trepar sobre el

techo de la casita. «Siento que voy a terminar amándola más que a mi propia trompeta», pensó Bello Sandalio, viéndola recortada contra el fondo de la noche. En verdad, de un tiempo a esta parte casi no se reconocía. Sentía que esta mujer le estaba dando de comer azúcar de su mano, lo estaba ensillando y él ni siquiera resoplaba. ¿Estaría enamorándose? Rápidamente trepó tras ella para ayudarla a alcanzar el muro y descender luego hasta el oscuro patio del lenocinio.

Cuando la señorita Golondrina del Rosario traspasó la puerta hacia el salón del prostíbulo, lleno de hombres y mujeres que reían y bebían escandalosamente, las piernas se le paralizaron de golpe y, asustada, quiso retroceder. Bello Sandalio le apretó el brazo con cariño. «Estoy a tu lado», le susurró al oído.

Obnubilada completamente, como caída en trance, la señorita Golondrina del Rosario atravesó la pista de baile del lenocinio con la mirada fija en un punto invisible. Se sentía como caminando sobre esponjas. Le parecía estar viviendo el hecho increíble de haberse encaramado por sobre el piano del Teatro Obrero y estar entrometiéndose grotescamente, disolutamente, en medio de la escena más cruda de una película licenciosa. Sus intermitentes destellos de lucidez le hacían ver lo descabellado que había sido acceder a vivir la aventura que estaba viviendo.

Instalada ya ante el piano, sobre la tarima, entre los aplausos y gritos de borrachera de la concurrencia, la señorita Golondrina del Rosario miró aterrada a Bello Sandalio. Éste le dedicó una sonrisa de aliento y se desentendió de ella. Como una autómatas, mientras él manipulaba las teclas, agitaba los pistones y se pasaba la lengua por los labios preparándose para tocar, ella puso las manos sobre el piano con el mismo sobrecogimiento que si las estuviese poniendo sobre brasas encendidas. Y cuando él se largó con la melodía de un *swing*, sus dedos, primero agarrotados, comenzaron de a poco a moverse como por cuenta propia. Como unos animalitos sonámbulos sus dedos saltaban de tecla en tecla sin que ella pudiera hacer nada sino seguirlos con la vista, observarlos extrañadísima, contemplarlos hacer como si los viera por primera vez en su vida. Y eso fue lo que hizo durante todo el tiempo que duró el primer tema, simplemente atornilló sus ojos al teclado sin atreverse a levantar la vista ni a ladear la cabeza un milímetro por no ver el espectáculo denigrante de su entorno. Transfigurada en una crisálida, acurrucada tibiamente en su limbo de seda, el ruido de las copas, las interjecciones obscenas y las risas desvergonzadas de las mujeres le llegaban a los oídos filtradas como a través de

algodones. Incluso el piano apenas lo oía. Sólo sentía la voz cálida de la trompeta flotando por encima de ella como una brillante nube redentora.

Cuando terminaron de tocar, todo el mundo rompió a aplaudir, y desde las mesas pegadas al proscenio, traposas voces femeninas comenzaron a hacerse oír, primero a media voz y luego con gran escándalo, diciendo que el pecoso del trompetista estaba como para comérselo embadurnado en azúcar flor, con humita y todo, y que el flaquito del piano tampoco estaba mal, pero que por la palidez de su rostro bonito, si no era mariquita, era tísico el pobre. Golondrina del Rosario, entre tema y tema, sin despegar la vista del teclado, no paraba de rezar y doblar sus dedos en desesperados pilatos de auxilio.

Cuando la fiesta era un incendio y ellos tocaban la quinta piezaailable, Golondrina del Rosario, con el rabillo del ojo, vio que una de las mujeres más desenfrenadas subía al proscenio. Con el rostro desencajado de vergüenza, percibió cómo la mujer comenzaba a manosear descaradamente a su trompetista. Era la Cocoliche. La veleidosa prostituta, embutida en uno de sus ajustados vestidos largos, peinada y pintada al estilo egipcio, se había dignado a dejarse ver por el salón y a participar de la fiesta. Cuando en medio del jolgorio reconoció a Bello Sandalio como el colorín que se había atrevido a sacarle las calugas delante del capitán, dejó solo en la pista al gringo con el que bailaba y, acanallada por el alcohol, subió al proscenio a restregarse contra el trompetista y a reclamarle, ronroneante, si acaso el pecosito cabecita de erizo no se acordaba de ella.

Cuando Bello Sandalio se dio cuenta de que Golondrina estaba llorando, de un brusco empellón se sacó de encima a la prostituta. Ésta trastabilló y le dijo que era un colorín creído de mierda y que mejor se iba donde el pianista. Que en las mesas se comentaba que el músico del sombrero alón era marica, pero que ella iba a averiguar la verdad ahora mismo. Si el flaquito del piano le sacaba las calugas era macho; si no, ella misma lo iba denunciar al capitán Huano con Agua para que lo mandara a fondear. Y tambaleándose ostensiblemente se abalanzó sobre la señorita Golondrina del Rosario que, presa del terror, miraba angustiada al trompetista. Éste, sin parar de tocar, se acercó por detrás a la prostituta, levantó un pie y la empujó brutalmente guardabajo. La Cocoliche rodó como un retobo en la pista de baile. En su estrepitosa caída se pasó a llevar a unos gringos borrachos que hacían palmas y azuzaban a una mujer alta y delgada que, fumando en una boquilla larguísima y cascabeleando una ebria risita de serpiente, había comenzado a desnudarse al compás de la música. La llamaban «Nena Vilana» y era la querida del gringo más borracho

del ruedo.

En la descomunal batahola que prendió en cosa de segundos, Bello Sandalio apenas pudo tomar de la mano a Golondrina, saltar a la pista y arrastrarla por entre los fiesteros hacia la puerta del patio. En mitad del campo de batalla tuvo que soltarla un momento para zafarse de dos borrachos que se les fueron encima y de una prostituta con cara de hombre que los atacó con un vaso roto y que agarró a Golondrina por la bufanda. Cuando la volvió a tomar de la mano y escapaban casi a gatas hacia el patio, a sus espaldas, en un gran barullo de insultos y blasfemias, las botellas volaban sobre las cabezas estallando estruendosamente contra las paredes.

No supieron cómo treparon el murallón, cómo desde allí saltaron hasta el techo de la casita lila, ni cómo bajaron y se introdujeron como un soplo por la ventana del dormitorio. Sólo que ahí estaban: ella, con el corazón saltándole como un animalito asustado, tendida de bruces sobre la fina colcha de su cama; él, despatarrado en el piso, apoyada la espalda contra la pared, boqueando y masajeándose inconscientemente los labios; ambos sin hacer ningún ruido, tratando de captar si el padre se habría percatado de su fuga, o si habría oído el barullo de su regreso.

Pasado el primer momento, cuando ya casi dejaba de jadear en el suelo, al ir a encender un cigarrillo, Bello Sandalio se dio cuenta, afligidísimo, de que no tenía su trompeta. Recordó entonces que cuando en medio de la pista se le fueron encima los dos gringos y la puta marimacha, el instrumento había saltado de sus manos y, en la confusión, tratando de asir a Golondrina, no había podido ni tenido tiempo de recuperarla.

— ¡Maldita sea! — farfulló con rabia — ¡Tengo que volver allá!

Cuando se incorporaba del suelo, decidido a regresar al prostíbulo, Golondrina del Rosario se dio vuelta en la cama y mirándolo de manera extraña, sin decir palabra, le alargó la trompeta que mantenía aplastada con su cuerpo. Bello Sandalio se quedó atónito.

— Eres increíble — dijo sonriéndole. Y se dejó caer sobre ella, la cubrió con su cuerpo y comenzó a besarla largamente.

En un súbito arranque de pasión, ella lo volteó y se encaramó sobre él. Con las mejillas borradas en lágrimas, comenzó a llenarle la cara de besos rápidos, húmedos, desesperados. Él se desembarazó un momento de su tempestuoso ataque de amor y la quedó mirando con ternura.

— Por lo menos quítate el sombrero — le dijo —. Me da la impresión de estar abrazando a Jelly Roll Morton.

Golondrina del Rosario pareció darse cuenta recién de su facha y ambos se largaron a reír como niños en la cama. Revolcándose jubilosamente, Bello Sandalio comenzó a desnudarla mientras le iba diciendo que era la primera vez en su vida que sacaba paletó, desanudaba corbata, desabrochaba botones de camisa y arreaba pantalones para hacer el amor. Ella, enardecida por el recuerdo de la prostituta acariciando a su músico peregrino en el proscenio, hizo aflorar a la más servil de las putas que, según había oído decir alguna vez, toda mujer llevaba dentro. Y esa noche lo amó como nunca antes lo había hecho. Lo amó sin partitura, sin red protectora, sin botellita de agua para el camino. Lo amó a capella, a pie descalzo, a puro pelo. «La única medida del amor es amar sin medida», se repetía para sí, gimiendo. Y se dejó adobar entera como una puerquita, se dejó lamer y lamió con la humildad de una pobre cordera huérfana, bebió de la melaza candente con la unción y fruición con que se liba de un cáliz sagrado, y rendida y humillada y caída de bruces, abiertas sus flores hasta el delirio, se dejó habitar, sodomizar y comulgar con todo el amor y la voluntad de que era capaz una frágil mujer apasionada. Al final de la jornada, junto a las primeras luces de la aurora, Golondrina del Rosario, redimida por el amor, limpia de toda ignominia, bella como una esclava de oro, luego de amarlo por última vez, le abrió la puerta de la calle con los mismos sigilos con que su padre se la abría a la viuda los sábados por la noche. Con los zapatos en la mano, Bello Sandalio salió de la casa convencido de todo corazón de que se había enamorado para toda la vida de esa mujer incomparable.

Sintiendo envidia de los gallos que cantaban a todo aire su diana mañanera –en la cama de su amada había tenido que ahogar sus albricias de amor para que el padre no los oyera en la otra pieza –, ahí, en medio de la calle, en la misma esquina de la casa, estalló de alegría y tocó zafarrancho a todo lo que daban sus pulmones, tocó como un loco, como un ángel haciendo llover granizo. Después, acariciando su trompeta como si fuera un animal vivo, echó a andar hablándole en voz alta:

– ¡Desde hoy te llamarás Golondrina, que es el más bello nombre de mujer que existe sobre la tierra!

Camino a la pensión recordó la taberna en donde comúnmente terminaba «haciendo la mañana» con sus amigos, y se dijo que el bautizo de su trompeta bien merecía ser celebrado con un trago. Riendo solo del puro gozo que sentía en el corazón, se desvió de su camino y se fue en busca de los músicos.

El barbero Sixto Pastor Alzamora, que no había pegado un ojo en toda la noche, oyó cada una de las escaramuzas de su hija sacando de la casa a su

amante furtivo. No se atrevió a levantarse ni a ojear por la cerradura de la puerta por el puro temor de encontrarse con el pelmazo de Felimón Otondo. Cuando oyó sonar la trompeta en la calle respiró aliviado. El amante de su hija era el filarmónico de pelo colorado que le había dicho Nestorina Manova. Mil veces preferible antes que el púgil de mala muerte. Aunque tocara en la banda que iba a recibir al Paco Ibáñez.

Por la noche, mientras retozaba con la viuda en el taller, habían oído ruidos extraños. Caminando en puntillas por el corredor, fueron hasta la puerta del patio a investigar. No vieron nada, pero la ventana del dormitorio de su hija estaba entreabierta y les pareció oír susurros de conversación. Cuando él estaba decidido a averiguar de qué demonios se trataba todo aquello, la viuda lo tomó de un brazo y se lo llevó de nuevo al taller. «Debe estar con el trompetista», le dijo.

Él temía que se tratara de Felimón Otondo, que acababa de llegar al pueblo. Y eso sencillamente no lo podía consentir.

–No creo –dijo la viuda–. Ella es demasiado lírica como para entregarse a ese quintal de músculos.

–Y si fuera el músico –rezongó el barbero–, ¡Cómo diantres lo habrá metido que no oímos nada!

–Igual como lo haces tú conmigo –le contestó la lechera. Y cerró la puerta del taller con cerrojo, y se recostó de nuevo en sus brazos, y suspiró hondo, y lo miró de la manera que a él le gustaba que lo mirara.

Ese primer domingo de agosto la retreta en la plaza constituía el ensayo general de la Banda del Litro. Sólo faltaban tres días para la visita del Presidente. Y tal como había ocurrido el fin de semana anterior, el rectángulo se llenó de gente paseando en torno al kiosco de la música.

Además, era el debut del director oficial. El maestro Jacalito había aparecido la tarde del jueves por el local del Centro de Conductores de Carretas y durante los tres últimos días había dirigido los ensayos. Era tal su turbación y bochorno frente al aire azumbrado de los músicos, que todos terminaron por creer el rumor de que nunca estuvo enfermo (Bello Sandalio lo había visto tocando el piano en el Teatro Obrero), y que su ausencia se había debido sólo al hecho mortificante de tener que enfrentarse a «una cáfila de filarmónicos dipsómanos», como se le había oído decir remilgoso por ahí.

Y es que el maestro Jacalito siempre estaba añorando aquellos tiempos de «cuando los músicos y la música eran otra cosa». Cuando en las filarmónicas o academias de baile, por ejemplo, apenas la orquesta comenzaba a preludiar la melodía, las parejas, cada una con su ficha correspondiente, poníanse a pasear tomadas respetuosamente del brazo. Hasta que el señor profesor de baile (que era el que mandaba en la sala), con aire omnipotente, se paraba en medio, tosía, se limpiaba la frente con un pañuelo y, tras guardarlo ceremoniosamente en su vestón abierto atrás, daba la señal para empezar la danza con una elegante palmada de manos. Muy diferente a las academias de ahora, decía consternado el maestro Jacalito, que eran unas leoneras donde imperaba el desgobierno más grande, y las muchachas, además de no hacerse respetar como era debido, llegaban al descaro de andar mostrando las redondeces de las rodillas.

Minutos antes de comenzar la retreta, el farmacéutico había hecho ir a los músicos hasta los recintos del Club Radical para hacerles entrega del uniforme. En verdad el presidente del Comité de Recepción a Su Excelencia había

pensado en hacerles estrenar el uniforme esa misma tarde. Pero el calamitoso estado de intemperancia de algunos de los músicos lo hizo desistir de su idea y en cambio los increpó duramente. Que era una vergüenza pública, dijo, el apodo denigrante con que el pueblo entero los conocía. Sin embargo había que reconocer que la plebe, como siempre, tenía razón.

«Si no miren no más el estado deplorable que presenta este filarmónico», dijo apuntando con desdén al bombero.

—Fue apenas un *kilito*, míster. Y me lo tomé tranquilamente con mi vieja en la pieza —replicó humildemente Cantalicio del Carmen, afirmado a duras penas en el bombo.

Por la noche se había desvelado junto a su mujer cuidando que Candelarito no se les fuera a ir en el sueño, pues esa era la noche del tercer día de vida de la criatura. Y apenas amaneció el nuevo día, junto con agradecer de rodillas a la Virgen, el bombero se había puesto a celebrar alegremente por su cuenta.

—¡Ustedes son todos unos zamacucos! —dijo el farmacéutico, y los hizo salir del Club, francamente encolerizado.

A las seis y media de la tarde, en los altos del kiosco estaba todo listo para comenzar la retreta. Cuando el flamante director, con la batuta en alto, estaba a punto de marcar el comienzo de la primera nota, Tirso Aguilar le dio un codazo a Bello Sandalio y, haciéndole un guiño malicioso, le señaló con el bugle hacia una esquina de la plaza. Ahí, íngrima entre la concurrencia, casi inmaterial en su vestido blanquísimo, resplandecía la figura de la señorita Golondrina del Rosario. Sólo después de un momento el trompetista se vino a dar cuenta de que no estaba sola: la acompañaba su amiga, la preceptora, y un individuo desconocido. Por su facha de mastodonte supuso que se trataba del púgil. En verdad, el tipo no era gran cosa como al principio había pensado. Desde ahí arriba se le notaba una corpulencia gibosa, un aire entre imponente y lastimoso que le recordó la imagen fílmica de un bisonte viejo pastando en las praderas norteamericanas.

Arremetiéndolo ya con la primera pieza, en el mínimo instante de un pestañeo, a Bello Sandalio se le perdió de vista la Dama del Piano. Por más que buscaba entre el gentío no lograba divisarla. Ni a ella ni al mastodonte. Y comenzó a exasperarse. ¿Dónde demonios estaban esos dos? ¿Por qué ella tenía que pasearse por la plaza con un bestia como ese? De pronto, extrañado de sí mismo, se dio cuenta de que estaba casi babeando, y que ese malestar en la boca del estómago no era más que el efecto físico de algo que los demás mortales

llamaban celos. ¡Estaba celoso! Él, el macho de sonrisa cínica, el amante de corazón blindado, el que siempre había pensado que los celos eran morriñas de mujeres. Insultándose mentalmente, tratándose de pobre idiota jilibioso, dejó de mirar hacia abajo y sopló la trompeta con furia.

Cuando llevaban diez minutos tocando, en el momento justo en que comenzaban a interpretar el vals *Sobre las olas*, el trompetista, que inconscientemente seguía buscando entre el público, vio avanzar entre la muchedumbre –y la vislumbró como una fea ave de mal agüero– a la vecina de Cantalicio del Carmen, la vieja de la pierna corta y los puchos pegados en las sienes. Abriéndose paso a empujones, inalterable su tranco de pajarraco herido, la vio allegarse hasta el kiosco de la música y comenzar a hacer señas para arriba.

Como Cantalicio del Carmen, desde el lugar en que estaba sentado golpeando el bombo, no la podía ver, la anciana avanzó cojeando hasta los bajos de la glorieta y trepó decididamente por las escaleras. Al asomar la cabeza por la escotilla y sentir de golpe el ramalazo de la música estridente, en vez de taparse los oídos cerró los ojos como a una súbita racha de viento. Luego llamó con una perentoria seña al músico más cercano, uno de los cornetas, y algo le dijo a los gritos. El corneta volvió a su lugar y se lo repitió en la oreja al trombonista; el trombonista se lo dijo al segundo trompetista; el segundo trompetista, al platillero; el platillero, al buglista; el buglista al viejo del tambor; el viejo del tambor arrugó el ceño y miró al bombero que tocaba a su lado, aturdido aún por los vapores del alcohol. Entonces se lo pasó por alto, se acercó a Bello Sandalio y, entrecortado por la emoción, le dijo al oído:

– ¡Murió la guagua del bombero!

El público de la plaza, que no entendía por qué se dejaba el vals *Sobre las olas* a medio navegar, vio con asombro cómo la mitad de la banda descendía rápidamente las escaleras del kiosco y, con el bombero en punta, echaban a correr como en dirección a los camales. Cantalicio del Carmen, con el rostro desencajado, iba atropellando ciegamente a quien le estorbara el paso.

Cuando, detrás del bombero, aprovechando el corredor que éste iba dejando entre la gente, los amigos salían de la plaza a toda carrera, Bello Sandalio se encontró a bocajarro con Golondrina. A su mirada interrogativa, el trompetista explicó rápidamente lo que pasaba y, antes de seguir a sus compañeros, mirando de reojo a Felimón Otondo –que enfundado en un traje nuevo y demasiado ancho aún para su musculatura, lo miraba ceñudo–, le hizo un arrumaco en la mejilla y le dijo con toda intención:

—Nos vemos a la noche, cariño.

Candelarito del Carmen sólo había alcanzado a vivir cuatro días miserables. Por la tarde, mientras el viento soplabla quejumbroso sobre los techos, y el bombero se bebía su tercer botellón de vino sentado en camiseta a la puerta de la pieza, el niño, tras amamantarse vorazmente del pecho de la bordadora, se había sumido en un plácido sueño profundo. La madre, que bordaba un ramo de camelias azules junto a su esposo, se había parado media docena de veces a tomarle el pulso y a ponerle la mano en la frente. Pero como el niño ya había pasado del tercer día y, además, sus otros hijos se le habían ido durante el sueño de la noche, no se dejó alarmar demasiado como para despertarlo. El mismo Cantalicio del Carmen, a las seis de la tarde, antes de partir con su bombo a la espalda, le verificó el aliento. «Duerme como un tronquito», le dijo a su mujer. Veinte minutos después, tras darle el último toque a una camelia, la bordadora se paró a mirarlo y el niño estaba muerto. La pobre mujer rompió en aullidos terribles. A la llegada de las vecinas, tomó el cadáver de su hijo, aún tibio, y, aferrándolo fuerte entre sus brazos, se acurrucó gimiendo lastimosamente en un rincón.

Y así la halló Cantalicio del Carmen cuando, seguido de sus amigos, entró a la pieza: apelonada en el suelo, con el cabello revuelto, gimiendo quedito junto al brasero volteado, y resistiéndose como leona herida a cualquier intento de arrebatarse el bultito de su hijo, envuelto entre sus brazos.

Al ver el cuadro de su tragedia, el bombero cayó en un estado de trance. Ante la consternación de todos, se dejó caer en un ángulo de la cama revuelta, sentado como un muñeco sin hilos. Y, ahí, completamente ido, inmutable como una de sus máscaras de diablo, se quedó contemplando un punto inexistente en el vacío. Las vecinas, todas llorosas, miraban a los músicos y los músicos se miraban entre ellos, en silencio, sin saber qué hacer o decir. Y por un instante en el mundo no se oyó más que el llantito animal de la mujer ovillada en el suelo y el balido triste, casi humano, del chivato amarrado allá afuera.

Sólo cuando llegó doña Charito, la bordadora se dejó quitar el cuerpo de su hijo. Las mujeres del vecindario respiraron aliviadas y, sin perder un segundo, se concertaron para comenzar a preparar el velorio. En menos tiempo del que se demora en formarse un remolino de viento en la pampa, ante el asombro de los músicos que no sabían qué hacer metidos en el cuarto, las vecinas descolgaron las máscaras, voltearon el espejo trizado, dispusieron las sillas (sentaron al pobre bombero donde no estorbara), recortaron papeles, encendieron los cirios, arrimaron la mesa a la pared y, como corolario a toda esa

escenografía fúnebre, recortado contra una sábana adornada piadosamente con estrellitas y lunas plateadas, los músicos vieron emerger a Candelarito del Carmen —alitas doradas y una flor de papel entre sus manos—, transfigurado ante sus ojos en un verdadero angelito de Dios.

En tanto, en casa de la señorita Golondrina del Rosario, el barbero, querido nerviosamente por su hija y su amiga, la preceptora, era puesto al corriente de todo lo ocurrido. Sixto Pastor Alzamora sintió hondamente la noticia. Aparte de que su hija constantemente estaba mandando a bordar sábanas y pañitos de mesa a la bordadora, su marido, el Diablo del Bombo, era un viejo conocido suyo.

—Es el tercer hijo al que le ocurre la misma desgracia —informó a la preceptora. Luego le conversó sobre el accidente en que el hombre había perdido una mano y tres dedos de la otra cuando trabajaba de cachorrero en la oficina Filomena. Crispado de indignación, le contó de cómo el Jefe de Pampa, un gringo tiñoso que se solazaba azotando obreros desde lo alto de su montura inglesa, al verlo inservible para el trabajo lo había echado sin ninguna clase de miramientos. Y ahora el pobre Cantalicio del Carmen, considerado en sus buenos tiempos el mejor cachorrero de Filomena, se ganaba la vida miserablemente cosiendo pelotas de fútbol.

—Tendremos que mandar a hacer una corona, padre —dijo Golondrina del Rosario.

Edelmira del Real dijo que ella sabía confeccionar coronas, que lo había aprendido de su madre y que, en verdad, era el único oficio de mujer que había practicado en su dura infancia por esos cerros de Elqui. «No me demoro ni un periquete en hacerlas», dijo.

Cuando apareció Yemo Pon en la puerta con el recado del empresario peliculero de que sólo faltaba la señorita para dar comienzo a la función, Golondrina se puso rápidamente de acuerdo con su amiga: Edelmira del Real se encargaría de adquirir los materiales necesarios, y por la noche iría a su casa a confeccionar la corona.

Camino al teatro —la brisa ondeándole jubilosa en el pelo—, la señorita Golondrina del Rosario sentíase embargada por dos sentimientos encontrados. Mientras la pena le ensombrecía el corazón por la muerte del hijo de la bordadora, fugaces rayos de alegría le iluminaban el rostro al recordar la expresión de Bello Sandalio al verla en la plaza acompañada de Felimón Otondo. Todavía no podía creer tanta dicha: su trompetista peregrino estaba celoso.

El barbero Sixto Pastor Alzamora volvió a su taller con el ánimo completamente abollado. Antes de retomar su trabajo cerró la puerta para no atender más que a los viejos que esperaban y prosiguió su tarea en silencio. Una mezcla de furia e impotencia le sulfuraba el pecho. Al momento de ser interrumpido por su hija estaba criticando justamente las odiosas injusticias laborales que aún se practicaban en algunas oficinas. Por ejemplo, el despido sin compensación por accidentes de trabajo, las multas por inasistencia, el depósito de garantía por herramientas de propiedad de la empresa, la falta de vacaciones anuales y la inexistencia del descanso dominical. «Si hasta el mismo Dios descansó al séptimo día», había dicho encarajinado. «Y eso que Él no usó el machito de 25 libras que se usa en la pampa.»

Cuando atendía al último de los clientes, no soportó más la presión y, sacando a relucir la tragedia del Diablo del Bombo, soltó de nuevo a despotricar contra el despotismo de los industriales y la inutilidad criminal del Paco Ibáñez para poner coto a tanto abuso. Y más encima el cabrón tenía la desfachatez de venir a meterse a la pampa.

—¡Decididamente, compañerito, habría que hacer algo al respecto! — terminó diciendo el barbero.

El viejo sentado bajo la sábana le dijo, mirándolo a través del espejo, que andaban rumores en el pueblo sobre una contramanifestación.

El barbero limpió bruscamente la espuma de la navaja en la palma de la mano y murmuró con ardor:

— ¡No es suficiente, carajo! ¡No es suficiente!

A las diez de la noche, los músicos, aún con sus instrumentos en la mano, abandonaron el velatorio para irse a cenar cada cual a su pensión —el Bere Maturana en *La América*, Tirso Aguilar en *La Federal*, Bello Sandalio y Candelario Pérez en *La Flor de las Niñas*—. Antes de partir acordaron volver después de la cena para acompañar a Cantalicio del Carmen. Éste, sentado en el rincón más oscuro de la pieza, aún no lograba sobreponerse a su pasmo de dolor.

En la calle la noche era cerrada y un viento helado cortaba la cara como con filos de escarcha. El gentío había mermado considerablemente, pues a esas horas de domingo la mayoría de los juerguistas ya había vuelto a sus salitreras de origen para salir a trabajar de madrugada. Sin embargo, como sucedía cada fin de semana, a muchos se les había pasado el tejo y aún seguían gastando, en licor y en mujeres, hasta los botones dorados de sus chalecos de fantasía.

Bello Sandalio y Candelario Pérez, de paso hacia la pensión, decidieron

entrar a una cantina con la intención de comprar un par de botellas de aguardiente para llevar al velatorio. El local se veía desanimado. Detrás del mesón un letrero pintado en la pared decía: *Entra, bebe, paga y vete*. El viejo del tambor comentó que esa clase de letreritos le daba en las verijas.

Parados ante el mesón, los amigos decidieron de pronto pasar la cena por alto y acomodarse para tomar un trago. Se sentaron junto a una mesa en donde tres individuos, que tenían todo el aspecto de haber llegado recién del sur, bebían su vino en silencio. Uno de ellos, completamente borracho, tenía la cara caída sobre la mesa y los brazos colgando hasta el piso.

Candelario Pérez dejó el tambor sobre una silla y Bello Sandalio dejó su trompeta sobre el tambor. Se tomarían un trago para entrar en calor y luego comprarían el aguardiente para llevar al velatorio. Había que acompañar al bombero en su dolor. Y el primer brindis fue por el alma de Candelarito del Carmen que «a estas horas ya debe estar tocando arpas a la diestra de Dios padre, como decía mi abuela», dijo Bello Sandalio. Luego la conversación se centró en angelitos muertos que simplemente no habían nacido para vivir en este mundo. A la segunda botella, Candelario Pérez le hizo a su amigo la mayor confesión que había hecho jamás a nadie: alguna vez él había sido casado y había tenido un hijo. Fue después de la guerra. Su mujer había sido una de aquellas heroicas hembras peruanas que siguieron a sus esposos durante todas las campañas de la Guerra del Pacífico. Su hombre había caído muerto en el campo de batalla y ella le había dado sepultura con sus propias manos. De vuelta de la gloriosa entrada a Lima del ejército chileno, encaramado junto a sus compañeros sobre el techo de los vagones de un tren, él la había conocido cuando la mujer vagaba como ánima en pena por una estación de ferrocarril. Entonces pidió la baja del ejército y se quedó a trabajar en la industria salitrera. En la oficina Agua Santa, donde halló trabajo de barretero, habían alcanzado a vivir un buen tiempo juntos, primero abarraganados y después casados por la Ley. Sin embargo, después de mucho bregar para tener un hijo, su pobre mujer había muerto desangrada durante el primer parto. «Se llamaba Pastora Beatriz», dijo. «La criatura murió unas horas después de nacer.»

Tras una pausa larga, con los ojos enllantados, Candelario Pérez se puso a desarmar parsimoniosamente uno de sus cigarros. En la mesa de al lado, uno de los tomadores silenciosos dijo de pronto, con claro acento campesino, que a él le parecía que su paisano se había muerto. El otro, luego de contemplar un rato al caído, movió la cabeza negativamente.

—No puede haberse muerto —dijo con calma—. Tristán Saladino no se

muere mientras le quede algo en el vaso.

Candelario Pérez terminó de desarmar el cigarro y se lo echó a la boca. Al retomar la palabra cambió de tema y derivó a hablar de la guerra. Masticando el ácido bolo de tabaco, le contó al trompetista de cómo era su famoso amigo Hipólito Gutiérrez. Para que se diera cuenta nomás la pastita, le entró a contar de lo increíblemente bueno que era ese bandido para sacarles plata prestada a los oficiales más cicateros del batallón. Que, por ejemplo, antes de partir de Chillán con rumbo al norte, Hipólito Gutiérrez se trabajó al capitán Jarpa y le pidió dos pesos prestados. En Antofagasta lo inscribió con tres pesos más. En Iquique lo volvió a guanear con tres más, y antes de salir para San Antonio logró convencerlo de nuevo y le bolseó los tres pesos que le quedaban. Después, en la campaña de Tacna, había tomado de caseros al teniente Jimenes, al capitán Adrián Vargas y al mayor García. Y eso no era nada. Porque en esa misma ciudad, él lo vio realizar la hazaña inconcebible de sacarle tres pesos, sin dolor alguno, al mismísimo capitán Sotomayor, uno de los oficiales más duros y estoicos de la Guerra del Pacífico. Así de putamadre era su amigo Hipólito Gutiérrez.

Cuando ya estaban por terminar la tercera botella, entró a la cantina Felimón Otondo. Ebrio, con cara de pocos amigos, el púgil se atracó al mesón. Llevaba su terno nuevo manchado de vino y ahora, además de ancho, se le veía arrugado. Ya con una botella de cerveza en la mano, vuelto hacia la escasa concurrencia del local, comenzó a ejecutar inconscientes musarañas de boxeador boqueando en su rincón del ring.

Cuando Bello Sandalio, que lo había visto entrar, se dio cuenta de que el mastodonte se quedaba mirando fijo hacia su mesa, se dijo que ahí iba a haber camorra, y le advirtió al viejo del tambor que ya era hora de irse. Se bebieron lo que les quedaba del vaso, tomaron cada uno su instrumento, y cuando comenzaban a ponerse de pie, Bello Sandalio sintió que lo sentaban de nuevo con un fuerte manotón en el hombro.

—¿Ya te vas, colorín? —le dijo Felimón Otondo, apoyándose con los nudillos en la mesa, como los gorilas.

—¡No creo que te importe un carajo! —respondió Bello Sandalio, mirándolo a los ojos y terminando de pararse por completo.

—¡Así que te quieres hacer el gallito!

—¡No tengo que hacerme nada!

—¿Sabías tú, filarmoniquito de mierda, que la señorita Golondrina anda conmigo?

Candelario Pérez, que se había quedado a medio parar de la silla y que no entendía de qué diantres se trataba el pleito, al oír el nombre de la pianista, se volvió a sentar diciendo como para sí:

— ¡Ajá, con que ésas tenemos!

— No creo que la señorita Golondrina ande con... —comenzaba a responder Bello Sandalio cuando Felimón Otondo, sin dejarlo terminar, lo volvió a sentar de otro empujón y acercándole la jeta hasta babosearle la cara, le dijo furioso:

— ¡Que ande con quién, cara de lentejas, a ver, que ande con quién ibas a decir!

Bello Sandalio, que en realidad iba a decir «con idiotas», al ver de cerca el rostro congestionado del boxeador, con su bocota salpicándolo de saliva, cambió de idea, volvió a dejar la trompeta sobre la silla, empujó al mastodonte con fuerza y dijo desafiante:

— ¡Con babosos!

En el leve lapso de desconcierto que embargó a Felimón Otondo, el viejo del tambor, que no sabía de la condición de campeón local de la categoría medio pesado del intruso, se paró también y mirando a su amigo, exclamó burlón:

— ¡Éste cree que la mazamorra se masca!

— ¡La cosa no es con usted, abuelo! —le dijo Felimón Otondo sin siquiera mirarlo. Y remató la frase con el ruido seco de su puño al chocar intempestivamente contra la quijada constelada de pecas de Bello Sandalio.

Caído en el suelo, semisentado contra la muralla, Bello Sandalio intentaba a duras penas ponerse de pie cuando Felimón Otondo, resollando como una bestia, ya estaba encima golpeándolo con ambas manos. Como Candelario Pérez veía que su amigo, a mal traer debajo de su contendor, como buen trompetista que era no hacía sino cubrirse la boca con las manos, se desterció la caramayola, se le acercó a Felimón Otondo por detrás y lo descrismó de un caramayolazo. Pero necesitó descargarle dos golpes más para dejar fuera de combate al púgil.

— ¡Mi nombre es Candelario Pérez, guasamaco! —le dijo cuando lo vio en el suelo sin sentido— ¡Y no soy abuelo de nadie!

Mientras el viejo del tambor ayudaba a parar a su amigo, alguien avisó que por ahí venían los carabineros. Bello Sandalio, limpiándose la sangre de narices y sacudiéndose activamente el traje, dijo que lo mejor era envelárselas de ahí al tiro si no querían pasar la noche en los pulgueros de la comisaría.

— ¡No quiero despertar mañana con una ulpada de huano de caballo!

Antes de salir, el veterano de guerra se terció de nuevo la caramayola, se estiró su imperecedero paletó color queso de cabra, tomó su tambor, dio una mirada compasiva a Felimón Otondo despatarrado en el piso y le comentó lacónico al trompetista:

— ¡Este bellaco tiene la cabeza más dura que un palo de fierro!

La Banda del Litro en pleno, estrenando su flamante uniforme verde petróleo, presidió ese lunes el concurrido sepelio de Candelarito del Carmen. Serio y circunspecto, Yemo Pon marchaba delante del ataúd portando la pequeña cruz blanca en cuyo travesaño se leía el nombre del angelito y las dos fechas de su existencia. Al leerlas, las fechas resultaban mucho más recias que su corta vidita de inocente:

*Candelario del Carmen Fuentes Toledo*  
*nació el 1 de agosto de 1929*  
*y falleció el 4 de agosto de 1929*

El viento de la tarde hacía revolear las coronas de papel que los niños de la cité, descalzos todos, llevaban por las ardientes calles de arenilla. La bordadora, completamente de negro, mustia, flanqueada por dos vecinas de las más plañideras, caminaba sin despegar los ojos del cajoncito que livianamente cargaban dos *boy-scout*. Un tanto separado de ella, Cantalicio del Carmen, los hombros caídos y la expresión embelesada, aún iba sumido en su dramático limbo de dolor.

En las afueras del pueblo, en los doscientos metros de pampa que separaban al cementerio de las últimas casas, bajo un cielo intensamente azul, el viento arreció con más fuerza en contra del cortejo. El áspero tierral arremolinado arrancaba hojas de las coronas y hacía ondear las cabelleras de las mujeres con la misma tristeza que sobre el cortejo ondeaban los acordes de la marcha fúnebre. Los músicos, soplando en contra del viento, marchaban delante sin su director oficial. El maestro Jacalito había renunciado en la misma tarde del domingo, cuando quedó solo con su batuta en los altos del kiosco de la plaza.

La señorita Golondrina del Rosario y su padre se unieron al funeral a la salida de la cité. Durante la noche, ella había esperado en vano la visita de Bello Sandalio y no durmió tranquila imaginando qué percance podría haberle ocurrido. Al verlo salir soplando su trompeta al frente del cortejo, respiró con alivio. Algo raro sin embargo le alcanzó a percibir en su anguloso rostro moteado.

Ya en el camposanto, con la gente congregada alrededor de la fosa, mientras se bajaba el ataúd y la bordadora aullaba su dolor al borde del pequeño hoyito, la señorita Golondrina del Rosario se percató que su romero trompetista, al otro lado de la sepultura, abrazando filialmente a Cantalicio del Carmen, tenía un gran hematoma en uno de sus pómulos.

La mujer del bombero, sumida en una languidez de lástima, se desmayó dos veces mientras el panteonero cubría la fosa y las mujeres arrojaban puñados de tierra al compás doliente de un avemaría. Alguien de la cité había llevado agua en una «cantimplora pampina» –dos botellas unidas con un forro de saco gangocho– pero nadie tenía jarro, y a la mujer hubo que darle a beber directamente de una de las botellas, tratando de tapar el pico de la otra para no mojarla.

Parado a los pies de la fosa, con la pena acentuando las arrugas de su rostro árido, Candelario Pérez no había atinado siquiera a ofrecer agua de su caramayola. En esos instantes su mente se hallaba en otro tiempo y en otro lugar: se hallaba en el cementerio de Agua Santa, en una terrible tarde de diciembre en que, acompañado sólo del aullido del viento, había enterrado a su mujer y a su hijo recién nacido.

De vuelta del cementerio, luego de hacerles compañía por un rato, los amigos dejaron al bombero y su mujer al cuidado de algunas vecinas y se fueron a quitar la pena al expendio de licor más cercano. Con sus rostros acontecidos, y como si hubiesen entrado sólo de pasadita, los hombres se acodaron a beber, de pie, en el viscoso mesón del boliche. Pero cuando dos horas más tarde se apareció Yemo Pon en la puerta, ya se hallaban acomodados en una mesa y en sus rostros comenzaba a notarse la expresión espirituosa de los ebrios alegres. Excitadísimo, traspirado completamente debajo de sus carteles de propaganda, luego de explicarles que los había buscado en más de diez boliches a la redonda, Yemo Pon les dijo que el Diablo del Bombo se había vuelto loco.

Al quedar solos en la pieza –luego de que sus vecinas, tras cebarse unos mates, se hubieron retirado a sus hogares–, mientras su mujer acucillada junto

a la cama acariciaba quedamente las ropitas de la guagua, Cantalicio del Carmen se incorporó de la silla en que estaba hundido y comenzó a quitarse la ropa. Con movimientos tardos, aletargada aún su mente, el bombero se fue desnudando hasta quedar sólo en sus largos calzoncillos afranelados. Tomó entonces de un rincón su única maleta, la puso sobre la cama y sacó de ella su reluciente traje de diablo. Luego de observarlo un rato sosteniéndolo en el brazo del muñón, procedió a extenderlo con toda parsimonia sobre la colcha.

Con la unción de un sacerdote vistiéndose para la eucaristía, Cantalicio del Carmen comenzó a disfrazarse. Empezó por arriba. Primero se puso la camisa de raso rojo con flequillos dorados en las mangas y un dragón verde bordado a todo lo ancho de la espalda; siguió con los pantalones también de raso rojo y también con flecos en los costados; luego se calzó las botas pintarrajeadas en arabescos y con incrustaciones de vidrios de colores, y se las ató expertamente con sus dos dedos de la mano derecha; después se ciñó el cinturón adornado con remaches de cobre y trozos de espejos; después se puso la capa de terciopelo verde ribeteada en hilos de oro y una gran serpiente amarilla enroscada a una cruz; y por último, tras terciarse el bombo, fue hasta donde estaban las máscaras y eligió y se puso la más bella y terrible de todas: la verde esmeralda con dos colmillos de mastín en sus fauces abiertas, un par de cuernos torcidos en espirales y una blanca cabellera de bruja cayéndole hasta la cintura. Todo esto ante la mirada turbia de la bordadora que, sin dejar de sobajear las camisitas de su hijo muerto, lo seguía en sus movimientos haciendo girar nada más que sus borradas pupilas.

Convertido en un rumboso diablo de carnaval, transfigurado completamente con la policromía de su disfraz pagano, Cantalicio del Carmen atenaza el mazo del bombo con sus dos dedos únicos, se persigna con él ante la imagen de la Virgen colgada en la pared y se echa a la calle a bailar tal y cual como le baila a la Chinita en el pueblo de La Tirana. Con los mismos saltos desaforados, con las mismas contorsiones, con los mismos pasos y piruetas con que se entromete entre los bailarines de las distintas cofradías religiosas allá en la plaza de La Tirana, Cantalicio del Carmen comienza a recorrer las calles bailando como un poseso, haciendo gran polvareda con sus botas, enredándose en las vueltas y revueltas de su capa, sin perder el compás del bombo, sin perder el paso de su danza delirante, yéndose de pronto contra la leva de niños que lo siguen felices, contra las mujeres que desde sus ventanas miran con lástima el patético espectáculo de sus saltos de orate, entrometiéndose con sus cabriolas entre los grupos de gente conversando en las esquinas ya anochecidas

del pueblo, haciendo como que entra y no entra por las puertas abiertas de los locales comerciales, por las puertas abiertas de los clubes iluminados, por las puertas abiertas y meadas de los prostíbulos en donde, con vasos en la mano, abrazados a mujeres gordas y deslenguadas, se asoman los lacios borrachos de los días lunes burlándose y riéndose de las maromas del pobre Diablo que parece se le corrió una teja, se le soltó un tornillo, se le cayó una chaucha, mírenlo nomás cómo bota, cómo rebota, si parece piriguín cómo cabriolea el muy cabrón, fíjense cómo toca el bombo con sus dedos de alicate, y él, impávido, sin tregua ni descanso, al son implacable del *bom, bom, bom-bom-bom* de su bombo retumbante sigue bailando, sigue saltando por las calles arenosas, sigue pirueteando bajo la luz mortecina de los faroles públicos recién encendidos, entre el ladrido de los perros y un bullicioso tropel de niños que se amontonan a su alrededor cada vez que se detiene frente a un poste como si fuera el Calvario y se arrodilla y se persigna fervoroso, consternado, y, tal como hace en la fiesta de La Tirana cada año, canta con voz lastimera que le abran las calles, que le den el camino, porque ya ha llegado a su santo destino, que cansado ha llegado buscando a María por cerros y pampas con toda alegría, y luego se para haciendo reverencias y se persigna de nuevo y de nuevo sigue bailando calle arriba, brincando calle abajo, volatinando como perdido, como empampado buscando agua, pero lo que él busca es el templo, la iglesia, la Casa de Dios que no encuentra por ninguna parte, ¿es que acaso en este pueblo maldito no había una iglesia, una capilla miserable, una parroquia siquiera, por Dios santo?, y los niños, riendo zumbones, le indican para uno y otro lado, le apuntan para allá y le apuntan para acá, y él, siempre bailando, siempre saltando, empapado en sudor, con sus piernas larguiruchas ya flaqueándole de cansancio, se dirige para allá y se dirige para acá y el campanario de la iglesia no se divisa por ninguna parte, ni siquiera una cruz se ve en este pueblo malaventurado, pero él tiene que encontrar el templo, ver a la Chinita, venerar a la Reina del Tamarugal, postrarse ante su imagen, tocar su manto, sentir la brasa de sus ojos negros como una caricia en el alma, suplicarle por su hijito querido, que no se duerma, que no se vaya a dormir, prometerle ardientemente a la Virgen Santa llegar arrastrándose a su templo con el bombo a costas, llegar sangrando ante su presencia, llegar en carne viva a besar sus pies divinos para que ella realice el milagro de mantener despierto a su niño del alma, que no se duerma, que no se duerma, que Candelarito del Carmen mantenga siempre redondos sus ojitos de canicas, brillantes sus pupilas de azúcar quemada, por eso tiene que seguir bailando, tiene que seguir saltando, seguir cabrioleando,

seguir tocando sin parar el *bom, bom, bom-bom-bom* de su bombo potente, hasta encontrar el camino al templo, hasta llegar a la Casa de Dios, ¿dónde está?, pregunta, ¿dónde?, ¿dónde está el templo?, y en una pasada por la Calle del Comercio, en la esquina de la Casa Lacre, los barrabases que lo siguen apuntan hacia la estación de trenes allá a lo lejos: allá está el templo, le dicen socarrones, allá está la iglesia, esas luces son las luces de la casa de Dios, y en medio de la infantil gritería, siempre danzando, siempre tumbando el bombo, se dirige hacia aquellas luces, golpeando y brincando, golpeando y girando, golpeando y tropezando, cayéndose en la oscuridad, lastimándose, parándose para seguir bailando, para seguir tocando, para seguir avanzando hacia la estación desierta y obscura a esas horas de la noche, y jubiloso entonces, feliz de haber hallado al fin el templo, se postra casi desmayado ante una lucecita verde, ante la lámpara del Jefe de Estación colgada en un poste, se arrodilla en medio de la línea férrea cantando enronquecido que aquí está la Virgen pura, nuestra Virgen del Carmelo, que la venimos a ver con la bendición del cielo, y luego se para y baila de nuevo, para de nuevo caer de hinojos en medio de los rieles y, con los pantalones arremangados, con la grava incrustándosele en sus carnes, avanza de rodillas hacia la luz de la lámpara cantando con voz sollozante madrecita milagrosa danos hoy tu bendición para cumplir los anhelos que hay en nuestro corazón, de rodillas por el balasto sigue avanzando, sigue cantando ante la mirada atónita del anciano Jefe de Estación que no halla qué hacer, pues se acerca un convoy salitrero que hará papilla a ese loco del diantre si no se hace a un lado, si no se sale al tiro de la línea que allá viene el tren, carajo, le grita, y cuando ya se espera lo peor y el anciano Jefe de Estación se tapa los ojos con las manos, aparece de pronto el barbero Sixto Pastor Alzamora — que, alertado por la gritería en una pasada del Diablo frente a su taller, ha dejado a un cliente a medio pelar —, y salta sobre los rieles y toma con fuerza por los hombros a Cantalicio del Carmen un segundo antes de que la locomotora pase bufando y piteando estrepitosamente con su arrastre de cuarenta y cuatro carros salitreros.

Entre el barbero y el Jefe de Estación, luego de un feroz forcejeo, lograron tranquilizarlo. Le quitaron el bombo y lo tendieron de espaldas a orillas de la línea. Debajo de su camisa de raso, empapada en sudor, el bombo de su corazón golpeaba enloquecido. Cuando el barbero le sacó cuidadosamente la máscara con uno de sus cachos quebrados, el rostro de Cantalicio del Carmen apareció exhausto, ardiente, congestionado. Sus ojos tensos y brillantes eran dos globos a punto de estallar. Presa de una fiebre espasmódica, seguía delirando, preguntando por su hijito del alma, rogando por Dios que no fuera a cerrar los

ojos, que si los cerraba iba a venir el cuco. Luego prorrumpía en cánticos a la Virgen, entrecortados con lastimeros sollozos y resuellos de mula correteada.

Cuando los músicos emergieron a toda prisa desde la oscuridad de la pampa, Cantalicio del Carmen, sin recuperar aún del todo el aliento, se hallaba sentado en el suelo iluminado fantasmalmente por la lámpara del Jefe de Estación. Éste, todavía con la barbilla temblándole, se mesaba los mostachos tan largos y retorcidos como los del barbero.

Turnándose de dos en dos, los amigos lo cargaron de vuelta al pueblo. Como el taller del barbero estaba de paso a la cité donde vivía el Diablo, pasaron allí a descansar y darle algo de beber. Entre Sixto Pastor Alzamora y Bello Sandalio, lo sentaron semidesmayado en el sillón peluquero, del cual tuvieron que sacar al parroquiano que, cubierto con la sábana peluquera, apretando en sus manos una caja de zapatos, aguardaba con expresión ascética a que terminaran de recortarle el cabello.

Golondrina del Rosario, que asomada a la puerta había visto venir al grupo de hombres, sintió sobresaltársele el corazón de ansiedad al ver a su padre junto a Bello Sandalio. Luego, mientras ella misma le daba de beber agua al pobre de don Cantalicio del Carmen, y le tomaba el pulso y le tocaba la frente, no podía contener el rubor de sus mejillas. Atolondrada como una novicia, apenas se atrevía a levantar la cabeza y mirar a los ojos a su trompetista amado.

Cuando los músicos cargaron de nuevo al bombero para llevarlo hasta su domicilio, éste aún no emergía de su estado letargoso. El barbero los acompañó hasta la esquina y luego volvió a rematar al cliente de la cajita de cartón. Éste era un hombrecito de rasgos aindiados que trabajaba pelando papas en una de las pensiones más ínfimas del pueblo. Siempre llegaba a la peluquería con una caja de zapatos en la que iba guardando meticulosamente cada mechón de cabello recortado. Decía que los recortes de pelo había que quemarlos o enterrarlos, pues con ellos se podían hacer brujerías. Además, advertía grave, de ese modo se evitaba también que los pájaros forrarán con ellos sus nidos, pues eso provocaba terribles dolores en la cabeza de su dueño, dolores que incluso podían causar la muerte. Con su rostro de ídolo de piedra pontificaba imperturbable que de igual manera había que proceder con los recortes de uñas y con la ropa vieja.

El barbero, extrañamente caviloso, hizo sólo dos cortes de pelo más y cerró. Quería estar a solas. A los músicos se les había quedado olvidado el bombo del Diablo en un rincón del taller y, mientras trabajaba y lo observaba de

rejo, una idea descabellada había comenzado a borbotearle en la mente. Ahora, mientras barría los mechones de pelo desparramados en torno al sillón, pasó de su fase reflexiva a un estado decididamente borrascoso. Sus bigotes de columpio se convulsionaban perceptiblemente a la contracción de su rostro crispado. Terminó rápidamente de barrer, ordenó sus instrumentos de trabajo y se despatarró en el sillón peluquero.

Durante largo rato se quedó contemplando el bombo. Su gesto era grave y meditabundo. Después se paró y comenzó a pasearse a grandas zancadas. La idea ya comenzaba a bullir a cien grados de temperatura en su cerebro de ácrata. Atuzándose los bigotes, pensó en su hija. Recordó la tensión que se había producido entre ella y el trompetista en el breve instante que estuvieron ahí, frente a sus ojos. Evocó sus miraditas delatorias. No cabía duda de que esos dos estaban enamorados como pichones nuevos. Se alegró. De llegarle a ocurrir algo a él, su Golondrinita ya no se quedaría sola. Ese pensamiento lo alentó aún más a considerar la idea que ya formaba cuerpo en su mente. Volvió a sentarse.

No sabía a ciencia cierta si había sido en la estación, o al ver el bombo olvidado en el taller, que la idea le había comenzado a borbotar en la caldera de su cabeza. En los pocos minutos que estuvo en la estación, había recordado un atardecer de 1914 cuando, en ese mismo recinto ferroviario, asistió por primera vez a una conferencia de Luis Emilio Recabarren. Se acordaba perfectamente de la fecha porque, además de haber sido en el año de la Gran Guerra, la conferencia se llevó a efecto un día primero de noviembre. Y fueron más de trescientos los trabajadores que se concertaron aquella vez para oír al caudillo. Por ese entonces Pampa Unión era sólo un pobre caserío de mercachifles que, a merced del viento y los remolinos de arena, comenzaba a perfilarse recién como pueblo y como punto de encuentro de los trabajadores de las oficinas circundantes. Siempre recordaba, con un dejo de risueña ternura, cómo aquella vez el dirigente, romántico como todos los revolucionarios de la historia, había hecho un verdadero panegírico del comercio que recién florecía en los alrededores de la estación. Que se trataba de un mercado digno, dijo, pues estaba constituido por hombres y mujeres emprendedores que no lucraban ni con el alcoholismo ni con la prostitución. Pobre don Emilio, cómo abominaba de sus palabras tiempo después cuando, en una de sus giras al norte, recorrió sus calles adoquinadas con corchos de damajuanas y tapas de botellas cerveceras. Aquella vez él le había dado alojamiento en su casa, pues los vigilantes no lo dejaban entrar a las oficinas y en el pueblo los carabineros lo buscaban para detenerlo. Esa noche se habían amanecido los dos en la penumbra de su taller

conversando afiebradamente sobre la revolución social y el sueño de un mundo justo y humanitario: el paraíso sobre la tierra.

Los temas tratados por don Luis Emilio en la incendiaria conferencia de la estación, él se acordaba perfectamente, habían sido particularmente dos: «Lucha de Clases» y «Capital y Trabajo». Luego de oírlo en el más religioso de los silencios, antes de desparramarse cada uno para su oficina agazapados en la oscuridad de la noche, los mineros habían cantado *El Grito Socialista* y el *Canto de los Trabajadores*. Había sido una hermosa jornada aquella en el día de todos los santos, una jornada que él jamás había olvidado. Y, ahora, como una ironía del destino, en ese mismo lugar se iba a recibir con banda de música y todo al opresor de la clase trabajadora. ¡Carajo de injusticia! En un raptó de pasión casi sublime, el barbero se puso de pie de un salto y se dijo que ahí estaba él, Sixto Pastor Alzamora, para no permitirlo, para evitar que tal acto de infamia fuera llevado a cabo.

Convencido de todo corazón, lo primero que hizo fue salir al patio a cerciorarse de que su hija dormía. Luego volvió al taller, tomó el bombo y lo llevó hasta la pieza de los cachivaches. Allí cogió algunas herramientas y bajó hasta el escondite de los explosivos. Los bigotes le temblaban de exaltación.

Cuando pasada la medianoche, limpiándose las manos con un trapo, Sixto Pastor Alzamora salió al patio de nuevo, llevaba en su rostro sanguíneo una extraña expresión de placidez. Al salir de la casita lila, se quedó un momento viendo ascender en el cielo de la noche uno de los globos iluminados del Chino de los Volantines (que, tras unos instantes, se inflamó en el aire) y se dijo que su destino ya estaba echado. Sólo tenía que hacer que Golondrina intercediera para que lo aceptaran en la banda como reemplazante del bombero. Como sólo era para interpretar el himno patrio, no habría mayor problema. «Es sólo para sacarme las ganas de verle las legañas de cerca a un tirano», le diría a su hija. Y si era necesario le sacaba en cara lo del concierto, cuestión de la que solamente ese día por la mañana se había venido a enterar. Ella conseguía integrarlo a la banda y él la dejaba tocar para el bastardo. Más o menos esa era la idea.

Antes de apagar la lámpara de su dormitorio, en paz consigo mismo, distendido de mente y corazón, el barbero le dio la última atusada a su plan y a sus vibrátiles mostachos en punta.

La mañana de ese miércoles 7 de agosto de 1929 el pueblo de Pampa Unión amaneció completamente engalanado para celebrar lo que sería el gran acontecimiento de su historia. Por primera vez en su azarosa existencia de pueblo no reconocido por el Estado, un Presidente de la República se dignaba visitarlo.

En los cuatro edificios públicos y en cada una de las casas particulares la bandera de la patria flameaba airosa contra el poderoso cielo azul de la pampa. Los ciudadanos extranjeros, junto al pendón nacional, izaron cada cual la bandera de su país de origen y el suave viento de esa mañana lucía millonario de colores. El retrato oficial del Presidente, ampliado en crayón y adornado de alegorías patrias, se exhibía en el marco de todas las vitrinas del comercio. Y por las calles profusamente guarnecidas de escudos y guirnaldas los vehículos motorizados y todas las carretas y carretelas del pueblo transitaban luciendo su respectiva banderita de papel. Aunque se trataba de un soleado miércoles ordinario, todos los vecinos del pueblo, palogrueros y de medio pelo, se vistieron con sus mejores prendas domingueras. Los hombres lucían sus trajes con chaleco, con la escarapela del Presidente en la solapa, y las mujeres se veían mejor ataviadas y emperifolladas que en los propios días de Fiestas Patrias. Hasta los niños más descachalandrados del pueblo, haciendo girar sus remolinos de colores, se mostraban convenientemente calzados, abrochados y peinaditos al limón. Y para que todos los unioninos tuvieran la oportunidad de ver a Su Excelencia en persona, se decretó que el comercio atendería sólo un par de horas por la mañana, la escuela suspendería sus clases y el Teatro Obrero no ofrecería función de matiné. Hasta las mismas casas públicas pararon la remolienda más temprano que de costumbre para que sus pupilas, vestidas con sus trajes más sobrios, se levantaran antes de mediodía y pudieran asistir a la llegada del Jefe de Estado. Las calles fueron regadas de amanecida para que el

viento de la tarde no fuera a llevar arenilla a los ojos del visitante. Y para que las jaurías de perros vagos no importunaran a la comitiva, durante la noche los mismos encargados de regar las calles, sembraron el pueblo de albóndigas adobadas de estriquina y vidrio molido. Al clarear el día pasaron retirando carretadas de cadáveres de perros, de distinto tamaño y pelaje, con sus vientres hinchados y sus hocicos espumeantes. Y ya a media mañana de ese miércoles luminoso el pueblo en pleno estaba listo y dispuesto para recibir en gloria y majestad al Excelentísimo Señor Presidente de Chile, General de la República don Carlos Ibáñez del Campo, cuya llegada estaba prevista para las tres de la tarde. *La Voz de la Pampa* había impreso una edición extraordinaria para ese día, con su retrato en primera plana, e informaba que los ingleses de la Compañía de Ferrocarril Antofagasta a Bolivia, le habían dispuesto un tren especial desde la ciudad de Calama hacia Antofagasta, el cual se detendría en Pampa Unión.

A la una y media de la tarde —«Con los trenes nunca se sabe», dijo el farmacéutico. «Por muy ingleses que sean»—, la banda se había hecho presente en la estación, encajonándose frente al pódium dispuesto para el Primer Mandatario. Apenas éste asomara su humanidad en la pisadera del vagón se rompería con los acordes del himno nacional.

Desde las mismas doce del día, con el sol cayendo en ángulo recto sobre las dependencias de calaminas, millares de personas se cocinaban a fuego lento en el soporífero calor salitrero. El público y las fuerzas vivas del pueblo, más las numerosas delegaciones venidas de las oficinas salitreras formaban una muchedumbre bulliciosa y expectante. En primer lugar, rígidos en su posición, con el sol cayendo a plomo sobre sus cabezas, se veía a los maltrechos viejos de la Sociedad de Veteranos del 79, muchos de ellos mancos o con una pierna de palo, y vestidos de sus gloriosas guerreras rojazules zurcidas y remendadas mil veces. A su lado, abochornadas por el calor, las damas de la Cruz Roja trataban de protegerse del sol con sus estandartes y pendones de raso. Más allá, a lo largo del andén, agrupados en riguroso orden, estaban la Compañía de Bomberos del pueblo, los *boy-scout*, las *girls-guides* y los niños de la escuela. Éstos, comandados por la preceptora, señorita Edelmira del Real, agitaban sus banderitas chilenas confeccionadas en clases y trataban a duras penas de mantenerse formados.

Al otro lado de la línea del tren, lanzando sus gritos de guerra, con sus banderines y uniformes respectivos, coloreaban los distintos clubes deportivos de Pampa Unión. Junto a los deportistas, luciendo sus atuendos típicos, los representantes de las diversas colonias extranjeras conversaban animadamente

en una bulliciosa babel de idiomas. Y al final, casi en las lindes de la estación, hoscos y silenciosos, sin ninguna clase de letrero ni pancartas, se asoleaban los dirigentes de las Sociedades y Confederaciones Obreras conminados por los carabineros a asistir al recibimiento de Su Excelencia. «Así los tengo al alcance de mi carabina», les había dicho el capitán Huano con Agua.

Faltaban cinco minutos para las tres y el barbero Sixto Pastor Alzamora — luciendo el uniforme de Cantalicio del Carmen, cosido y adaptado por las manos de su hija —, ya se había fumado media docena de cigarrillos tratando de fumigar con humo ese álgido revolear de matapijos que sentía en el vientre. «De seguir así —pensó—, no me va a quedar un solo pucho para encender la guía.»

Desechando por enésima vez el ofrecimiento de un traguito de la «botellita de horchata» que circulaba entre los músicos, el barbero acomodó el bombo en posición. Disimuladamente verificó si todo estaba bien: por un pequeño agujero en la lámina de bronce, asomaba la punta polvorosa de una guía de explosivo convenientemente picada para que tomara fuego a la primera. Como verificara que el himno nacional duraba poco menos de dos minutos y medio, había cortado la guía a la mitad: el fuego demoraría más o menos ese mismo tiempo en llegar al fulminante y a los cinco cartuchos de dinamita atados en su interior.

Apenas el tirano hiciera ver su cochino cuerpo en la puerta del coche, junto con romper a tocar el himno, él no tendría más que acercarle el pucho a la guía y empujarla luego hacia adentro. Y unos segundos antes de los últimos acordes del himno, entre el clamor y los aplausos de la muchedumbre, se apartaría de la banda con toda naturalidad y, con el mortal bombo por delante, se acercaría sonriendo hasta el podium del bastardo. Así de simple era su plan. Y no sentía ningún escrúpulo por el hecho de que fuera a morir; eso sólo constituía una incidencia de su maniobra. Lo que sentía era apenas una repulsión en el estómago por el detalle irremediable de que los residuos de su cuerpo fueran a quedar diseminados en la arena revueltos con la grasa inmundada de ese hijo de perra.

Y eso era lo único que había entristecido su espíritu durante las largas horas de la noche: la perspectiva de tener que ofrecer a su hija el espectáculo deplorable de verlo desintegrarse en pedazos. Pero se veía que la suerte estaba de su lado; su hija no presenciaría su inmolación. Por la mañana, mientras le hilvanaba nerviosamente el uniforme, ella había dicho que no iría a la estación. Debía revisar el decorado del Club y ultimar algunos detalles de su concierto.

Y precisamente a esas horas, mientras daba los últimos toques a los

pliegues de los cortinajes damasquinados y acomodaba en los búcaros los ramos de claveles naturales traídos desde las quintas de Antofagasta, la señorita Golondrina del Rosario, pensando en su músico amado, se sentía inmensamente feliz de la vida. Sus mejillas encendidas resplandecían con la misma luz húmeda de los claveles. En la visita de la noche anterior, su trompetista errante le había prometido que ese día por la tarde, después de lo del Presidente, iría a conversar con su padre y pedir su consentimiento para frecuentarla en su hogar. «Así ya no tendré que andar saltando murallas para verte», le dijo. Ella había amanecido tan dichosa esa mañana que mientras le hilvanaba el uniforme a su padre sentía su felicidad casi como un estorbo físico. Atolondrándose a cada momento con la aguja, se pinchó varias veces la yema de los dedos. Cuando él le preguntó extrañado qué le ocurría, ella mintió sonriendo: «Es por el concierto, padre».

Eran las tres de la tarde cuando se oyó a lo lejos el silbido del tren. A las tres con siete minutos exactos, haciendo sonar su brillante campana de bronce, el tren hizo su entrada a la estación ferroviaria de Pampa Unión, inundada por un oscilante mar humano.

Resoplando y jadeando como un animal sediento la gran locomotora negra comenzó a detenerse frente al estanque reabastecedor de agua, lanzando vaharadas de vapor y envuelta en una oscura nube de hollín. Por las ventanillas del carro inmediatamente anterior al del Primer Mandatario, asomaban las cabezas y las carabinas de los soldados del Séptimo Regimiento de Lanceros, encargados de custodiar al presidente en su gira por el norte.

Cuando la máquina detuvo completamente su marcha, el último vagón quedó a un par de metros de donde se hallaba encajonada la banda, y los músicos hubieron de moverse rápidamente para reinstalarse en el lugar adecuado. Luego de tomar su nueva posición, el barbero calculó mentalmente: no eran más de doce pasos los que tendría que dar hasta el podium donde el Paco Ibáñez saludaría al pueblo. Encendió entonces su último cigarrillo, el cigarrillo con el cual pondría fuego al explosivo apenas el tirano asomara su cabezota de buey lerdo en la pisadera.

Mientras la muchedumbre estallaba en muestras de júbilo y vivas al Salvador de la Patria, haciendo ondear banderitas y pañuelos blancos en una algarabía impresionante, las autoridades, los vecinos principales del pueblo y la Comisión encargada de entregar el memorial al gobernante se adelantaron presurosos hacia el andén. En doble hilera de fracs oscuros se dispusieron solemnes frente a la pisadera del vagón donde viajaba el mandatario. Cedido

gentilmente por la Compañía de Ferrocarril, el vagón presidencial era uno de los confortables coches privados de los magnates ingleses. Sin mayores diferencias por fuera con los otros carros del convoy, por dentro era de un boato papal.

Todo el mundo miraba ansioso hacia el último vagón, que los soldados habían rodeado en feroz posición de combate, apuntando sus carabinas *Mauser* directamente hacia la gente. Sin embargo pasaban los minutos y nadie bajaba del coche. Las autoridades del pueblo, los vecinos notables y los miembros del Comité de Recepción a Su Excelencia se miraban entre sí desesperados. En guardia ante la pisadera, no sabían muy bien qué hacer con su estiramiento, qué postura adoptar ni dónde poner las manos, y trataban penosamente de conservar erguida su pueblerina solemnidad de almidón de arroz.

Sixto Pastor Alzamora, al costado derecho de la banda, también comenzó a impacientarse. El cigarrillo se le consumía entre los dedos y el bastardo no asomaba. «Se hace esperar demasiado el *Campeón del orden público*», comenzaba a decirse enrabiado, cuando la puerta del coche presidencial se entreabrió. En la estación se hizo un silencio expectante. Por unos segundos en el aire ardiente de la tarde sólo se oyó el rumor ronco del chorro de agua abasteciendo el estanque de la locomotora.

El barbero recordó el silencio producido aquella tarde lejana cuando, en ese mismo recinto, hizo su aparición don Luis Emilio Recabarren. Esa vez el cielo era más alto, claro; y cuando el caudillo comenzó a hablar, un temblor súbito le recorrió su columna vertebral. Un temblor parecido al que, ahora mismo, al ver aparecer en la puerta del coche la figura de un hombre de frac, lo sacudió de arriba a abajo. Pensando que se trataba del dictador, el barbero estuvo a un tris de encender la guía, pero se contuvo a tiempo. El que bajaba era el Intendente de Antofagasta, que había viajado hasta Calama para unirse a la comitiva.

Estirándose el traje de etiqueta, sonriendo con displicencia, el Intendente se acercó a las autoridades del pueblo. Tras saludarlos ceremonioso, intercambió unas breves palabras con ellos y volvió a subir, acompañado ahora de dos integrantes del Comité de Recepción.

«Claro, al muy hijo de puta hay que ir a buscarlo», pensó en voz alta el barbero.

—Perdón, señor Alzamora, no le oí bien — dijo el Bere Maturana a su lado, relumbrantes de sol sus platillos, listo a sacarles chispas en cuanto apareciera el Presidente.

—No, nada —dijo él, azorado.

Cuando a mediodía, mientras los músicos esperaban preocupados a Tirso Aguilar —a quien no veían desde la noche anterior—, vieron aparecer al barbero con el bombo auestas y vestido con el uniforme de la banda, quedaron desconcertados. Bello Sandalio y Candelario Pérez sólo atinaron a saludarlo con una leve inclinación de cabeza, mientras el Bere Maturana, fijándose en los hilvanes del uniforme, bromeó descaradamente que se notaba que el finado era más flaco. Sixto Pastor Alzamora permaneció impertérrito. A la una y media, cuando la banda ya salía hacia la estación, apareció Tirso Aguilar. El buglista venía saliendo recién de los brazos de Leontina Lindora, el último amor de su vida desde hacía tres días.

De tanto rendirle el corazón a cuanta prostituta le salía al paso, el enamoradizo músico había terminado por conquistar, sin darse mucha cuenta, a la cabrona más famosa de Pampa Unión, dueña de los siete prostíbulos más importantes de la Calle Larga. Y no había sido por sus floreos de galán faldero ni por su chaleco de fantasía que había terminado como amante de Leontina Lindora, sino por obra y gracia de la sobrina nieta de la madama. Una pequeña de nueve años, rubia como el sol, que vivía con su tía abuela en los altos de uno de sus más elegantes burdeles. La niña, de cuerpo frágil y carita de ángel, pero poseedora de un inquietante brillo de lascivia en sus ojos verdes, en las noches bajaba a pasearse por las mesas del salón como una sensual gatita infantil. Pese a sus cortos años, la niña pintaba para ser no sólo la puta más hermosa de la pampa, sino la más sensual e histriónica de todas. Riendo una luminosa risa de putita inocente, la ninfa se sentaba en las rodillas de los hombres y los sorprendía con juegos y adivinanzas de tan obscuro doble sentido, que hacía enrojecer a los más crápulas libertinos del pueblo. Y era fama en el ambiente que este precioso ángel viciosillo, a espaldas de su tía abuela, ya se ganaba sus propias monedas haciéndoles algunos oficios manuales a sus parroquianos preferidos. Los hombres la llamaban la Gitanilla de Oro. Y la Gitanilla de Oro, en el transcurso de una sola noche, se había encariñado de tal modo con la ternura de Tirso Aguilar, le había afectado tanto su trato de padre bueno, con su olor a alcanfor y su pelo blanco partido al medio, que al cabo de unas horas, llamándolo «papito Tirso», lo llevó de la mano al dormitorio de su tía abuela para presentárselo como el hombre más bueno del mundo.

Habían pasado ya seis minutos desde la llegada del tren cuando en la puerta del coche presidencial de nuevo se notó movimiento; varias personas comenzaron a salir de su interior, mientras el público estallaba en una

ensordecidora algazara de gritos y vivas al presidente. Sixto Pastor Alzamora, entonces, diciéndose que ahora sí que sí, carajo, le atracó el cigarrillo a la guía y, apenas ésta prendió bien, con el mismo pucho la empujó hacia adentro. ¡Listo! Ya no había vuelta atrás. Su destino estaba resuelto. Se sintió casi irreal. La tarde le cambió de color instantáneamente. El mundo adquirió de pronto una perfección fascinante: todo encajaba en todo armoniosamente y era muy natural que él, el barbero Sixto Pastor Alzamora Meléndez, en esos precisos momentos fuera el encargado de redimir a todos los barberos de la historia que no habían tenido los cojones suficientes para pasar por la navaja al tirano de turno.

De pronto captó que algo andaba mal. Los que aparecían en la puerta del vagón eran los dos integrantes del Comité de Recepción, acompañados siempre del señor Intendente que, ahora, sin siquiera bajar de la plataforma, los despedía desde arriba y con formalidad extrema. Y cuando Sixto Pastor Alzamora aún no terminaba de asimilar su desconcierto, casi se le sale el corazón del pecho al oír el pitazo del tren. Enseguida vino la exhalación de la primera vaharada de vapor y, casi al mismo tiempo, el jadear lento y asmático de la locomotora. Se estremeció entero. Aquello no podía ser verdad. Pero, ahí, delante de sus narices, las ruedas de los coches rechinaban, comenzaban a girar, avanzaban. ¡El maldito tren del carajo se iba!

Eran las tres de la tarde con catorce minutos exactos cuando, en medio del desconcierto general, el tren comenzó a moverse pesadamente, mientras los soldados se encaramaban a su coche y algunos, sin dejar de apuntar con sus carabinas, se colgaban del balcón guarnecido de guirnaldas del carro presidencial.

Estupefacto, perplejo, con la expresión desmandibulada de los idiotas, el barbero oía como en sordina el bufar de la locomotora. El tren se iba, se alejaba inexorablemente y el dictador ni siquiera había asomado su asquerosa nariz por la ventanilla.

En medio de la ensordecidora silbatina en que estalló la turba, se demoró varios segundos en reaccionar. ¡Ya había pasado por lo menos un minuto y medio desde que encendiera la guía! Le quedaba muy poco tiempo. Tenía que deshacerse rápidamente del bombo. Pero ahí no podía. El recinto era un hervidero de gente.

Como a través de las brumas de un sueño, veía a la muchedumbre arremolinada en torno suyo, la oía despotricar congestionada contra el calor del demonio, los veía lanzarse entre ellos el confeti y las serpentinas que les habían repartido para recibir al hijo de puta que ni siquiera sacó la mano para hacer

señas, compadre, ¿se da cuenta? Como dentro de su propio cerebro oía a los mineros comentar sobre el desaire tremendo del Paco Ibáñez hacia los trabajadores del salitre, y ya que venimos de tan lejos pues, paisita, por las recrestas, por lo menos aprovechemos el tiempo y vámonos a capear la canícula a una casa de putas.

¡No, no podía tirar el bombo en medio de la gente!

Gritando como un energúmeno entonces, con los ojos fuera de órbita, manoteando y empujando, embistiendo como un toro ciego, derribando con el mismo bombo mortal a todo el que se atravesara por delante, el barbero comenzó a abrirse paso hacia el otro lado del andén, hacia una pequeña colina arenosa más allá de las líneas férreas. Las víctimas de su embate furioso, sorprendidas y desconcertadas, sólo atinaban a reaccionar mascullando insultos y maldiciones al barbero de mierda que se volvió loco, miren cómo corre desmandado hacia la pampa. Y todo el mundo se quedó viendo expectante cuando, ya fuera de la turbamulta, libre de todo obstáculo, el barbero seguía gritando y corriendo, tratando desesperadamente de zafarse de la correa cruzada del bombo, lo que consiguió a duras penas un poco antes de llegar a la cima del pequeño promontorio en donde, justo cuando lo impulsaba hacia adelante, el bombo hizo explosión arrojándolo por los aires envuelto en una densa masa de tierra y piedras, yendo a caer a varios metros de distancia.

Golondrina del Rosario estaba limpiando las teclas del piano cuando el estallido estremeció los ventanales del Club. Pávida, trágica, premonitoria, dejó caer la tapa del instrumento y musitó angustiada:

— ¡Dios mío, mi padre!

Llevada por el presagio funesto, salió a la calle y echó a correr como desaforada hacia la estación.

La capilla ardiente del barbero Sixto Pastor Alzamora se acondicionó en el recinto de su propio taller de peluquería. Su hija agradeció emocionada el ofrecimiento de los dirigentes de la Confederación Obrera para que a tan cabal hombre, como lo fue su padre, señorita, y uno de los más respetados habitantes de Pampa Unión, se le tributaran las honras fúnebres en su salón principal, pero ella estaba segura, dijo, que el taller era el lugar exacto que su padre hubiese elegido para el velatorio de sus restos mortales.

La preceptora Edelmira del Real, que por la tarde había demostrado una desenvoltura encomiable en torno a los trámites de la muerte, ahora, en los trajines del velatorio, no se separaba un sólo instante de su amiga del alma. Entre ella y Bello Sandalio, que la miraba con una ternura nueva, la asistían todo el tiempo para no dejarla hundir en los marasmos del desconsuelo. Aunque, para extrañeza de todos, nadie aún había visto a la señorita Golondrina del Rosario derramar una sola lágrima por la muerte de su padre. Todavía deslumbrada por los acontecimientos, envuelta en un asordinado aura de irrealidad, ella parecía no asimilar aún del todo el dolor de aquella pérdida irreparable. «Siento que la muerte es algo demasiado grande como para asumirla en tan poco tiempo», le había dicho desde las brumas de su sonambulismo a Bello Sandalio.

Entre los primeros condolientes que llegaron al velatorio y que ocupaban las sillas con la estrella de agujeros en el asiento, se hallaban sus tres antiguos pretendientes. El maestro Jacalito, muy formal, no hacía sino mirar fijamente hacia el ataúd, mientras giraba despacito el sombrero sobre sus piernas juntas. Sentado frente a él, sin poder controlar del todo su aspaventoso gesticular de manos, el panificador don Nepomucemo Atentti conversaba con un grupo de señoras vestidas de negro y con rigurosa cara de circunstancias. En tanto Felimón Otondo, acomodado en un rincón, se miraba la punta de sus zapatos

marchitos y aspiraba voluptuosamente el olor a cera derretida; a ratos levantaba la cabeza y miraba en rededor con la mirada baja y escrutadora de los boxeadores viejos. Al llegar al velatorio y acercarse a la señorita Golondrina para darle el pésame, avergonzado por lo de la pelea con el trompetista, Felimón Otondo sólo había atinado a darle la punta de la mano y decirle por lo bajo: «Estoy a sus órdenes».

A la hora del anochecer el taller se hallaba repleto de amigos, y los curiosos rebasaban la vereda de la calle. Cerca de las once de la noche, un agitado grupo de dirigentes obreros irrumpió en el velatorio. Traían el rumor alarmante de que en el pueblo estaban apresando a todos los integrantes del orfeón. El desconcierto fue general. Alguien le contó al viejo del tambor que los carabineros habían ido a sacar de su misma pieza de la cité al bombero Cantalicio del Carmen, no importándoles para nada su crítico estado de postración. Que en la estación Baquedano, le dijeron al Bere Maturana, la comitiva presidencial había sido informada del «fallido atentado al Primer Mandatario» y que, de ahí mismo, el Intendente llamó por telégrafo a Antofagasta para que enviaran un piquete de soldados al pueblo. Y que eran los propios soldados, le dijeron a Tirso Aguilar, secundados por los carabineros, los que estaban dirigiendo la operación.

Uno de los dirigentes le secreteó a Bello Sandalio que el teniente a cargo de los soldados era un criminal de uniforme que había tenido participación activa en varias matanzas de obreros. «El hijo de puta se vanagloria públicamente de ser un perito *en palomear rotos*», dijo. El trompetista se alarmó de verdad. En un rápido conciliábulo con sus amigos en el patio, les dijo que la cosa estaba demasiado pesada como para echarla en saco roto. Que, por consiguiente, lo mejor era escapar cuanto antes del pueblo. Aunque él se iba a quedar escondido por un tiempo, pues no podía dejar sola a su Dama del Piano.

Candelario Pérez replicó tranquilamente que a él no le vinieran a fregar la cachimba. Él no se achaparraba así como así y, por lo tanto, también se quedaría. Que a su edad, dijo, ya no le hacía andar huyendo por la pampa como un comunista cualquiera; que nunca le había temblado la pana para enfrentarse a ningún pelagatos de uniforme, pues él era un veterano de la Guerra del 79. «¡Y eso no es ningún moco de pavo!», dijo alzando la voz.

—No olvidemos, viejito —dijo el trompetista—, que son los militares los que están metidos en el baile.

—Por lo mismo —replicó el viejo del tambor. Y arguyó que los nuevos soldados del ejército de Chile no se atreverían a tocar a un ex combatiente de la

gloriosa Guerra del Pacífico. «No faltaría más», remató altivo.

El Bere Maturana, pálido su rostro crateroso, sacándose y poniéndose nerviosamente su jokey color barro, dijo que él se volvía de inmediato a la oficina Pinto. Que conocía un atajo por la pampa y que llegando allá se ocultaría en la casa de su pulpera. Que de ningún modo se dejaría apresar por algo que no había hecho.

— ¡Capacito que estos cabrones me hagan pasar por maricón — dijo — y me manden a fondear con un riel en las patas!

Tirso Aguilar, sin poder controlar el temblor de su voz, dijo que él se iría a guardar de inmediato en uno de los burdeles de Leontina Lindora. Que como ella tenía coimeada a toda la dotación de carabineros —incluido al Inspector Municipal—, no creía que fueran a buscarlo en sus dominios.

Y de uno de los siete burdeles de Leontina Lindora fueron a sacar al buglista esa misma noche los carabineros. Lo hallaron escondido en los aposentos de la matrona, dentro de un armario de dos cuerpos abarrotado de lencería y trajes de lentejuelas. En medio de los reclamos furibundos de la mujer que no sé para qué mierda pago tanto soborno si luego no respetan nada, estos hijos de perra, se lo llevaron semivestido y a golpes de culata. La Gitanilla de Oro, atacada de un llanto mezclado con los más soeces insultos, y antes de que su tía alcanzara a agarrarla en vilo por la cintura, saltó sobre uno de los uniformados más jóvenes de la patrulla y le dejó los dientes marcados en la mano.

Al platillero Berenjena Maturana Ponce lo agarraron los carabineros a caballo en plena pampa, mientras atravesaba los acopios de unas calicheras viejas. Luego de patearlo en el suelo y de martirizarlo salvajemente dándole con lo plano de su sable, el capitán Huano con Agua lo devolvió al pueblo tirándolo de una soga enrollada al cuello y atada a la montura de su caballo negro.

Cuando, pasada la medianoche, alguien avisó en el velatorio que por ahí venían los soldados, Candelario Pérez no se dejó convencer por nadie ni por nada de que debía esconderse. Los uniformados entraron a la casa pisando fuerte y atropellando brutalmente a las personas amontonadas en la puerta. Mientras los soldados se encargaban de revisar y pedir documentos, el teniente a cargo gritaba desaforado que sólo eran dos los músicos pendejos a los que faltaba echarles el guante. El viejo del tambor los enfrentó encarajinado.

— Aquí hay un músico — dijo sacando pecho —. Y para su saber no se trata de ningún pendejo. Soy Candelario Pérez, veterano de guerra, sargento primero de la tercera compañía del batallón Chill...

Un fuerte culatazo en un hombro lo derribó por el suelo sin dejarlo terminar. A una orden del teniente, entre dos soldados lo agarraron de su paletó color queso de cabra y, en medio del silencio miedoso de la gente que sólo atinó a arrinconarse y despejar la salida, lo arrastraron violentamente hacia la calle. En el forcejeo, se cortó el tirante de su caramayola y ésta quedó botada en la arena, en medio de la calle.

Bello Sandalio había alcanzado a esconderse a tiempo. Golondrina del Rosario, demostrando una presencia de ánimo admirable pese a su dolor, al enterarse de lo que estaba ocurriendo lo llevó al cuarto de los cachivaches y lo hizo bajar al escondite. Tras un rato de estar metido en la cueva, cuando sus ojos se acostumbraron a la oscuridad, el trompetista descubrió los explosivos. Dentro de un tarro de manteca estaban los cartuchos; en el rincón opuesto, arrumbadas en un cajón, las cajas de fulminantes; y en la pared del fondo, colgadas de un alambre, negreaba un manojo de guías lentas. Bello Sandalio se quedó maravillado. De pronto, como movido por un resorte, se puso a manipular los materiales de manera casi irracional, atropelladamente. «Tengo que defenderme», se decía en medio de su nebulosa. Tal como lo había visto hacer en sus correrías por la pampa, tomó la primera guía, la introdujo en un fulminante y la apretó con los dientes; después hundió el fulminante en la pasta porosa de un cartucho de dinamita y ya estaba listo el primer explosivo.

Bello Sandalio siempre había querido convencerse de que todo ese drama tremendo de los trabajadores pampinos a él no le incumbía en absoluto. Él era hijo de un marino irlandés, y su madre, aunque iquiqueña, jamás había llegado a conocer la pampa. Cada abuso, cada vejación, cada nueva injusticia de la que era testigo en sus recorridos por las oficinas tocando en los orfeones, se limitaba a diluirla en su memoria con una botella de vino, un poco de música y los amores de alguna hembra disponible. Había, sin embargo, un recuerdo opresivo que no había podido descuajar con nada. Era algo que jamás contaba a nadie. Él era un niño de once años cuando en Iquique, aquella tarde del 21 de diciembre de 1907, desde su casa en calle Latorre, aferrado a los brazos de su abuela, oyó el rugido de las ametralladoras dando muerte como a manadas de animales indefensos a esos miles de obreros apiñados en la Escuela Santa María. Poco tiempo después, andorreando con unos amigos por la parte baja del cementerio N° 3, el cementerio de los indigentes, hallaron en uno de sus rincones un enorme foso en donde habían sido arrojados algunos de los masacrados en la Escuela. El foso, semidescubierto, signado sólo por una pobre cruz de madera erigida por un alma piadosa, era uno de los tantos que se

cavaron luego de la matanza. Casi a ras de tierra, apenas cubiertos por la arena, se veían los cadáveres de los obreros, hombres y mujeres, hacinados en un solo revoltijo de brazos, piernas y cráneos agujereados. A veces a Bello Sandalio le daba por creer que la música de su trompeta, que comenzó a tocar por esa misma fecha, era sólo una forma de olvidar la macabra visión de aquella fosa común, de acallar el tableteo de las ametralladoras que, pese a los años, aún resonaban terribles en las casamatas de su memoria. «El instinto humano es peor que el instinto animal», solía decir, misterioso, cuando recordaba esa carnicería.

Cuando llevaba dispuestos varios cartuchos y buscaba con qué cortar las guías al mínimo, sintió abrirse la escotilla. Era Golondrina y su amiga, la preceptora. Compungidas y nerviosas, las mujeres le contaron lo ocurrido con el viejo del tambor. «Hijos de perra», farfulló Bello Sandalio. Les mostró entonces los cartuchos y les dijo que mientras los preparaba no había estado seguro si llegado el caso tendría o no el valor de defenderse con ellos. Pero ahora, sabiendo lo que habían hecho con su amigo, no tendría ningún asco en utilizarlos.

Ante el mutismo de asombro de Golondrina del Rosario, la preceptora le dijo que si acaso se había vuelto loco allá abajo. Que dejara esos explosivos ahí donde estaban. Luego, ambas mujeres concordaron en que había que sacar a Bello Sandalio de la casa cuanto antes, los soldados podían volver en cualquier momento. Fue la preceptora la que discurrió llevarlo hasta las dependencias de la escuela. El asunto era cómo sacarlo sin que fuera visto. Entonces a la atribulada Golondrina del Rosario se le ocurrió la idea que hizo sonreír a su amiga y fruncir el ceño al trompetista. «Además será como una especie de venganza», susurró en un dejo tierno, mirando a los ojos de su amado.

Mientras se ponía la ropa de mujer, Bello Sandalio pensaba en lo intrincado que eran los diseños divinos. No hacía nada que él había vestido a la Dama del Piano con sus ropas de hombre para hacerla entrar a un prostíbulo, y ahora ella, con fines muchos más dignos, por cierto —para salvarle la vida nada menos—, lo vestía con sus propias polleras de encaje, le empolvaba la nariz y le pintaba de rojo los labios.

Cuando Golondrina del Rosario terminó de acicalarlo, Bello Sandalio, en un súbito arranque de pasión, la abrazó fuertemente y le dijo que tal vez ese no era el momento más adecuado para decirle la gran locura que le iba a decir, pero que si lograba salir bien parado de ésta, él quería convertirla en su esposa.

—¿Quieres casarte conmigo? —pidió.

Golondrina del Rosario se lo quedó mirando con todo el amor de su corazón asomándole por los ojos. Imaginando inconscientemente qué tema de Chopin vendría mejor a la situación, le fue a decir que sí, amor mío, que por supuesto, que eso era lo que más anhelaba en la vida, pero mordiéndose los labios terminó diciendo, con expresión desazonada, que por consideración y respeto a su padre muerto no le daría la respuesta ahora, que por favor esperase unos días más. El entonces la abrazó y la quiso besar. Ella se apartó suavemente, le pasó un dedo por su boca pintada y, sobreponiéndose por un segundo al dolor que la afligía, en un lánguido mohín de malicia le dijo al oído (acordándose de lo dicho por él la noche cuando la desvestía de su ropa de hombre para hacerle el amor):

–Sería como besar a Perla White, cariño.

Casi amanecía en el pueblo cuando la preceptora salió de la casa llevando del brazo a la extraña mujer en que se había convertido Bello Sandalio. Le habían puesto el vestido más largo y ancho del ajuar de Golondrina, le habían ceñido un sombrero con flores de fieltro para taparle el pelo rojo, y le habían cubierto los hombros con un echarpe de hilo para disimular los rasgones del vestido, demasiado estrecho para su contextura. Lo que el trompetista no quiso por nada del mundo fue ponerse zapatos de mujer. Si tenía que correr por su vida –alegó– quería hacerlo con los pies metidos en sus propios zapatos. Además, insistió en llevar su trompeta y su ropa. Antes de partir, Edelmira del Real le quitó la bolsa de papel de las manos: «A mí los carabineros no me van a revisar», dijo.

A esas horas sólo dos o tres de los parroquianos más antiguos del barbero, algunas mujeres de la corrida y el púgil Felimón Otondo, acompañaban el velatorio. Bello Sandalio dijo que para verificar la eficacia del disfraz, saldría cruzando por el centro de la capilla ardiente. Si el matón de Felimón Otondo no lograba reconocerlo, estaba listo. Con la preceptora a su lado, el trompetista entró entonces al recinto mortuorio y se paró a los pies del ataúd. Con toda naturalidad, acomodó unas coronas sobre la tapa del cajón y cambió uno de los cirios ya agotado. Ninguno de los presentes se fijó mucho en aquella mujer alta y desgarbada que, después de un rato, mirando de reojo hacia el rincón en donde el púgil bostezaba, comenzó a salir quedamente. Felimón Otondo se lo quedó viendo un momento pero no dio ningún signo de haberlo reconocido.

El primer funeral habido en Pampa Unión se había llevado a efecto a las cinco de la tarde. Y nadie sabía por qué extraño mecanismo de *rigor mortis* se había hecho costumbre sagrada en el pueblo hacer todas las exequias a esa

misma hora. Y a las cinco en punto de la tarde de ese jueves nefasto salió el cortejo fúnebre de Sixto Pastor Alzamora desde su taller de peluquería.

Pese a la amenaza que suponían los militares en el pueblo, asistió una gran muchedumbre al funeral. El cielo de ese día se presentaba moteado de pequeñas nubes blancas y el viento tardero era un perrito manso jugando en el botapié de los hombres y en el ruedo acampanado del vestido de las mujeres. Pese al gentío, el funeral pareció silencioso. En el recuerdo de todos aún resonaba el entierro de Candelarito del Carmen, precedido por los sonos de la banda y el llanto denodado de las vecinas de la cité.

En el tumulto de la procesión, los hombres se turnaban para cargar al difunto. Pero el panificador italiano Nepomucemo Atentti y el púgil Felimón Otondo, como en un silencioso duelo de fuerza, se habían apropiado de las manijas delanteras del féretro y, uno a cada lado, no las soltaron en todo el recorrido. El maestro Jacalito, en cambio, con una corona en la mano y dejando el rastro de su agua de colonia flotando en el aire, caminaba ensimismado detrás del ataúd. Iba moviendo los labios como si fuera rezando fervorosamente, o pensando en voz alta.

Cuando el cortejo llegó al camposanto casi no corría viento. Luego de los rezos de rigor y de un discurso improvisado por un representante de la Confederación Obrera, en el momento en que se aprestaban a bajar el ataúd a la fosa, se oyó la voz del maestro Jacalito pidiendo se le concediera un minuto. Musitando «con permiso, por favor», el maestro de música se abrió paso hasta la sepultura y se instaló a la cabecera del féretro. Del bolsillo interior de su paletó sacó una esquila de color rosa —a la que había pintado de negro los bordes—, y con su característica voz de gorrión entumido, comenzó a leer en quebrado acento de dolor. El poema —que se había venido repasando durante todo el trayecto— estaba compuesto en tercetos alejandrinos y rima consonante, y en su tenor se comparaba al barbero con uno de los héroes de la mitología griega. Por su estilo clásico y la fioritura de sus metáforas, los versos se asemejaban inequívocamente a los firmados por «Lucero del Norte», en la página cultural del periódico.

En los momentos en que se cubría la sepultura, y el rostro pálido de la señorita Golondrina del Rosario consternaba profundamente a todos, un forcejeo entre varios individuos en la puerta del cementerio llamó la atención de los más rezagados. Los carabineros habían apresado a un hombre de traje raído y sombrero metido hasta las orejas, que llevaba un envoltorio en las manos. Era Bello Sandalio.

Queriendo asistir de todas formas al funeral, el trompetista le cambió al cuidador de la escuela su elegante traje Oxford por uno de los más viejos que tuviera, pero con sombrero. Y vestido de esa forma se sumó a la procesión y pasó inadvertido en medio del gentío. Antes de terminar el entierro, viendo que su amada soportaba bien el dolor de la muerte de su padre, comenzó a retirarse reservadamente del camposanto. Al llegar a la gran puerta de fierro fue descubierto: su trompeta, envuelta en un cambucho de papel, lo había delatado.

Cuando la señorita Golondrina del Rosario, acompañada de su amiga, la preceptora, llegó a su casa, se halló con la novedad de que habían entrado a allanarle. La puerta estaba desfondada y adentro todo era un descacharramiento. Cada uno de los muebles estaba vuelto patas arriba y el contenido de anaqueles y gavetas cubría todo el piso de la sala de estar y de la sala de música. No se sabía por qué milagro o capricho de melómano, el piano estaba intacto. En los dormitorios los roperos estaban vaciados y destrozados, y los colchones se veían despanzurrados sin misericordia a tajos de corvo. Pero donde más se habían ensañado era en el taller de su padre. La desolación invadió enteramente su espíritu. La preceptora le dijo que lo más conveniente era que, por esa noche, no se quedara en aquella casa. Y la invitó a dormir en la suya. Ella no aceptó. En cambio, le pidió que le dijera a Bello Sandalio que por favor viniera a verla en cuanto pudiera.

Edelmira del Real, que hasta ese momento no había querido decirle nada sobre el arresto del trompetista, le preparó una taza de té con limón y se lo contó lo más suavemente posible. Golondrina del Rosario, estupefacta, se la quedó mirando con los ojos grandes como lunas. Sencillamente eso no podía estarle ocurriendo a ella. Quería llorar a gritos y no hallaba las lágrimas. Después se dejó caer en el sofá de cretona y encerró su rostro entre las manos.

Al anochecer, antes de retirarse, su amiga le encendió el brasero y le preparó una sopa de verduras para revivirle los colores. Ella no probó nada. Luego de unas horas de estar encogida en el sofá, como elementada, se incorporó y fue hasta el cuarto de los cachureos. Los intrusos no habían descubierto la entrada. Levantó entonces la compuerta y bajó al escondite de los explosivos. Abajo todo estaba como lo había dejado el trompetista. Después, ya con noche cerrada, se puso un chal sobre los hombros y se fue hasta la comisaría a preguntar por Bello Sandalio. No la dejaron verlo. Pero el carabinero de guardia, un cabo cuya obesidad extrema era motivo de burlas en el pueblo, y, que por ser un cinéfilo crónico siempre había admirado su manera de sincronizar las películas, se compadeció de ella y le confidenció que a las

siete de la mañana del día siguiente llevarían a los músicos en tren hasta la ciudad de Antofagasta.

De vuelta en casa, sin poder hallar aún el afluyente de su llanto, alzó una de las sillas volcadas en el piso del taller (el sillón peluquero estaba completamente destripado) y se sentó en medio de ese desastre con las manos caídas a los costados. Se sentía invadida por toda la desolación del universo. Desde detrás del aparador de roble tirado en el piso, vio aparecer de pronto a su padre torciéndose los mostachos y confundiéndola con su madre. «No llores más, Elidia», le oyó decir clarito. Sin darse cuenta, un río de lágrimas había comenzado a manarle suavemente hasta convertirse en un convulso llanto desesperado; un llanto en que se mezclaba el dolor sin fondo de la muerte de su padre y la rabia impotente por lo que ocurría con su amado. No paró de llorar durante toda la noche.

Cuando recién comenzaba a clarear el día, narcotizada por el desvelo, ya estaba a las puertas del cuartel esperando la salida de los presos. A las 06:45 de la mañana, seis soldados y tres carabineros salieron al galope tendido por el portón del costado. Llevaban a los detenidos al anca de sus cabalgaduras, con las manos atadas a la espalda. Ella corrió desesperadamente hasta la esquina para alcanzar a ver a su trompetista. Recortado sobre la grupa de un caballo negro, él apenas pudo volver su cabeza colorada y sonreírle. Por lo menos su sonrisa inoxidable, aunque brilló triste a la luz del amanecer, estaba intacta.

En la estación esperaba un convoy de carros salitreros con los fuegos de la locomotora encendidos y un vagón de transportar ganado enganchado a la cola. Cuando ella, luego de echarse a correr tras los caballos, llegó con el aliento cortado al recinto ferroviario, el tren ya se alejaba humeante rumbo hacia Antofagasta.

De vuelta en su casa, la señorita Golondrina del Rosario se encerró con trancas y pestillos, dispuesta a no abrirle la puerta a nadie. Se enclaustraría allí hasta que le devolvieran a su músico peregrino, o ella se muriera de amor.

Eran las diez de la noche del sábado, uno de los días más helados de lo que iba corrido de ese invierno, cuando Yemo Pon, acompañado de Nestorina Manova, la viuda de la lechería, llegó a la casa de la señorita Golondrina del Rosario. Le llevaban la noticia que tenía desconcertado a todo el pueblo y que ella aún ignoraba: Los soldados habían matado a Bello Sandalio y a todos los integrantes de la Banda del Litro.

Empecinada en su enclaustramiento, la señorita Golondrina del Rosario no le había abierto la puerta a nadie durante los dos últimos días. Ni al boliviano del pan, ni al hombre de las barras de hielo, ni al chino González (aunque este último tuvo el gesto humanitario, por el frío glacial de ese día, de dejarle el saco de carbón junto a la puerta). Ni siquiera le abrió a su amiga, la preceptora, que por la mañana del viernes estuvo llamando por más de veinte minutos. Desalentada, Edelmira del Real le había deslizado una notita de consuelo por debajo de la puerta, donde le comunicaba que estaría ausente del pueblo durante el fin de semana, pues debía viajar al puerto por asuntos administrativos de la escuela. Solamente ahora, al oír la voz de Yemo Pon diciendo a través de la ventana que venía acompañado de la señora Nestorina Manova, se dignó abrir. No se había acordado para nada de la amante de su padre. La pobrecita viuda debía de estar sufriendo tanto como ella.

Al encontrarse frente a frente las dos mujeres —mientras el niño se ocupaba de entrar a la rastra el saco de carbón todavía arrimado junto a la puerta—, presas de la emoción, se estrecharon en un fuerte abrazo silencioso. La desdichada viuda, que no había querido hacerse presente en el velatorio de su Sixto Pastor por no importunar el dolor de la hija, y que sólo se atrevió a acompañar el cortejo fúnebre a la distancia, lloró aferrada fuertemente a Golondrina del Rosario. Sin embargo, luego de un momento reaccionó avergonzada y, tragándose las lágrimas y su propia pena, se apartó de sus

brazos diciéndose que esa pobrecita criatura de Dios iba a necesitar mucho más que ella de todo el consuelo del mundo.

Antes de darle la noticia que a la viuda le quemaba como brasa ardiente en la lengua, se dio varias vueltas inútiles esperando que ocurriera en el mundo algo que la liberara de tan penosa tarea. Primero recogió algunos adornos que aún quedaban regados por el piso; después escogió unos trozos de carbón y encendió el brasero –Golondrina del Rosario estaba casi congelada–; después le preparó una taza de té caliente; después la acomodó en el sofá de la sala de recibir y, después, al fin, acariciándola con delicadezas de madre, se lo dijo.

En verdad el rumor había estado corriendo insistentemente desde la noche anterior. Se decía que uno de los carabineros que acompañó al piquete de soldados, el más joven de los tres, borracho como tagua, había contado en uno de los prostíbulos de Leontina Lindora que los militares, en plena pampa, en una quebrada a un costado de la línea del tren –aduciendo la Ley de Fuga– habían asesinado a tiros a todos los integrantes de la banda.

Al principio nadie había querido creer en la veracidad del rumor, hasta que ese sábado por la tarde, en el tren de Antofagasta, alguien llegó mostrando el diario *El Abecé*. En un recuadro perdido en las páginas interiores, aparecía una breve información sobre el suceso. La reseña decía que nueve subversivos, todos con antecedentes de agitadores comunistas, habían sido abatidos por efectivos del ejército. Que los sujetos, aclaraba escuetamente la nota, traídos en calidad de prisioneros desde Pampa Unión, antes de llegar al pueblo de Baquedano, aprovechando una parada del tren por desperfecto de la locomotora, habían tratado de escapar en desbandada a través de la pampa. En vista de lo cual, tras dar la orden de alto, a la que los individuos hicieron caso omiso, los soldados se habían visto en la obligación de usar sus carabinas de servicio.

Golondrina del Rosario sintió que el universo entero se le apagaba de golpe. Sumida como en un vértigo de fascinación, simplemente no podía entender lo que había oído, y Nestorina Manova, para su propio tormento, tuvo que repetirle la noticia. Después la viuda la atrajo amorosamente contra sí y Golondrina, apoyando la cabeza en su regazo, se acordó de su madre. Sollozando y mordiéndose los dedos, comenzó a preguntar acongojada que dónde estaba Dios en esos momentos, madrecita mía. Ella siempre había creído que, más que en el cielo, en la tierra y en todo lugar, como rezaba vagamente el concepto catequizado por las monjas, Dios anidaba sobre todo en la música y en la poesía. Y lo había creído desde que se lo oyera decir a su madre una tarde en

que, sentadas ambas al piano, trataban de ejecutar una melodía a cuatro manos. Ella entonces era una niña de seis años y cuando su madre se lo dijo se había sentido enormemente privilegiada: con el piano en casa siempre estaría cerca de tata Dios. Pero ahora, mientras Nestorina Manova la acariciaba en silencio —sin hallar qué decirle a ese pobrecito ser desventurado—, ella sentía que ni toda la música del mundo, que ni toda la poesía que tú me entregaste, madrecita de mi alma, podían mitigar el dolor y el tormento infinito que le estaban trepanando el alma.

Pasada la medianoche, luego de consolarla largamente, la viuda puso más carbón en el brasero y se retiró a su casa. Golondrina del Rosario, aunque presa de una lasitud desfalleciente, se despidió de ella con una voz extrañamente tranquila. «Hasta siempre querida señora —le dijo—, que Dios le dé muchos años de vida». Luego, dirigiéndose a Yemo Pon, que se había quedado semidormido en uno de los sillones, le dijo que por favor se quedara un momento, que tenía que pedirle unos encargos. Como su madre trabajaba de noche, el niño no tenía ningún inconveniente para amanecerse si quería.

A esas alturas Golondrina del Rosario ya tenía perfectamente claro lo que le restaba por hacer en esta vida. Si de algún modo podría haber sobrellevado la muerte de su padre, sentía en cambio que de ninguna manera podría seguir viviendo sin la sonrisa de su romero trompetista. Ella había venido a este mundo nada más que a arder de amor por él.

Las indicaciones a Yemo Pon fueron claras y precisas. Debía ir donde el panificador italiano, don Nepomucemo Atenti y, en su nombre, conseguir que le prestara una de sus carretas con mula. Luego debía buscar al señor Felimón Otondo y al maestro Jacalito y decirles a ambos hombres que hicieran el favor de venir a verla enseguida. A esas horas al maestro Jacalito lo hallaba con toda seguridad en su casa, pero que al boxeador, él lo sabía bien, debía buscarlo en el mesón de alguna taberna.

Lo que pensaba hacer, le explicó al niño, para que a su vez les explicara a los hombres si preguntaban, era una especie de homenaje póstumo a su querido padre. Quería tocar un concierto en el sitio en donde su progenitor había muerto. La carreta del panificador italiano la necesitaba para trasladar el piano y al señor Felimón Otondo y al maestro Jacalito, para que ayudaran a cargarlo y transportarlo.

Cerca de las cuatro de la mañana apareció Yemo Pon guiando una carreta. El italiano se la había prestado con todo gusto, pero con el encargo que se la devolviera antes de las seis, que era la hora del primer reparto de pan. A la

derecha del niño, un tanto ebrio y con la solapa del paletó levantada, venía el campeón de peso medio pesado. A su izquierda, entumido de frío, con sus manitas metidas entre las piernas, venía el maestro Jacalito. Pese a la alta hora de la noche, se había dado tiempo para peinarse y rociarse profusamente con su agua de colonia. En la parte de atrás de la carreta venía acurrucado un hombrecito todo blanco de harina. Era un panadero. Nepomucemo Atentti, al enterarse de lo del piano, lo había mandado para que ayudara a cargarlo. «Esos animales pesan más que un carajo», dijo.

Tras media hora de penosa labor lograron subir el instrumento a la carreta. La señorita Golondrina del Rosario, vestida toda de lila y con un sombrerito del mismo tono cubriendo delicadamente su rostro acontecido, luego de subir el taburete, se instaló en el pescante junto a Yemo Pon. Los demás hombres se fueron atrás afirmando el piano. Camino a la estación ninguno habló nada. A todos les castañeteaban los dientes de frío.

Ya depositado el piano en la pequeña loma de arena, los hombres dijeron a la señorita que a esas horas era peligroso quedarse sola y la rogaron que los dejara acompañarla por lo menos hasta que aclarara. Ella les retrucó que no tenían de qué preocuparse, que todo iría bien. Además, necesitaba estar a solas. «Yo sé que ustedes me entienden», dijo mirando a los ojos de sus dos enamorados. Luego, para borrar de sus mentes las últimas reticencias, les pidió que la viniesen a buscar apenas saliera el sol. Y mientras la carreta se alejaba bamboleándose hacia las luces del pueblo, les hizo una tranquilizadora seña de adiós con la mano.

Comenzaba recién a clarear en el cielo de la pampa, cuando la señorita Golondrina del Rosario, espeluznada de frío, sola, más etérea que nunca, acomodó el taburete en lo arenoso del suelo y se sentó al piano. Frente a sus ojos, las primeras casas de Pampa Unión comenzaban a perfilarse espectrales. El zumbido de la parranda amanecida le llegaba nítido, insomne, como si todo el pueblo no fuera sino un gigantesco panal en fiesta. En verdad ese zumbido se le había pegado a los oídos desde su primera noche en el pueblo. Recordó el día de su llegada a Pampa Unión. Se vio a sí misma bajando del tren, enceguecida de tanta luz solar y asorochada por el calor terrible de las dos de la tarde. Ahí el planeta entero olía a sal. El pueblo, a la distancia, bullendo de actividad bajo ese sol incandescente, le pareció la visión alucinada de su sueño más insólito. Al llegar a la casona de adobes, tosca, impregnada también de ese áspero olor salado, todavía sin pintar y casi vacía de muebles, se sintió desolada. Pensó que iba a extrañar profundamente el colegio, el aire dulce y eclesiástico de sus

aposentos. En la atmósfera de ese pueblo polvoriento sentía como un fluido de ignominia que lograba galvanizarla y perturbarle los sentidos. Y pese a todos los esfuerzos de su padre por distraerla, porque no se diera cuenta de nada, le bastó con aquella primera noche de insomnio en su dormitorio del patio, para adivinar que la construcción de los pies albergaba una de esas renombradas casas de mala vida.

Un gran globo luminoso elevándose de pronto desde el pueblo la devolvió de sus recuerdos. Era un globo grande, el más grande y resplandeciente de los que había visto en los últimos días. Lo miró ascender lento hacia el cielo y, luego, se quedó contemplando cómo se incendiaba y caía envuelto en llamas azules y anaranjadas. Después de que el globo terminó de consumirse completamente en el aire, a ella aún le quedó relumbrando la luz en los ojos. Y por ese instante se sintió casi alegre, ingrátida, fosforescente como aquel fugaz globo de luz.

Restregándose los ojos y pensando que así de efímera era la vida, se paró y abrió pausadamente la tapa del piano. Adentro, envuelto en un pañito de encajes, estaba el cartucho de dinamita. Se quedó fascinada contemplando el explosivo. Sin dejar de maravillarse, pensó en la atroz perfección con que iban engranando día a día los secretos mecanismos de la vida: su pobre padre había guardado durante años los cartuchos en la casa; su músico amante, el gran amor de su vida, le había dejado algunos listos para hacerlos estallar; y, ahora, sus antiguos enamorados, como inocentes lacayos de la muerte, la habían asistido gentilmente en los últimos pormenores de su decisión fatal. Sin saberlo, el amor la ayudaba a morir.

De pronto, como viniendo de las dependencias de la estación, vio aparecer a su padre con una lámpara en la mano. Para que no la fuera a confundir de nuevo con su Elidia, se apresuró a saludarlo.

—Cómo estás, padre mío — dijo.

Sorprendido, el bigotudo jefe de estación la saludó con reticencia, preguntándole luego qué hacía a esas horas por ahí. «Cuando vi venir la carreta pensé que se trataba de contrabandistas» — le dijo.

—Perdón, señor — dijo conturbada ella—. Pero estoy cumpliendo con una promesa hecha a mi padre.

El anciano le comentó lo peligroso que eran en el pueblo los fines de semana y se ofreció a acompañarla. Ella le pidió el favor de que la dejara sola, que se trataba de algo entre su padre y ella solamente. El viejo, nimbado por la luz verde de su lámpara ferroviaria, se fue refunfuñando para sí que en ese

pueblo del demonio todo el mundo se estaba volviendo loco de remate.

Al quedar sola nuevamente, luego de rezar un padrenuestro y persignarse con recogimiento, Golondrina del Rosario sacó la cajita de fósforos desde su escote, raspó uno, defendió la llama en el cuenco de sus manos transparentes y acercó el fuego a la guía —el olor a pólvora quemada le trajo momentáneamente el recuerdo de las festividades de año nuevo en el pueblo—. Esperó a que el *polvito negro* ardiera bien, y luego bajó la tapa. Tenía exactamente cinco minutos de vida. Un estremecimiento le culebreó frío por la columna vertebral. Como si se aprestara a dar el más importante concierto de su vida, adecuó entonces las plisaduras del vestido, enderezó el cuerpo y dispuso delicadamente las manos sobre el teclado. El amanecer seguía desplegando insensible su inabarcable telón de luz.

Como un sonoro escalofrío de vidrio, sus dedos hicieron fluir el primer arpegio musical. Las notas vibraron diáfanas en el aire y se esparcieron en ese colosal anfiteatro que iba conformando la cúpula azul de la aurora. Sus dedos ateridos empezaron a moverse torpemente; luego, el *Nocturno Opus 37*, su favorito de toda la vida, comenzó a sonar cada vez más claro y explícito en el aire helado de la mañana.

De cara al amanecer, tal si estuviera ante un planetario telón de cine, Golondrina del Rosario tocaba como si estuviese sincronizando las primeras formas de la creación —algún día, había leído por ahí, además de tener sonido, las películas serían panorámicas y en colores, igual que la aurora—. Pero, con la expresión ya angelizada y la cara arrasada en llanto, lo que en verdad comenzó a ver y a sincronizar en aquella gigantesca pantalla circular, no fue la creación fragorosa de ningún universo nuevo, sino el dramático cuadro del aniquilamiento final de un mundo creado a machazos. Como un espejismo a todo horizonte o una postrer revelación apocalíptica, más allá del tiempo y del espacio, ante sus ojos encandilados de su propia muerte, comenzó a proyectarse el derrumbamiento total y definitivo de esas crueles llanuras blancas en donde los sueños más justos y ecuánimes habían perecido masacrados por la explotación y la injusticia; de esas perdidas comarcas salitreras en donde la fe y la esperanza, caminando en círculos de locura bajo el sol, habían muerto irremediabilmente bebiendo de su propia orina sulfúrica.

Al compás de la música de Chopin, cuyo dramatismo crecía a la par con el silencioso clarear del desierto, vio caer los acopios de piedras de las últimas calicheras infames, vio apagarse el humo de las usinas y morir abandonados, uno a uno, los miserables campamentos de calaminas. Junto al

desmoronamiento de las casas-barracas, vio apagarse el fuego de las locomotoras, vio caer vencido el fuelle de las herrerías, vio corromperse en orín las bigornias de las maestranzas y oxidarse las terribles bateas de ripios en donde los derripiadores de torso desnudo, con sus ojos sublimándose de cansancio, empuñaban esas toscas palas mundiales –en ellas cabía un hemisferio entero de ripio– en cuyos mangos se podían ver, hendidas terriblemente en la madera, las desgarradoras huellas de sus dedos engarfiados. Vio los edificios de las pulperías desaparecer desmantelados, derruirse las suntuosas casas de los administradores y desbaratarse las pequeñas plazas de piedras en donde alegres orfeones de músicos dipsómanos tocaban polkas y pasodobles, tocaban mazurkas y aires marciales, y en donde la hija menor de la cantina, con sus cintas de seda en el pelo y su sonrisa blanca como el salitre, iba a mirar al rucio de los platillos que comía en su casa y le dejaba papelitos de amor debajo de las alcuzas. Vio desmoronarse los techos de las filarmónicas en donde el cauchero, luego de un día entero de triturar piedras a puro ñeque, se lavaba el cuerpo a tarrazos, se recortaba las uñas a cuchillo, y con su traje cruzado y el sombrero de paño ceñido a lo lacho, llegaba a bailar luciendo immaculados guantes blancos, guantes que usaba no tanto por distinción como para que las bellas no sintieran sus callosidades de cuarzo en el dulce deslizarse sobre las olas del vals. Como si fueran la mortaja de viejos sueños ya olvidados, vio pudrirse y desgarrarse el telón de los biógrafos en donde esos mismos hombrones duros, sentados en las bancas de las primeras filas, reían como diablillos con ese jacarandoso guiñol de bastón y tonguito que, flemáticamente, al compás de la música de un piano, se almorzaba los cordones de sus zapatos como amargos fideos de opereta. Vio caer desplomadas, y para siempre, las paredes de los locales de las Confederaciones Obreras en donde los trabajadores y sus mujeres acordaban sus huelgas y sus heroicas marchas de hambre a través del desierto, huelgas y marchas de hambre que al final de cuentas no les habían servido de nada sino para caer ametrallados una y otra vez en las más cruentas matanzas de obreros que nadie quería recordar a lo largo y ancho de la patria. Y por último, como en un bíblico éxodo interminable y triste, vio partir a toda esa muchedumbre que un día llegara arreada en inhumanos enganches desde los distintos territorios del sur lejano, esos hombres de caras amargas que habían sido traídos como rebaños en las bodegas podridas de los vapores, esos seres angélicos desembarcados en la actitud de pobres animales lastimeros, y acarreados del mismo modo a las humillantes Casas de Limpieza en donde los manguereaban como a bestias de circo, los despiojaban, los desinfectaban, les

quemaban su vieja ropa de ángeles campesinos y los encaramaban en los vagones de un convoy cauchero con rumbo a los peladeros del mismísimo infierno, en cuyo duro trayecto, en medio de esas interminables llanuras de fuego, la inclemencia del nuevo paisaje terminaba de limpiarlos y purificarlos del todo: lo áspero de los cerros pelados les raspaba la última brizna de verdor en la mirada y el viento salobre de la pampa les lamía la postrer gotita de lluvia persistiendo tierna en sus tristes caras de ángeles desahijados. Y cuando en esa grandiosa pantalla del amanecer, la pampa entera ya no era sino un inmenso osario de oficinas muertas, y Golondrina del Rosario, como en las imágenes de una vieja película borrosa, estaba viendo partir llorando desamparadamente a los últimos habitantes de su pueblo, en la acústica cósmica de esa alta catedral de la pampa amanecida, sincronizado por los sonos de su propia música, se oyó resonar el terrible estallido de su muerte. Y una milésima de segundo más tarde, junto al eco del último acorde de su piano, con el postrer pestañear de sus ojos de muerta, Golondrina del Rosario aún pudo ver, ya como una tierna fatamorgana de amor desde las alturas, una última imagen de ese pueblo malaventurado: por sus desoladas calles a oscuras, iluminado sólo de la esmerilada luz de las estrellas, vio entrar un camión de circo pobre pintado con todos los colores del arcoiris, lo vio detenerse frente a la plaza, vio descender a los payasos paupérrimos, al mago ojeroso, al hombre de goma soñoliento, a los malabaristas reverenciales; bajo la dura mirada del empresario, los vio descargar los palos y los cordeles, desplegar la lona color de arena, clavar las estacas en el suelo calichoso y levantar la carpa remendada una y mil veces por las manos de la bailarina pálida. Y antes de terminar de morir del todo, con el puro aire de su espíritu galopando en el eco de la última nota de su piano volando en astillas, Golondrina del Rosario vio cómo la gente del circo, a la luz del amanecer, con la carpa ya inflada y los pendones al viento, se daban cuenta de que habían entrado a un pueblo muerto, a un pueblo fantasma, y desconcertados entonces, confundidos, llenos de abatimiento, se ponían a recorrer sus calles como en desvarío, entrando y saliendo de sus casas vacías, entrando y saliendo de sus bazares derruidos, entrando y saliendo de sus prostíbulos devastados, de sus salones desolados, de sus bares consumidos, dejando puertas y ventanas batiendo como pobres banderas de desesperanza, mientras uno de los payasos, el más triste de todos, colgando cabeza abajo en el travesaño de un alero de la Calle del Comercio, miraba desconsolado hacia la estación de trenes llorando líricas lágrimas de nostalgia, lágrimas que le corrían brillantes hacia sus cejas hirsutas, hacia las arrugas de su frente, hacia su duro

pelo arremolinado, para terminar de caer al fin sobre la tierra reseca de aquel pueblo sonámbulo en donde, en un tiempo lejano, siendo todavía un niño, conoció (y se enamoró de ella en silencio) a la inolvidable pianista de cine y profesora de declamación, señorita Golondrina del Rosario Alzamora Montoya (q.e.p.d.), nacida un 13 de noviembre de 1899 y muerta de amor al amanecer de un domingo 11 de agosto de 1929.

## Epílogo

El pueblo de Pampa Unión parece hoy como destruido por un meticuloso bombardeo aéreo. De él sólo quedan en pie algunos cascotes oxidados en los cuales aún se pueden leer nombres de tiendas y boliches en general. En los restos de murallas de la Calle Larga, llamada en sus mejores tiempos la Calle de las Putas, todavía se conservan, para maravilla de sus visitantes casuales, algunas de las pinturas con que los burdeles de entonces adornaban el interior de sus salones.

Del mismo modo, en su ámbito de pueblo fantasma, en su aire de pueblo perdido en el desierto, aún se siente gravitar esa especie de magnetismo alcohólico que atraía fuertemente a los mineros ávidos de parranda y diversión. Y ya es leyenda que si en la alta noche de la pampa el viajero se detiene frente a lo que queda del pueblo (la carretera a la ciudad de Calama pasa orillándolo), y afina su oído hacia los escombros, oirá primero algo como un levísimo zumbido de abejas que, poco a poco, en un prodigioso *crescendo*, se irá aclarando en un inconfundible ruido de fiesta.

Yo agucé el oído y de verdad creí oír rumor de música. Es más, ya embalado en la escritura de esta historia, me fui varios fines de semana a pernoctar en el pueblo. Por la noche acomodaba mi saco de dormir preferentemente entre los muros de lo que fuera alguna taberna o casa de remolienda, y, por el día, luego de deambular por sus restos de calles (en donde el excursionista prolijo aún puede ver millares de tapas de bebidas y corchos de botellas licoreras), me iba a recorrer los senderos del cementerio, leyendo nombres, fechas y epitafios piadosos, buscando anhelosamente la tumba de Golondrina del Rosario.

La mayoría de las sepulturas del cementerio han sido profanadas por los deleznable «buitres del desierto»: ladrones que se dedican a remover el sueño de los muertos en busca de argollas matrimoniales y dentaduras con piezas de

oro. En ese cementerio histórico, ahito de sol y de silencio, los ataúdes —como en todos los cementerios a lo largo del desierto—, flotan a flor de tierra como varadas barcas fúnebres en un calcinado mar de arenas.

En mis primeras incursiones al camposanto, no encontré ninguna sepultura de adulto con el nombre de la pianista, pero en cambio hallé su nombre escrito en tres o cuatro cruces blancas de pequeñas tumbas de tierra. Después oí decir que luego de los sucesos de 1929, muchas madres bautizaron con el nombre de Golondrina a sus hijas, en homenaje a esa bella mujer inolvidable. Sin embargo, en una de mis idas a Pampa Unión, en compañía del cineasta Leo Kocking y de mi amigo Desiderio Arenas —que en esos días filmaban un documental sobre los pueblos salitreros—, descubrimos un nicho sin cruz ni epitafio y, por supuesto, con su losa profanada. El ataúd, descalabrado casi completamente, asomado en su mitad por la boca del nicho, alcanzaba a mostrar el cadáver sólo de la cintura para abajo. Era el cuerpo de una mujer. En sus pies pequeñitos destacaban unos finos zapatos requemados por el tiempo que aún conservaban vestigios de un cálido color verde manzana. Por uno de sus costados —que fue lo que más llamó la atención de los presentes—, entre las piltrafas de su vestimenta, emergía, lánguida, milagrosa casi en su escorzo de danza, una momificada mano femenina, su única mano. Me maravillé. Nos maravillamos. En mi interior quise creer que se trataba de los restos de Golondrina del Rosario (la otra mano seguramente le habría sido arrebatada por la explosión). No quise abrir la parte de arriba del féretro. No quise —convencido románticamente de que se trataba de mi heroína— verle su rostro carcomido por la muerte. Quería conservar en mi memoria la imagen que me formé de ella cuando me contaron la trágica historia de su amor. Leo Kocking la filmó.

Después, a la par que leía los periódicos publicados en Pampa Unión (periódicos cuya existencia me fue revelada por Alfonso Calderón) conversé con varios ancianos que vivieron en el pueblo. No todos se acordaban de la «historia de amor entre el trompetista de la Banda del Litro y la pianista del cine». Muchos de ellos, todavía niños en esa época, sólo recordaban lo que habían oído contar alguna vez a sus mayores. Pero el testimonio de sus años vividos allí me sirvieron sobremanera para ir reconstruyendo con fidelidad ese pueblo que tuvo una existencia de 40 años (tiempo de connotaciones bíblicas) y que desapareció tal y como había florecido: de la noche a la mañana. Del mismo modo, me fue de esencial importancia el libro *Pampa Unión, un pueblo entre el mito y la realidad*, escrito por los catedráticos Juan Panades Vargas y Antonio

Obilinovic Arrate, y publicado por la Universidad de Antofagasta.

Un atardecer de noviembre de 1997 me llamó mi amigo, el escritor Alejandro Pérez Miranda para decirme que se había enterado de un anciano («un personaje de suyo interesante», dijo él, en su siempre ceremonioso modo de hablar) que había vivido en Pampa Unión. Alejandro me explicó que el personaje en cuestión era un viejo que ya bordeaba los noventa años, si es que no tenía más, pero que según las personas que lo trataban, mantenía todos sus sentidos perfectamente en orden.

El asunto no me interesó mucho al comienzo. La historia ya la tenía prácticamente armada y no sabía si otra entrevista me sería o no de utilidad. Al final accedí. Necesitaba confirmar algunos datos sobre los burdeles del pueblo y, por la edad que decía tener el anciano calculé que por aquella época tendría que haber tenido unos veintiuno o veintidós años; edad suficiente como para haber visitado alguna vez una de esas «casas de mala nota». Nunca imaginé la sorpresa mayúscula que me iba a llevar cuando, dos días después, visité al anciano en su domicilio.

El viejo vivía en compañía de una mujer casi tan anciana como él, en una antiquísima casa de madera; una de esas pocas reliquias arquitectónicas que van quedando en la rancia calle Bolívar (después me di cuenta de que la mayoría de los veteranos que entrevisté —octogenarios todos— vivían en esa misma clase de edificaciones a mal traer, ubicadas en los alrededores del centro). El inmueble, de madera descascarada y ventanas de cuerpo entero, no tenía mayores comodidades. En la habitación en que fui atendido, salvo un anacrónico aparato de radio y un pequeño televisor en blanco y negro, no había nada suntuoso. Aunque afuera eran las tres de la tarde, ahí, al fondo de la casa, en ese cuarto sin ventanas ni claraboya, nos iluminaba una ampolleta de bajísimo voltaje que caía desnuda desde un agujero en el cielorraso. Las desiguales tablas del piso se veían retorcidas y grasientas. Sin embargo, tal vez por deformación profesional, lo que más llamó mi atención en aquella pieza, fue un mueble antiguo, de esos de pino Oregón, repleto de libros. Los volúmenes, toscamente empastados, a simple vista se notaban tan antiguos como su dueño. En la pared, sobre el mueble, colgaba un retrato oficial del presidente Carlos Ibáñez del Campo, en su primer período, cubierto enteramente de polvo y cagarrutas de moscas.

El hombre tenía la piel manchada de los viejos, algunos mechones de pelo blanco y unos ojos casi opalescentes de tan claros. Totalmente lúcido de mente, su hablar era despacioso y, a causa de una leve sordera, de tono más bien alto.

Su lenguaje era el de una persona que ha leído mucho. Antes de comenzar a hablar me presentó a su hermana. La viejecita me saludó muy afable y desapareció enseguida hacia una habitación contigua.

A las primeras preguntas sobre el tema, respondió que sí, que efectivamente había vivido cuando joven en Pampa Unión y que, por supuesto, había conocido algunos burdeles y a unas cuantas prostitutas. Cuando al cabo de unos veinticinco minutos de conversación, tras haber circundando varios otros temas, le pregunté de pronto, y casi al desgaire, si conocía la famosa historia de amor del trompetista de la Banda del Litro y la pianista del Teatro Obrero, el anciano me quedó mirando de manera extraña. El azul cielo de sus ojos se había ensombrecido de pronto como al paso de una nube. Tras un largo silencio, como esperando que terminara de pasar la nube, comenzó a mover la cabeza afirmativamente. Cuando habló, su voz ya no sonaba igual.

—Claro que conozco la historia —fue todo lo que dijo.

Después llamó a su hermana y le pidió que sirviera algo para la sed. Mientras esperábamos no hablamos nada. Cuando la anciana nos sirvió los vasos de bebida, esperó a que ella saliera de la habitación y luego se puso lentamente de pie. Se paseó un rato con las manos a la espalda y al final fue hasta el mueble de los libros y de uno de ellos sacó una fotografía. Después volvió al sillón y se sentó hondamente.

—Yo vi morir al trompetista —dijo—. En realidad, yo vi morir a todos los músicos de la banda.

Después me pasó la fotografía. Era un retrato de él mismo, vistiendo uniforme de carabinero.

—Yo fui uno de los tres carabineros que acompañó a los soldados en el tren —dijo.

Recordaba perfectamente todo lo sucedido aquel día.

Me preguntó si acaso yo estaba al tanto de lo ocurrido en Pampa Unión el 7 de agosto del año 1929 con ocasión de la visita al pueblo del presidente de ese entonces, don Carlos Ibáñez del Campo (aquí apuntó al retrato del presidente haciendo un leve gesto con la boca).

Le respondí que sí.

—Lo que usted no sabe —me dijo, suspirando y emergiendo un poco en su sillón— es lo que realmente pasó con aquellos nueve músicos que conformaban la banda. Las cosas en ese tren cauchero ocurrieron de una manera muy distinta a la versión que dieron las autoridades de la época.

El anciano sabía perfectamente que eran nueve en total los músicos

muertos, pero sólo se acordaba de algunos:

– Aparte del trompetista colorín que tuvo que ver con la pianista del cine, había otro trompetista gordo que no paró de llorar en toda la jornada. También estaba el Diablo del Bombo, un manco al que yo conocía, pues era del pueblo, y que esa mañana daba la impresión de que andaba como idiotizado. Y había también un vejete que decía ser un héroe de la guerra del 79. Del veterano me acuerdo clarito por algo que dijo antes de morir.

Del otro que se acordaba un poco, dijo, era de uno medio abolivianado que tenía la cara marcada por la viruela. A ese lo recordaba por su nombre.

– Se llamaba Berenjena. Me acuerdo bien de él porque mientras íbamos en el tren, los soldados no lo dejaban en paz jodiéndolo y ordenándole a cada rato que diera su nombre y cuando lo hacía nos largábamos todos a reír. Yo era el más novato y, temiendo parecer demasiado blandengue, me reía casi a la fuerza. Íbamos en un vagón de ganado enganchado a un convoy salitrero. Y me acuerdo que el trompetista pelirrojo, que iba tumbado junto al llamado Berenjena, atado de pies y manos como todos, no dejaba de mirarme en ningún momento: como que captaba que yo no me sentía del todo seguro.

Cuando el tren, de pronto, se detuvo en mitad de la pampa, el teniente, que iba viajando en la locomotora, se asomó por las rejas del vagón y ordenó desatarles los pies a los prisioneros y hacerlos bajar. En ese instante el trompetista pelirrojo, desde el piso del vagón sucio de bostas de vaca, me miró extrañado. Mientras lo desataba me preguntó bajito qué era lo que ocurría. Yo no le contesté.

El veterano del 79 fue el primero en darse cuenta de la situación. Mientras bajaba se acercó al trompetista y le susurró al oído que hasta aquí nomás llegamos, trompetita; aquí nos matan a todos como a perros.

A punta de carabina, los presos fueron conducidos detrás de unas calicheras abandonadas. Allí los hicieron arrodillarse formando una medialuna. El teniente no dejaba de insultarlos llamándolos traidores a la patria, banda de anarquistas, borrachos subversivos de mierda y otras lindezas por el estilo; y que sería todo un placer para él, vociferaba, palomear a una rotosa banda de metebullas.

Mientras todos los demás se mantenían en un miedoso silencio, el segundo trompetista seguía llorando como un niño mientras repetía una y otra vez que él no tenía que ver nada en el asunto. El Diablo del Bombo, sumergido en su nirvana propio, no se daba cuenta de nada. Tirso Aguilar, por su lado, parecía estar rezando y el Bere Maturana miraba a todos con ojos de orate.

Cuando al teniente se le ocurrió que les desataran las manos para que los filarmónicos pendejos tocaran algo antes de morir, pues aún tenían algunos minutos de tiempo, todos se lo quedaron viéndolo sin entender nada. Al buglista ingenuo se le ocurrió preguntar que con qué instrumentos, mi teniente, si se los habían requisado todos en el retén de Pampa Unión. El oficial dijo riendo con sorna que si acaso los ácratas de mierda no tenían imaginación sino para andarse confabulando contra el gobierno. Que hicieran la mímica de los instrumentos con las manos, carajo, e imitaran el sonido con la boca. Que no fueran guasamacos.

– A ver, tú, gordo llorón ¿cuál es tu instrumento?

– La trompeta, mi teniente – contestó apenas Eraldino Lumbrera.

– ¡A ver, tócate algo entretenido!

Eraldino Lumbrera, luego de sorbetearse las narices, comenzó a entonar la melodía de un *one step*, el mismo que había tocado en la audición del Club Radical. El Bere Maturana, imitando el chin chin de los platillos, se lanzó con una marcha. Después el músico del trombón tocó un trozo de una mazurka. El cornetista que venía enseguida ensayó las primeras notas de un pasodoble, y luego Tirso Aguilar entonó algo en tiempo de vals.

Cuando le tocó el turno a Candelario Pérez, el teniente lo miró de cerca y le dijo provocativo:

– A ver tú, vejestorio, cuál es tu instrumento.

El viejo, que ya estaba listo para hacer un redoble, al oír la palabra vejestorio, enarcó los hombros, infló el pecho y comenzó a decir:

– Mi nombre es Candelario Pérez y soy sargento seg...

De un fuerte puntapié en el pecho, el teniente lo derribó de espaldas sobre la tierra salitrosa.

Bello Sandalio, que estaba arrodillado a su lado, fue a socorrer a su amigo y el oficial rugió furioso:

– ¡Tú, colorado de mierda, quédate quieto!

Luego lo agarró del pelo y le preguntó por su instrumento.

– La trompeta – dijo Bello Sandalio.

– ¡La trompeta, *mi teniente!* – rugió el teniente.

– La trompeta, mi teniente – repitió Bello Sandalio.

– ¡Tócame un charleston!

Bello Sandalio acomodó las rodillas en la arena, alisó su pelo de cobre hacia atrás y se llevó las manos a la boca a manera de trompeta. Pero en vez de comenzar a entonar un charleston lo que hizo fue arrojar un espumoso escupo

de sed en pleno rostro del oficial y luego se lo quedó mirando con toda la perfección de su dentadura blanqueando en una ancha sonrisa de burla. El culatazo de odio se estrelló terrible contra su boca y Bello Sandalio fue a dar casi encima del viejo del tambor.

Crispado de rabia, el teniente dio la orden de matar de una vez por todas a esa cabrona banda de perros anarquistas.

En el momento en que los soldados aprestaban sus carabinas, unos segundos antes de que comenzaran a disparar y los músicos cayeran acribillados unos sobre otros en la arena, Candelario Pérez, aguantando a duras penas el dolor del pecho, giró la cabeza, miró con toda la ternura del mundo a su amigo el trompetista – que a su vez le sonrió con todos sus dientes rotos – y le dijo en voz alta:

– ¡Estos tiñosos creen que la mazamorra se masca!